HISTORIA GRAFICA DE LA ARGENTINA CONTEMPORANEA

NUESTRO TIEMPO

DESDE ROCA HASTA MENEM

3. LAS REVOLUCIONES RADICALES (1890-1900)

HYSPAMERICA

EX LIBRIS Scan Digit

The Doctor

http://thedoctorwho1967.blogspot.com.ar/

http://el1900.blogspot.com.ar/

http://librosrevistasinteresesanexo.blogspot.com.ar/

HISTORIA GRAFICA DE LA ARGENTINA CONTEMPORANEA

NUESTRO TIEMPO

DESDE ROCA HASTA MENEM

Director General de la obra
Félix Luna

Secretaria de redacción
María Sáenz Quesada

Investigación gráfica
María Flores, Graciela G. Romero

Investigación historiográfica
Graciela G. Romero, Susana José, Jorge Ossona, Gabriel Ribas

Colaboradores del Tomo III

Teresa Alfieri
Francisco Arias Pelerano
Lilia Ana Bertoni
Miguel Bravo Tedín
Jorge Calvetti
Adolfo Casablanca
Pedro Santos Martínez
Adriana Beatriz Martino
Víctor Massuh
Carlos Páez de la Torre
Javier Pascuchi
Eduardo Horacio Passalacqua
Marcelo J. A. Stubrin
Vicente Vázquez Presedo

HISTORIA GRAFICA DE LA ARGENTINA CONTEMPORANEA

NUESTRO TIEMPO

DESDE ROCA HASTA MENEM

La década del milagro

(1880-1890)

HYSPAMERICA

Fotografía
Oscar Cisneros

Diseño
Carlos Gallardo

Producción de arte y producción gráfica
Hyspamérica Ediciones

Editado por:
HYSPAMERICA EDICIONES de ARGENTINA S.A.
Corrientes 1437, 4º piso, Buenos Aires.
Tels.: 46-4385/4419/4484

© HYSPAMERICA EDICIONES DE ARGENTINA, S.A., 1984
ISBN: 950-752-037-6 (obra completa)
ISBN: 950-752-129-1 (tomo III)

Queda hecho el depósito de Ley.

1. La revolución del Parque

Al comenzar la última década del siglo XIX, un hecho de armas dividió la historia del país en dos etapas bien diferenciadas. La revolución del Parque significó el comienzo de la política moderna. A pesar de la derrota, se convirtió en bandera de lucha del radicalismo y promovió una rectificación del esquema de poder del régimen. Una generación fue quedando atrás y aparecieron nuevos valores, tanto en las filas del oficialismo como en los distintos grupos de oposición. La revolución de 1890 quedó fijada en la memoria de la comunidad argentina (sobre todo en Buenos Aires), y debido a ello fue durante largo tiempo fuente de inspiración política.

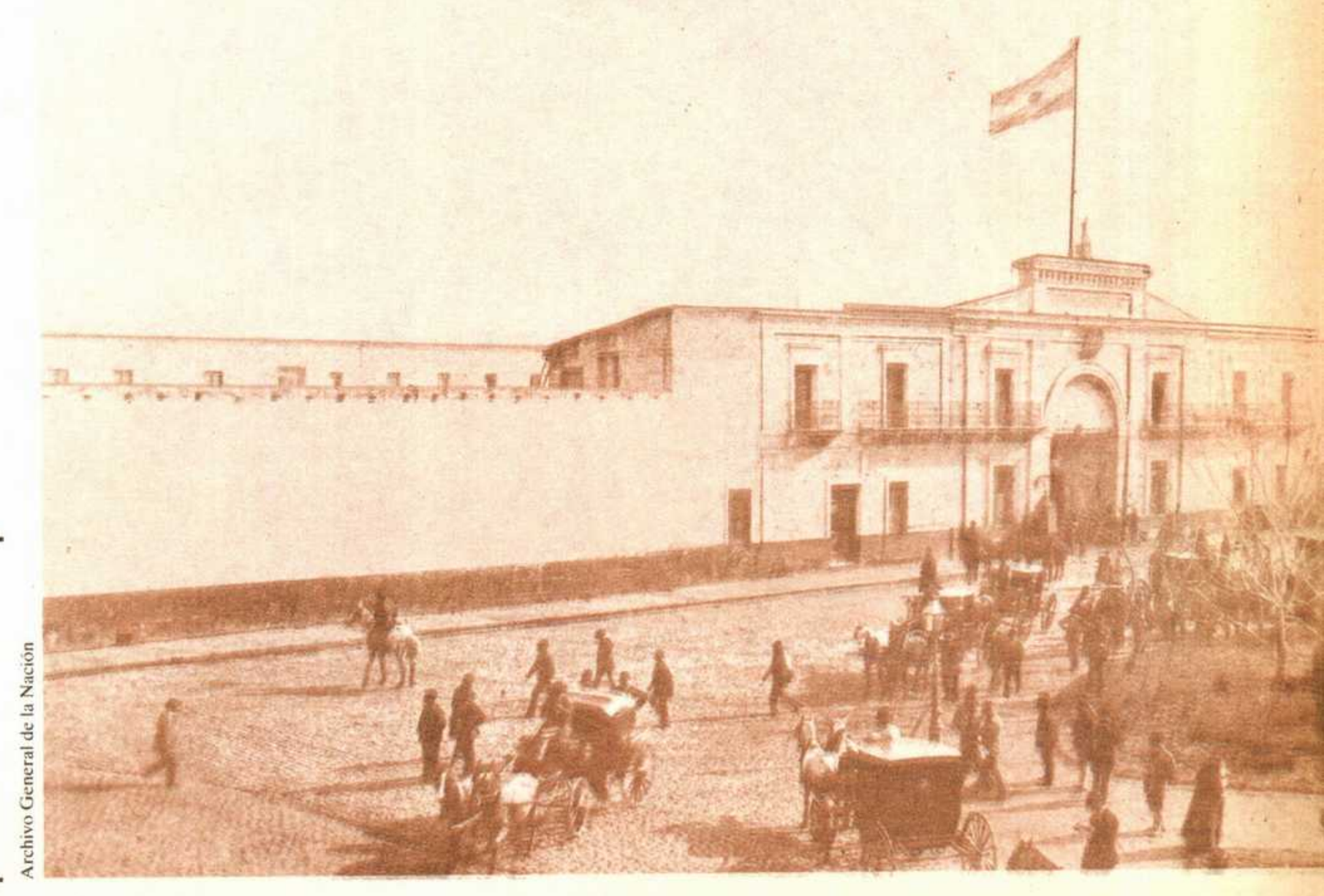
La revolución cívico-militar que estalla el 26 de julio de 1890 a la madrugada y cuyo escenario principal está en el Parque de Artillería de Buenos Aires, es uno de esos acontecimientos que marcan un punto de viraje en la historia.

En lo inmediato, provocó la renuncia del presidente Miguel Juárez Celman y su reemplazo por Carlos Pellegrini. Entre sus consecuencias posteriores corresponde señalar, por un lado, la vertebración de la Unión Cívica, una fuerza llamada a ser el tronco inicial de corrientes políticas con larga vida en el escenario nacional; por otra parte, el reagrupamiento del roquismo y el mitrismo en un virtual entendimiento que duró hasta 1912 y estuvo destinado a sostener el orden de cosas vigente. Además, basta destacar que en el recinto del Parque se encontraban presentes, además de Leandro Alem e Hipólito Yrigoyen, un distinguido médico porteño, el doctor Juan B. Justo, y un joven abogado rosarino, el doctor Lisandro de la Torre; ellos compartieron las intensas jornadas con Marcelo de Alvear, el subteniente José Félix Uriburu y muchos otros importantes protagonistas de las décadas siguientes.

Derrotada como hecho de fuerza, la revolución del Parque constituye, pues, el punto de arranque de los procesos políticos que caracterizaron la vida republicana del país hasta 1943.

Creciente malestar

¿Cómo se llegó a esta explosión en una Argentina que durante una década pareció afirmada sobre sólidas bases institucionales? Las causas del movimiento fueron variadas. De manera determinante hay que computar el malestar que se generalizó como producto de la crisis, que se hizo inocultable hacia mediados de 1889. Testigo incómodo de aquella inquietud era el comportamiento del oro en relación con el papel moneda, que se desvalorizaba cotidianamente, a veces a grandes saltos y, en otras secuencias, en forma lenta pero inexorable. La Bolsa co-



Archivo General de la Nación

Donde hoy se levanta el Palacio de Tribunales estaba situado en 1890 el Parque de Artillería, un depósito de armas que se hizo célebre con motivo de los sucesos revolucionarios. Su nombre quedó así asociado al intento de limpiar a la República de las lacras que caracterizaban al régimen juarista.

Museo Saavedra

Archivo General de la Nación

Izquierda: dos de los más prestigiosos líderes de la oposición, los doctores Leandro N. Alem (al margen) y Aristóbulo del Valle (en el centro), fundadores de la Unión Cívica de la Juventud.
Pie de página: caricatura de El Mosquito *sobre las desventuras de los ministros de Hacienda Rufino Varela y Wenceslao Pacheco.*

mienza a enloquecer; se producen cesaciones de pagos de personas antes solventes e incluso suicidios. El drenaje de oro es incesante: hay que pagar deudas, intereses y servicios. Si en 1888 se ha girado a Europa la cantidad de 4,5 millones de pesos oro, en los primeros meses de 1889 esta sangría importa 25,3 millones de pesos oro. Se paralizan las construcciones y hay huelgas de albañiles y carpinteros.

El ministro Rufino Varela lanza 40 millones de pesos oro al mercado para enfriar la inquietud; son devorados casi instantá-

Archivo General de la Nación

Francisco Barroetaveña (abajo), cuyo artículo «Tu quoque juventud, en tropel al éxito», publicado en La Nación *el 20 de agosto de 1889, atacó a los «incondicionales» del presidente que habían organizado un banquete de homenaje. Su publicación dio pie al mitin del Jardín Florida, realizado en septiembre. Viñeta: Ramón J. Cárcano.*

neamente y Varela renuncia. Lo reemplaza Wenceslao Pacheco, más realista que su antecesor, que propone un plan de restricción en la emisión de papel moneda. El mensaje al Congreso que acompaña el proyecto identifica con bastante rigor algunas de las causas del malestar: «La perturbación proviene [...] de que los cientos de miles de inmigrantes alteran el mercado de consumos antes de producir; los ferrocarriles, los puertos [...] los instrumentos de agricultura, la construcción de obras públicas, la edificación, embellecimiento e higiene de las ciudades representan cantidades considerables de capital inmovilizadas e improductivas por el momento [...] Debe añadirse la suba artificial de los valores de la propiedad urbana y rural; las exageraciones de una especulación desmedida en los valores mobiliarios; la pasión del juego y el agio [...]; la emisión excesiva y frecuente de cédulas hipotecarias, el afán de lujo y los gastos superfluos.» Desdeñaba, en cambio, como causales de la crisis, «el desequilibrio entre la exportación y la importación, el saldo que el país paga al exterior por sus deudas o la renta que retiran las empresas o los particulares que residen en el extranjero», y afirmaba que el gobierno disponía en Europa de fondos que aseguraban el servicio de la deuda externa y las garantías de los ferrocarriles hasta enero de 1891.

Archivo General de la Nación

Este mensaje, destinado a inspirar confianza, se envió al Congreso en octubre de 1889. Para entonces el oro, que a principios de año valía 147 pesos, estaba en 240, y el costo de la vida había aumentado paralelamente. Y aunque la ley 2641 autorizaba al poder ejecutivo a vender en Europa 24 000 leguas cuadradas por un importe total de 60 millones oro, todos pensaban que este recurso (que finalmente no se concretó) correría la misma suerte que el arbitrado por Varela. En ese momento, un nuevo factor ingresa al escenario de la crisis: el movimiento popular encabezado por Leandro Alem.

El Jardín Florida

A lo largo de sus tres años de gobierno Juárez había recogido de arrastre antipatías heredadas de Roca y también era destinatario de otras nuevas. Los católicos no habían olvidado las leyes que motivaran las grandes polémicas del sexenio anterior; además, agregaban a la cuenta del presidente la ley de Matrimonio Civil y lo recordaban como el gobernador de Córdoba que había mantenido una actitud militantemente anticlerical. Por su parte, Juárez no había dado ningún paso para borrar esas cicatrices aún abiertas.

Los mitristas lo aborrecían por considerarlo el continuador del régimen que en 1880 los había desplazado definitivamente del poder, y lo acusaban de pervertir el sistema republicano con las intervenciones en Tucumán y Córdoba y con el sistema de «Unicato» que prevalecía. Curiosamente, Roca y sus amigos se sentían traicionados por Juárez y denunciaban las ventas de ferrocarriles y la concesión de las obras de salubridad de Buenos Aires como actos indignos de un Estado consciente de sus responsabilidades. La juventud porteña repudiaba la obsecuencia del círculo que rodeaba al presidente. Los financistas y especuladores le echaban la culpa de la crisis, y las incipientes clases

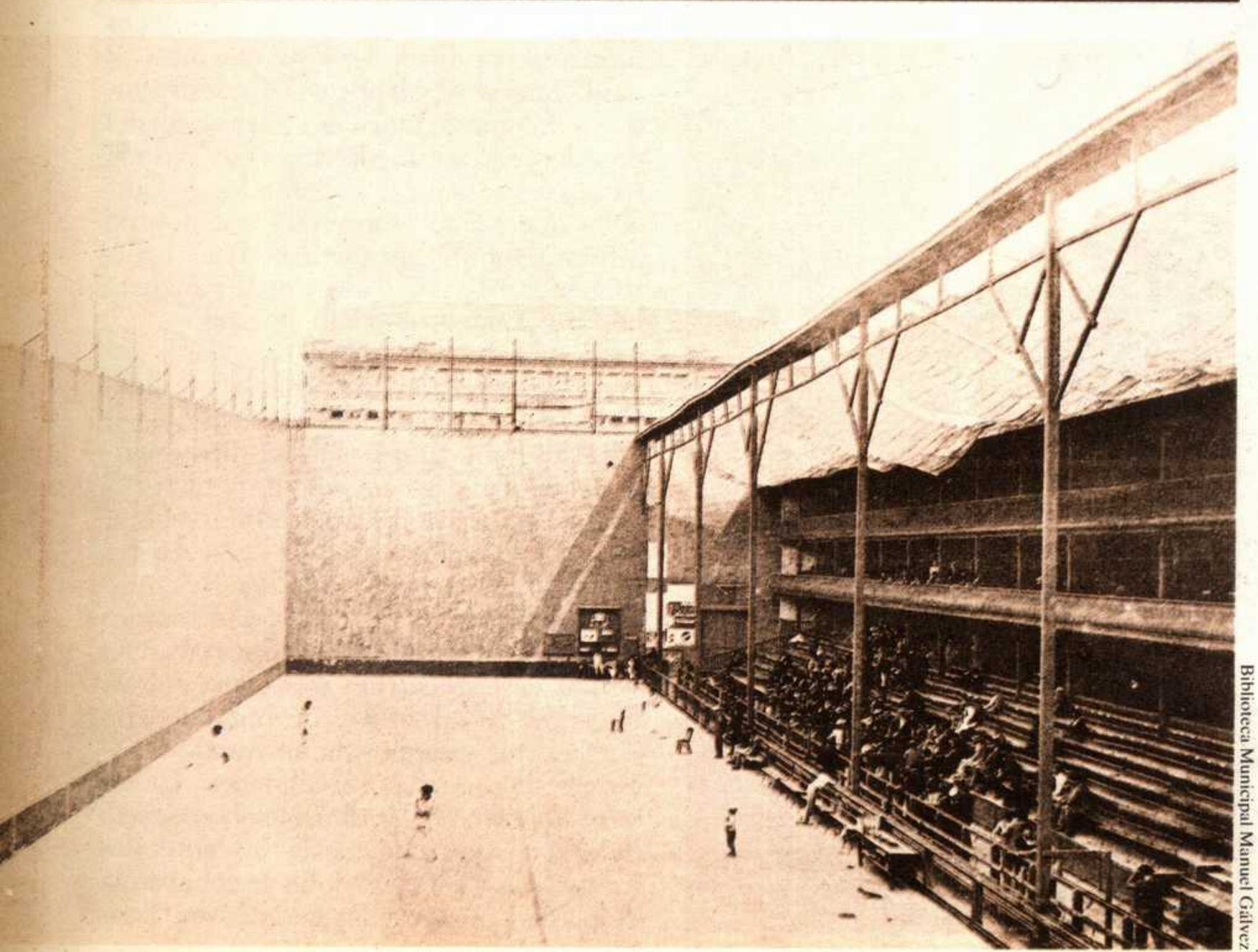
En el centro: interior del Parque de Artillería en vísperas de la Revolución. El Frontón Buenos Aires (pie de página) construido en 1889 en la calle Córdoba, fue escenario del mitin del 13 de abril de 1889, que provocó la caída del gabinete. Viñeta: el general Nicolás Levalle.

El Parque de Artillería

"Era el Parque de Artillería un edificio de tipo colonial con algunas piezas de altos hacia la plaza y un muro chato y liso que contorneaba toda la manzana ocupada hoy por el Palacio de Justicia. El barrio del Parque quedaba en los suburbios; casi todos los edificios eran bajos; el crecimiento de la ciudad lo invadía rápidamente por el norte, pero hacia el sur continuaba siendo el barrio maldito de las mancebías lujosas, burdeles sórdidos, figones de maleantes, cambalaches y otras lacras de las ciudades grandes.

»La única entrada del cuartel daba a la plaza. En el fondo del ancho portal se destacaban, como trofeos de guerra, el Criollo y el Cristiano, dos cañones tan enormes como primitivos, fundidos por los indomables paraguayos en las últimas horas de la guerra, uno con el metal de los utensilios de cocina y el otro con el de las campanas de las iglesias. El Parque, decaído de su antigua importancia de plaza de armas por la construcción del Arsenal y de varios cuarteles, estaba actualmente destinado a unas pocas oficinas militares en el frente, y cuadras para maestranzas y depósitos de fusiles, cañones, vestuarios y municiones. Un cuerpo interior con altos, que cruzaba el patio, era la habitación de los jefes.» (Juan P. Balestra, *El Noventa,* Buenos Aires, 1930) ■

Biblioteca Municipal Manuel Gálvez



Biblioteca Municipal Manuel Gálvez

medias, así como los sectores obreros, veían en Juárez a un vulgar saqueador de los dineros públicos. Además, para Buenos Aires el presidente cargaba con un grave defecto: era cordobés... Para colmo, pretendía que lo sucediera otro cordobés, el joven director de Correos y Telégrafos, Ramón J. Cárcano.

Juárez despreciaba las calumnias que corrían sobre su integridad y no hacía nada para granjearse la simpatía de la capital de la Nación, en la que era casi un recién llegado. Amigo de sus amigos, carente de una gran visión política, se manejaba dentro del grupo en el que confiaba y no trataba de ampliar las bases de sus apoyos políticos. Había logrado ser el jefe del Estado y el jefe del virtualmente único partido: ¿qué podía temer entonces? Los sobresaltos parecían frutos de una coyuntura de prosperidad demasiado rápida: pasarían cuando sus manifestaciones patológicas -el juego de bolsa, la especulación- se agotaran en sí mismas.

No tenía en cuenta una atmósfera que gradualmente iba acumulando todos los

Abajo, una caricatura de El Mosquito: *mientras el doctor Juárez Celman duerme, la patria se angustia porque comprende que «la situación es tremenda». José Manuel Estrada (pie de página) participó junto a otros destacados católicos en la fundación de la Unión Cívica de la Juventud.*

Archivo General de la Nación

nubarrones posibles y que sólo esperaba un agente activador para descargarse. Y éste llegó el 20 de agosto cuando un grupo de jóvenes oficialistas organizó un banquete en adhesión al presidente con el propósito de contrarrestar los ataques de quienes lo acosaban desde varios sectores. Unas palabras imprudentes por su adulonería y la proclamación reiterada de la «incondicional adhesión» de los comensales, provocaron un airado artículo de Francisco Barroetaveña en *La Nación* y movieron a un grupo de jóvenes, casi todos estudiantes, a realizar un acto de repudio. Este tuvo lugar en el Jardín Florida -un local de espectáculos situado en Florida y Paraguay- con un inesperado éxito de público. En un ambiente de fervoroso entusiasmo se proclamó la constitución de la Unión Cívica de la Juventud y se aclamó a los oradores, Aristóbulo del Valle, José Manuel Estrada y Vicente Fidel López. Pero el héroe de la jornada fue Leandro Alem, redescubierto por el pueblo de Buenos Aires en esa oportunidad. Retirado de la política después de su defensa de la autonomía porteña en 1880, Alem aparecía como la figura austera, republicana y de raíces populares que contrastaba con la sensualidad y elitismo del grupo gobernante; a partir de ese momento, el caudillo de Balvanera, devuelto a la oratoria y a la aclamación multitudinaria, se consagró al activismo cívico. En pocas semanas, la Unión Cívica -abandonado el aditamento «de la Juventud»- se organizó en todas las parroquias de la Capital Federal y logró constituirse en algunos pueblos bonaerenses. Casi todos los comités -palabra nueva en el vocabulario político de la época- estaban presididos por Mitre y Alem, y el mitrismo aportaba personalidades expectables a la estructura de cuadros.

El Frontón Buenos Aires

En su actividad proselitista, los cívicos tuvieron algunos choques con la policía, lo que no contribuyó a pacificar los ánimos; tampoco las alternativas financieras favorecían la tranquilidad. El oro baja unos puntos en enero y febrero de 1890, pero a principios de marzo vuelve a subir incontrolablemente y trascienden grue-

Archivo General de la Nación

Este «Fragmento de una mala copia del juramento de la cancha de pelota» (abajo), publicado por El Mosquito, *compara burlescamente el famoso episodio de la Revolución Francesa con lo ocurrido en el Frontón Buenos Aires.*
En el centro: trinchera de los cívicos, cerca del Parque de Artillería.

sos descubiertos en las liquidaciones de varios agentes de la Bolsa. El presidente, después de pasar una temporada en Córdoba, adopta algunas medidas: una comisión estudiará la situación legal de la Bolsa, se decreta la intervención de todas las sociedades anónimas y se resuelve no escriturar ningún contrato de gobierno que signifique garantía o gasto de cualquier tipo. Pero el oro sigue subiendo y el ambiente es de verdadero pánico. Y como hay que encontrar un responsable, Juárez es, cada vez más, el destinatario de todos los sentimientos negativos que se han desatado: había querido ser «el Unico», ahora sería el único responsable de esta situación.

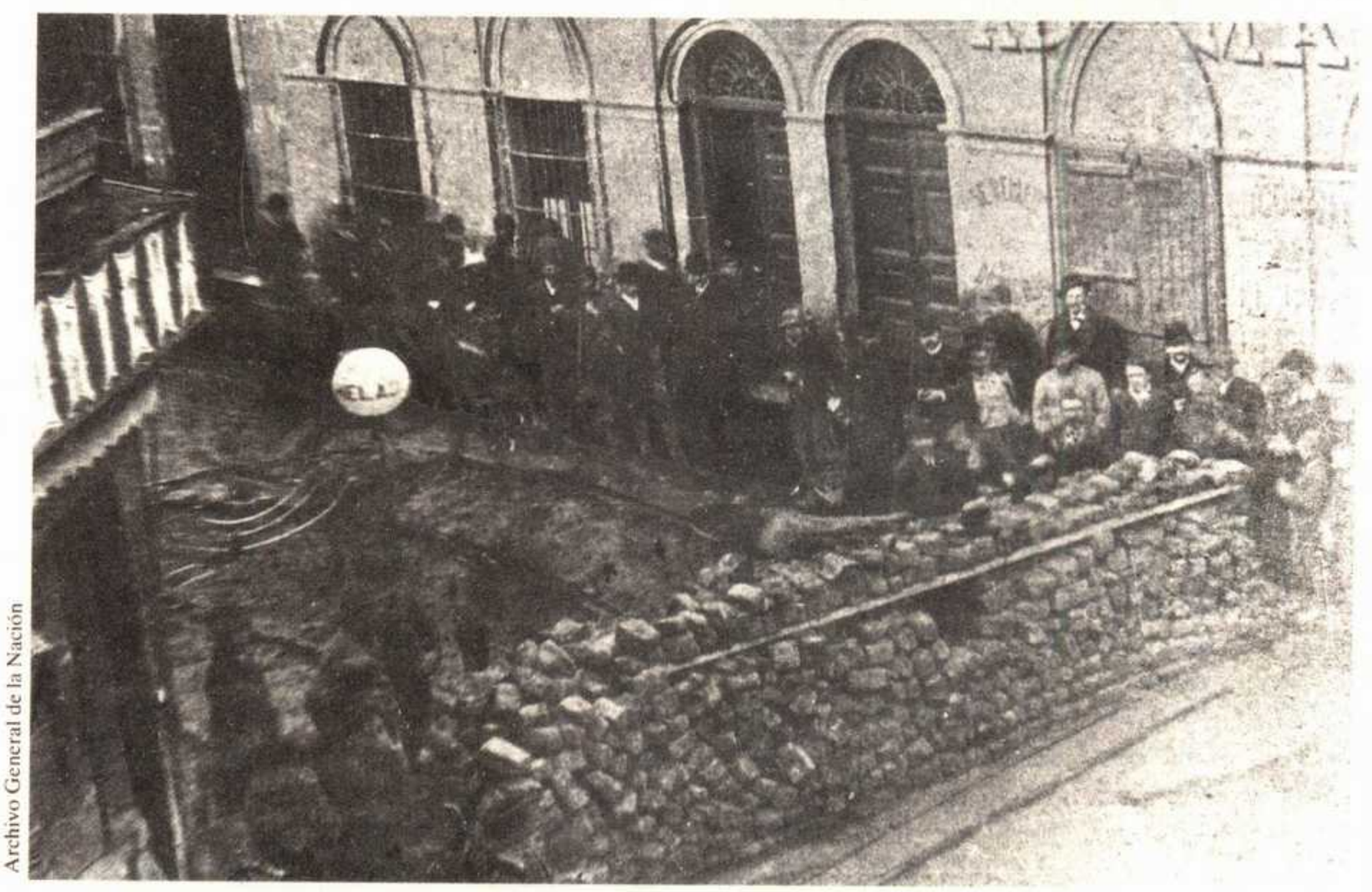
El 1 de abril se efectúa en el Frontón Buenos Aires un acto cívico de proporciones nunca vistas hasta entonces. Habla Mitre, a quien le sigue Barroetaveña: éste presenta al presidente de la Junta Ejecutiva de la Unión Cívica, y cuando Alem toma la palabra el público llega al delirio. Alem resume su discurso en la breve frase con que cierra uno de sus párrafos: «¡Esto no tiene vuelta!»

Después toca el turno a Del Valle y a tres dirigentes católicos, Miguel Navarro Viola, José Manuel Estrada y Pedro Goyena, y la reunión concluye con una marcha hasta la Pirámide de Mayo.

Fue una demostración impresionante por su número y por la expectabilidad de los participantes. La respuesta del gobierno, un cambio total de gabinete, hubiera sido adecuada en otras circunstancias. Pero en ese momento ya nada podía mejorar la situación. El ambiente de Buenos Aires era de total y cerrada oposición y en el interior ya se percibían sus ecos. No se trataba de una oposición en el sentido republicano de la palabra: la idea era voltear al gobierno por la fuerza. Cuatro días después del mitin del Frontón, un grupo de oficiales en actividad entrevistó a Alem ofreciendo su concurso para la revolución, y desde entonces la Junta Ejecutiva de la Unión Cívica, ampliada a diez miembros, se dedicó a conspirar.

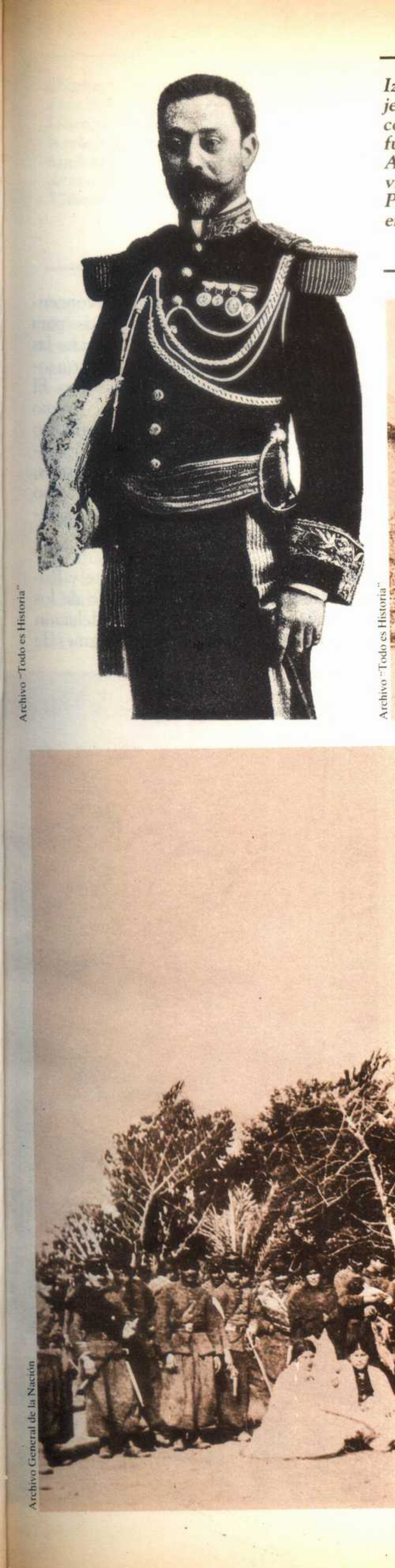
Esta actitud, que excluía toda alternativa pacífica, puede resultar difícil de comprender. Pero la revolución estaba en la atmósfera y era asumida con naturalidad por la fuerza opositora. Nadie podía detenerla. Los debates de mayo en el Congreso habían puesto a Juárez en la picota: Del Valle lo acusó en el Senado de autorizar emisiones clandestinas, y aunque el senador Manuel Derqui desarticuló inesperadamente los argumentos de Del Valle, la opinión pública quedó convencida de que el propio Estado estaba falsificando nada menos que el signo de la soberanía, el papel moneda donde campeaba la imagen de la República.

Archivo General de la Nación

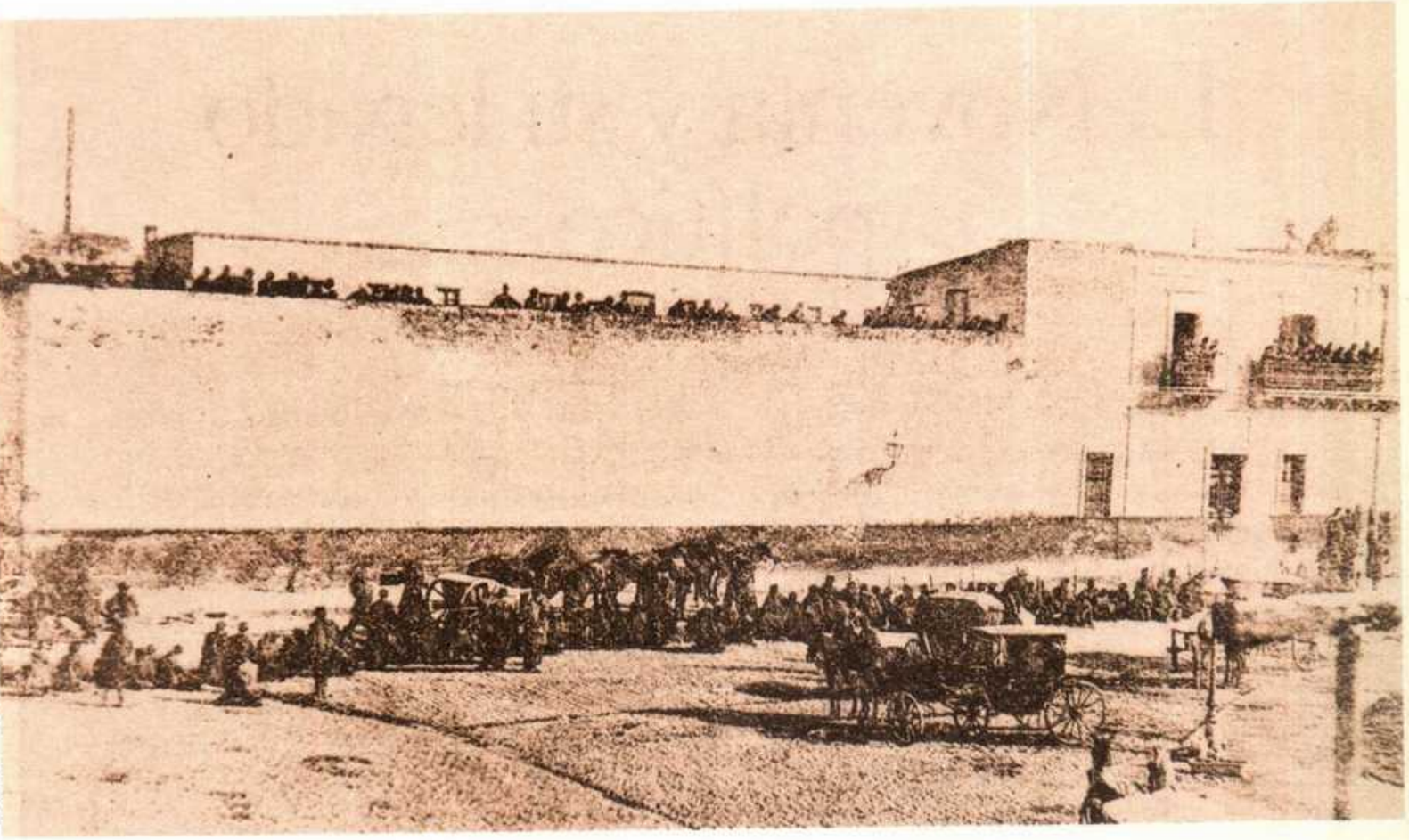

Archivo General de la Nación

Se conspiraba abiertamente. Hubo reuniones a media cuadra del Departamento de Policía a las que asistieron oficiales, muchos de ellos de uniforme. Después de intensas deliberaciones, se designa al jefe militar del movimiento: el general Manuel J. Campos, mitrista. Sin embargo, Alem insiste en que la participación civil debe ser preponderante, y de acuerdo con este criterio se pide la adhesión de ciudadanos de diversos sectores, con lo que el secreto del complot se esparce por toda la ciudad. Se fija el día: 21 de julio. El lugar:

Izquierda: el general Manuel J. Campos, jefe militar de la revolución, cuyo comportamiento durante los sucesos no fue demasiado claro.
Abajo: el murallón del Parque de Artillería visto durante el combate.
Pie de página: soldados leales al gobierno en el cuartel de la plaza Libertad.



Archivo "Todo es Historia"



Archivo "Todo es Historia"

Archivo General de la Nación

El Noventa y su legado político

Corría el año 1890 y la República Argentina se encontraba inmersa en una profunda y compleja crisis política, económica y social. El régimen que gobernaba el país cerraba todo tipo de participación al pueblo mediante un sistema fraudulento apoyado en la violencia y el dinero.

La economía, con características totalmente especulativas, había tenido un fuerte crecimiento durante toda la década del ochenta. Pero pronto el castillo de naipes se derrumbó. La emisión clandestina de dinero (había en el país 191 clases de monedas distintas) duplicó el circulante en poco tiempo, con la correspondiente inflación. La especulación inmobiliaria consolidó el latifundio en la Pampa húmeda, y la política ferroviaria liberal determinó la dependencia estructural de la economía argentina respecto del Imperio británico.

La inmigración masiva iniciada dos décadas atrás trajo aparejada la conformación de una importante clase media urbana y una incipiente clase obrera. Estas presionarían de distintas formas a la oligarquía instalada en el poder. La revolución de 1890 fue una de ellas.

Ante la situación descripta y la creciente corrupción administrativa, los primeros en reaccionar fueron los jóvenes, con la creación de la Unión Cívica de la Juventud; a ella se adhirieron los demás sectores, conformándose la Unión Cívica, movimiento que engendró la revolución.

El movimiento popular fue traicionado y fracasó militarmente a los pocos días, pero triunfó para la posteridad. En él participaron quienes, tiempo después, serían las figuras fundadoras y más importantes de los partidos políticos modernos de la República Argentina; hablamos de Leandro N. Alem e Hipólito Yrigoyen en la Unión Cívica Radical, Juan B. Justo en el socialismo y Lisandro de la Torre en la democracia progresista.

El radicalismo naciente se apoyaba en dos soportes: los jóvenes ilustrados y decentes de la clase alta, indignados por la inmoralidad; y los criollos excluidos, «la chusma orillera» de origen alsinista que acaudillaba Leandro Alem. En los años posteriores el radicalismo, pugnando por ensanchar las fuerzas productivas para delinear definitivamente ese movimiento popular, incorporó a los inmigrantes y sus hijos.

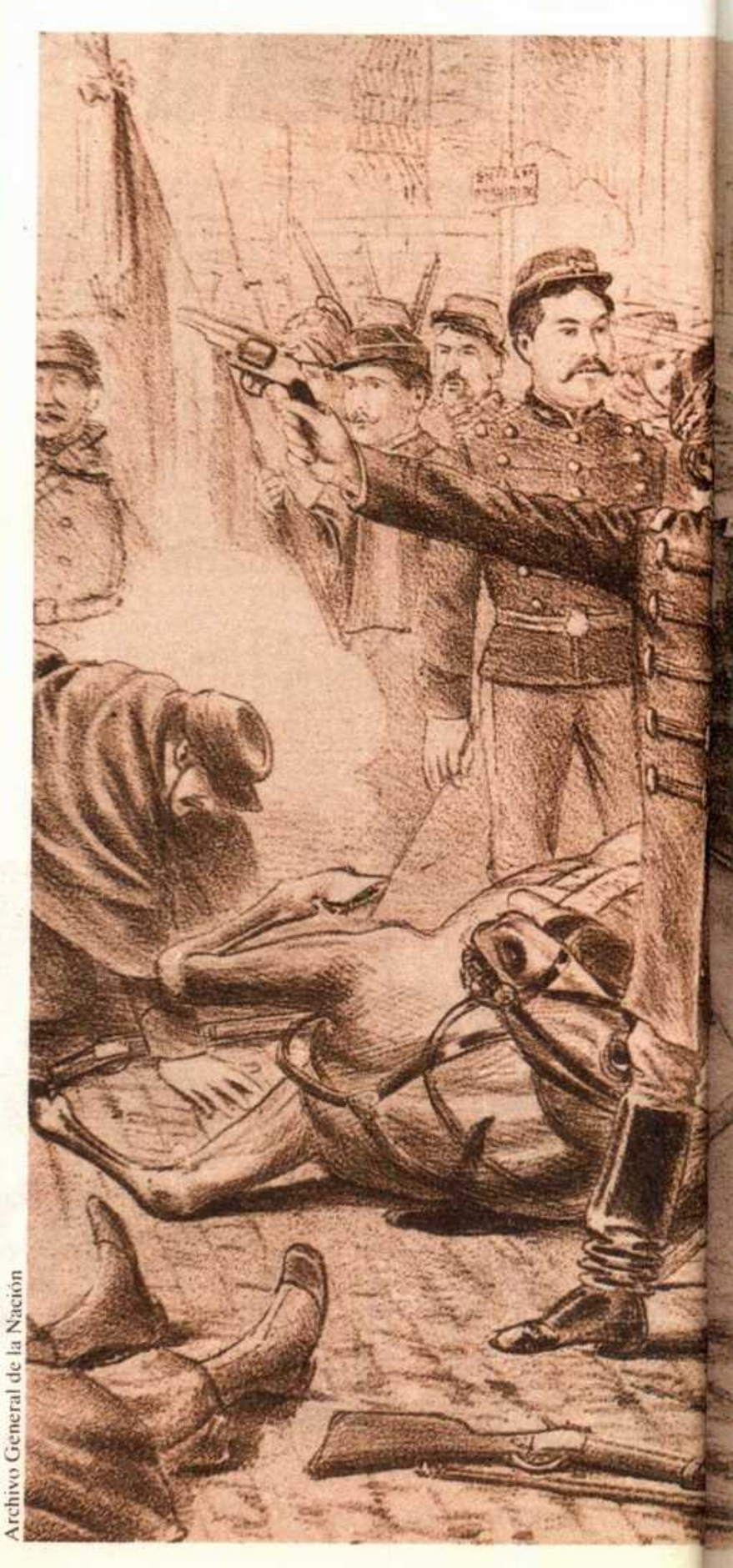
El momento actual nos encuentra en la búsqueda de nuevas soluciones a estos viejos problemas. Sólo con partidos populares consolidados ideológicamente y en un marco de real unidad nacional lograremos el país que merecemos ■

Marcelo J. A. Stubrin

Abogado. Vicepresidente del bloque de diputados de la Unión Cívica Radical.

el Parque de Artillería, donde se concentrarían las unidades comprometidas para dejar sin armas al gobierno. Reunidas las fuerzas militares y civiles, se avanzaría sobre la Aduana y la Casa de Gobierno. El presidente provisional sería el propio Alem, con Juan E. Torrent, Bonifacio Lastra, Juan José Romero, Joaquín Viejobueno y Pedro Goyena como ministros; todos se comprometían a no figurar como candidatos en las elecciones que se convocarían de inmediato.

Pero el 18 de junio el presidente y Roca reciben la confidencia de uno de los militares comprometidos. La delación coincide con los insistentes informes de



Archivo General de la Nación

El general Nicolás Levalle (centro) arenga a sus desmoralizadas tropas en la plaza Libertad: «¡Camaradas, de aquel lado está la rebelión! ¡Aquí la lealtad y el honor de la bandera nacional!» Se trata, por supuesto, de una interpretación de El Mosquito. *Viñeta: el presidente Juárez.*

la policía, y Juárez ordena la detención del general Campos y el coronel Julio Figueroa, además del traslado de un par de regimientos sospechosos. La Junta Revolucionaria suspende de inmediato la ejecución del plan. Todo parece quedar desarticulado y un gran desaliento campea entre los conspiradores.

La revolución

Al día siguiente, *La Nación* sintetizaba así la información sobre estas medidas: «Nieblas por todos lados. Un día de agitación. Revoluciones. Noticias alarmantes». Y el día 20 hablaba de una conspiración

Muere una ilusión, nace una mística

La fea palabra *traición* o una más simpática, *acuerdo*, son las que explican el desenlace de la revolución del Parque, que devolvió el poder a «los que sabían mandar». Con Pellegrini y Roca reverdeció el lema «Paz y administración», y los círculos dirigentes festejaron la victoria sobre Juárez y el mantenimiento del orden constitucional (y también de sus privilegios).

Además, se retiró del Parque una mayoría silenciosa que sabía que había sido derrotada, por la traición o el acuerdo, que para ella eran sinónimos, y que allí había muerto la ilusión que le hizo creer que la victoria estaba «ahí no más», que bastaba un combate victorioso, librado en una veintena de manzanas de Buenos Aires, para desalojar de todas las posiciones públicas a una oligarquía enraizada en ellas por más de treinta años. La ilusión murió, la cosa no sería tan fácil; habría que organizar en toda la República un movimiento capaz de derrocar al régimen, y Alem, al negarse a festejar la caída de Juárez, dio el primer paso en el camino a recorrer y generó la fuerza espiritual que haría falta para recorrerlo. Así nació una mística que se sintetizó en un principio, no transar con la oligarquía, y solamente en una palabra: intransigencia.

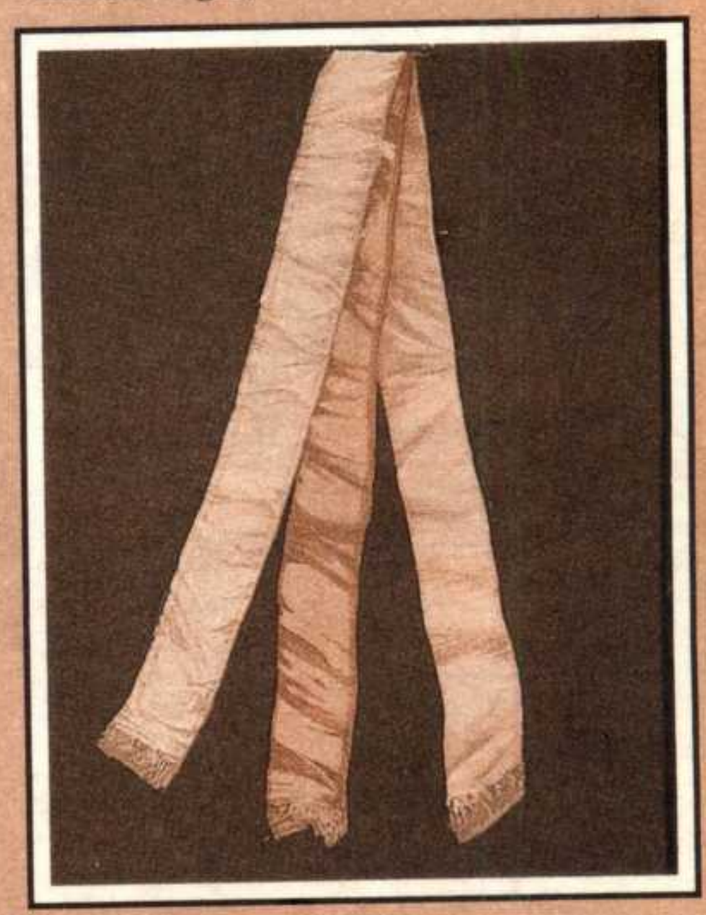
La intransigencia originó la Unión Cívica Radical, que no transó con el acuerdo Mitre-Roca e inspiró el movimiento militar del 93. Encarnada en Hipólito Yrigoyen, la intransigencia abortó la política de «las paralelas», dio carácter nacional a la revolución de 1905 y alejó de las filas radicales a distintos grupos «concurrencistas», ansiosos de repartir el botín con el régimen. Con una tozudez sin fisuras, la intransigencia obtuvo sus propósitos: el sufragio libre y la plena vigencia de la Constitución, tras un rudo bregar durante un cuarto de siglo.

Cada reafirmación de intransigencia apartó de la Unión Cívica Radical a figuras de nombre, a veces valiosas, pero le granjeó en cambio el apoyo anónimo de la ciudadanía que la llevó al triunfo en 1916.

Esta ciudadanía anónima que supo corporizar la mística nacida en el Parque, único saldo positivo de las confusas jornadas de julio, es la legítima heredera de la revolución del Noventa ■

Adolfo Casablanca

Abogado, historiador, ensayista y dramaturgo. Autor de *La sociedad argentina* (en colaboración con F. Sabsay y A. J. Pérez Amuchástegui).



Preso el general Campos, el coronel Mariano Espina (abajo) pretendió encabezar el movimiento militar, pero la propuesta fue rechazada por los revolucionarios, que repudiaban su carácter brutal.
Pie de página: tropas gubernamentales en la plaza Libertad, el antiguo Hueco de doña Engracia.

Archivo General de la Nación

militar que contaba con 7000 hombres. Pero la revolución tenía preso a su jefe, y aunque el coronel Mariano Espina ofreció encabezar el movimiento, tenía fama de bárbaro, y debido a ello su propuesta no fue aceptada.

Inesperadamente, el 22 de julio el ambiente se distiende. La policía afloja su vigilancia sobre los conspiradores, y los jefes detenidos son autorizados a recibir visitas. Es así como el general Campos mantiene, en el alojamiento donde está detenido en el 10 de Infantería, una larga entrevista con Roca. Después de esta reunión, Campos hace saber a la Junta que el día que se señale saldrá al frente del regimiento donde está detenido para concentrarse en el Parque y llevar a cabo el plan anterior. Alborozo en la Junta: ¡todo está salvado! Se fija una nueva fecha, el sábado 26 de julio: en lo demás, no variarán los planes.

Efectivamente, en la madrugada de ese día llegan al Parque de Artillería, sobre la plaza Lavalle, en la manzana que hoy ocupa el Palacio de Tribunales, tres regimientos de infantería, uno de artillería, un batallón de ingenieros, una parte de la guardia de la Casa de Gobierno y un buen número de cadetes del Colegio Militar. También llegan varios centenares de civiles, y cuando al salir el sol el general Campos hace tocar el himno nacional frente al edificio, la emoción y la alegría de los revolucionarios parece desbordar. ¡Nadie puede oponerse! ¡Sólo falta marchar sobre la Casa de Gobierno!

Entretanto, el presidente, Roca y Pellegrini deliberan sobre la actitud que debe

Archivo "Todo es Historia"

La última víctima de la revolución fue el alférez Manuel Urizar. Cayó el día 29 y su muerte inspiró esta pintura de F.A. Schwartz (abajo), en la que se ve también al doctor Alem.
Pie de página: cantón cívico de Piedad (hoy Bartolomé Mitre) y Talcahuano.

adoptarse. Los dos últimos aconsejan a Juárez abandonar la ciudad y el presidente cae en la debilidad de acatar este dictamen. Se arma apresuradamente un convoy ferroviario que lo llevará a Campana, y a partir de ese momento Pellegrini queda, de hecho, a cargo de la represión, secundado eficazmente por el ministro de Guerra, general Nicolás Levalle, que ya ha adoptado por su cuenta algunas medidas. Es así como los alrededores de la plaza Lavalle son cercados por un precario dispositivo militar que impide a los revolucionarios abandonar el lugar, aunque parece evidente que durante todo el día 26 hubiera bastado una salida decidida para romper el cerco.

En el Parque, la preocupación reemplaza muy pronto la euforia inicial. ¿Por qué no se intenta una salida? La Junta Revolu-

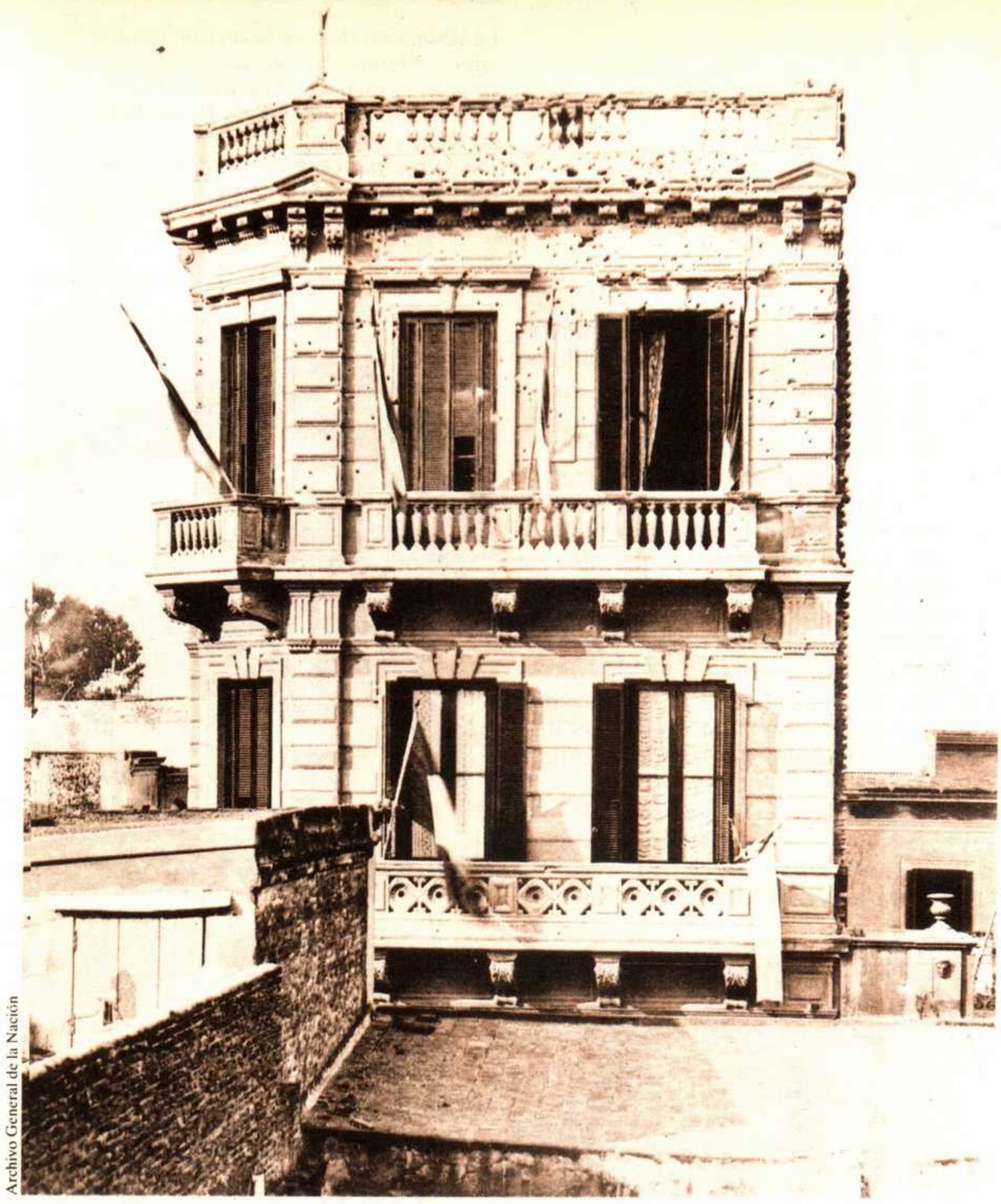
Museo Saavedra

Archivo "Todo es Historia"

cionaria delibera permanentemente, pero acata las órdenes del general Campos, quien explica la conveniencia de seguir concentrados allí. De todos modos, los civiles han tomado posiciones en edificios de los alrededores formando «cantones» donde menudean las boinas blancas que distinguen a los cívicos.

Durante el sábado 26 ambos bandos se tirotean y hay muchos muertos y heridos. A la noche cesa el fuego. El corresponsal del *Times* de Londres transmite su impresión: la ciudad es un cementerio, lúgubre, medroso. Al día siguiente, domingo 27, se reanudan las hostilidades y el coronel Espina, sin esperar órdenes del general Campos, hace un avance por Talcahuano hacia plaza Libertad, donde el ministro de Guerra dirige las operaciones. De pronto suenan en ambos bandos los clarines que mandan el alto el fuego. Se ha pedido un armisticio para que los revolucionarios puedan retirar a sus muertos, y Pellegrini ha aceptado. Mientras cesan las hostilidades llegan refuerzos al gobierno y en el Parque crece la sensación de fracaso, pues ha trascendido el informe de Campos a la Junta, que anuncia que las existencias de municiones son más escasas de lo que se había supuesto y en consecuencia no hay posibilidades de resistir mucho tiempo el asedio. El lunes 28, aunque continúan los tiroteos aislados, la lucha más ardiente es la que se desarrolla en el interior del Parque para convencer a los recalcitrantes de la necesidad de un armisticio; en ese sentido ya se están desarrollando negociaciones más o menos públicas. El martes 29 se firma la capitulación. Las condiciones impuestas por el gobierno son generosas: no se perseguirá a nadie y los militares comprometidos no serán sancionados.

En el Parque y los cantones crecen la frustración y la ira. Se buscan responsables, el coronel Espina increpa a la Junta, y el mismo Alem deberá retirarse casi clandestinamente porque muchos soldados están en una actitud de abierta insubordinación. Angel Gallardo cuenta en sus memorias que un grupo de jóvenes de conocidas familias porteñas fue conducido por Marcelo de Alvear a un punto del sur de la ciudad con el pretexto de cumplir una misión; en realidad, lo hizo para sal-


Archivo General de la Nación

varlos de la soldadesca y desconcentrarlos con cierta seguridad.

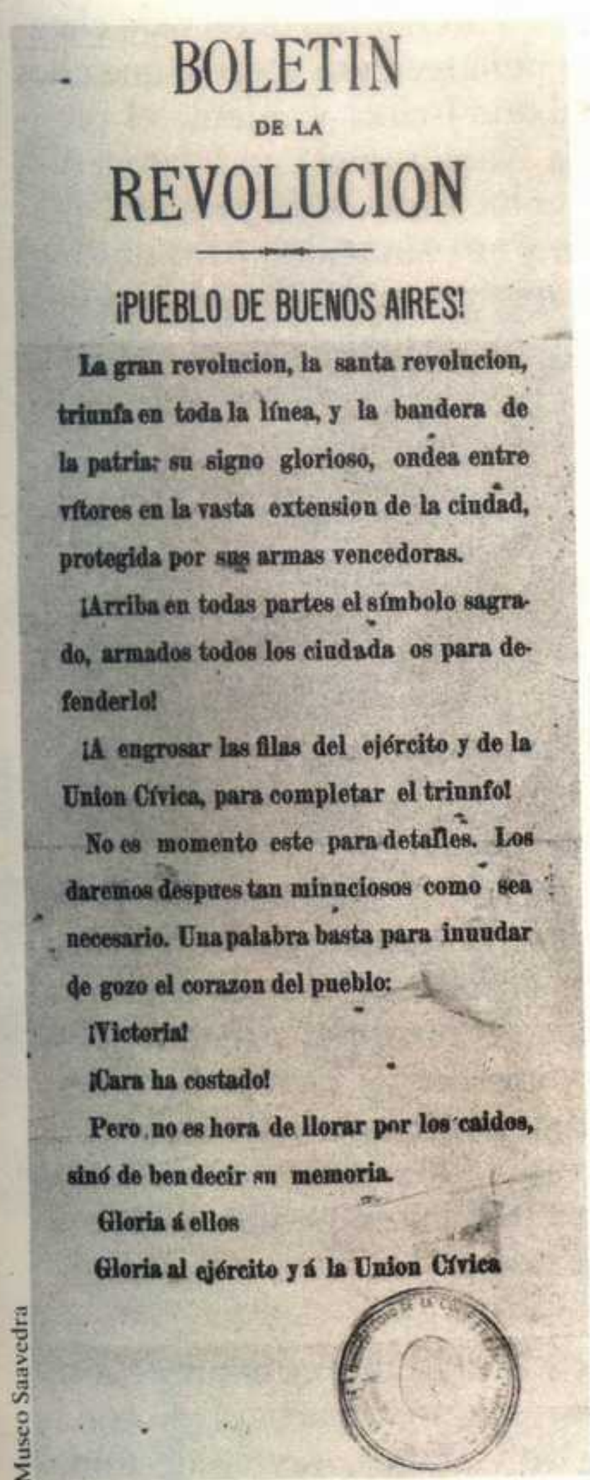
En la Casa de Gobierno, a las cinco de la tarde, el presidente (que el día anterior había regresado de su desairado viaje), acompañado por Roca y Pellegrini, recibe la capitulación y ordena acallar los clarines de triunfo que algún inoportuno había hecho tocar. La revolución había terminado. Pero, como diría el senador Manuel D. Pizarro al día siguiente, el gobierno estaba muerto.

En los días subsiguientes, sin que los porteños pudieran recuperar el ritmo habitual de la ciudad, Juárez intentó algunas salidas. Aceptó las renuncias de sus ministros y buscó apoyos. Pero el vacío crecía en torno de él. El domingo 3 de agosto convocó a los parlamentarios a una reunión en la Casa de Gobierno. Era -dice Juan P. Balestra en su clásico libro *El Noventa*- «un día desolado, sin tranvías ni coches, sin hipódromo, sin teatros y sin diarios; la ciudad parecía aletargada y muda». Los ministros de Juárez preguntaron a los legisladores si el gobierno podía contar con ellos. Se pidieron precisiones pero no las hubo. Entonces se integraron comisiones para entrevistar a Roca, Pellegrini y Levalle. Cuando regresaron, la atmósfera de la reunión se volvió más sombría: Roca había afirmado que el espíritu de la rebelión se estaba extendiendo, y Pellegrini había sintetizado su opinión diciendo que «no se puede gobernar sin dinero, sin fuerza y sin opinión». El ministro de Guerra reiteró su lealtad, pero no garantizó la del Ejército si no se cambiaba el rumbo.

La reunión terminó con una noticia que cayó trágicamente: el ministro de Hacienda informó que dos semanas más tarde había que pagar medio millón de libras esterlinas por el servicio de la deuda externa y las garantías de los ferrocarriles. «Y no disponemos, en total, de más de 35 000 pesos moneda nacional...»

Página 12: la casa de Biaus, en la esquina de las calles Artes (hoy Carlos Pellegrini) y Tucumán, estuvo ocupada por las tropas del gobierno y quedó acribillada a balazos. Abajo: una proclama revolucionaria convoca al pueblo a unirse a los sublevados, cuando éstos todavía creen en el triunfo.

Abajo: atención de heridos en un puesto sanitario; la revolución causó un total de bajas superior al millar.
Pie de página: el subteniente José Félix Uriburu, que cuarenta años más tarde encabezaría la revolución contra Yrigoyen, fue uno de los oficiales comprometidos en el movimiento antijuarista.
Viñeta: el doctor Leandro N. Alem.



BOLETIN
DE LA
REVOLUCION

¡PUEBLO DE BUENOS AIRES!

La gran revolucion, la santa revolucion, triunfa en toda la línea, y la bandera de la patria: su signo glorioso, ondea entre vítores en la vasta extension de la ciudad, protegida por sus armas vencedoras.

¡Arriba en todas partes el símbolo sagrado, armados todos los ciudada os para defenderlo!

¡A engrosar las filas del ejército y de la Union Cívica, para completar el triunfo!

No es momento este para detalles. Los daremos despues tan minuciosos como sea necesario. Una palabra basta para inundar de gozo el corazon del pueblo:

¡Victoria!

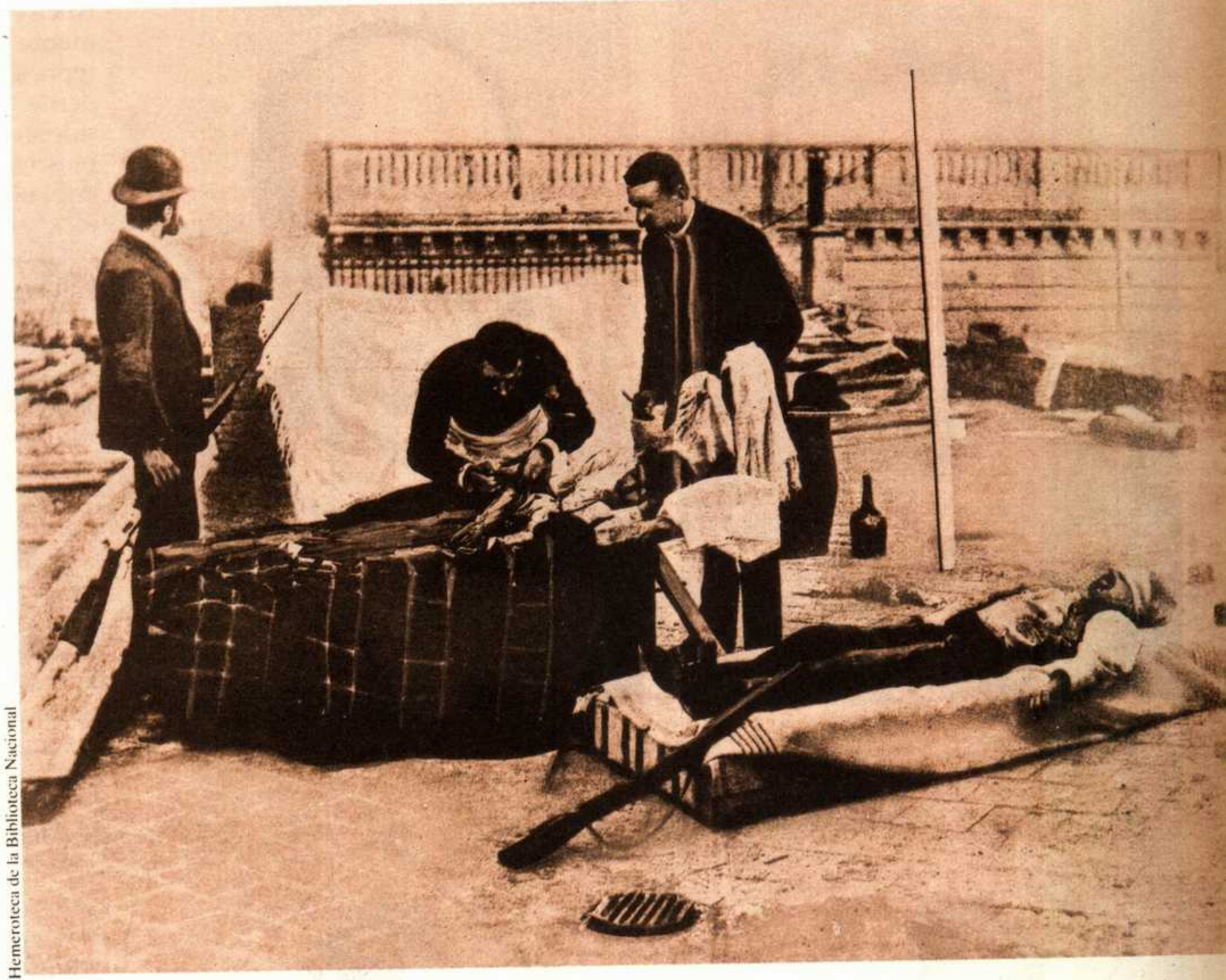
¡Cara ha costado!

Pero no es hora de llorar por los caidos, sinó de bendecir su memoria.

Gloria á ellos

Gloria al ejército y á la Union Cívica

Museo Saavedra



Hemeroteca de la Biblioteca Nacional

Al día siguiente, lunes 4 de agosto, la asamblea legislativa aceptaba la renuncia del presidente. Ramón J. Cárcano, que redactó el texto, cuenta en *Mis primeros ochenta años* que Juárez estaba tranquilo, pero hondamente afectado por la soledad en que se encontraba.

«Me voy al campo a criar vacas», dijo festivamente Cárcano. «Cuide de no criar cuervos», contestó el presidente renunciante, como si dejara escapar una obsesión que lo torturaba.

El 7 de agosto Carlos Pellegrini asumía la presidencia en el marco de una explosión de júbilo que pareció clausurar los días de luto y tristeza vividos desde el 26 del mes anterior.

¿Traición o acuerdo?

Los hechos que se han relatado sucintamente presentan contradicciones e incoherencias que carecen de explicación lógica y en su momento suscitaron perplejidades y suspicacias. Una conspiración casi pública que se desploma con la detención de su jefe militar; el súbito aflojamiento de las medidas preventivas y un nuevo impulso de conspiración que culmina con la concentración en el Parque sin que el gobierno tome iniciativas para evitarla; un plan revolucionario perfectamente viable que deja de cumplirse; negociaciones que se entablan y llegan a buen fin pasando sobre la vocación combativa de los civiles y militares...

El análisis histórico ha confirmado la intuición popular de la época: la revolución fue traicionada. O, mejor dicho, hubo dos revoluciones distintas: la de los cívicos, que ingenuamente pelearon y murieron para derrocar el sistema vigente, y la de quienes imprimieron media máquina al estallido para lograr ciertos objetivos y evitar ciertas consecuencias. Por cierto, su actuación fue magistral.

Archivo General de la Nación

Abajo: el doctor Juan B. Justo (izquierda), que actuó como médico en el Parque, y el senador Manuel D. Pizarro (derecha). Pie de página: «pañuelo de la reconciliación», en el que se ven las figuras de Campos, Alem, Roca y Pellegrini. Viñeta: sello de cuño seco utilizado por los revolucionarios.

Archivo "Todo es Historia"

Biblioteca Municipal Manuel Gálvez

Museo Roca

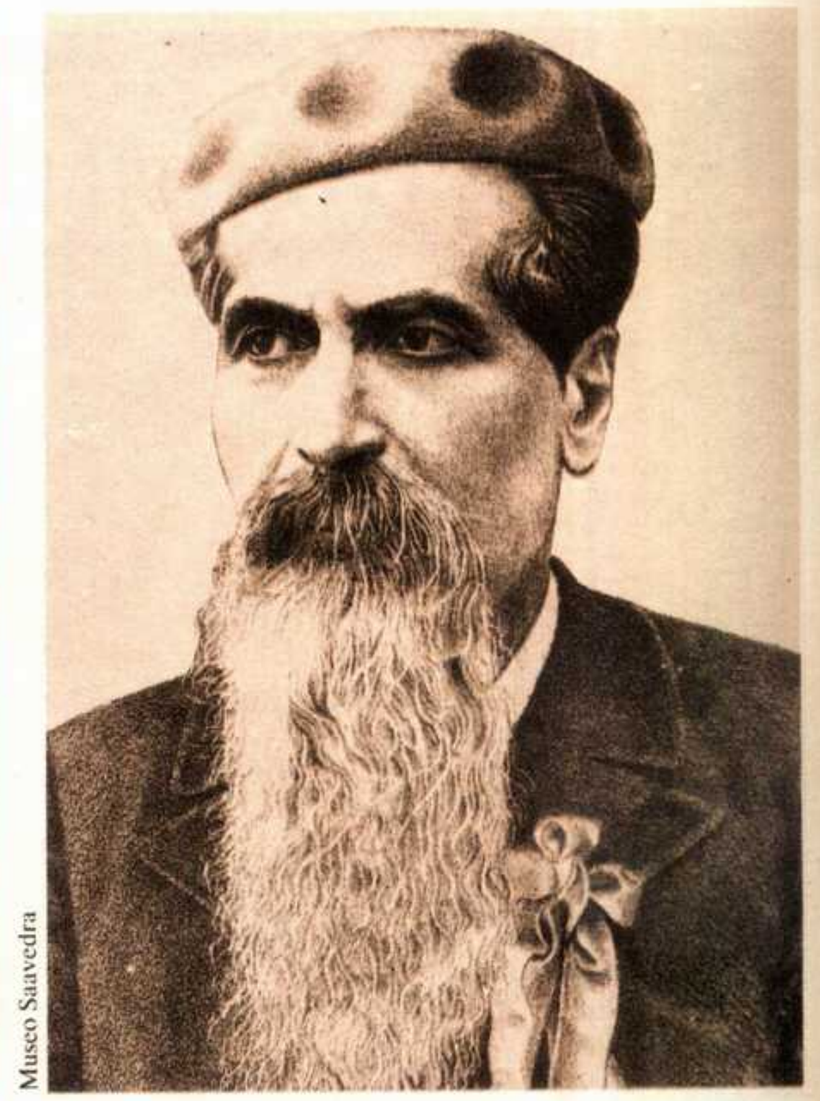
Roca y Pellegrini habían detectado claramente dos peligros para todo lo que ellos representaban: Juárez y Alem, el presidente de la Nación y el candidato a presidente revolucionario. El primero, desprestigiado y sin autoridad pero obstinado, podía arrastrar en su inevitable caída todo el sistema establecido; el segundo, por su origen social y político, por su temperamento inestable y vehemente y su carácter intransigente, era un elemento incontrolable con el que no cabía negociación alguna. Entonces había que urdir delicadamente las cosas para encauzar la revolución de tal modo que, sin triunfar por completo, bastara para desplazar a Juárez. A partir de la entrevista de Roca con Campos el plan marchó a la perfección. El jefe militar de la revolución, firme partidario de Mitre -sugestivamente ausente del país desde el mitin del Frontón Buenos Aires-, creía en la necesidad de una solución nacional alrededor de la figura del vencedor de Pavón. En consecuencia, las convicciones de Roca y de Campos coincidían en la conveniencia de liquidar a Juárez y no permitir el acceso de Alem al poder.

Esto explica la facilidad con que el complot, aparentemente desarticulado con la detención de Campos, revive de inmediato, y cómo los regimientos comprometidos pueden salir de sus cuarteles sin inconvenientes; se comprende asimismo la actitud de Campos, que mantiene a sus fuerzas acantonadas en el Parque sin emprender la ofensiva prevista. Y echa luz sobre el vacío que aísla al presidente después del fracaso militar de la revolución.

Los autores y víctimas de esta urdimbre nunca hablaron públicamente del asunto, pero hay evidencias documentales que demuestran la verosimilitud de esta tesis. Alem no podía denunciar una intriga que lo dejaba disminuido en su carácter de jefe civil del movimiento y siempre se refirió elusivamente a factores negativos y resistencias que habrían operado para frustrar el alzamiento cívico. Juárez, que guardó un digno silencio en los años que le quedaron de vida, no pudo callar su amargura en una carta enviada al tutor de sus hijos, que estaban estudiando en Londres, diez días después de su renuncia, fecha que imprime a su efusión una

Abajo, izquierda: Marcelo T. de Alvear, José C. Crotto, Enrique S. Pérez, Luis N. Basail, Tomás Valle, Mariano de la Riestra y otros protagonistas de la sublevación. Algunos llevan boinas blancas, adquiridas en un comercio local y convertidas en símbolo de la revolución. Leandro N. Alem (abajo, derecha), luce también la boina y los colores del Parque.

Archivo General de la Nación



Museo Saavedra

Vísperas de la capitulación

En el grueso volumen editado en 1891 y titulado *Origen, organización y tendencias de la Unión Cívica*, el doctor Aristóbulo del Valle relató lo acontecido en el Parque el lunes 28 de julio, en horas de la tarde.

«La revolución estaba irrevocablemente perdida. Fue esta la opinión de la Junta, del general Campos y del general Napoleón Uriburu, que se nos había incorporado el primer día del movimiento. Sin embargo, los doctores H. Yrigoyen y M. Demaría pensaban que todavía era posible triunfar. Demaría indicaba la conveniencia de trasladarnos a Entre Ríos para municionarnos en Montevideo y volver por el camino del Rosario levantando a nuestro paso el norte de la provincia de Buenos Aires. Yrigoyen sostuvo que todavía no era el caso de dar por vencida la revolución, y que una vez que se había jugado este recurso supremo, había el deber de hacer mayores esfuerzos, indicando al efecto que saliéramos del Parque batiéndonos en retirada y penetrásemos a la provincia de Buenos Aires, la que inmediatamente, como era notorio, se pondría de pie en favor de la revolución, y a la vez facilitaría su acción al pueblo de la capital, para que se nos incorporase. Se le observó el mismo inconveniente de la falta de municiones y de elementos para armar tantas fuerzas; y entonces sostuvo que podíamos embarcarnos, municionarnos en Montevideo, tomar las provincias del litoral y después, en el terreno de los hechos, con el conocimiento de la actitud que asumieran los pueblos de la República, resolver lo que correspondiera honrosa y patrióticamente.

.....

El doctor Alem se retiró con varios amigos. El general Campos lo hizo con el doctor L. V. López y algunos miembros de su familia. Me había comprometido a acompañar al comandante García, jefe del 9.°, y así lo hice. A la hora de oraciones [del martes 29 de julio] le dejaba en su casa de la calle Piedad entre Libertad y Talcahuano y me retiraba a la mía, con la tristeza profunda de tan gran desastre, pero con la resolución inquebrantable de continuar la lucha por la reorganización constitucional del país.»

El testimonio del doctor Del Valle está firmado el día 1 de diciembre de 1890 ■

Abajo: tapa del primer tomo de La revolución *(izquierda), una crónica de J. M. Mendía, y un texto de homenaje al jefe del partido radical (derecha), firmado por Barroetaveña. Viñeta: los protagonistas políticos del ajetreado año 1890 desfilan en un «concurso de belleza» organizado por* El Mosquito.

Archivo General de la Nación

Al Gefe del Partido Radical

DOCTOR LEANDRO N. ALEM

La Comision Organizadora de la Manifestacion Popular á sus correligionarios de La Plata

¿Quién es el Dr. Leandro N. Alem, presidente del Comité Nacional desde hace cuatro años?

Ciertas personalidades, que sobresalen del comun de los hombres, gozan el privilegio de importancia ria, en su pueblo y en su época, al extremo que no necesitan presentación, pues todo el mundo dieu su estabilidad. Tal acontece con el presidente del radicalismo en los pueblos del Plata; y sino ra por hacer resaltar al abanderado de mi partido en este estudio político, me bastaria decir su bre, para que todos reconocieran en él la condensación de las excelentes virtudes que lo adornan.

¿Quién es Alem? No lo vá á decir su amigo y admirador de trato diario desde hace más de cuatro s. Va á perfilar su austera personalidad moral, un adversario político, un publicista profundo, un sociólo y un ilustrado jurisconsulto argentino cuya muerte prematura enlutó al Buenos Aires intelectual. El Dr. ncisco Ramos Mejía en la introducción al libro sobre la Unión Cívica, trazó estas justicieras palabras: «El doctor Alem, es todo un carácter, y para mí creo haberlo dicho todo. Su barba que blasquea ya; no á manchada por ninguna claudicación, ni oscurecida por ningun desfallecimiento; su alma viril se templado en la desgracia y en el ostracismo, voluntariamente impuesto por la virilidad de su carácter, la honesta rectitud de sus principios. Por esto cuando fué ne sario buscar un hombre para ponerlo al frente de la Unión Cí a, Alem, se dijo y no hubo discrepancia.»

¿Quién es Alem? Podríamos contestar imitando á Daudet en un logo célebre embellecido por la novela; id á preguntarlo á las alas del Paraguay; id á preguntarlo á las aulas del Derecho l Rosario, id á preguntarlo á la tribuna parlamentaria, y á las las del civismo,—id á preguntarlo á la historia contemporánea movimiento regenerador argentino;—y os contestarán la fama, alento, la virtud, la oratoria y el carácter, que Alem es uno los más preciados repúblicos del Plata.

a juventud de mi patria fué la iniciadora de la jornada reccio ia; y al proponer á los prohombres opositores la fórmula de la anización cívica, indicó la personalidad del doctor Alem para la sidencia del Comité Nacional. Fué aceptada sin discrepancia, ordando que el general Mitre dijo que el doctor Alem, por su ácter, por su valor, por sus condiciones morales y por venir pro sto por la juventud, era el indicado para presidir el movimiento. ende que aceptó un puesto erizado de peligros, desencantos y cultades se entregó de lleno, íntegramente, á la campaña re ocadora. Como el monje que al tomar religión en una orden exible, solo piensa en Dios, olvida y abandona sus intereses y vinculaciones mundanas—así Alem cerró su estudio cuando se bió de la presidencia de la Unión Cívica, no tuvo vida mas que a la patria y sus modestas necesidades fueron llenadas por pe ñas economías y por el pago deficiente de honorarios atrasados. patria, su salvación, el honor nacional, la libertad y la justicia, hí sus vinculaciones y el objetivo único de sus anhelos. Abrazó alma y corazón la noble causa; y en cuatro años de lucha sin riel contra la opresión, en cuatro años de esfuerzos inauditos, gros y desencantos, alumbrados por esperanzas lejanas, Alem no tenido mas reposo que las dos prisiones ilegales ordenadas por grini en La Argentina, y por Saenz Peña en el Rosario ¡Estas sido sus vacaciones! Y allá va, sereno y altivo, con la faz llo ada como un profeta, seguro en la victoria inevitable del radi mo, porque es la causa de la civilización argentina, despre ido con magnánimo desden, las miserables persecuciones de los rros y de los explotadores de la dictadura!

uién sino este hombre de acero habría podido resistir una vida agitada, laboriosa é ingrata? Alem no tiene hora de comer ni ormir; en ocasiones se alimenta una vez al dia, otras ninguna; rmi algunas horas de la mañana, despues que sale el sol, pues a esa hora despacha la política, celebra conferencias, escribe á provincias, medita sobre los mil incidentes de la gran campaña tesoro radical; y á medio dia reconcluenza la labor improbe para repetirse *jour á jour*. Las jiras parroquiales y por las catorce provincias, exigen un centenar de discursos patrióticos, unos de indignación contra el funesto sistema que nos degrada, contenidos y cultos para juzgar á los dres; con elocuencia tribunicia digna de Cayo Graco para resultar una democracia, enervada por la sia y la abstención, con acentos viriles para fulminar el crimen y evocar con unción nuestros pró s y nuestros grandes dias, entre destellos de patriotismo arrebatador. ¡Cuantas veces, medio anémico, sentido vértigos y se ha propuesto apenas saludar las asambleas con palabras familiares que no le tiaran su organismo fatigado! Pero empieza su discurso sencillo; un aplauso lo conmueve y hace brotar quel temperamento eminentemente oratorio, una idea luminosa. Entonces se irradia su faz y su mirada vuelve fulgurante; con ese estallido ha electrizado el auditorio; y ya la improvisación lo gobierna y ta cerca de media hora. Al fin, una sonrisa melancólica lo vuelve á la vida real, y termina su lo de una oración.

En la lucha cívica, Alem ha tenido la resistencia y la fortaleza incomparables de Cirino XII para la rra.

El peso del doctor Alem por los parlamentos, ha sido como todas las manifestaciones de su vida tica, brillante y fecunda. Allí tambien ha sido jefe de grupo que alguna vez llegó á ser mayoría. ueta sentimental é inspirado, el tribuno ardiente, el oficial impetuoso del Paraguay, el hábil secre de Legación en Rio Janeiro y Paraguay, el bravo luchador político,—en los parlamentos se reveló che públicos de vistas profundas, y lejislador ilustrado. Muchas han sido sus iniciativas saludables en Cámaras, y varios los discursos fundamentales que se consultan con provecho. Sus grandes arengas aron sobre la capitalización de Buenos Aires, sobre instrucción universitaria, sobre la revolución nita, sobre intervenciones, y sobre varios asuntos administrativos importantes.

En el Congreso Nacional, durante el gobierno de Avellaneda, mantuvo nuevo una vez á raya al or Adolfo Alsina, Ministro de la Guerra, interpelando sobre el ejército, la administración militar y Fronteras. Al principio de este gobierno cuando la revolución militista de 1871, fué el brazo derecho ministro Alsina, yendo al buque almirante de la escuadra, como secretario de marina, acompañado de er ejercitada, y así impidió que se sublevaran los demás buques, y logró someter los revolucionarios. después, combatió decididamente la conciliación de 1877, y estimó su acción parlamentaria fué eficiente, advirtiendo que apesar de la amistad política que lo vinculaba á los hombres del gobierno, ibaal un núcleo parlamentario de control eficaz al Poder Ejecutivo.

El doctor Alem es un hombre de pasiones fuertes, gobernadas por la educación, por una moral serv y por principios tan puros, como rígidos. ¡Cuánta estupidez ha bordado á este respecto la simplicia ó maldad de ciertas gentes excitadas por insinuaciones pérfidas, ó por calumnias torpes! No conozco hom de su temperamento nervioso, mas culto y medido en el hablar; ni creo que haya otro que sa gobierne con mas energía sus pasiones impetuosas, que las haga servir á causas mas nobles, que tenga corazón mas generoso y una alma mas inclinada al bien y á la humanidad. De él podría decirse de Adolfo Alsina: «¿Cuántas veces he visto caer el lodo sobre su frente pura sin mancharla!» Sobre la fa ba de Alsina, Avellaneda pronunció estas palabras, que son en Alem una ley moral para su vida: el grande no es temer fuertes y poderosas pasiones, sino sobreponerse á ellas y dirigirlas por la senda del bie Con esta energía para gobernar las pasiones, lejos de ser un defecto, constituye un atributo de altísim importancia, una cualidad primordial de los conductores de pueblos.

El prestigio del doctor Alem en la República Argentina, es inmenso. Las multitudes beben pala á su paso; las clases dirigentes del radicalismo se inclinan ante sus virtudes y ante su autoridad moral, hasta los mismos adversarios lo respetan aunque le temen á l ódios. Recorrió todas las provincias; y su gira política, fué u série de ovaciones al gran patricio, y un testimonio elocuente adhesión á la causa radical. En Buenos Aires ha sido estimado c entusiasmo frenético por las asambleas mas populares. Y si el vitismo del senado nacional lo ha expulsado del congreso en ob quio á la restauración roquimodernista; si la bajeza y la cobar de los que dirigen esa vergüenza, aplican al senador Alem,—ere tado por motivo *del estado de sitio*,—las durezas reglamentarias co das para homicidas y ladrones, el país repruebe esas miserias, opinión política los favorece con sus simpatías, el 1º de año recibió mil cartas y mil quinientos telégramas de felicitaciones efusiv y el Partido Radical de Buenos Aires lo acluma su candidato á senad

¡Ved ahí el resultado contraproducente de las rutinadas de opresión!

Así como el radicalismo ha aumentado mucho sus afiliados en Provincias y en la Capital á causa de la barbarie y del cosmopolitis con que lo ha perseguido el gobierno del Dr. Saenz Peña,—igual manera el prestigio del doctor Alem se ha acrecentado, y su actitud varonil y abnegada en la lucha y sus ataques, por las p secuciones y torpezas oficiales de que ha sido y es víctima. Pero, cambia, que diferencia entre Alem, Saenz Peña y su gabinete vividores. El presidente y sus ministros tiemblan á la libertad un hombre y de un pueblo; viven bajo constante estado de sitio rodeados de guardias de líneas mientras que toda la República admira y clama á su gefe sumiso en un calabozo, incomunicado, b espionaje humillante, sin admitirsele luz desde las diez de la noc ni el mas indispensable servicio.....¡oh *Máquina!*.....¡El ladrón t el juez:

Alem es el gefe del Partido Radical, y acentúo á designarlo es palabra *gefe*. No es un simple presidente del Comité Nacional, mas que eso; es el elejido en un momento supremo para dir la salvación de la patria; es el argentino de mayor prestigio popul es un carácter con temple de acero, una virtud incorruptible, varon fuerte, de esos que aparecen de tarde en tarde á los pueb decadentes, para imprimirles el sello de un genio y sacarlos de postración. A hombres de tal valía no se les llama presidente de comités, sino gefes, lo que, no importa mengua de unidad, p que cada uno es soberano en su esfera y en su función sino re nocer y aprovechar esas cualidades excepcionales, que levant una personalidad sobre el nivel de los hombres.

No obstante su carácter, las altas aptitudes y el gran prestig que tiene con toda justicia, el doctor Alem jamás toma por sí sí una medida trascendental. Somete al Comité, á la Junta de Gobierno, consulta al doctor Irigoyen, en fin, á todas las personas que puedan ilustrarlo ó hacerle indicaciones saludables. Es el hombre m modesto del mundo para admitir la luz de donde venga, y rectificar sus opiniones equivocadas. L que no lo conocen íntimamente, lo encuentran osco, arbitrario y vehemente; pero tratarlo á fondo, encuentra en él, al lado de la impetuosidad del león cuando hay motivo para sublevarse, un corazón niño, sano y bondadoso, noble y altivo á la vez. Este es Alem por dentro.

Se comprenderá que á un político de la talla del doctor Alem, no se le recomplan así no más; que toda ambición que no se escude con un presente y con un pasado como los del doctor Alem, tend que aguardar su turno histórico, y hacer la vénia correspondiente al *pensador de los corazones* argen *tinos*; como la llamó el doctor Pedro C. Molina.

El doctor Alem es el gefe del radicalismo, ó su abanderado como él se llama modestamente, pero no el partido; es decir, su voluntad no gobierna al partido, sino que este se rige por sus convicciones y p sus directorios, quienes armonizan ideas con el gefe del partido. Pero cuidado con una desinteligenc profunda de este y con una debilidad que importe claudicación del programa adoptado por la mayoría Entonces el prestigio más sólido se derrumba en una semana. Alem mismo lo ha dicho. La grandeza de la reacción cívica está en ser impersonal, y en volver el partido la espalda al gefe ó al candidato, cuand estos violan el programa ó se unan al enemigo. Y el mismo lo ha dicho en público: así como la polít del acuerdo ha liquidado el prestigio nacional de Mitre, una defección semejante de Irigoyen ó de Alem conmoverían con su influencia en veinte y cuatro horas.

Prestigios como estos, no se destruyen con reclamentos de prensa, doctor Saenz Peña, ni con vibr inspiradas por el miedo y el enorme de ministros desconceptuados. Mientras la restauración siga su ob perversa, el pueblo, el espíritu nuevo de la República Argentina, reconoce por su gefe genuino al doct Leandro N. Alem, para que conduzca la campaña cívica, que fatalmente llegará al triunfo, quebre reac Alem lo ha dicho.

F. A. Barroetaveña.

Museo Saavedra

autenticidad y una emotividad innegables. Decía: «He sido víctima de la conjuración más cínica y más ruin de que haya memoria en los anales de la miseria humana, cuyo protagonista era un hombre a quien había profesado una vieja y leal amistad y con quien me ligaban otros vínculos que no ha sabido respetar. Ni yo ni mi familia mantendremos relaciones de ningún género con Roca.»

Por su parte, Roca develó parte del misterio en una carta dirigida al ministro argentino en Washington, Martín García Merou, a un mes y medio de la renuncia de Juárez. «Ha sido una providencia y una fortuna para la República que no haya triunfado la revolución ni quedado victorioso Juárez. Yo vi claro esta solución desde el primer instante, y me puse a trabajar en este sentido. El éxito más completo coronó mis esfuerzos, y todo el país aplaudió el resultado, aunque haya desconocido al autor principal de la obra.»

Finalmente, Campos también reveló su participación en «esta solución». Un año después de la revolución del Parque, cuando la Unión Cívica se dividió entre los intransigentes de Alem y los que apoyaban el acuerdo Mitre-Roca, el antiguo jefe del movimiento cívico, fiel a su adhesión a Mitre, se pronunció por esta alternativa. Al responder a una carta que lo felicitaba por esta actitud, Campos dijo que ella «es consecuencia lógica de la que asumí en la revolución».

Los cívicos, y luego los radicales, convirtieron las jornadas de julio de 1890 en una gesta. Glorificaron sus símbolos -la boina blanca, la cucarda verde, blanca y rosa, la memoria de los caídos- e hicieron de su recuerdo una efemérides de celebración ciudadana. Pero el hecho indiscutible fue que Pellegrini, enérgico, prestigioso, lleno de recursos y dispuesto por sobre todo a restablecer el orden y la autoridad, era presidente, con el apoyo de Roca, designado ministro del Interior. Abríase una difícil etapa, cuyo más duro desafío era la reconstrucción de la confianza pública. A ello se consagró desde el primer momento el nuevo presidente, rodeado de una renovada esperanza popular y del apoyo de los círculos de mayor significación económica ■

2. El honor que se paga

Entre 1890 y 1892 la vida del país giró en torno a una obsesión: superar la crisis heredada del juarismo. Carlos Pellegrini y los políticos que lo acompañaban procuraron solucionar el problema de los compromisos financieros con el exterior. Contaban para ello con las ventajas de las buenas cosechas y el auge de la producción ganadera. Pero los proyectos más ambiciosos en materia de obras públicas debieron suspenderse. Entretanto, se agravaba la cuestión social: las protestas obreras ponían de relieve las malas condiciones de trabajo y los extranjeros emigraban a sus países de origen. Habían quedado atrás las expectativas de progreso sin trabas y era preciso hacer buena letra ante los acreedores europeos.

Poco después de hacerse cargo de la presidencia de la República, Carlos Pellegrini envió un mensaje al Congreso en el que enunciaba las prioridades a las que pensaba ajustarse su administración: «el honor y la pureza de nuestro crédito público -afirmaba el presidente-, nos imponen el sagrado deber de continuar los pagos, de probar nuestra relativa solvencia y de emprender una solución definitiva mediante la apertura de negociaciones en Londres capaces de producirla».

Esta decisión de recuperar la confianza internacional en la capacidad de pago de la Argentina caracterizará la gestión de Carlos Pellegrini y pasará a la historia como una forma de entender la política: un país dependiente de los grandes centros del poder económico mundial debe mantener a cualquier costo su capacidad de pago. Las consecuencias del no cumplimiento de los compromisos contraídos pueden resultar más negativas aun que mantener la palabra empeñada.

Una anécdota que relata Juan Balestra en su crónica *El Noventa* revela la obsesión por el problema financiero que signó los veintiséis dramáticos meses del gobierno de Pellegrini. Luego de la renuncia del presidente Miguel Juárez Celman, ocurrida en agosto de 1890, el vicepresidente convocó a una reunión de banqueros para saber si contaría con su respaldo a la hora de pagar las deudas contraídas. Una vez

Archivo General de la Nación

Carlos Pellegrini, a quien vemos aquí en una fotografía tomada por la casa A.S. Witcomb, tuvo la responsabilidad de conducir los destinos del país en uno de sus momentos más difíciles, cuando la crisis económica alcanzaba sus picos de mayor gravedad y arreciaban los problemas sociales.

Abajo: Carlos Enrique Pellegrini, retratista de la sociedad porteña, arquitecto e ingeniero, junto a María Bevans, su esposa, y los hijos de ambos. Carlos, el mayor, futuro presidente, aparece atrás, de pie.
Viñeta: Don Quijote *satiriza el divorcio del oro y el papel, consecuencia del curso forzoso.*

Archivo General de la Nación

recibida la respuesta afirmativa del grupo de «notables», exclamó Pellegrini: «Ahora sí soy presidente.»

El piloto de tormenta

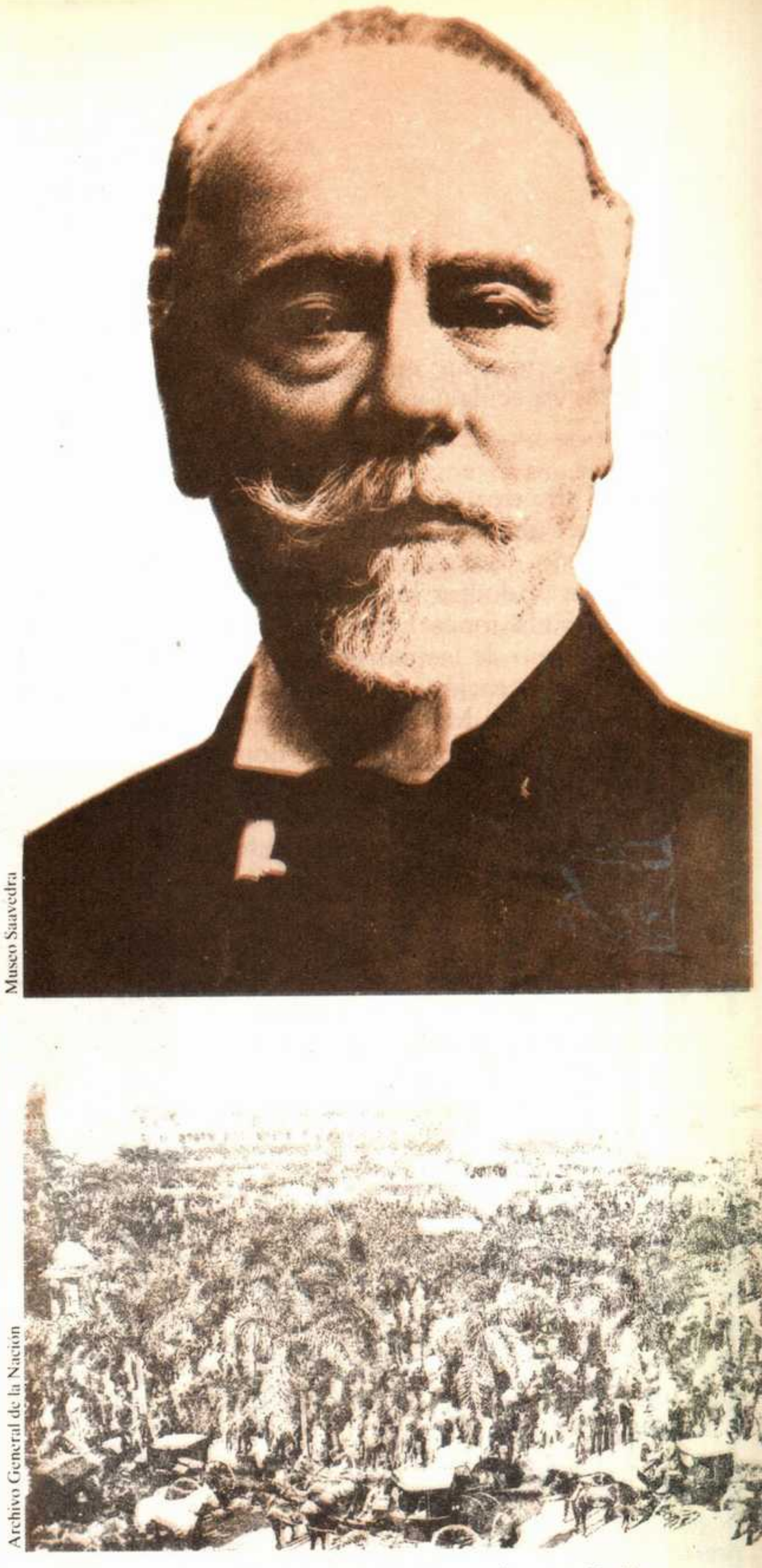
En repetidas oportunidades se ha calificado a Carlos Pellegrini como el «piloto de tormenta» que sucedió al irresponsable capitán que era Juárez Celman. Pero sus amigos preferían apodarlo el *Gringo*, alusión a la sangre de inmigrantes saboyanos que llevaba en las venas. Su padre, el ingeniero y retratista Carlos Enrique Pellegrini, había llegado al país en tiempos de Rivadavia y alcanzado una elevada posición social gracias a su talento. Muchos edificios y obras públicas de Buenos Aires fueron proyectados por Pellegrini padre, que era asimismo el retratista obligado de la sociedad elegante. El *Gringo* heredó el interés de su progenitor por la cosa pública. Plenamente integrado al grupo de los notables de la década de 1880, fue alsinista en sus primeros años de vida política, roquista más tarde y sólo llegó a ser «pellegrinista» en sus últimos años. Falleció en 1906, cuando había grandes expectativas de que ocupara nuevamente la presidencia de la República.

Pellegrini tenía detrás suyo un nutrido *cursus honorum*. Ministro de Guerra del presidente Nicolás Avellaneda en las horas críticas de la revolución de 1880, su ingreso al Senado de la Nación, al año siguiente, le permitió demostrar su inclinación por los temas económicos. Pronunció discursos memorables en apoyo del proyecto del puerto Madero, y otros referidos a la acuñación de moneda y al gobierno de los territorios. Soberbio y optimista, *bon vivant* aficionado a los viajes de placer y de estudio, entre sus actividades descollantes de la década iniciada en 1880 se recuerda su participación en la fundación del Jockey Club de Buenos Aires, del que fue primer presidente.

Teniendo en cuenta sus notables antecedentes políticos, se pregunta Paul Groussac en *Los que pasaban* cuáles fueron las razones que llevaron a Pellegrini a aceptar la candidatura a la vicepresidencia de la Nación para el período 1886-1892. «Qué consideraciones le movieron a re-

Abajo: en un dibujo de El Mosquito, *Roca y Pellegrini se presentan ante Juárez como damas del Ejército de Salvación. Después de renunciar a la presidencia, Juárez Celman (derecha) se retiró de la actividad política.*
Centro, derecha: la plaza de Mayo durante el mitin del 10 de agosto de 1890.

Archivo General de la Nación



Museo Saavedra

Archivo General de la Nación

nunciar, a los cuarenta años -la juventud para el estadista-, a la verdadera acción política, cual es el *leadership* en el Congreso o el gabinete, por un puesto de retiro, tan inerte como decorativo [...] Una sola influencia exterior hubo de ejercitarse: la del *deus ex machina,* que miraba en el acceso al poder de su leal y talentoso ministro una garantía personal...»

El artífice de la candidatura de Pellegrini a la vicepresidencia había sido Roca. También fue el *Zorro* quien urdiera la maniobra para que el poder, luego de la revolución del Parque, pasara a manos de Pellegrini, porque el general tucumano y el elegante *clubman* porteño se entendían bien en las lides políticas y confiaban mutuamente en sus fidelidades.

El esquema político del *Gringo* en agosto de 1890 se limitaba a enderezar las arbitrariedades y las locuras del juarismo: suprimir los gastos desorbitados, las emisiones sin control y el hábito de endeudarse sin tener en cuenta los medios de pago disponibles. En lo político, el nuevo presidente se limitaría a quitar los auxilios del poder público nacional a los amigos de Juárez Celman que ocupaban los gobiernos provinciales. Pero algunas de las medidas de carácter económico adoptadas por la nueva administración, sobre todo la fundación del Banco de la Nación Argentina, se contabilizan entre las realizaciones memorables que casi un siglo después mantienen su vigor y lozanía en nuestra República. El banco debía estimular la industria nacional.

El ministerio formado por Pellegrini en 1890 se caracterizó por la presencia de las corrientes políticas que se vieron favorecidas por la revolución del Noventa: figuras moderadas de la Unión Cívica, antiguos mitristas y roquistas de reconocida actuación, entre los cuales descollaba la personalidad del doctor Vicente Fidel López, ministro de Hacienda, a quien correspondería encontrar solución a los problemas económicos. López, de ochenta y cinco años de edad, miembro conspicuo de la generación de 1837, literato y político de larga trayectoria, formaba parte de una familia de gran tradición republicana (era hijo del autor del Himno Nacional y padre de Lucio, el novelista de *La gran aldea*). Vicente Fidel conservaba mucho de esa austeridad de antaño,

Abajo: Mitre visita la Casa Rosada; a su derecha se sientan el general Levalle y Carlos Pellegrini.
Pie de página: dos ministros del gobierno Pellegrini, Vicente Fidel López (izquierda), que ocupó la conflictiva cartera de Hacienda, y José María Gutiérrez (derecha), que se desempeñó en la de Justicia.

que se había evaporado en medio de los lujos y de las especulaciones de la última década.

José María Gutiérrez, ministro de Justicia e Instrucción Pública, pertenecía a las filas del mitrismo, y en esa misma tendencia se situaba el doctor Eduardo Costa, ministro de Relaciones Exteriores, que era asimismo uno de los pensadores más lúcidos de su generación. En cuanto a la cartera de Guerra y Marina, fue a dar a manos del general Nicolás Levalle, hombre de confianza de Roca, quien ejercía la delicada función de ministro del Interior. Roca era sin lugar a dudas la personalidad políticamente más fuerte del nuevo gabinete nacional.

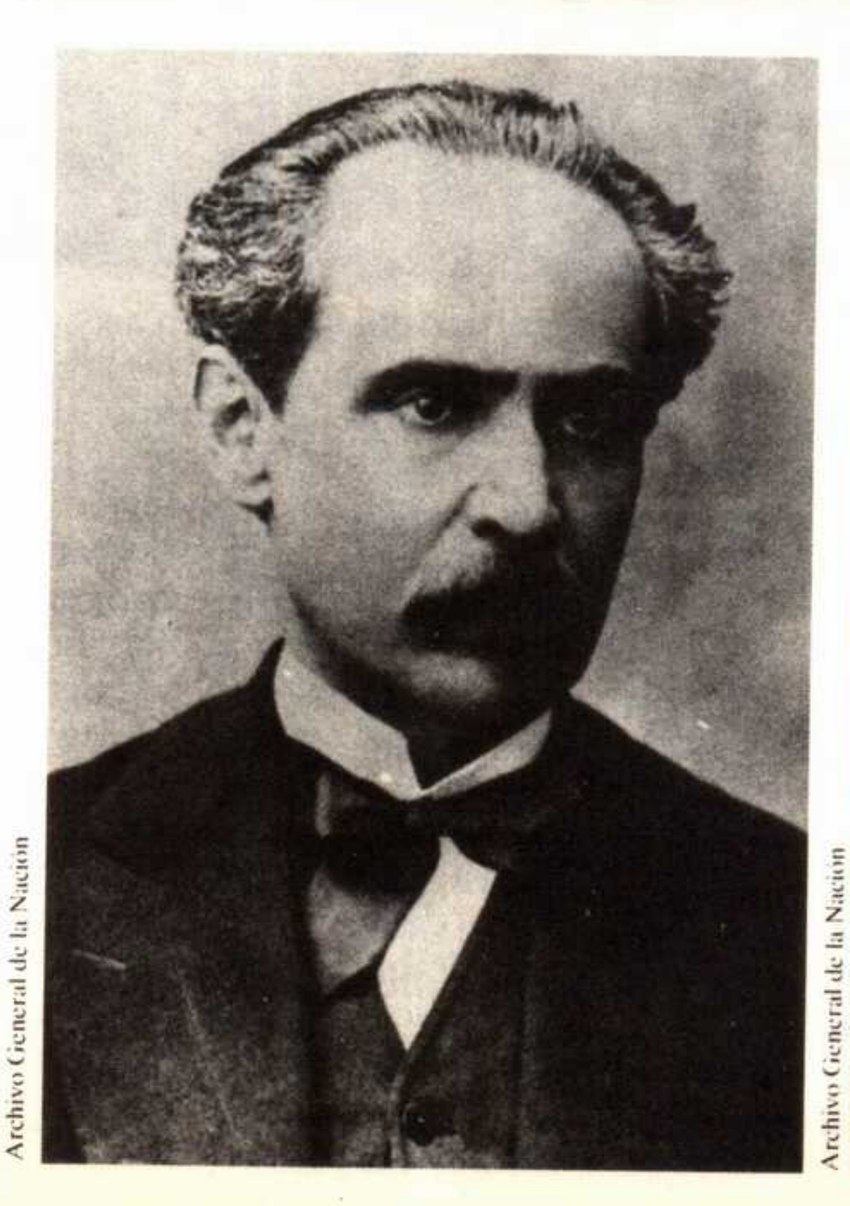
Pero había otros notables en la intimidad del flamante gobierno. Groussac menciona, entre quienes respaldaban al presidente Pellegrini, a Ezequiel Ramos Mejía y a Vicente Casares.

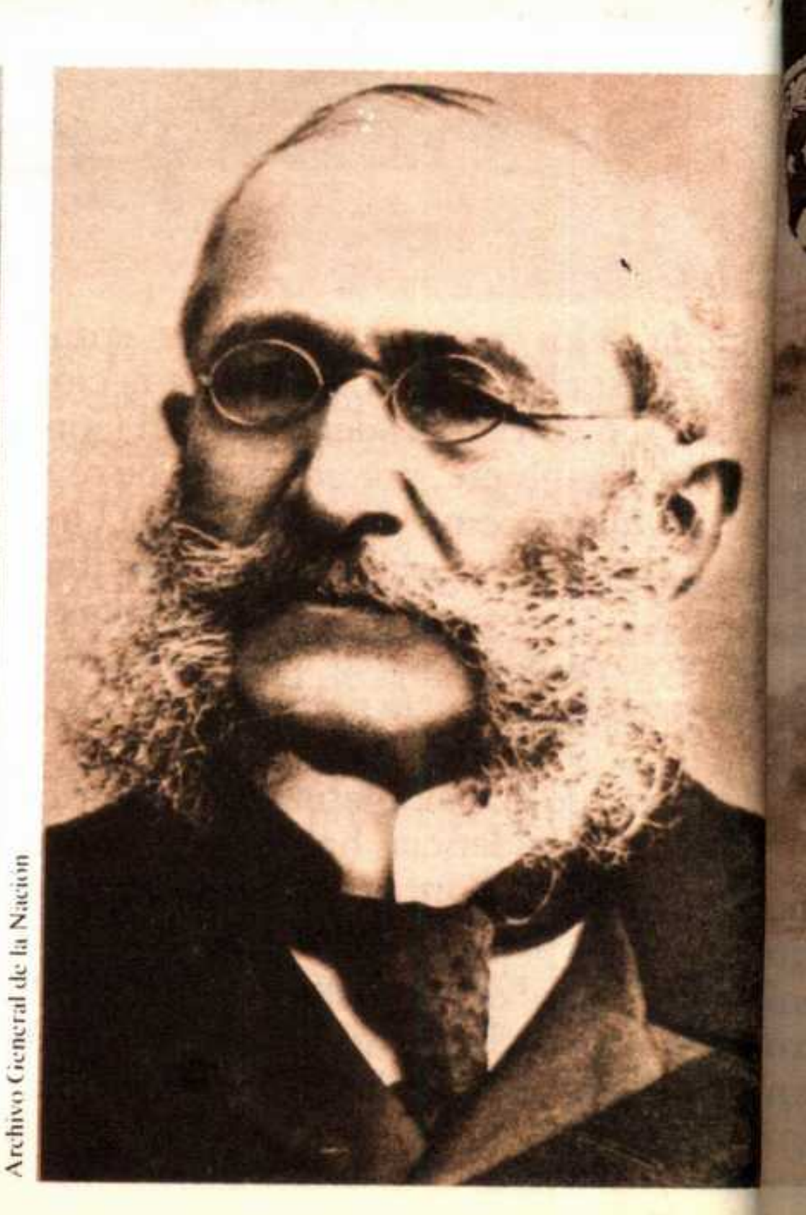
Nadie tan representativo del círculo de notables de la economía que acompañó a Pellegrini como don Ernesto Tornquist. Este «banquero con gustos de artista» -así lo califica Groussac- apodado también el Rothschild del mercado argentino, había financiado a los revolucionarios del Parque. Junto a sus amigos Juan José Romero y Luis Sáenz Peña fue uno de los mediadores que obtuvieron rendición de los sublevados. En 1890 era ya un hombre de negocios exitoso y en los años siguientes prestó un decidido apoyo a las principales iniciativas económicas del gobierno.

Entre las actividades empresarias más importantes de Tornquist se cuenta la rehabilitación del frigorífico La Negra de la firma Sansinena en el Riachuelo (1891) y el establecimiento de la planta de Cuatreros en Bahía Blanca. Vinculado a capitales franceses, Tornquist los encauzó para formar sociedades de colonización y de provisión de fondos para la explotación de campos en las zonas marginales del país, como Córdoba, La Pampa y San Luis. Otras empresas suyas tuvieron carácter industrial, pues fue accionista de talleres metalúrgicos y de compañías para la pesca de ballenas, y se interesó por invertir dinero tanto en los ingenios de azúcar como en la explotación del petróleo de Mendoza y de los quebrachales santiagueños. Era, además, dueño del famoso hotel Bristol de Mar del Plata.

Banqueros y hombres de la más elegante sociedad política de Buenos Aires rodearon, según se ha dicho, a Carlos Pellegrini. Los políticos opositores que adoptaban la austeridad como norma de conducta criticaban que la Casa de Gobierno se hubiera convertido en un auténtico club. Escribe Groussac: «También mereció reparo el abuso de llaneza criolla que por momentos, prestaba al gran despacho de gobierno el aspecto ultrapintoresco de un salón de club, donde todos entraban confundidos: ministros, congresales, militares, funcionarios, arbitristas, ociosos y personas sin importancia, formando diez corrillos entre nubes de humo; mientras el presidente, de pie, agitado, desbordante, cordial, trataba a voces los asuntos de Estado e iba de un grupo a otro pronunciando el sí o el no definitivo

Museo Mitre


Archivo General de la Nación


Archivo General de la Nación

Eduardo Costa (izquierda), que integraba las filas del mitrismo, fue ministro de Relaciones Exteriores de Pellegrini; Julio A. Roca (pie de página), el hombre fuerte del gabinete, manejaba los complejos vínculos con las provincias, lo que aprovechó para ir recobrando su influencia sobre ellas.

cortando de un sablazo la pretensión impertinente, e interrumpiendo de golpe una audiencia para firmar un expediente o redactar un telegrama.»

En este ámbito elegante y exclusivo se tomaron decisiones trascendentes que permitieron la recuperación económica del país; entretanto, en lo político se afianzaba el sistema de la «república de los notables», tan característico de las naciones latinoamericanas a fines del siglo XIX.

Una atmósfera inquietante

El equipo de gobierno que se ha mencionado en estas páginas debía afrontar una difícil tarea, en medio de una de las situaciones más delicadas que vivió el país desde su organización constitucional. El síntoma más revelador de la gravedad de la crisis eran los registros de entrada y salida de extranjeros, que por primera vez en varias décadas arrojaban saldos negativos. «La recesión general y la paralización

¡Ahora sí soy presidente!

"En la calzada había una multitud apretada hasta la asfixia que reclamaba con rugidos de tormenta la presencia y la palabra del nuevo presidente. El presidente no aparecía, entre tanto, y sólo se sabía que estaba encerrado con un grupo de banqueros y hombres de fortuna, seleccionados entre los concurrentes. Lo que allí pasó, según se supo después por alguno de los presentes, fue esto: Pellegrini tomó la palabra y dijo con una solemnidad a la que comúnmente no era aficionado: "La Constitución acaba de hacerme presidente: pero la ruina que amenaza al país me prohibiría aceptar el puesto, si no fuera capaz de evitarla, en cuyo caso el patriotismo me aconsejaría dejar el lugar a otros que pudieran salvar la situación y a cuyas órdenes yo sería el primero en ponerme [Aludía evidentemente a Mitre y a Roca]. Necesitamos de ocho a diez millones de pesos para pagar en Londres el 15 del corriente mes, es decir de aquí a nueve días, el servicio de la deuda externa y la garantía de los ferrocarriles; en el Banco Nacional no tenemos nada: si no pagamos seremos inscriptos en el libro negro de las naciones insolventes. Sólo la ayuda de todos los que están en condiciones puede salvarnos: ¡reclamo de ustedes esa ayuda en nombre de la patria! Se trata de una contribución inmediata y reservada, porque si divulgáramos lo que pasa, agravaríamos con el pánico, hasta hacerlo incurable, el mismo mal que tratamos de remediar. Si no tenemos el coraje de apeligrar los bienes, podemos perder lo que nos queda a más de lo que ya hemos perdido: sólo arriesgándolo todo podemos salvarlo todo. Aquí en este pliego he proyectado las bases de un empréstito interno: los invito a ustedes a suscribir y pagar de inmediato, al contado, ese empréstito, que será una deuda de honor para la Nación: el resultado de la suscripción me dirá cuál es la confianza que inspiro y determinará mi aceptación o renuncia del Gobierno." Y entregando el pliego a los más cercanos, pasó a las habitaciones contiguas. Los circunstantes leyeron por pequeños grupos el papel y fueron anotando las cantidades con que contribuían. Un rato después volvió Pellegrini y haciendo la suma se irguió exclamando: "¡Dieciséis millones! Bueno: ¡ahora sí soy presidente! Mis ministros serán el general Roca, el doctor Eduardo Costa, el doctor Vicente Fidel López, el doctor José María Gutiérrez y Levalle." Y saliendo luego a la vereda acompañado de aquel grupo que lo aclamaba enardecido, arengó fogosamente a la muchedumbre.»

(Tomado de Juan Balestra, *El Noventa,* Buenos Aires, 1971)

Abajo, izquierda: una caricatura de Don Quijote *refleja las dificultades de las familias numerosas.*
Centro, izquierda: un grupo de emigrantes espera el momento de embarcar; en 1890 y 1891 las salidas superaron a los arribos.
Abajo, derecha: una escena de la vida callejera.

Archivo General de la Nación

Archivo General de la Nación

Archivo General de la Nación

de obras públicas produjo desocupación y consecuentemente un aumento espectacular en el número de inmigrantes que retornaron a sus países de origen», escribe Ezequiel Gallo en *Argentina del ochenta al Centenario.*

Los conflictos laborales, consecuencia del deterioro de los salarios, demostraron también la hondura de la crisis, pues hasta entonces la gran oferta de mano de obra barata había desalentado a quienes se proponían iniciar huelgas o reclamos laborales. Gallo agrega que incluso los habitantes de las más prósperas colonias de Santa Fe empezaban a dar muestras de inquietud y de fastidio, un estado de ánimo que pronto los llevaría a irrumpir violentamente en el escenario político, como se verá en otro capítulo del presente volumen.

Fortunas espectaculares se habían desvanecido en pocas semanas: el legendario irlandoargentino Eduardo Casey luchó denodadamente junto a otro grande de las finanzas rioplatenses, el catalán Emilio Reus, para evitar el colapso de la Compañía de Obras que ambos habían fundado en Montevideo. Casey, responsable del gigantesco Mercado de Frutos de Barracas, construido gracias al crédito de Baring Brothers, extendió luego sus operaciones a Montevideo mediante el llamado Sindicato Argentino. Ambos financistas se proponían construir un barrio de viviendas para empleados, fábricas, puertos y pesquerías en la República Oriental. Todo fue inútil, pues a fines de 1890 sus fortunas se habían evaporado para siempre. Hasta los muebles de su casa vendió Eduardo Casey para pagar sus deudas.

Los acreedores extranjeros asediaban a los particulares y también a la administración en todos sus niveles: nacional, provincial y municipal. Así, el intendente de Rosario supo a poco de asumir el cargo, que debía pagarse en Londres una semana después, el 1 de septiembre, una suma de más de 180 000 pesos oro. Se trataba en este caso de deudas contraídas por el municipio para las obras del macadán de la ciudad de Rosario, según atestigua la *Memoria municipal* editada en el año 1890.

Tales situaciones se repetían por doquier. Por todas partes se asediaba al gobierno de Carlos Pellegrini para que se hiciera responsable de las deudas. La casa Otto Bemberg y los agentes de la firma Cahen d'Anvers de París le solicitaban que pagase 81 000 libras correspondientes al ser-

Abajo: Ernesto Tornquist, «banquero con gustos de artista», junto a su mujer y sus hijos; los rasgos del grupo familiar evidencian su origen nórdico. Los intereses de Tornquist abarcaban bancos, talleres, frigoríficos, estancias, ingenios y hoteles.
Viñeta: firma del presidente Pellegrini.

Archivo General de la Nación

vicio semestral vencido del empréstito de la provincia de Córdoba. La casa Samuel Hale reclamaba a su vez una deuda de la provincia de Santa Fe. Ningún acreedor europeo dudaba de que estas deudas fueran responsabilidad del gobierno nacional.

Los medios políticos y económicos argentinos se preguntaban si esto era lícito. Fueron meses de arduas discusiones y de propuestas donde todo parecía pasible de ser revisado. Por un lado, las iras de la administración pellegrinista se descargaban contra los errores de la etapa anterior. El ministro del Interior, general Roca, en la *Memoria* que anualmente presentaba su cartera, fustigó con encono la corrupción y la incompetencia con que se habían manejado asuntos como el asentamiento de colonos en las zonas de frontera y los premios que por ley de 1885 correspondían a los expedicionarios al desierto. Duras críticas mereció la administración del Correo ejercida por Ramón J. Cárcano, así como la ley de bancos garantidos, anatematizada por su carácter «ficticio y fantástico».

En cuanto a las soluciones, se debatían diversas posibilidades. ¿Era factible establecer una política aduanera que protegiera los intereses de la Unión Industrial, según lo había solicitado dicha entidad, que presidía Francisco Uriburu? ¿Convenía mantener el elevado presupuesto votado en tiempos de Juárez Celman? Por último, ¿podía el gobierno nacional hacerse cargo de las deudas externas provinciales y municipales sin que quedara afectada la vigencia del federalismo, celosamente defendida por los gobernadores?

El ministro de Hacienda, Vicente Fidel López, adoptó muy pronto algunas medidas significativas. El plan que anunció a fines de agosto de 1890 consistía en la emisión de 60 millones de pesos en billetes de tesorería y en la enajenación de fondos públicos del 4,5 por ciento para garantir parte de la emisión de billetes del Banco Nacional. Se creaba también la Caja de Conversión de los Billetes de Banco y se proyectaba contraer un nuevo empréstito en el exterior, a través de la firma Baring, por un monto de 20 millones de pesos oro.

«Los proyectos procuraban, en síntesis -escribe el historiador Horacio Cuccorese en un exhaustivo trabajo sobre el tema-, apuntalar al Banco Nacional y al Banco Hipotecario, respaldar a la Municipalidad [de Buenos Aires], inspirar confianza

La crisis financiera

Las crisis financieras se desencadenan cuando se acumula un gran quebranto en actividades que han crecido demasiado, de lo que no pocos protagonistas son conscientes desde mucho antes de la explosión, sin poder por ello hacer nada para detener el constante crecimiento de la inversión. Se manifiestan en un sálvese quien pueda, que irremediablemente determina que ninguno se salvará. En el momento del *crash*, nadie está seguro: los deudores temen perder todo, los acreedores también. Pero incluso aquellos que encontraron para sus patrimonios algún refugio no relacionado directamente con las actividades de los deudores y de los acreedores, enfrentan un panorama de caída generalizada en el nivel de sus ventas y en el precio de sus bienes. Se produce una propagación del quebranto a todas las actividades, porque la desaparición de los deudores quebrados como compradores en muchos mercados, provoca un efecto en cadena.

Las crisis financieras siempre van de la mano de crisis políticas, porque el problema de cómo repartir el quebranto entre los sectores que fueron responsables directos del mismo, y también entre éstos y los demás sectores, sólo se puede resolver mediante negociaciones. No es de extrañar que con frecuencia el costo del quebranto sea afrontado en forma desproporcionada por los sectores que no tienen participación en la mesa de negociación. Una secuela de la llamada crisis de Baring fue una fuerte caída de los salarios reales y de la ocupación en la Argentina. Ello facilitó sin duda un crecimiento posterior de las exportaciones que permitió salir de la crisis, pero fue causa de sufrimientos.

Es poco lo que se puede decir sobre el manejo de las crisis financieras, en tanto éstas se caracterizan por ir de la mano de graves conmociones políticas que quitan viabilidad a propuestas que pudieran resultar racionales desde un punto de vista financiero. Resulta más interesante comentar que antes de la crisis de 1890 eran escasas las posibilidades de las autoridades argentinas para evitarla, porque ello implicaba enfrentar la irresistible coalición de intereses locales y extranjeros que se formó a partir del enorme potencial exportador que se ponía en evidencia. En los Estados Unidos, la expansión de la frontera agrícola sólo fue posible ampliando el crédito, y el gran crecimiento del crédito inevitablemente dio lugar a una desenfrenada especulación. Cuando se dan condiciones favorables para la inversión productiva, resulta muy difícil ampliar el crédito en la medida justa, y sobre todo lograr que el financiamiento adicional sea asignado solamente a proyectos de riesgo razonable. Cuando a comienzos de la década del ochenta el gobierno de Roca procuró controlar el aumento del crédito volviendo a la convertibilidad, paradójicamente ello inspiró confianza en los medios financieros internacionales, y el consiguiente ingreso de capitales permitió continuar inflando el globo. Hacia el final de la década, sólo se podía financiar el quebranto resultante de la sobreinversión atrayendo más capitales sobre la base de campañas publicitarias de cuestionable veracidad, y en esas circunstancias nadie tenía el valor o la capacidad de cortar la cadena... ■

Javier Pascuchi

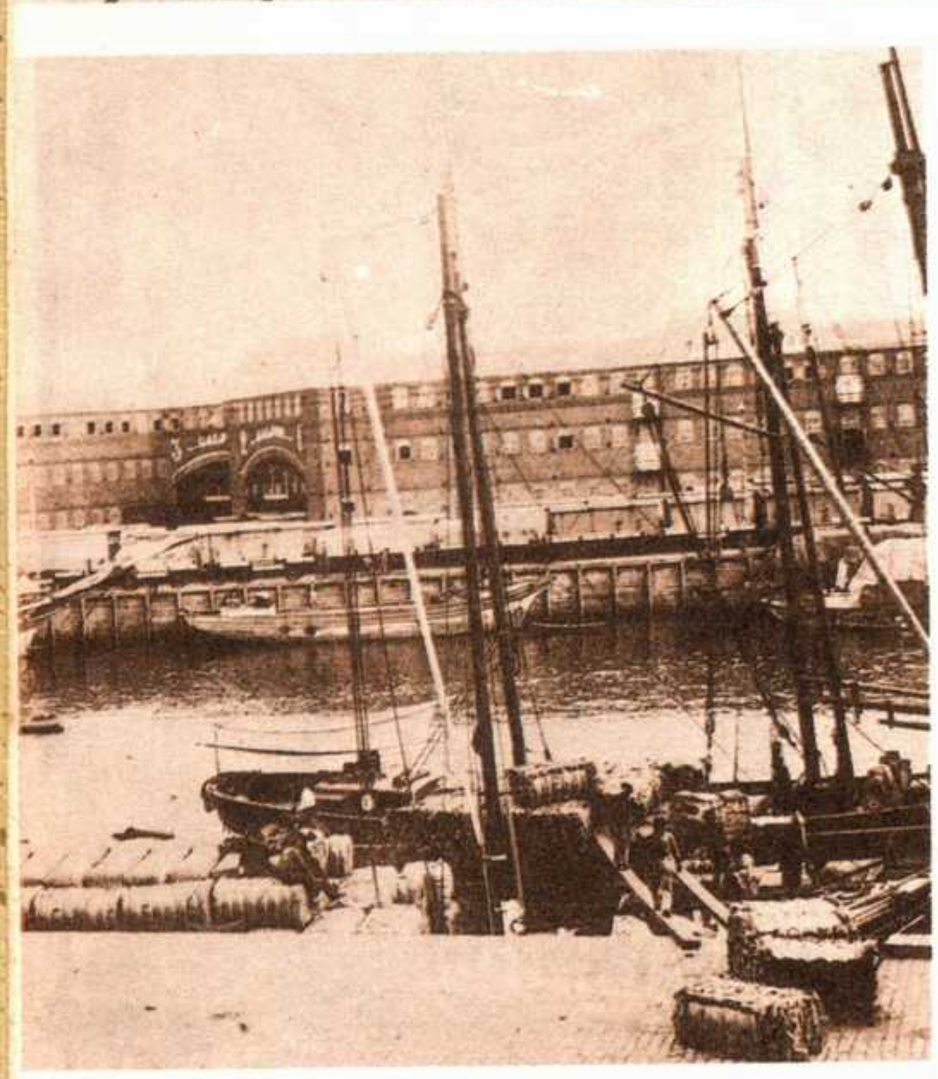
Consultor y columnista de economía y finanzas.

Archivo General de la Nación

Archivo General de la Nación

preparando las bases para la convertibilidad de los billetes, y declarar el respeto por el cumplimiento de los servicios correspondientes a la deuda externa.» En cuanto a la emisión de papel moneda, un recurso bastante poco ortodoxo, se la consideraba como arbitrio pasajero para la grave enfermedad de las finanzas argentinas.

López intentó además averiguar la situación de las finanzas provinciales y muni-



cipales. La intervención simultánea a los bancos garantidos de Córdoba, Santa Fe, La Rioja, Corrientes y Catamarca demostró las irregularidades cometidas. Pero el punto de conflicto más grave se encontraba en la Bolsa de la Capital Federal. Se sabía que no existían causas racionales para que el oro subiera desmesuradamente y que la especulación a cargo de sindicatos financieros, «esos bien conocidos verdugos del país» según los calificó el ministro, arrojaba ganancias tan enormes

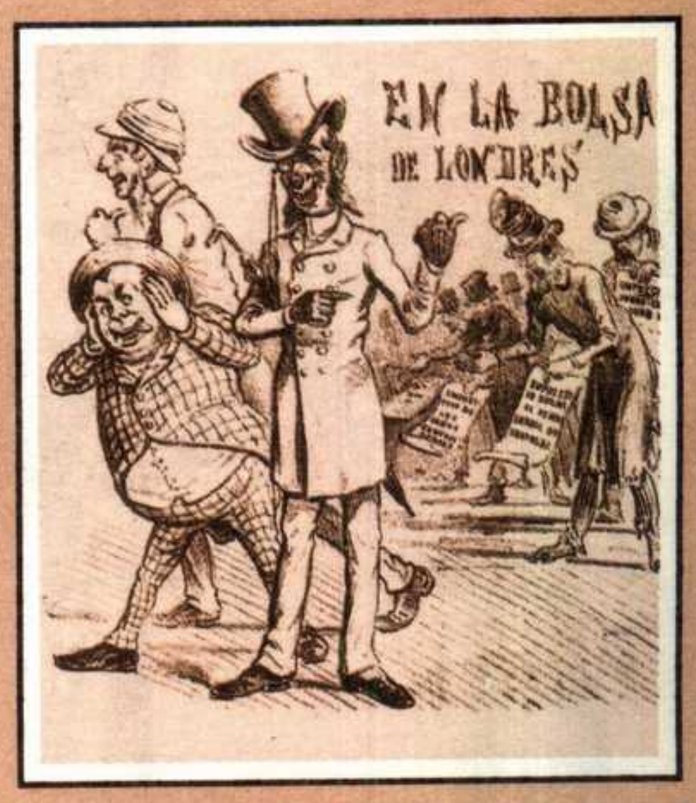
El financista catalán Emilio Reus (izquierda) quebró en Montevideo, arrastrando en su caída a Eduardo Casey, el empresario que había construido el Mercado de Frutos de Barracas (centro), considerado el más grande del mundo y ejemplo de arquitectura inspirada en los modelos de la revolución industrial inglesa.

Deuda y exportaciones

La Crisis de Baring, con sus consecuencias en la década del noventa, divide dos ondas largas de crecimiento de unos veinte años cada una. En la primera se construyeron en el país más de 15 000 km de vías férreas, pero ya en 1889 las importaciones que acompañaron este desarrollo hacían temblar a los observadores responsables. Las preguntas de aquellos argentinos nos recuerdan algunas de las que oímos en el presente. ¿Cómo haremos para pagar la deuda acumulada, para alargar los plazos, para bajar los intereses? En la década de 1880 sólo se había logrado un precario equilibrio del balance de pagos con el artificio de una cadena de empréstitos sujeta, en definitiva, a la solidez del mercado de capitales de Londres. Cuando el pánico se hizo presente, la verdad tuvo que ser afrontada por ambos lados: las exportaciones eran insuficientes para pagar, dados los ambiciosos proyectos del gobierno, de los inversores extranjeros y de sus socios locales. Lo que había ocurrido, aun con los proyectos más sanos, es que el ritmo de las construcciones era más rápido que el desarrollo económico necesario para una producción tempestiva de exportables. La solución de la crisis sería condición necesaria para iniciar una exitosa segunda etapa. Durante cinco años quedarían reducidos los intereses sobre varias deudas y los pagos por amortizaciones sólo se reanudarían al comenzar el nuevo siglo, es decir, cuando se lograran niveles de exportación que permitieran pagar, no sólo las importaciones corrientes, sino también los servicios de los nuevos ingresos de capital extranjero. Aquella crisis fue superada porque se pensaba en planes de largo plazo; y si bien es cierto que el proceso de penetración en los mercados europeos se reveló entonces tan dificultoso como lo es hoy (tan dificultoso como el comienzo de la producción en los sectores nuevos) las cosechas se vendieron; a la revolución agrícola siguió la ganadería moderna del frigorífico; los saldos comerciales crecientes acumularon oro en la Caja de Conversión en forma sostenida y, al llegar el Centenario, la situación monetaria argentina era tan buena que solía ser citada como ejemplo en los círculos financieros de todo el mundo. En aquellos días se había comprendido plenamente que la cuestión de la deuda externa era un grave problema para los deudores. Pero también se había comprendido que lo era para los acreedores ■

Vicente Vázquez Presedo

Doctorado en ciencias económicas en la Universidad de Buenos Aires y en Filosofía en la de Oxford, es profesor de economía en la primera y miembro de la Academia Nacional de Ciencias Económicas. Autor de *El caso argentino* y *Crisis y retraso*.



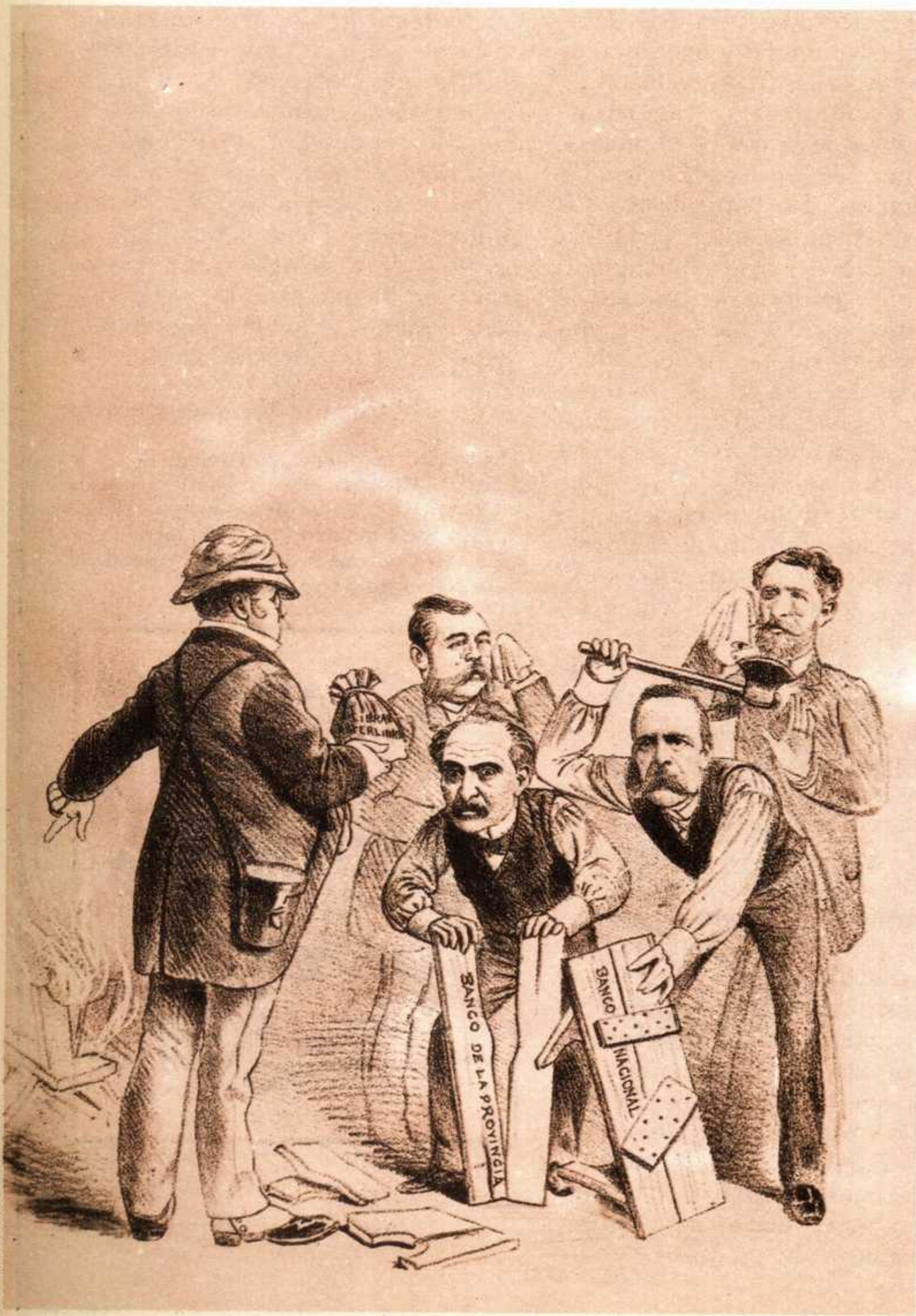
Victorino de la Plaza (derecha) se encargó de negociar en Londres la deuda argentina; otro salteño, Francisco Uriburu (página 27), presidía en esa época la Unión Industrial.
Pie de página: El Mosquito *denuncia la responsabilidad británica en la crisis bancaria (izquierda); el gran salón de la Bolsa de Comercio (centro).*

Archivo General de la Nación

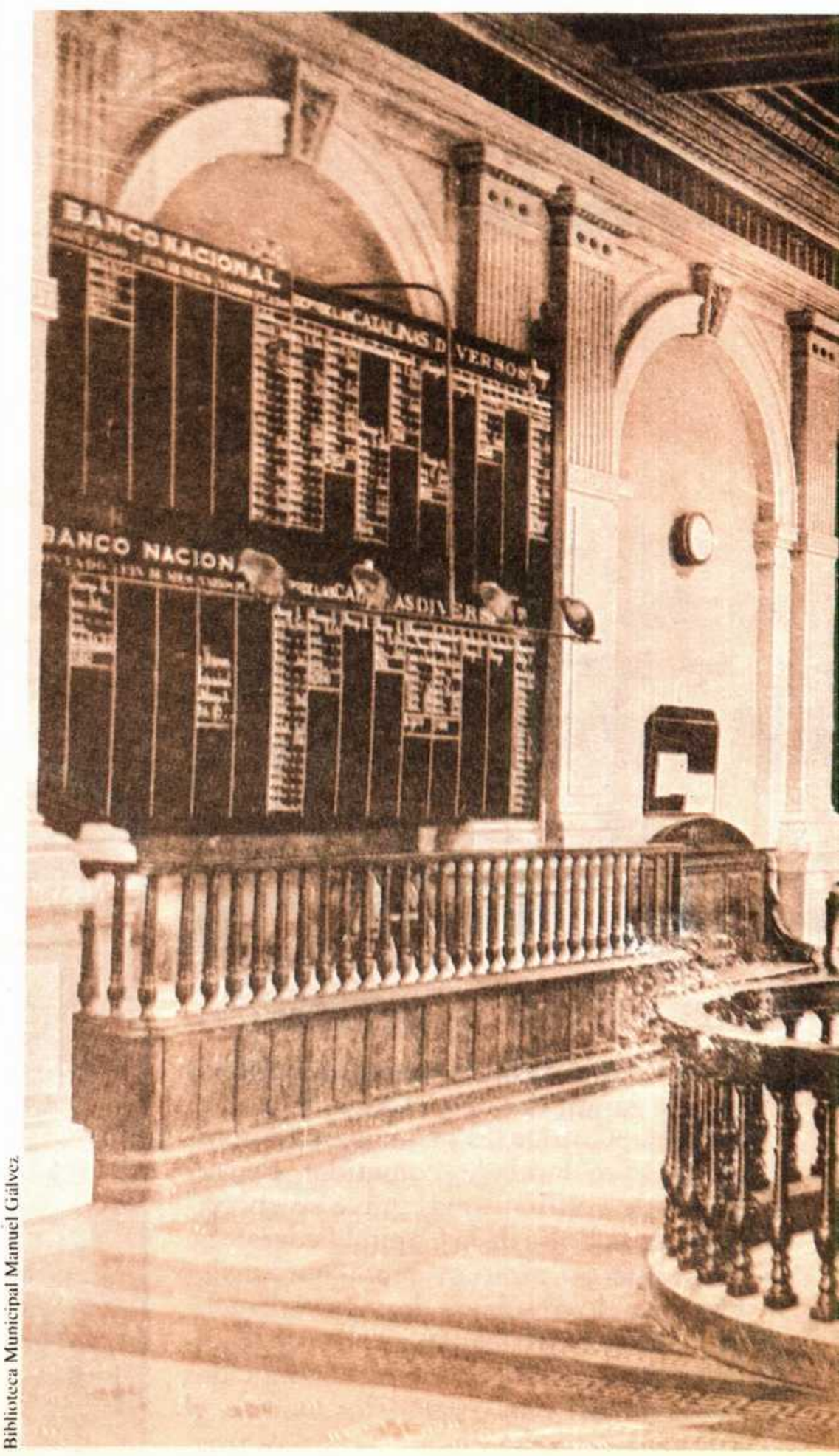
como ilícitas, obtenidas a costa del bienestar general.

«La crisis afecta las industrias, el comercio, y a todas las clases sociales, y a las fuentes de producción y consumo. La cotización del oro al 300 por ciento provoca la escasez, la ruina, la miseria y el hambre», recalcaba el gobierno. «Son los bancos particulares los que podrían prestar auxilio eficaz. Están llenos de dinero [...] Entretanto esos bancos cierran sus cajas; no quieren prestar a nadie, reservando así sus capitales para otros tiempos. Se encierran en su concha, como ostras, y aunque arda Troya no les importa de nadie con tal que nada les suceda», afirmó Pellegrini en diciembre, cuando la crisis llegaba a picos de máxima tensión.

En los últimos meses de 1890 una catástrofe inesperada agravó la situación argentina; la poderosa firma Baring Brothers de Londres, con sucursales en Africa, América del Sur, la India, Rusia y Estados Unidos, entró en liquidación. Esto sucedió precisamente cuando acababa de llegar a Londres el doctor Victorino de la



Archivo General de la Nación



Biblioteca Municipal Manuel Gálvez

Archivo General de la Nación

Plaza, representante del ministro de Hacienda argentino.

De la Plaza, un salteño parco y avezado, debía obtener un empréstito en el Reino Unido, discutir la reconsideración de la garantía de los ferrocarriles y, entre otros asuntos de importancia, renegociar la conversión de las cédulas hipotecarias. Apenas hubo iniciado las conversaciones con personalidades de las finanzas oficiales y privadas, se tuvo noticia de que peligraba la firma Baring debido a la depreciación de los títulos norteamericanos y argentinos. Tenía en caja solamente 4 millones para satisfacer compromisos estimados en 21 millones.

La noticia provocó gran revuelo en el Reino Unido y en los países cuyas economías dependían de la británica. Pero el Banco de Inglaterra vino en ayuda de la tambaleante firma, fundada en 1763 y conducida en ese momento por un grupo familiar encabezado por John Baring. La casa, cuyos intereses en la Argentina se remontaban al empréstito contratado por el gobierno de Bernardino Rivadavia, había financiado, entre otras empresas, las obras de salubridad de la Capital Federal. Ahora el Banco de Inglaterra se aprestaba a sostenerla con la colaboración de un comité de bancos que presidía lord Rothschild, probablemente el hombre de negocios más famoso de Europa.

En Londres se consideró con frialdad la situación argentina y el ministro de Finanzas, vizconde Goschen, se comprometió a ejercer la influencia necesaria sobre el gobierno de Buenos Aires para que éste pagara a los Baring (ya se tratase de deudas públicas o privadas) a fin de que pudieran sostenerse los valores de los títulos argentinos y que la firma inglesa liquidara sus haberes sin sufrir mayores pérdidas.

Hasta entonces el servicio de la deuda oficial argentina se había pagado puntualmente. Pero no sucedía lo mismo con los papeles privados, aquellos que ponían en peligro a la Baring. Comenzó entonces una serie de presiones sobre el gobierno argentino para que la Baring se salvara y con ella el «honor nacional», según se decía en la jerga política de la época. De este modo, los recursos de la emisión, originalmente concebida para encaje del Banco Nacional, se aplicaron al pago de la deuda externa. El papel moneda, producto de dicha emisión, se utilizó para comprar oro que debía girarse al exterior.

La reacción en la Bolsa de Buenos Aires resultó escandalosa. El oro trepó a 350 pesos y se gritaba abiertamente contra los «sindicatos» de especuladores y los bancos particulares, cuyas actividades empeoraban la situación. El 24 de noviembre se produjeron tales desórdenes frente

Derecha: el Banco Nacional ocupaba el edificio del antiguo teatro Colón, obra del ingeniero Pellegrini e inaugurado en 1857; en 1891 fue sustituído por el Bano de la Nación.
Centro: una de las sucursales bonaerenses del Banco de la Nación, situada en la localidad de Trenque Lauquen.

Archivo General de la Nación

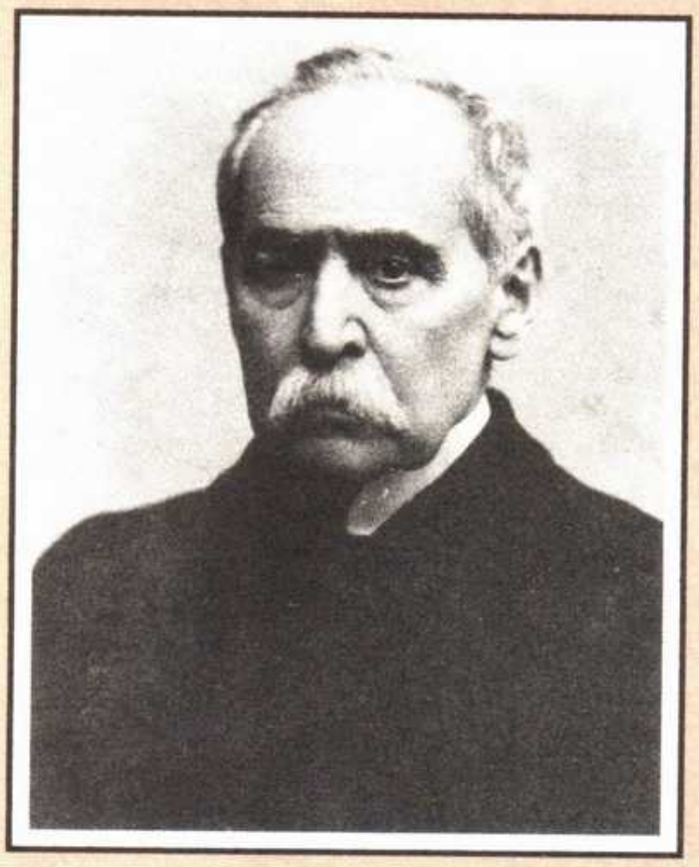
La opinión de Vicente Fidel López

El agravamiento de la crisis argentina y su repercusión internacional fueron comentados en repetidas oportunidades por el ministro de Hacienda, Vicente Fidel López. En la *Memoria* correspondiente a 1890 se puede leer:

«Los diarios y la opinión pública en Inglaterra y en el Continente levantaron su voz amenazadora contra nosotros, con una injusticia irritante; y por aquello que "el hilo se corta por lo más delgado" se nos atribuyó toda la crisis inglesa, siendo así que el gobierno argentino no había faltado a ningún vencimiento ni postergado plazo alguno.

»La casa de los Baring hermanos no había perdido un solo peso en sus negocios con el gobierno, sin que sea de nuestro resorte averiguar o indicar qué otras causas pudieron concurrir a tan lamentable suceso.

»Era justo que el gobierno argentino pagase religiosamente a los señores Baring hermanos; pero no era exacto que hubiese faltado al servicio de su deuda, a la honra de su crédito, ni era justo que se le increpase por una prensa que a pesar de su edad y de su jerarquía, suele estar mal informada...» (Citado por Horacio Juan Cuccorese, «La versión histórica argentina sobre la crisis de Baring Brothers & Co. en 1890», en *Investigaciones y ensayos*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, enero-junio 1976) ■



Vicente Fidel López

Biblioteca Municipal Manuel Gálvez

a la Bolsa que el ejército y la policía intervinieron para aquietarlos.

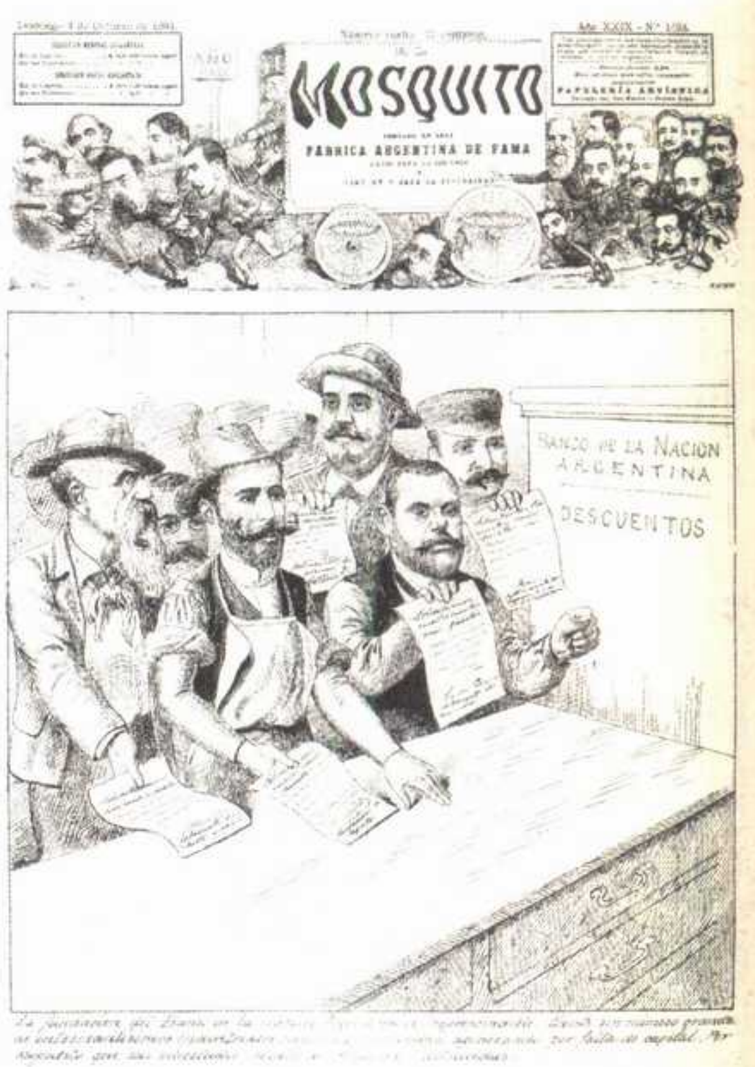
El gobierno respondió con la suspensión de las operaciones en oro, que fueron reemplazadas por operaciones en pesos moneda nacional. Se redujo el presupuesto de los ministerios nacionales y el sueldo de los empleados públicos, civiles y militares, lo mismo que las pensiones y jubilaciones. López y Pellegrini buscaron infructuosamente la solidaridad de la banca privada. Los representantes de los bancos de Londres y Río de la Plata, Anglo Argentino, Español del Río de la Plata, de Italia y Río de la Plata, Carabassa, Alemán Transatlántico y de Roma y Río de la Plata, convocados a fines de noviembre de 1890, se negaron a suscribir un empréstito para auxiliar al Estado.

El Banco de Londres y Río de la Plata rehusó incluso recibir papel de curso legal y reclamó el apoyo de la casa central ubicada en la capital británica. Pero desde allí se le ordenó someterse a las leyes argentinas y cooperar en la solución adoptada por el gobierno.

Esta prudente recomendación respondía a un serio estudio de las finanzas argentinas y al cuidadoso análisis de sus exportaciones e importaciones que se efectuaba en Londres. Con la plena colaboración de Victorino de la Plaza, el comité presidido por Rothschild realizó su evaluación y consideró que el mejor camino consistía en colocar al país en estado de solvencia monetaria revalorizando su papel moneda. Este fue en realidad el punto de vista del representante inglés en el comité, mientras sus colegas francés y alemán deseaban adoptar políticas más duras.

Tres dibujos de El Mosquito *alusivos a la crisis: el oro ha subido demasiado y el ministro López le pide vanamente que baje (abajo, izquierda); el Banco de la Nación atiende las solicitudes de un peculiar grupo de industriales (abajo, derecha); Pellegrini, caracterizado como Sisifo, procura remontar la carga de la nueva emisión (pie de página).*

Archivo General de la Nación



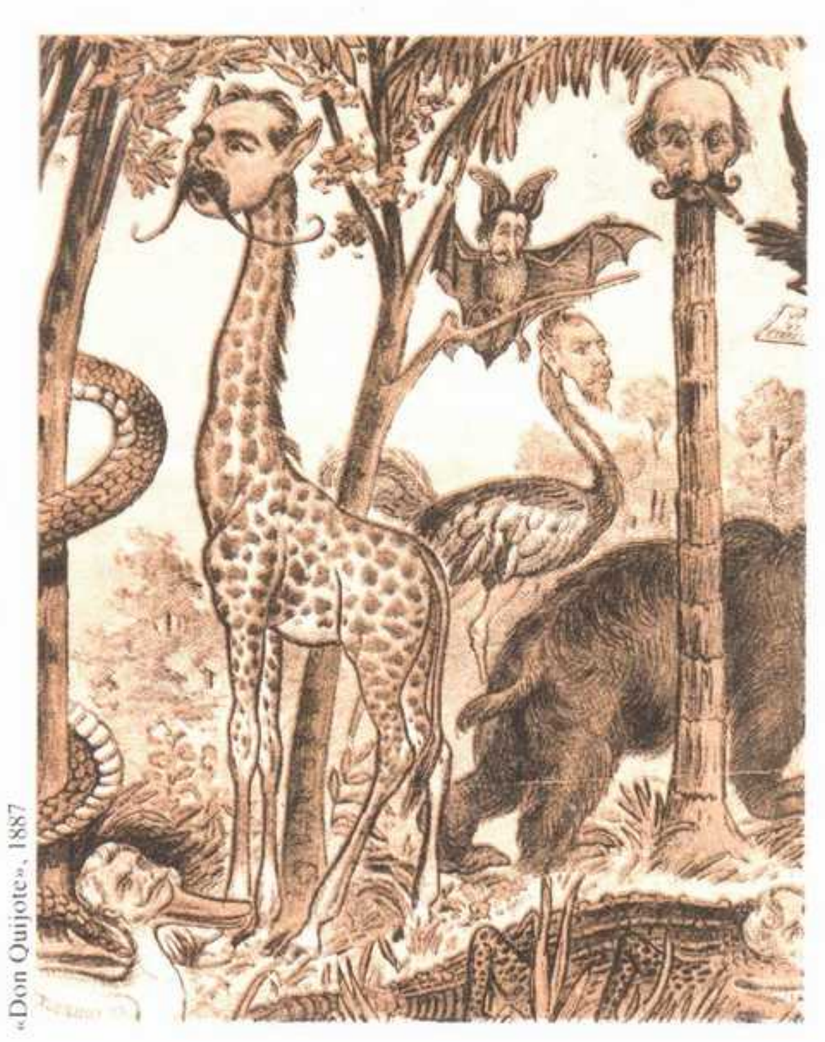
Archivo General de la Nación

Archivo General de la Nación

Porque desde fines de 1890 hasta finalizado el año siguiente, la campaña periodística que se llevó a cabo contra nuestro país en la prensa mundial llegó a extremos alarmantes. Publicaciones como *Le Nouveau Journal*, la *Petite République Française*, la *Indépendence Belge*, *Le Figaro*, entre otras, dudaban de la conducta financiera de los argentinos. Una carta del diplomático Miguel Cané a Roque Sáenz Peña, escrita en París en octubre de 1891, da cuenta de los temores que semejantes campañas despertaban: «Roque, si vieras a algunos ingleses que tienen en

Abajo: sucursal salteña del Banco de la Nación (izquierda); Pellegrini y V. F. López caricaturizados por Don Quijote *(derecha).*
Pie de página: en una de las primeras fotografías tomadas con luz eléctrica, Carlos Pellegrini aparece junto a C. Morra, B. Ocampo, E. Pellegrini, E. Acebal, J. Martínez y M. Cané.

Archivo General de la Nación


«Don Quijote», 1887

títulos argentinos más de un millón de duros, frotarse las manos al recibir las últimas noticias y esperar el caso como el principio del fin; si leyeras el artículo del marqués de Lorne, publicado en la *Deutsche Revue,* incitando a Alemania a apoderarse de nuestro país; si sintieras como yo esta atmósfera que se condensa por momentos y que forma en Europa la conciencia de que somos incapaces de gobernarnos, vivirías con verdadero espanto del porvenir. Compadezco a los hombres que gobiernen nuestro país dentro de un año; si no salvan la independencia, llevarán en la historia la más tremenda e injusta condenación.»

Archivo General de la Nación

Archivo General de la Nación

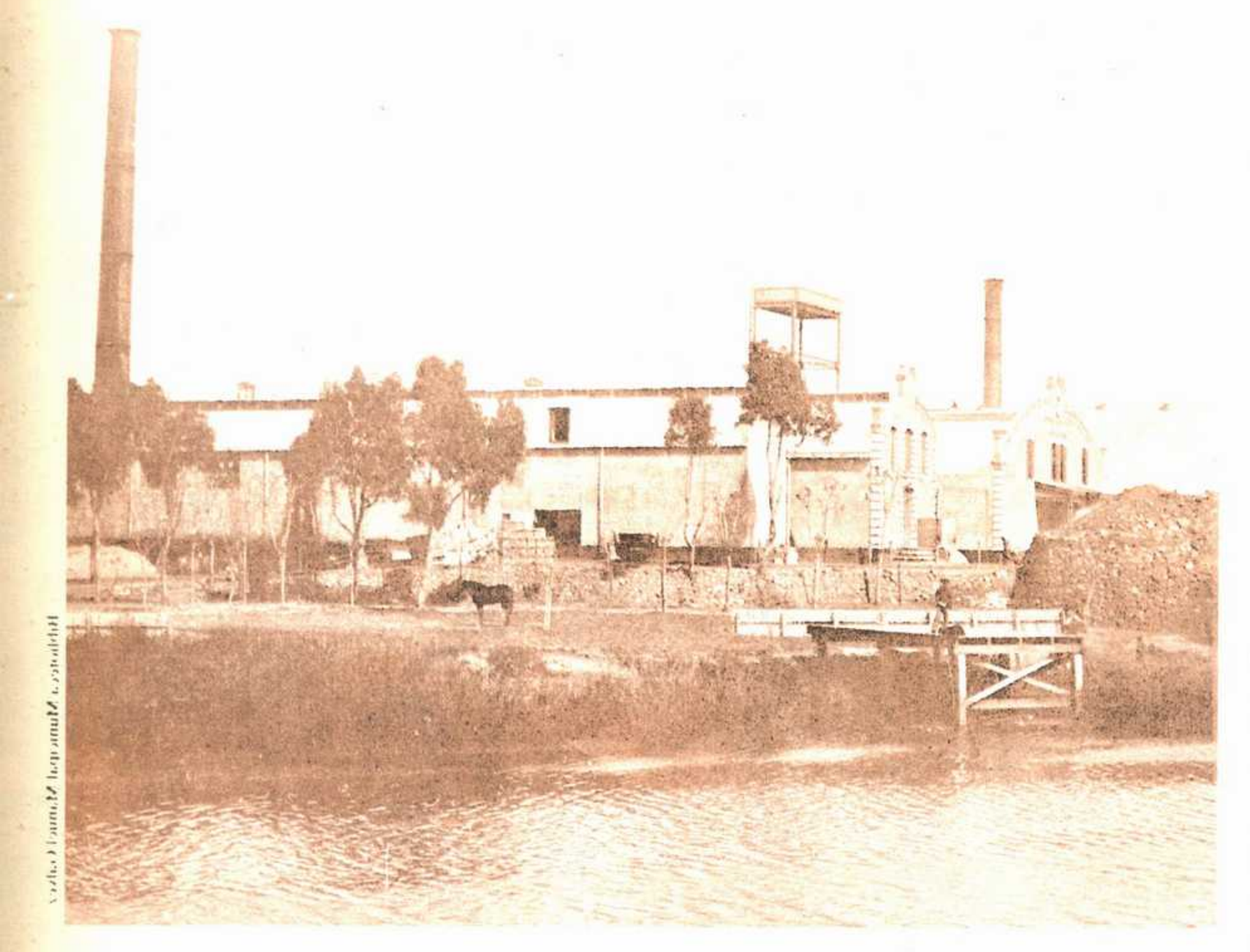
Agosto de 1900: Carlos Pellegrini llega a la estación Constitución; se dirige a La Plata, desde donde embarcará luego a Europa, en busca de descanso para reponer su quebrantada salud. En el Viejo Continente recibirá el encargo de negociar la unificación de la deuda.
Viñeta: Pellegrini en una caricatura de Iris, *1889.*

Tales temores de una intervención armada de potencias extranjeras con el pretexto de imponer el orden económico no eran infundados. Esa había sido precisamente la suerte de Egipto, donde las fuerzas imperialistas de Gran Bretaña habían colocado bajo «tutela» al gobierno del khedive local. Y algo similar podía ocurrirles a los argentinos si pueblo y gobierno no advertían a tiempo la necesidad de restablecer el orden y sobre todo de asegurar, como se hizo por último, el pago puntual de las deudas.

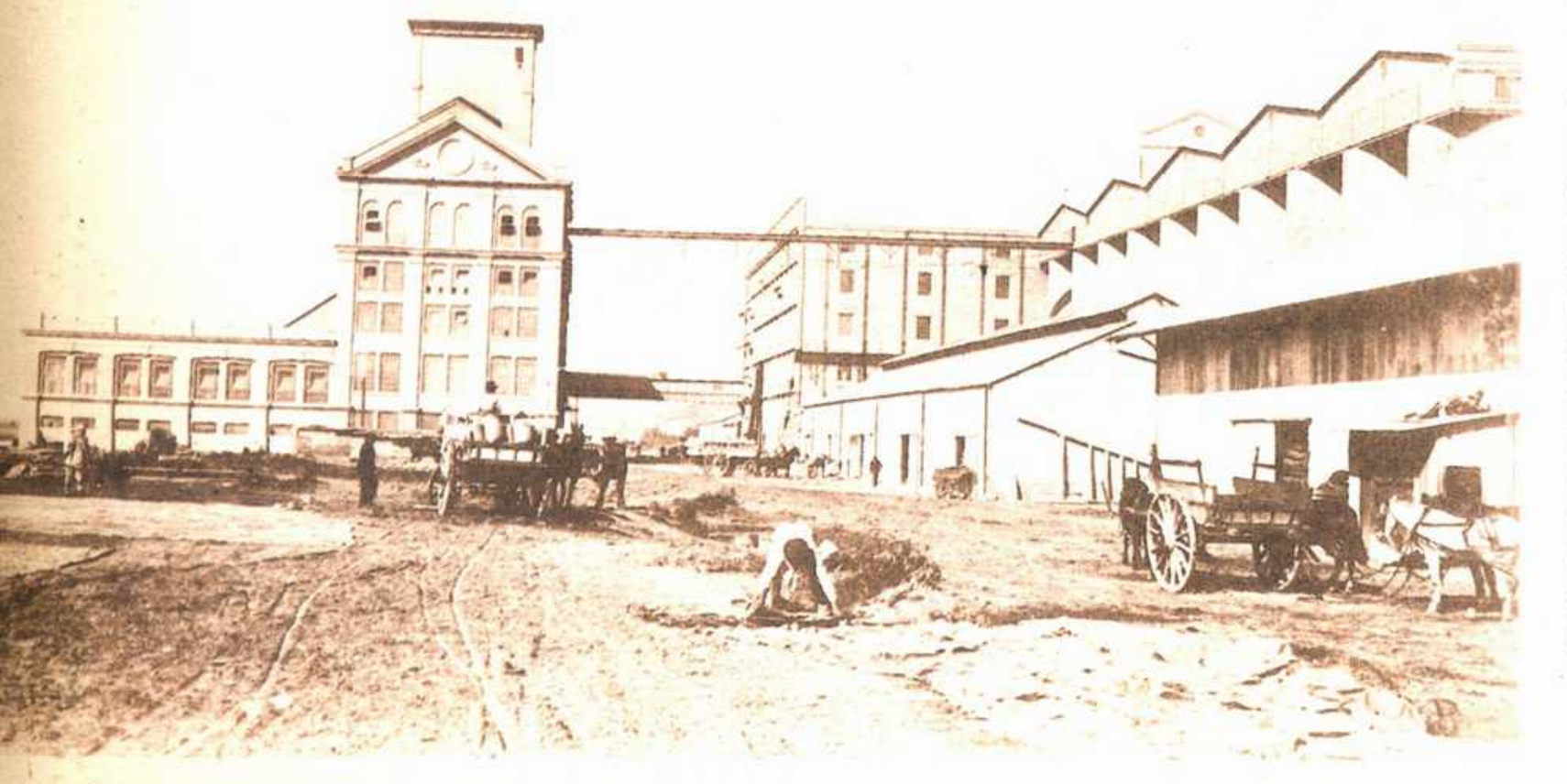
Cuando empezaron a hacerse cuentas más prolijas se advirtió en el caso de las obras públicas de la capital una diferencia de 1,2 millones de libras invertidas en conceptos injustificables. ¿Eran omisiones o retribuciones ilícitas? El ex presidente Juárez Celman y su ministro, Eduardo Wilde, se defendieron públicamente de las acusaciones que se les formulaban tanto en la prensa nacional como en la extranjera.

Esto ocurría en julio de 1891, un año después de la revolución del Parque. Los acontecimientos de los primeros seis meses del año habían sido tan dramáticos como los de 1890. El poder ejecutivo había atacado duramente a los bancos privados, acusándolos de «estrangular al gobierno» y de operar como «potencias de estado». Pero ni uno ni otros habían incurrido en la ruptura total. Sin duda, entre enero y mayo de 1891, algo así como un «sálvese quien pueda» había caracterizado a la actividad económica de la República. El 6 de marzo, Pellegrini convocó una asamblea de notables para evitar la caída de los bancos Hipotecario y de la Provincia, este último considerado hasta entonces como el coloso de las finanzas argentinas. Pero ni siquiera el empréstito acordado por esta asamblea pudo evitar la catástrofe bancaria. El 7 de abril cerraron los dos principales bancos oficiales. Un

El frigorífico Sansinena (abajo), situado junto al Riachuelo, fue rehabilitado en 1891 por Ernesto Tornquist. Las exportaciones de carnes y de granos (pie de página, un elevador en el puerto de Buenos Aires) contribuyeron decisivamente a la superación de la crisis y abrieron nuevos rumbos a la economía.



Archivo General de la Nación



mes después la corrida afectó a varios bancos privados de la plaza porteña.

«En esos momentos -escribe Ezequiel Gallo- el gobierno decidió la creación de un nuevo banco oficial, el Banco de la Nación Argentina. El oro alcanzaba la increíble cotización de 446.» Sobre la creación del Banco Nación observa Roberto Cortés Conde que el Estado lo fundó imponiendo severas exigencias «para que no sirviera, como pasaba frecuentemente, de institución proveedora de dinero para el gobierno sobre la base de que los fondos que constituían su encaje quedaran en depósito en la Caja de Conversión. Tras el fracaso de la suscripción pública que se proyectó, el Estado, a través de la misma Caja, adelantó 50 millones de pesos al banco que, con una política de severa austeridad, inició sus operaciones. Sin embargo, el hecho de que se extendiera a través de numerosas sucursales canalizando esta nueva esfera de depósitos y la reforma de su carta orgánica en 1904, hicieron que su desarrollo fuera impresionante: si en 1908 sólo absorbía el 28 por ciento de los depósitos, ya en 1914 llegaba al 50 por ciento. En ese sentido el banco desempeñó un papel muy positivo al movilizar el capital del interior del país.»

El Banco de la Nación, creado en 1891, debía atender prioritariamente, según el pensamiento de sus fundadores, las necesidades de las industrias agropecuarias argentinas, la base más sólida de la riqueza nacional. Con su creación culminaban las inquietudes de lo que alguna vez se denominó el grupo industrialista de los políticos -Pellegrini y Vicente Fidel López, entre otros- que hacia 1870 defendieron la industrialización de la economía argentina. Veinte años más tarde ellos, al igual que sus eventuales contrincantes de otros tiempos, se contentaban con estimular la producción pampeana, convencidos de que allí se encontraba el secreto del futuro bienestar. La realidad de su tiempo no los contradecía: la cosecha de trigo de 1891 fue excepcional, y por primera vez las exportaciones agrícolas contribuyeron decisivamente a paliar una desastrosa situación financiera. No sería la última vez que ello sucediera ■

3. La transformación urbana

El censo nacional de 1895 registró puntualmente el crecimiento de la población urbana en el país. Buenos Aires era indiscutiblemente la ciudad más poblada, seguida por Rosario, otro polo importante de atracción para los inmigrantes. Pero ya se tratase de esos dos grandes puertos, en plena expansión como tantas ciudades y pueblos de la Pampa húmeda, o de las capitales de provincia, que no querían quedar rezagadas, una rápida urbanización y desarrollo edilicio caracterizaron la Argentina finisecular. Avenidas arboladas, estaciones ferroviarias, mansiones de estilo europeo y cuidados parques coexistieron en esos años con el atraso y la marginalidad que no fue posible erradicar.

Entre 1890 y 1900 tuvo lugar en la Argentina un moderado crecimiento de los centros urbanos en general y un auge considerable de Buenos Aires y Rosario, los dos grandes puertos por los que pasaba la riqueza exportable de la Pampa húmeda. El censo de 1895 refleja dicho crecimiento y permite ciertas inferencias en relación con las cifras que arroja el de 1869, el primero de carácter nacional que se realizó en la República.

De censos y ciudades

La población total del país ascendía en 1895 a 4 millones de habitantes, mientras que en 1869 había apenas algo más de 1,7 millones. Gran parte de este significativo aumento se debía al aporte de contingentes de inmigrantes italianos, españoles, franceses, ingleses y suizos alemanes, entre otros, llegados sobre todo en el quinquenio 1885-1890. Esta incorporación, apoyada por un crecimiento económico sostenido, produjo variantes sustanciales en la distribución y asiento de los pobladores. La región del Litoral, que en 1869 albergaba al 41,3 por ciento de la población total, contenía ahora el 58,2 por ciento de la misma, y dicho crecimiento se había realizado a expensas del centro del país, del Noroeste y de Cuyo. Sólo en el Nordeste y en la Patagonia las cifras denotaban incrementos de población, aunque en cantidades que poco pesaban en el total nacional.

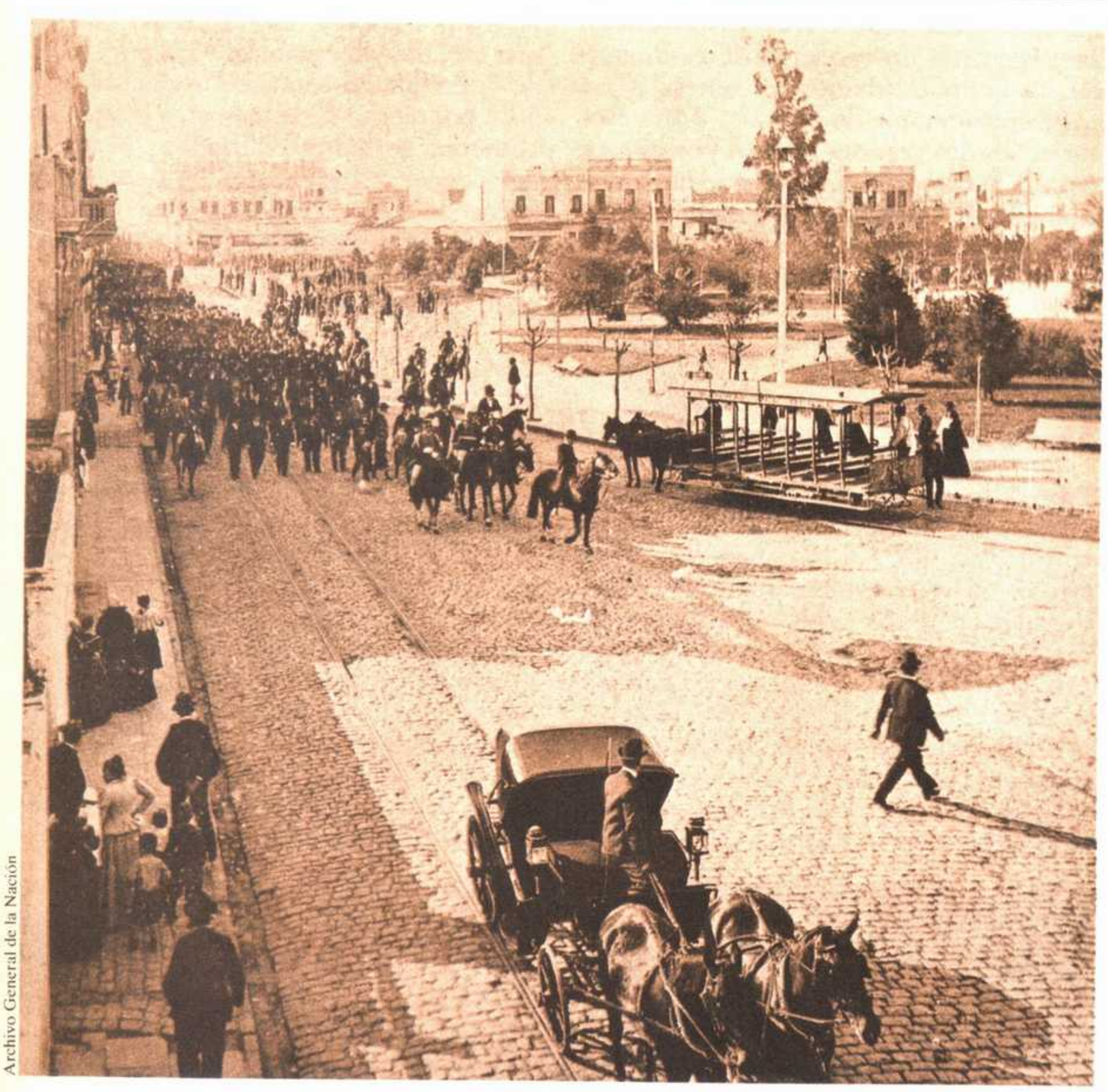
Los centros urbanos reflejaban en números concretos estas disparidades regionales. Buenos Aires había pasado de 187 126 almas a 663 854; La Plata, inexistente cuando se realizó el primer censo, tenía ahora 45 410 habitantes; Rosario contabilizaba 91 000; Tucumán había pasado de 17 438 a 34 305; Mendoza, de 8124 a 28 302; Corrientes, Santa Fe, Salta y San Juan también habían incrementado su número de habitantes. Córdoba, en cambio, había pasado de 47 609 a 28 532 moradores.

Tales datos reflejaban nuevas realidades que afectaban el equilibrio tradicional

Archivo General de la Nación

Buenos Aires era a finales de siglo, época en que fue tomada esta fotografía de la calle Florida, un gran centro cosmopolita. En 1895, fecha del II Censo Nacional, tenía ya 660 000 habitantes. Las demás ciudades argentinas la seguían a gran distancia: ninguna llegaba a albergar un centenar de miles de personas.

El auge demográfico de Rosario estuvo estrechamente conectado a la inmigración italiana; en la foto de abajo se ve el homenaje de la colectividad a Humberto I, el popular rey que murió asesinado.
Pie de página: la calle Medrano, en el barrio porteño de Almagro, uno de los de mayor crecimiento a principios de siglo.



Archivo General de la Nación

Museo Ferroviario

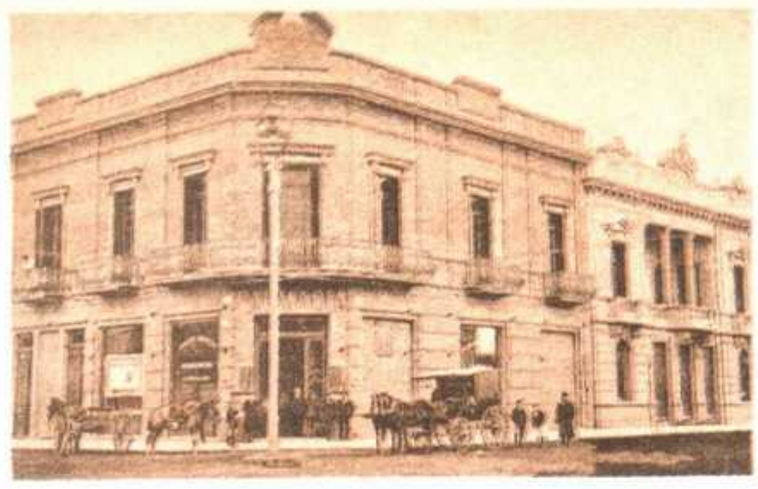
entre las regiones argentinas. Surgían en la Pampa nuevas ciudades, municipios incipientes fundados alrededor de los fortines que custodiaban la frontera con el indio, y lo mismo ocurría en los centros neurálgicos de comunicaciones del lejano Sur o del Gran Chaco. Eran todos nucleamientos muy pequeños, pues Río Gallegos tenía sólo 150 habitantes, 225 Ushuaia, 495 Chos Malal y 1537 Formosa. Posadas, en el flamante territorio de Misiones, contaba ya con 4237 almas.

Nuevos asentamientos se organizaban asimismo en torno de los ejes ferroviarios. Colonias agrícolas como Marcos Juárez, Colón y Juárez Celman en Córdoba; Nogoyá, Concordia, Diamante y Federación en la provincia entrerriana; Caseros, Castellanos y Constitución en Santa Fe, entre muchas otras localidades esparcidas en las pampas rioplatenses. Dichos asentamientos necesitaban obras mínimas de infraestructura, escuelas y edificios públicos, paseos, clubes y periódicos, códigos municipales y policía. Ellos, sumados a las ciudades y pueblos ya existentes, irían creando nuevas tradiciones en la sociedad argentina, con sus familias fundadoras y advenedizas, sus prejuicios y su chismografía, los personajes característicos y los entretenimientos favoritos. Pero todavía en la década de 1890 resulta prematuro adjudicarles a las nuevas poblaciones un estilo cultural propio, puesto que éste era aún difuso e indefinido.

No ocurría lo mismo en el ámbito de las ciudades tradicionales, en las que la modernización no alcanzó a borrar un clima cuasi colonial.

En la llanura bonaerense

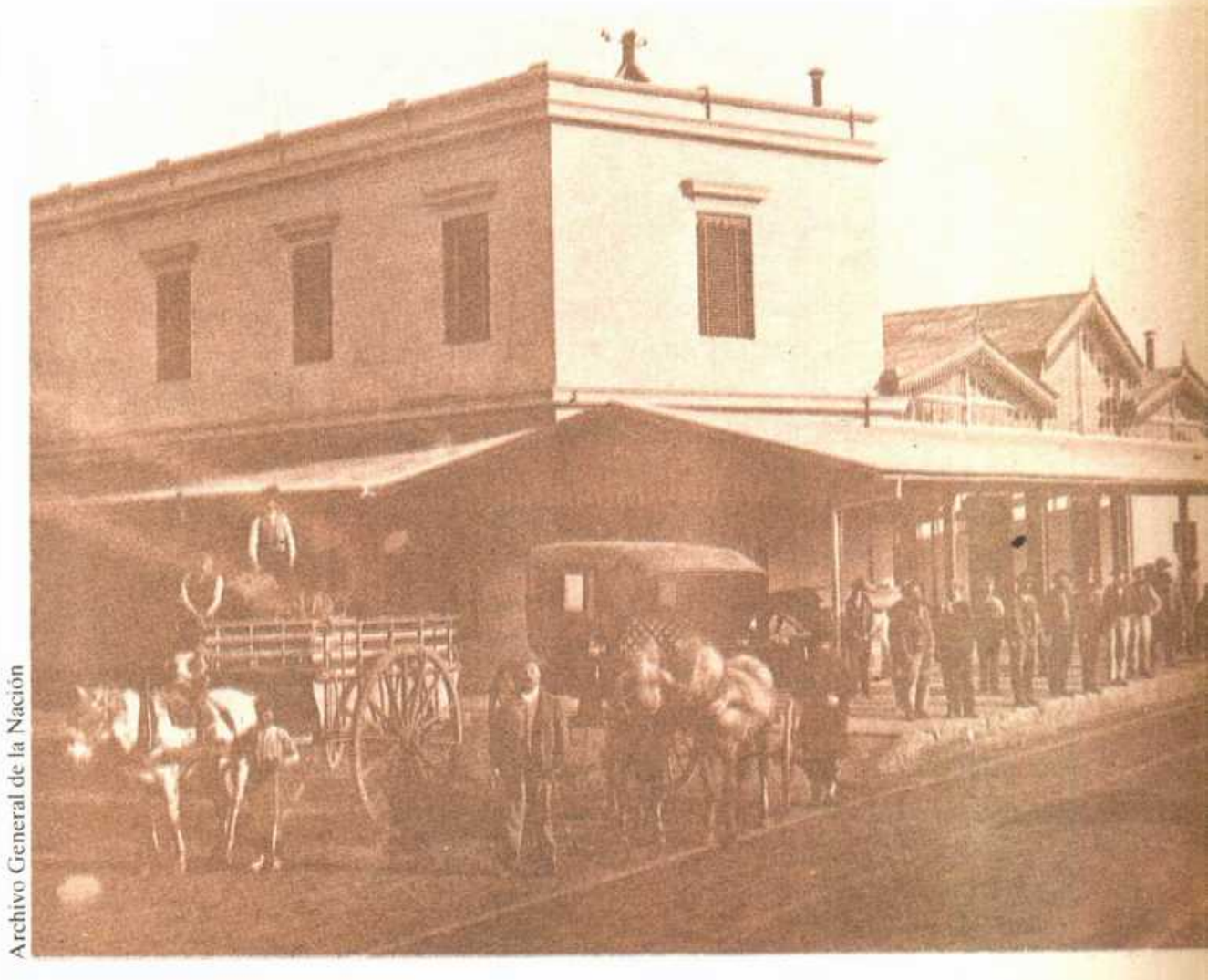
Buenos Aires constituía una excepción a lo expresado más arriba. En los últimos años del siglo se aproximaba al millón de habitantes; sus pobladores advertían con orgullo, y algunos con cierta nostalgia por el pasado, el alto grado de cosmopolitismo que había alcanzado la sociedad. Buenos Aires cambiaba de piel, pero sus sectores populares, compuestos mayoritariamente por extranjeros, se habían despersonalizado y lo mismo le ocurría a las élites, que se empeñaban en adoptar



Abajo: distribución de pan en la ciudad entrerriana de Nogoyá con motivo del centenario de Urquiza, en 1901.
Pie de página, imágenes de dos poblaciones bonaerenses en plena expansión: la calle Mitre de Quilmes (izquierda) y la estación del ferrocarril Sur en Chascomús (derecha).
Viñeta: farmacia del Pueblo, en Pehuajó.

Archivo General de la Nación

Colección Mario Deffis



Archivo General de la Nación

Los modestos orígenes

"Una mañana bastante temprano del verano de 1890/91 arribamos al hoy magnífico balneario de Mar del Plata en el tren que había salido la noche antes de Constitución. No había otro medio de transporte. La estación de llegada era la misma que hoy subsiste en la avenida Luro, bastante retirada por cierto. Con viento frío y llovizna, tomamos uno de los tantos *breaks* que había de alquiler y emprendimos la marcha por esa arteria hacia el pueblo, que a pesar de lo poco desarrollado que era, ya tenía esa calle empedrada con *trotadoras* al medio.

»Al aproximarnos al mar, nuestra impresión fue desastrosa. Era la primera vez que tomábamos contacto con él. Azotado por un temporal y rugiendo bravamente, nos llenó de congoja, pues, como huéspedes novatos, debimos permanecer a recaudo hasta que el mal tiempo amainara.

»Cuando esto sucedió pudimos contemplar la magnitud del panorama que abarcaba el mar y campo, rodeando el villorrio.

»Podemos informar lo que era aquel paraje en esa época. No había más que dos hoteles: el Bristol y el Gran Hotel; los demás eran fondas como todas las de los pueblos de campo. Casas particulares de familia que tuvieran sus residencias de veraneo eran contadas; no creemos que pasaran de una decena. El Bristol ocupaba dos manzanas; una comprendía a los dormitorios y se componía de planta baja y dos pisos altos, y la otra, situada entre la primera y la rambla, estaba ocupada por el comedor, salón de baile y la ruleta [...] Cruzando la calle, se alzaba un gran puente de madera que asentaba su otra cabecera en la misma rambla. En la mitad de éste y en forma perpendicular, en dirección sur, había una "montaña rusa", novedad deportiva de la época. El puente era motivado por un extenso bajo inundable. La rambla, totalmente de madera.

.....

Vamos a hacer notar que en ese tiempo las dos lomas, tanto la de la Perla como la del Torreón, eran campo abierto. En la primera sólo había la capilla de Santa Cecilia y en la falda la casa de familia de José Luro; en la otra, los chalets de Jacinto Peralta Ramos y don Pedro Christophersen. No existía la iglesia de San Pedro, ni ninguna otra. Por lo tanto, de la calle Luro hacia el norte, todo estaba despoblado, y al sur, pasando la de Rivadavia. Los domingos íbamos a misa a la capilla, en carruajes o a caballo, cortando campo.» (Felipe Amadeo Lastra, *Recuerdos del 900*, Buenos Aires, 1965) ■

Archivo General de la Nación

los usos venidos de Europa. Y aquí dejamos por el momento el tema, dado que el crecimiento de Buenos Aires merecerá un tratamiento más extenso en otro volumen de esta obra.

Interesa en cambio destacar que el fortalecimiento de las industrias agropecuarias en la llanura bonaerense estimuló el poblamiento de sus ciudades. Tandil, por ejemplo, duplica sus habitantes entre los censos de 1869 y 1895. El *Diccionario geográfico argentino*, publicado por Francisco Latzina, informa en su edición de 1899 que la ciudad cuenta con un

Abajo: Bahía Blanca durante la fiesta de la virgen de la Merced, patrona de la ciudad. Roberto J. Payró (abajo, derecha) hizo en Pago Chico *(1908) una pintura de la sociedad bahiense. Centro, derecha: la Sociedad Rural e Industrial de Mercedes, ciudad natal del escritor.*

Archivo General de la Nación

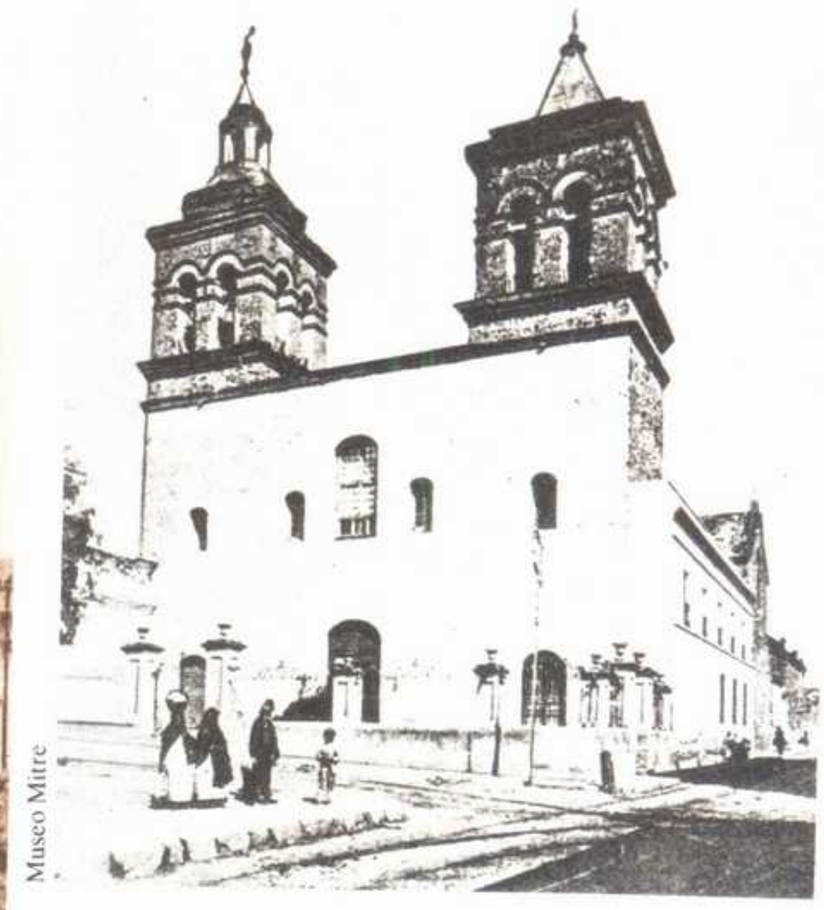
atractivo turístico: la piedra movediza, ubicada a 5 km del centro. Los 7000 pobladores de Tandil representan una cifra considerable, pues por esa época la mayoría de las ciudades bonaerenses tenían entre 5000 y 10 000 almas.

Bahía Blanca contaba, al igual que Tandil, con una estación del ferrocarril Sur, que era la clave de su prosperidad. Sucursales de los bancos de la Nación y de la Provincia, dos molinos hidráulicos, mensajería a Carmen de Patagones y saladeros representaban los principales adelantos de esta población, que en sus orígenes había sido un fortín de la frontera, habitado por gente heterogénea -soldados y chinas, acopiadores de quillangos, mercachifles y pulperos-, y que en los últimos años había recibido contingentes numerosos de inmigrantes.

Azul mereció entre 1890 y 1900 la jerarquía de ciudad, que hizo honor a sus 9400 habitantes. También tenía sus no demasiados lejanos orígenes en un fortín, pero la modernización le había aportado algunas industrias harineras y cerveceras, fábricas de jabones y velas, grandes molinos a vapor, fábrica de licores y refrescos, así como curtiembres. Poseía sociedades de cultura y mutuales española, italiana y francesa, nos dice el historiador Ezequiel C. Ortega. Su Teatro Español recibió la visita de prestigiosas compañías y no faltaron en su vida cultural ni las asociaciones musicales ni los periódicos, entre ellos, *El Pueblo*. La librería *El Vesubio* vendía libros de Mitre, Zola, Zeballos, Wilde y Ascasubi a un peso cincuenta o tres pesos el tomo. Por cuarenta centavos podía beberse un buen chop de cerveza producida en la fábrica local, denominada Azul. Pero existían otras diversiones, como las que ofrecían las casas de dudosa

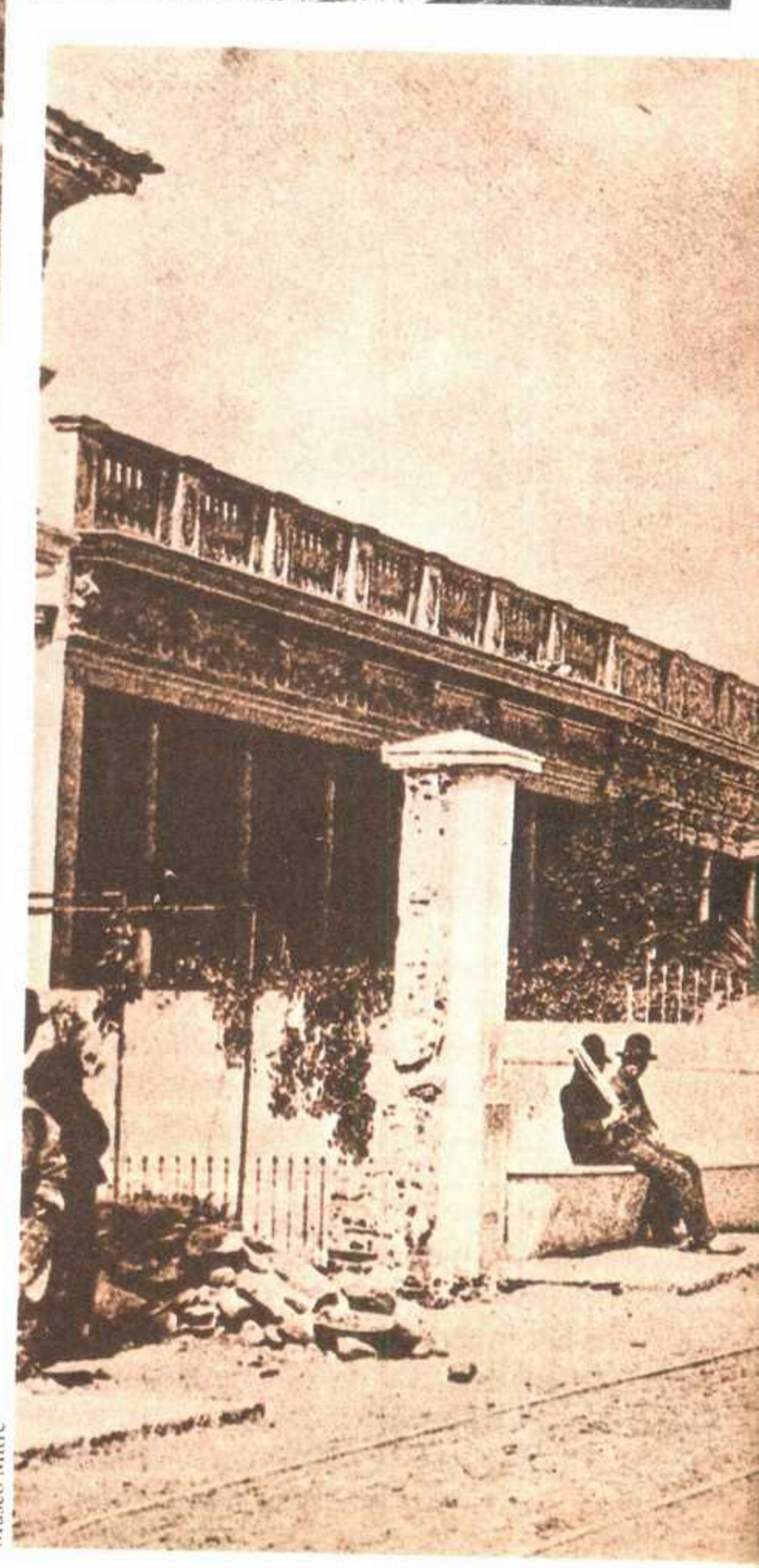
Entre las funciones de Córdoba se destacaban las de nudo de comunicaciones y de centro cultural. Abajo, el bulevar de la estación en 1889; pie de página, izquierda, la universidad, la antigua casa de Trejo que desde el siglo XVII había dado a «la Docta» su aureola intelectual.

Museo Mitre



Museo Mitre

Archivo General de la Nación



Museo Mitre

Página 38, arriba, derecha: la iglesia de la Compañía, uno de los más bellos templos de la capital cordobesa, famoso por su artístico artesonado.
Página 38, al pie, derecha: la calle Juárez Celman, en Córdoba.
Viñeta: plano de la ciudad de Córdoba.

reputación de María Sirena y Leonor B. Porque el centro urbano de un partido rural debía atender todas las necesidades de la comarca y en especial las de aquellos pobladores que sólo acudían a la ciudad en contadas oportunidades.

En los centros mencionados y en muchos otros que crecían a lo ancho y a lo largo de la provincia porteña, la sociedad empezaba a definir sus hábitos colectivos. *Pago Chico,* una novela de Roberto J. Payró, escritor oriundo de Mercedes, revelaría años más tarde, cuando su autor residía en Europa, la mezquina intimidad de los pueblos bonaerenses.

Pago Chico, un antiguo fortín convertido en ciudad, había sido designado cabecera de partido en premio a su docilidad política y recibía subsidios destinados a obras públicas que las autoridades se repartían en santa paz. Las apariencias se cubrían con algún conato de construcción: por ejemplo, el puente sobre el río Chico. El café, la farmacia, el Club del Progreso y las tertulias familiares representaban los centros obligados de entretenimiento y de difamación. El pueblo se hallaba dividido políticamente en dos bandos irreconciliables, y a esta rivalidad se añadían muchos otros elementos de conflicto: la competencia comercial, «creadora de enconos en sí misma y exacerbada por el favoritismo de las autoridades que para algunos llegaba a extremos inconcebibles; los celos de las mujeres; las envidias de los hombres; la sempiterna vida en común; la falta casi total de horizontes...»

Pueblos de la provincia bonaerense, con su vecindario distinguido y el pobrerío suburbano, dependientes del arribo de los escasos trenes a la estación local. Con sus casas de comercio, que eran unas pocas tiendas de un solo piso con techo de hierro galvanizado, donde se vendían muebles y bebidas, papeles, productos farmacéuticos y todos los consumos indispensables. Cada tanto las elecciones -o las revoluciones cívicas de la década iniciada en 1890- enfrentaban a los cívicos radicales con los autonomistas nacionales. En estas ciudades se mezclaban los paisanos criollos con los gringos y gallegos traídos por los barcos que surcaban el Atlántico. En ellas existía cierta marginalidad tolerada, que se manifestaba en timbas, prostíbulos y matones de fonda y de pulpería. Todo ese pequeño mundillo urbano, recién salido del medio rural, fue el que Payró retrató con crudeza no desprovista de ternura.

La docta capital cordobesa

Tanto en el centro como en el noroeste del país el crecimiento de pueblos y ciudades había sido muy desparejo. La ciudad de Córdoba vio disminuir su población en las dos últimas décadas del siglo, mientras se fortalecía la zona de su antigua y peligrosa frontera sur, el área de Río Cuarto, La Carlota y Bell-Ville, donde florecían colonias, se sembraba trigo y acudían inmigrantes.

La docta capital cordobesa mantenía el respeto por las tradiciones seculares. «Por otra parte la religión es el tema, es el capítulo que a todas horas asedia la mente del viajero que, procedente del Litoral de la República, por primera ocasión visita Córdoba; la ve haciendo un rasgo culminante de la ciudad con la abundancia de sus templos; se recuerda su acción en el pasado y se siente palpitar su influjo en lo más profundo del alma de este pueblo creyente.» Así se expresa Damián Menéndez en las «Impresiones de viaje» que publicó la *Revista Nacional de Buenos Aires* y fueron incluidas por Carlos Segreti en un libro de testimonios sobre Córdoba.

La gente de la clase superior de «la Docta», orgullosa de su estirpe hispánica,

Juan Bialet Massé (abajo), responsable de las obras del dique San Roque (centro), que aseguró la provisión de agua a la ciudad de Córdoba. La construcción del dique dio origen a una causa judicial iniciada en 1892.
Abajo, derecha: Leopoldo Lugones, un poeta que en el noventa empezó a destacarse en el panorama literario cordobés.

La Rioja: quieta, pobre y silenciosa

El 27 de octubre de 1894, a las cuatro y media de la tarde, un tremendo sacudón destruyó La Rioja. En menos de medio minuto, la ciudad de Juan Ramírez de Velasco quedó convertida en escombros. La Casa de Gobierno, las instalaciones de los colegios normales de varones y niñas, todas las iglesias menos la de Santo Domingo (construida en 1623), casi todas las casas de familia fueron afectadas por el temblor. Esa noche la población entera -incluso el gobernador- debió pernoctar en la plaza. La hora en que ocurrió el sismo había evitado que produjera muchas víctimas, pero la fisonomía tradicional de La Rioja quedó totalmente borrada: se desplomaron las casonas del siglo XVII, con las fechas de su edificación marcadas a fuego en los dinteles de algarrobo.

Después de los primeros y precarios trabajos de reconstrucción se pensó en el planeamiento de la nueva ciudad. Funcionarios nacionales enviados especialmente para asesorar al gobierno local aconsejaron mudar el emplazamiento, tal como ocurriera en Mendoza en 1862. Pero los riojanos no quisieron moverse de sus viejos solares. Lenta y trabajosamente se levantaron de nuevo los frentes de las viviendas y los edificios públicos. La obra de la iglesia de San Nicolás debió abandonarse; todavía hoy exhibe los muñones de sus columnas. El resto de la traza urbana fue calcada sobre los repartos de solares que hiciera el fundador en 1591.

Es por eso que La Rioja no tiene un estilo urbano definido. No hay a la vista testimonios arquitectónicos auténticamente coloniales; ellos deben buscarse en el interior de los conventos o en los patios de algunas viejas casas. Pues la antigua fisonomía de la ciudad persistió sólo en el trazado de las viviendas, con sus fondos cubiertos de naranjos, viñas y olivos, en las gruesas paredes de adobe de las medianeras, en las acequias -hoy borradas por el asfalto- que bordeaban las calles.

Hacia fines del siglo XIX La Rioja presentaba el aspecto que diez años más tarde describiría Manuel Gálvez en su novela *La maestra normal.* Una ciudad quieta, pobre, dominada y silenciosa, con largos muros ciegos por calles, cuyo mayor encanto residía en el perfume de azahares que la embalsamaba. Y una sociedad ensimismada aunque hospitalaria, de costumbres patriarcales, cuyos dirigentes, ostentando apellidos que figuraban desde la época colonial, se intercambiaban el poder como cosa propia. Una provincia, en fin, que languidecía en su medianía recordando los años terribles de la montonera y las expediciones nacionales, y acariciaba el sueño de una mágica transformación mediante el oro del Famatina o un milagro de agua que convirtiera los secos desiertos en vergeles... ■

Miguel Bravo Tedín

Historiador y periodista, colaborador de *Todo es Historia.* Autor de *Historia del Barrio Clínicas de Córdoba.*

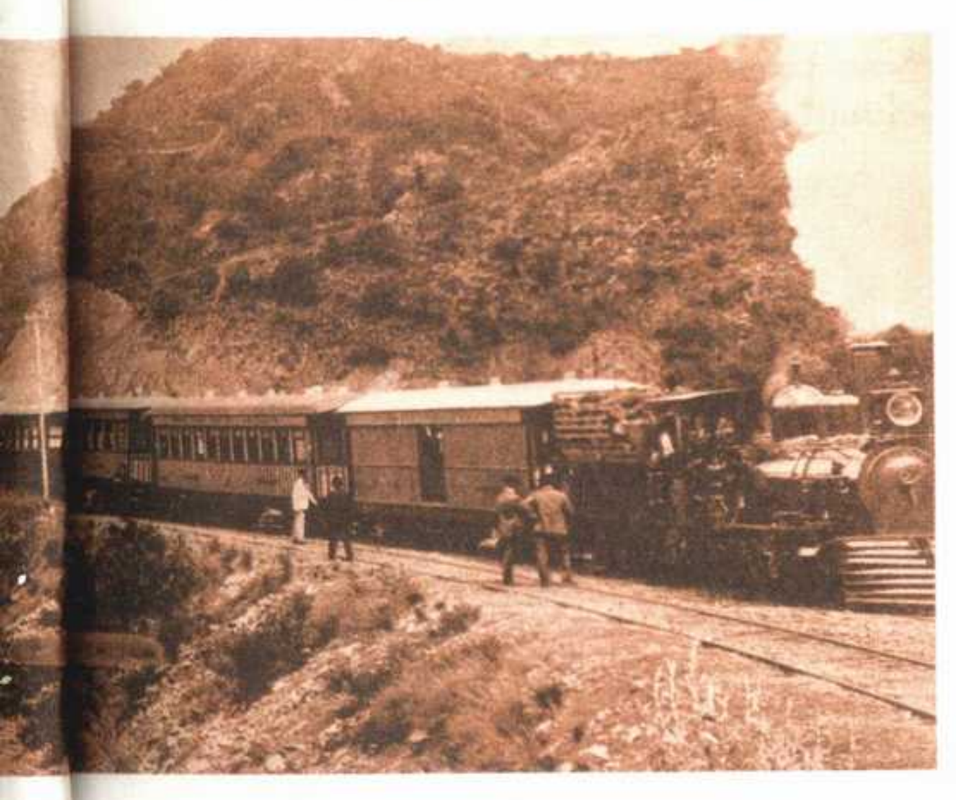
Archivo General de la Nación

Archivo General de la Nación

monopolizaba los cargos públicos y las cátedras de la universidad fundada por Trejo en el siglo XVI. Muy pocos cordobeses de la élite se interesaban por poblar campo en el sudeste de la provincia y por fundar estancias modernas, una actividad que era la base de nuevas fortunas tanto en Buenos Aires como en Rosario.

El clero mantenía el prestigio y la influencia de los tiempos coloniales. Veintitrés iglesias y conventos asombraban a los viajeros por su apariencia sombría e imponente. Pero había además capillas en casi todas las casas particulares de cierto relieve social. Gente de edad y condi-

Museo Mitre



ción diversa acudía diariamente a escuchar misa y a rezar novenas y rosarios. Los funcionarios públicos acompañaban puntualmente las procesiones religiosas. El tañido de las campanas se escuchaba en toda la ciudad.

«De esta manera -continúa diciendo Menéndez-, sin salir de cosas de orden religioso, resulta que Córdoba tiene tres rasgos culminantes: mayor número de templos católicos, más sacerdotes y también mayor cantidad de hijos ilegítimos en proporción relativa que cualquiera de las ciudades argentinas.» Esta aseveración refleja el eco de la famosa polémica que

Una ciudad sin ladrones ni poetas

A fines del siglo pasado, la vida en las ciudades del noroeste del país transcurría plácida, serena. Sus pocos pobladores habitaban casas de una planta, con dos patios, quinta y el infaltable canchón que llegaba hasta la otra calle. Por el portón que daba a ella, entraban las recuas de burros con la imprescindible carga de leña para la cocina; también lo hacían el patrón y los peones cuando regresaban a caballo de las faenas rurales, porque en aquellos años las ciudades llegaban hasta el campo y el campo entraba en las ciudades. No se conocían los pavimentos y por el centro de la calle corría una acequia de agua murmuradora y cristalina.

Mi padre, hombre memorioso y enamorado de su terruño, me describió muchas veces el Jujuy de 1900, en largas conversaciones teñidas por la nostalgia con que evocaba los años de su mocedad y ese para él lejano, perdido paraíso.

«Todos nos conocíamos», solía decirme, y todo se sabía al instante porque, cuando amasaban, las panaderas izaban en el extremo de una caña una banderita blanca; cuando faenaba, el carnicero izaba también una banderita (esta vez, roja). Roja era también la banderita que izaba la única fabricante de helados, doña Benita del Barco. Pero esto último no era frecuente, ya que sólo era posible hacer helados cuando los paisanos conocedores (que sabían dónde hallarlo) llegaban con grandes panes de hielo, que cortaban a golpes de maza en los cerros vecinos y que luego transportaban -dada la índole de la carga- a lomo de pacientes asnos.

Costumbres arraigadas y criterios muy convencionales pero firmes definían la personalidad del provinciano de la época. A los veintidós años un hombre debía tener ya su hogar formado, su título profesional y, tal vez, su fortuna consolidada. Podía admitirse que escribiera ensayos sobre temas históricos o filosóficos y -afirmaba irónicamente mi padre- no existían ladrones ni poetas. Tan sorprendente y extemporáneo como un robo hubiera resultado que alguien publicara versos o, para ser más exactos, «versitos» (el diminutivo era toda una opinión). A tal punto fue así, que el primero en dedicarse en forma pública en aquellas regiones (Jujuy-Salta) al inocente mester de poesía, don Juan Carlos Dávalos, fue apodado enseguida «el loco Dávalos». Loco admirable, conviene agregar, lleno de talento y de gracia para escribir y para vivir, que cumplió la proeza de abrir las mentes y las almas norteñas a la belleza escrita ■

Jorge Calvetti

Poeta y periodista, es miembro de la Academia Argentina de Letras. Autor de *Fundación en el cielo, Memoria terrestre* e *Imágenes y conversaciones.*

***Pie de página: la calle Belgrano, en Jujuy, durante el almuerzo ofrecido al ministro Civit en el Club Social con motivo de la inauguración de los ramales ferroviarios a Bolivia y de Perico a Ledesma. El tendido de las vías férreas daba impulso a nuevas actividades económicas en el interior. Viñeta: almanaque de* Caras y Caretas.**

suscitó la tesis doctoral del joven Ramón J. Cárcano sobre los hijos adulterinos.

Usos extremadamente corteses caracterizaban a la sociedad de la Docta. Con lentitud aumentó la riqueza urbana en poder de comerciantes e industriales. Los jornaleros vivían muy penosamente y los sirvientes demostraban una notable lealtad hacia sus patrones. Eran sin duda resabios de la época colonial, y también de los prejuicios de casta que no se desvanecerían en el transcurso del siglo XIX.

Por eso llamaron poderosamente la atención algunas novedades ocurridas en las fábricas -molinos, cervecerías, fábricas de calzado y de fósforos- donde hacia 1890 se agrupaban trabajadores de ideología libertaria o socialista, extranjeros en su mayoría. La fundación de la Sociedad Cosmopolita Unión Obreros Panaderos de Córdoba, en 1895, y la de Tipógrafos, en 1900, fueron otros tantos hitos de la modernización que Hilda Iparra y Ofelia Prapetti han consignado en un estudio reciente sobre la organización de la clase obrera en la provincia cordobesa. Protestas de tipógrafos en 1889, huelga de obreros italianos al año siguiente, paro de ferroviarios y huelga de carreteros en 1891, rebeldía de los mayorales del tranvía San Vicente en 1894, fueron expresión de este nuevo estado de cosas.

Los patrones, por su parte, crearon en 1900 el Centro Unión Industrial, antecedente de la Bolsa de Comercio. Apareció por esos mismos años la Sociedad Rural, cuyo primer presidente, Ramón J. Cárcano, se había iniciado como estanciero en Villa María luego de su fracaso político.

Córdoba ostentaba progresos materiales, como la iluminación a gas, la instalación de aguas corrientes y de cloacas, dos parques importantes, Sarmiento y Las Heras, y un excelente teatro, el Rivera Indarte, visitado entre 1890 y 1900 por compañías de primera calidad, como las de Soledad Pestalardo, Andrés Cordero y María Guerrero y Fernando de Mendoza. Una diversión sofisticada, el cinefotógrafo, se presentó en 1896. Más populares eran las riñas de gallos, autorizadas hasta 1907, y las tradicionales carreras de caballos y jugadas de taba.

Varios diarios expresaban las distintas facciones políticas de la Docta. Entre 1886 y 1893 la Unión Católica tuvo como vocero al *Porvenir,* de Juan M. Garro y Jacinto Ríos. Algunos de los colaboradores de dicha publicación fundaron en 1894 *Los Principios,* que subsistió hasta hace pocos años como reducto del pensamiento católico tradicional. *La Voz del Interior,* a partir de 1904, demostraría afinidad con los postulados de la Unión Cívica Radical, que de 1890 a 1893 tuvo un periódico, *La Libertad,* de los hermanos Pedro y Abraham Molina. La década del noventa vio desaparecer en cambio a dos diarios juaristas, *Los Estados* y *El Interior,* que no sobrevivieron a la catástrofe política que acabó con la carrera de su inspirador.

Señala Efraín Bischoff que en las tertulias literarias y sociales de 1890, Córdoba había visto nacer sin reconocerlo a un gran poeta, Leopoldo Lugones, que publicaba poesías como «Grito del alma» en el diario *Libertad.* El futuro autor de *La hora de la espada* era por entonces un joven anticlerical y rebelde, miembro fundador del Centro Socialista y del periódico *Pensamiento Libre.*

Los grandes escándalos vinculados con las obras públicas daban pie a la maledicencia. El más importante de los ocurridos en este período tuvo como protagonistas a los responsables del dique San Roque, construido cuando Juárez gobernaba Córdoba, y que adolecía según sus detractores de serias deficiencias que podían acarrear su destrucción. El proceso y prisión de Juan Bialet Massé y del ingeniero Carlos Cassaffousth, constructores del San Roque, fue ordenado por el gobernador Manuel Didimo Pizarro.

Como los cargos no pudieron probarse, Bialet y Cassaffousth quedaron en libertad, luego de experimentar las imaginables amarguras.

El llamado proceso al dique San Roque constituía en realidad una venganza contra su principal sostén político, Juárez Celman. Así lo percibió el doctor Bialet

Archivo General de la Nación

Absalón Rojas (pie de página, izquierda), gobernador de Santiago del Estero de 1886 a 1889, fue responsable del trazado moderno de las calles de la capital provincial, cuyo Hospital Mixto se ve en la fotografía de abajo.
Pie de página, derecha: San Miguel de Tucumán, una ciudad todavía impregnada de viejas tradiciones.

Massé cuando escribió desde la prisión esta carta al ex presidente, que ahora estaba retirado de la vida pública: «Lo que conmigo se ha hecho es brutal y ha sido sólo porque hay el propósito deliberado de derribar el dique para que no quede nada que venga de Juárez Celman. ¡Bárbaros! No saben que la ingratitud es la peor de las manchas. Esa obra sobrevivirá a los años, y ese laurel no podrán arrancarlo de su frente y de la mía, en lo poco que me toca. Me sacaron a las diez y media de la noche de mi casa, como a un bandido, pero al día siguiente la sociedad cordobesa me dio una muestra de aprecio que agradeceré siempre. Se repite que el dique no sirve y que no hay otro remedio que deshacerlo. Eso me mataría...»

Investigaciones posteriores -consignadas por Luis Rodolfo Frías en un trabajo publicado en la revista *Todo es Historia*- demostraron que Bialet Massé se había empobrecido por culpa de las obras del dique. Pero este caso revela asimismo las inquietudes y sobresaltos típicos de esos tiempos, que hoy nos parecen idílicos.

Archivo General de la Nación

Biblioteca Municipal Manuel Gálvez

Las dos capitales cuyanas progresaban, aunque en distinta medida, al compás del auge vitivinícola. La pujanza de Mendoza (abajo, la avenida San Martín) se reflejaba en la belleza de sus calles arboladas y acompañadas de acequias. Más lento era, en cambio, el avance de San Juan (centro, izquierda, la estación ferroviaria).

Biblioteca Municipal Manuel Gálvez

Biblioteca Municipal Manuel Gálvez

Archivo General de la Nación

La vida provinciana

Parte de esa existencia provinciana estaba representada por viejas costumbres, como la vuelta vespertina por la plaza principal. La escena se repetía de manera monótona en las ciudades argentinas. En Tucumán la costumbre fue el blanco de las críticas de ciertos progresistas que advertían la estricta separación de clases sociales que había en este paseo. «Hay quienes le censuran a la retreta, echándoselas tontamente de republicanos, su carácter aristocrático -escribió en 1895 y a modo de respuesta un columnista del *Orden*. Fingen repugnarles que a una plaza pública concurran a oír música, a pasearse, a verse y hablarse, los viejos respetables y la juventud dorada, las matronas de la alta sociedad y las niñas que llevan la suprema distinción social en la apostura, en el semblante, en la dicción que brota de sus labios como música», sostenía con mucha seriedad.

El galante articulista explicaba con naturalidad la ausencia de los trabajadores de este paseo. «Y se comprende que así sea: la muchacha del pueblo, que tal vez se pasa todo el día en ocupaciones domésticas que no le dejan muchas ganas de paseos y caminatas, no sentiría tampoco gusto en ir a mezclarse entre un conjunto de señoritas distinguidas, haciendo resaltar la pobreza de sus vestidos, el cansancio de su persona y hasta los aires de timidez y de vergüenza propios de la gente de humilde condición cuando se encuentran en presencia de superiores.» Y concluía: «Sueñan con un mito, aunque sueñen generosamente, los que quisieran borrar todas las diferencias, todas las superioridades, todas las distinciones.»

En la plaza las diferencias sociales se respetaban estrictamente y otro tanto ocurría en los ingenios y en los pagos rurales. «La lucha política en Tucumán se hace por la clase gubernamental, en la que las demás clases sociales juegan el papel de mesnadas. El obrero sigue a su patrón, caudillo de sus servidores, que nacen, viven y muchos mueren en el terreno del patrón en que nacieron», escribía Juan Bialet Massé en su *Informe sobre el estado de la clase obrera*.

El mismo autor recordaba que todavía las grandes familias tucumanas se distinguían unas de otras por haber sido realistas o patriotas, unitarias o federales, liberales o de otras facciones. Hacia 1890 la ciudad de San Miguel de Tucumán progresaba. Tenía Colegio Nacional y Escuela Normal, biblioteca, bancos, hospitales y teatros. La casa donde se declaró la independencia argentina era el monumento histórico más apreciado por sus pobladores.

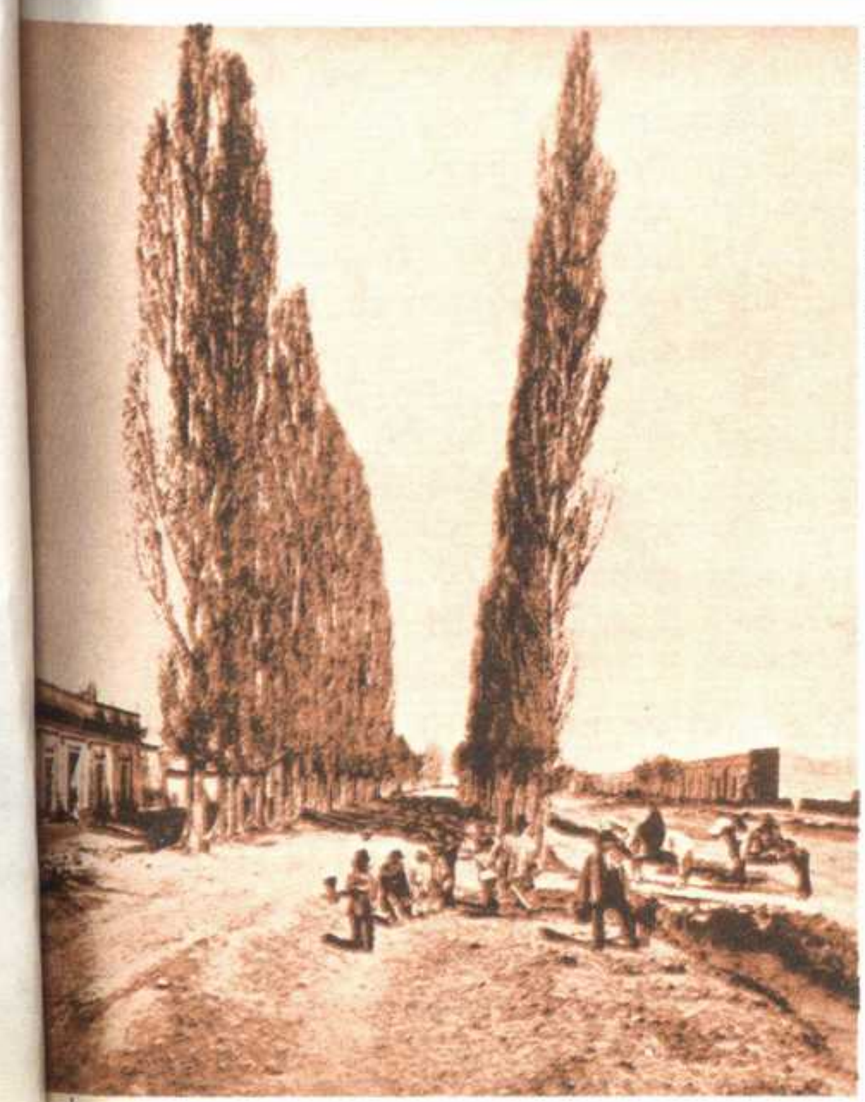
Pero Rodolfo Araoz Alfaro evocó una ciudad impregnada de aromas y de olores tradicionales. El Tucumán del novecien-

Abajo: las ruinas de San Francisco, en el viejo centro de Mendoza, destruido por un terremoto en 1861, se habían convertido en atractivo turístico treinta años más tarde.
Pie de página: las hileras de álamos son características del paisaje mendocino.

San Miguel de Tucumán

"Era esta ciudad, por aquella época -1887-, un pueblo grande nada más, porque su población no alcanzaba a 30 000 habitantes, la edificación era por lo general anticuada, señalándose como cosa rara las casas bien construidas y confortables; sus calles estaban malísimamente pavimentadas y la empresa del tranvía de tracción a sangre que recorría el centro de la ciudad había tenido la peregrina ocurrencia de empedrar sus vías en forma ondulada, para que los demás vehículos del tráfico no pudieran marchar sobre ellas, y esa misma empresa, según se nos ha dicho, acordaba boletos "con empuje" por 5 centavos y "sin empuje" por 10 centavos. Los pasajeros que tenían boleto de "empuje" estaban en la obligación de dar una "manito" toda vez que los caballos se empacaban -cosa que sucedía con desesperante frecuencia-, mientras que los otros, los de boletos "sin empuje", permanecían repantigados en sus asientos.

»Veíanse frecuentemente por las calles jinetes de ambos sexos cabalgando en burritos o mulas portadoras de árganas o alforjas repletas de frutas u otros comestibles destinados a la venta, y en las casas o zaguanes de la gente pobre era frecuente ver mujeres del pueblo vendiendo pan de mujer -con una denominación especial-, tortas fritas, empanadas, tamales, arrope, patay, chancacas, cigarrillos de fruta, chala e infinidad de artículos.» («De paso por Tucumán. Impresiones de un viajero», nota del enviado especial de *La Nación* en *El Orden*, Tucumán, 13-V-1910) ■



Archivo General de la Nación

tos, en el que pasó sus primeros años, le recordaba «el olor horneado y sabroso de los pajaritos que hacía la Chita con los recortes sobrantes de las empanadas de los domingos, y que tenían cabitos de pasas de uva para señalar los ojos y unas alas rayadas a golpes de tenedor». Las calles se encontraban «llenas de caballos que despedían un olor dulce, pues se alimentaban con bagazo de caña».

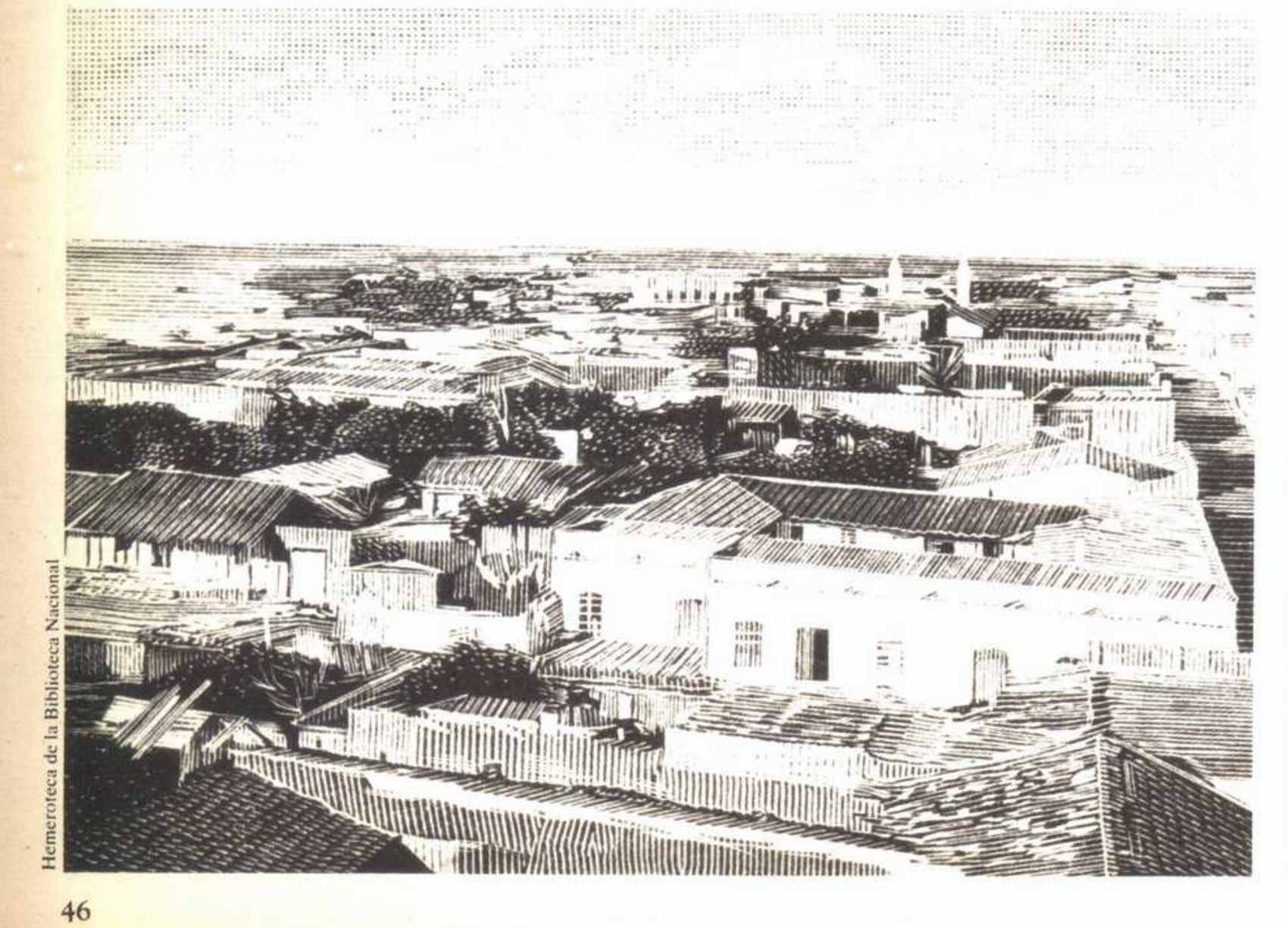
Santiago del Estero, menos favorecida que Tucumán por las industrias modernas, aspiraba también a ocupar su lugar entre las ciudades progresistas de la Argentina. La administración renovadora de Absalón Rojas en los años ochenta la había favorecido con el trazado de calles y manzanas, a tal punto que en 1888 Lorenzo Facio afirmó que se percibía una nueva Santiago, una Santiago «Neustadt» que se iba levantando al lado de la vieja ciudad y cuyos adelantos se registraban con orgullo.

La ribera de la acequia principal tomaba ahora el nombre elegante de avenida Belgrano y había perdido el aire campestre de quinta para trocarlo por el de bulevar. «Más allá, escribe Facio, donde la ribera propiamente dicha termina y empieza el camino del Palomar, está luciendo las galas de su juventud la bonita plaza Belgrano, que no cuenta sino un año de vida. El chalet con que el señor Napoleón Zavalía prepara una morada deliciosa para los días de su descanso, ostenta en aquella plaza un tipo de edificación nueva que escoge y asocia los estilos más adoptados. Desde el 6 de febrero de este año 1889 tenemos luz eléctrica, el elemento más necesario y en la forma más perfeccionada que nos brinda la ciencia física.»

Santiago progresaba, pero en la plaza llamada «de las carretas», que funcionaba también como mercado suburbano de extramuros, persistía el estilo de los tiempos

Contrastes en la capital correntina: el lujoso interior de la Casa de Gobierno (abajo), decorado en estilo francés, y una imagen de la ciudad aparecida en La Ilustración Sudamericana *(pie de página), que bien podría pasar por colonial aunque corresponda a 1893.*

Archivo General de la Nación



Hemeroteca de la Biblioteca Nacional

coloniales. A esa plaza llegaban conductores de carretas y arrias de mulas procedentes de Cuyo, Catamarca, La Rioja y Salta. Vendían sus productos y cuando encontraban saturado el reducido mercado local, pasaban semanas con sus mercancías acumuladas en el suelo, arrinconados en las carretas y a la sombra amiga de los algarrobos. A medida que la acción del ferrocarril quitó importancia a estos intercambios, la antigua plaza se convirtió en yuyal y más tarde en barrio.

Vida provinciana. Cada ciudad, cada pueblo era similar a los otros, pero guardaba ciertas características propias que lo identificaban. En Mendoza, reconstruida después del trágico terremoto de 1861, todo el mundo anda en coche debido a una necesidad topográfica, los agudos desniveles que dificultan el tránsito a pie. Son baratos y el gremio de cocheros muy numeroso, explica Raúl Aguirre Molina en una evocación de su ciudad natal. «La cocinera trae del mercado las compras en coche, la lavandera la ropa, la señora, la mucama, el soldado, el changador, todos suben en coche.» Sin duda una sociedad con mayores ingresos y menos distingos clasistas podía darse el placer y el lujo de que la mayoría de sus miembros anduvieran en coche.

La sociabilidad mendocina tenía su ámbito preferido en los puentes que cruzaban las acequias de riego. «Unicos quizás en el mundo -escribe Aguirre Molina-, se sucedían en formas variadas a lo largo de la calle San Martín, y alternadamente en otras calles de la ciudad. Construidos en madera, sobre las acequias que bordeaban las veredas, unían a éstas con la calle. Los había con asientos fijos y permanentes, en forma de bancos y escaños, pintados de diversos colores. En las tardes se completaba el moblaje con sillones de mimbre, hamacas y sillas.»

Multitud de escenas domésticas tenían lugar en estos puentes. Llegaban visitas y los criados aparecían con bandejas repletas de horchata, granadina y helados de canela, una de las especialidades de la repostería mendocina. Las patronas autorizaban a veces a las sirvientas a tomar junto a ellas el fresco del atardecer, siempre que no abrieran la boca. Algunos puentes

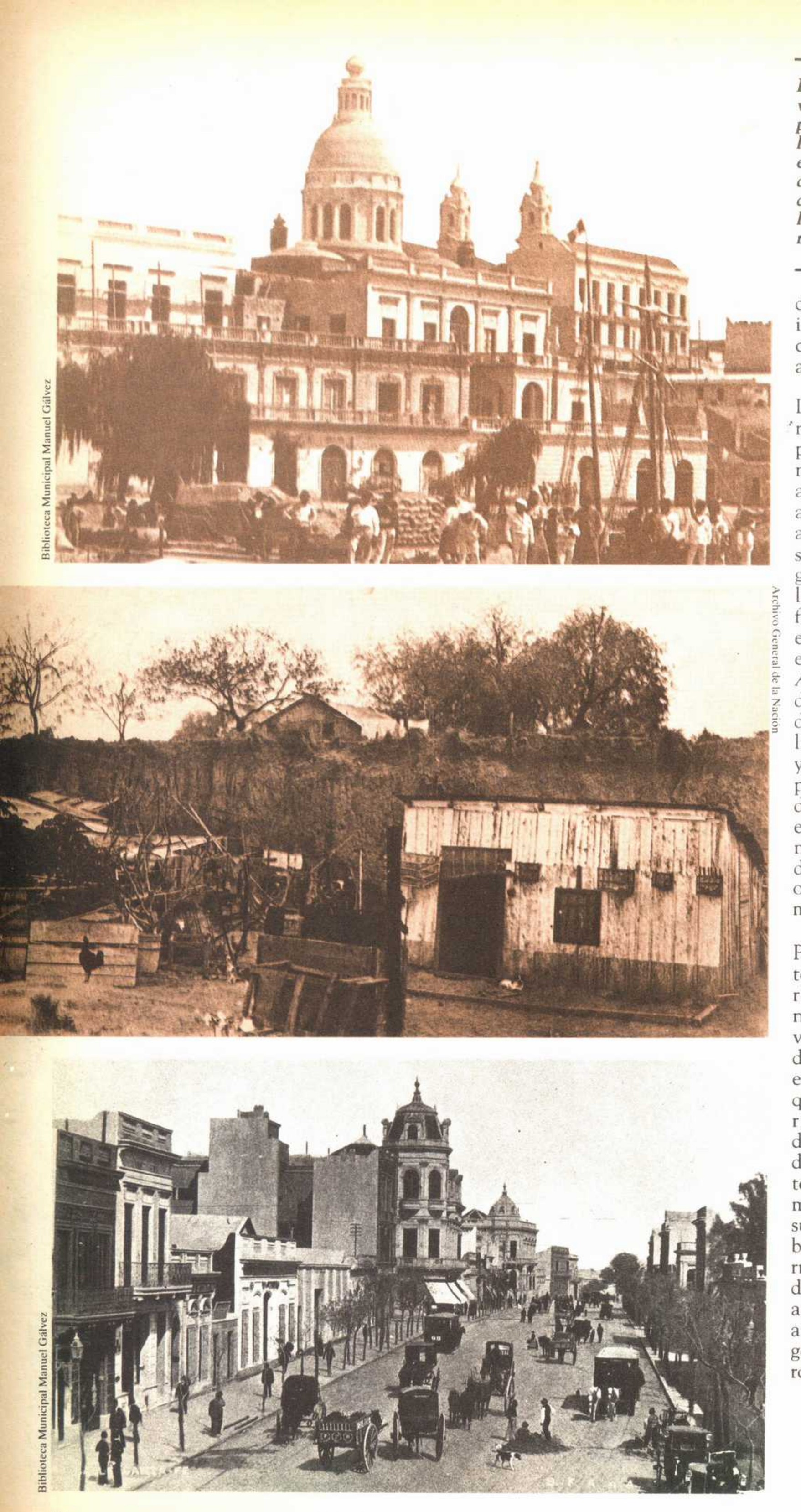
La ciudad de Gualeguaychú, fundada por Tomás de Rocamora en el siglo XVIII, se había modernizado. Las plazas y parques (pie de página, la plaza Independencia) constituían aquí un motivo de orgullo, al igual que en muchas modestas localidades del interior.

se reservaban a los viudos y varones solteros, mientras los clubes instalaban cómodos sillones y servicio de bar en los puentes vecinos.

Contrastes del Litoral

Paraná, Gualeguaychú y Concepción del Uruguay eran los principales centros urbanos de Entre Ríos. El Parque Urquiza, el hermoso paseo donado por Dolores Costa, la viuda de Urquiza, constituía el orgullo de Paraná. Con sus calles empedradas, su iluminación a gas, la Escuela Normal de Profesores -una avanzada de la modernización de la enseñanza pública- y su Colegio Nacional, siete molinos a vapor, caleras, graserías y establecimientos industriales de cierta importancia, la que había sido capital de la Confederación Argentina vivía de las glorias del pasado y de las satisfacciones de un apenas discreto presente.

Corrientes, con unos 16 000 habitantes, tenía como signo característico de su actividad industrial algunos astilleros. En los años noventa, el interés de las élites locales se orientó hacia la educación, que recibió fuerte impulso durante la administración progresista de Valentín Virasoro. La presidencia del Consejo de Educación fue confiada en 1893 al doctor Alfredo Ferreira, partidario del comtismo, que puso en práctica un plan de estudios fundado en la experimentación pero con márgenes de espontaneidad y de adaptación al medio. El gobierno, que había recibido como herencia 64 escuelas en toda la provincia, dejó a su término 144 establecimientos escolares. Desde el punto



Biblioteca Municipal Manuel Gálvez

Archivo General de la Nación

Biblioteca Municipal Manuel Gálvez

El desarrollo de Rosario estaba vinculado con la actividad de su puerto, por el que se exportaban cereales y llegaban miles de inmigrantes (izquierda, el muelle de desembarco). A pesar de la imagen de prosperidad general que daban sus zonas céntricas (pie de página, la calle Santa Fe), en la orilla del río se veían míseras viviendas (centro).

de vista religioso el acontecimiento más importante de la década fue la coronación de la Virgen de Itatí, celebrada en el año 1900.

La provincia santafesina es la que mejor resume los contrastes entre tradición y progreso típicos de las ciudades argentinas en su etapa finisecular. Santa Fe, que al igual que Rosario era favorecida por el auge de las colonias agrícolas y por la gran afluencia de inmigrantes, había fundado su universidad en los años ochenta, y su gobierno se había comprometido en adelantos espectaculares que la crisis de 1890 frenó casi por completo. Esta Santa Fe, en buena medida bloqueada por la crisis, es la que Manuel Gálvez describe en *Amigos y maestros de mi juventud*, donde menciona a algunos jóvenes escritores de entonces que harían una larga carrera literaria, como Carlos Alberto Leumann y Gustavo Martínez Zuviría. «Fuera de la política -observa- en el pueblo no había de qué hablar ni de qué ocuparse; de vez en cuando se producían polémicas interminables en los diarios locales: "la realidad del infierno", las doctrinas de Darwin o de los milagros, que terminaban fatalmente en acusaciones de anticasticismo.»

Pero el colapso del noventa no pudo detener el crecimiento asombroso de Rosario. Noventa y un mil habitantes le asigna el censo del 95 a esta ciudad, eje ferroviario, dueña de varios bancos, de elevadores de granos, de molinos a vapor, de establecimientos donde se producía maquinaria industrial moderna, de refinerías de azúcar, de fábricas de fósforos, de destilerías de bebidas. Rosario disponía de teatros, gas, agua corriente, tranvías y teléfonos. La ciudad se envanecía del macadán del Boulevard Santafesino y de sus cuidados parques, pero en torno de los barrios industriales y de los talleres del ferrocarril se percibía la miseria de las casas de inquilinato, cuya suciedad infectaba la atmósfera. Esa suciedad que hizo temblar a toda la población cuando en 1894 el flagelo del cólera castigó por última vez a los rosarinos ■

4. Las revoluciones radicales

La revolución del Parque abrió un período de tumultos políticos que interrumpieron la hasta entonces pacífica progresión del régimen. El radicalismo cuestionaba la legitimidad de los gobiernos y se consideraba con derecho a alzarse revolucionariamente en nombre del pueblo.
El pico más alto de estas conmociones se alcanzó en 1893, año caracterizado por una serie de levantamientos que el partido de Alem propulsó, con éxito diverso, en distintas provincias. Como suele ocurrir en estos casos, lo importante no fue tanto el resultado de tales movimientos sino la mística que crearon en las huestes de Alem e Yrigoyen, que por mucho tiempo hicieron de la revolución una de sus banderas emblemáticas y el objetivo casi excluyente de su acción.

La derrota de la revolución del Parque estimuló la voluntad de la Unión Cívica de persistir en su lucha, puesto que la renuncia de Juárez fue considerada como un triunfo propio. Después de largas deliberaciones sobre la estrategia a seguir, en enero de 1891 los delegados de los comités cívicos realizaron una convención nacional en Rosario y proclamaron a Bartolomé Mitre y Bernardo de Irigoyen como integrantes de la fórmula presidencial para los comicios que debían realizarse un año y tres meses más tarde.

Era un binomio «de lujo», como solía decirse entonces, que reunía al hombre más prestigioso del país con un dirigente muy respetado que representaba la tradición federal y autonomista. Parecía difícil que el roquismo, en crisis después de la caída de Juárez y a cargo de un gobierno tan arduo como el que estaba ejerciendo Pellegrini, pudiera triunfar sobre esos nombres ilustres, apoyados por un entusiasta concurso popular.

El acuerdo

El 12 de marzo de 1891 hubo elecciones en la Capital Federal. Triunfó la Unión Cívica: Alem y Del Valle fueron elegidos senadores. Cinco días después, Mitre regresó de Europa, donde había permanecido casi un año; la imponente recepción que se le tributó en el puerto vaticinaba su triunfal elección. Pero el 21 del mismo mes se produce un hecho sensacional: Roca visita al candidato cívico y le propone un acuerdo. Al día siguiente, una circular firmada por ambos próceres anuncia que habían convenido «suprimir la lucha electoral para la presidencia futura», a fin de evitar enfrentamientos que, en el estado en que se encontraba el país, serían inconducentes. El acuerdo suponía una fórmula única encabezada por Mitre e integrada por un amigo de Roca.

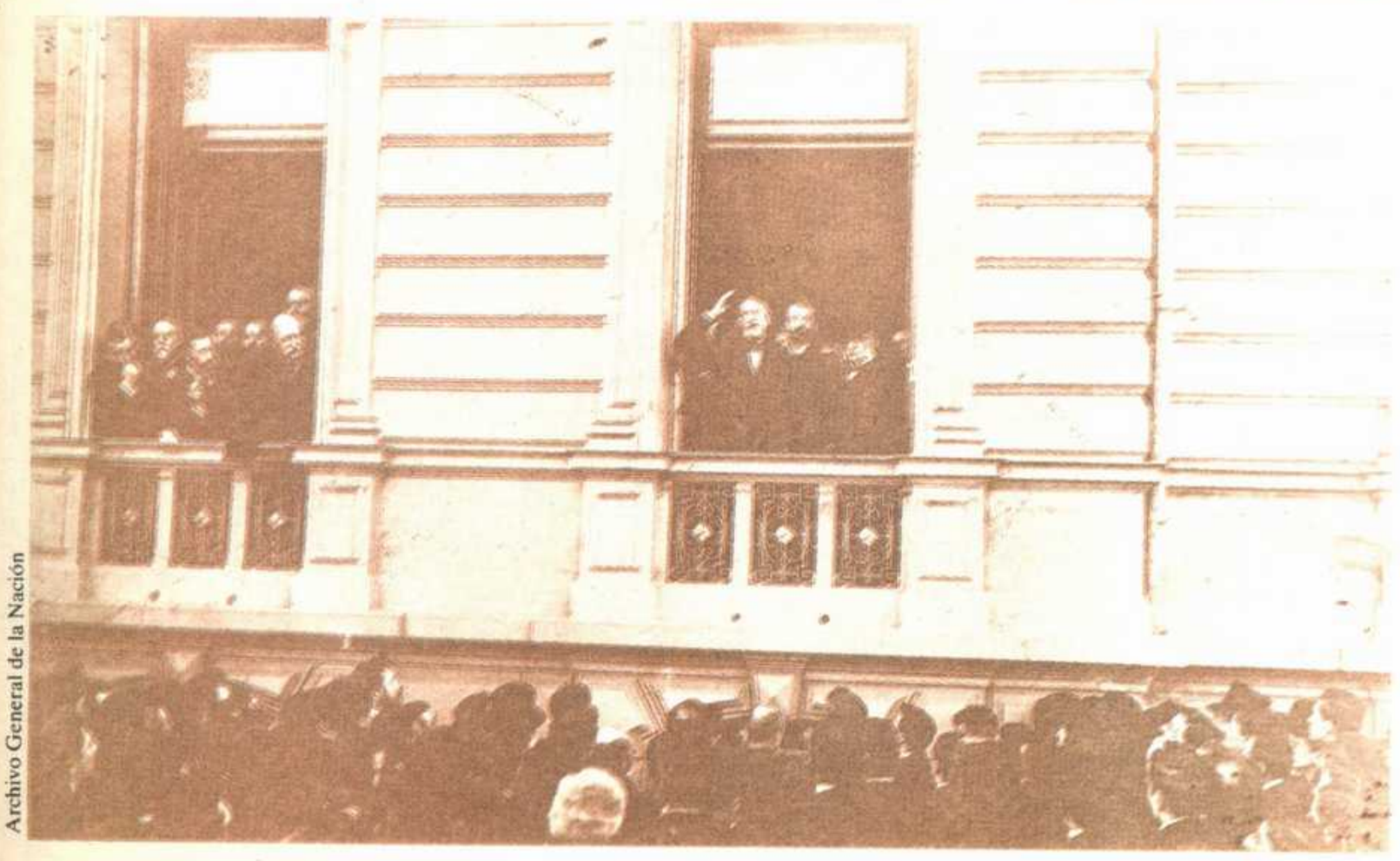
La noticia cayó como un balde de agua fría sobre Alem y los suyos, que interpretaron la decisión de Mitre como una actitud personalista e inconsulta, que tendía a apuntalar una estructura cuyos vicios habían provocado la reacción cívica. Según su criterio, lo que necesitaba el país era precisamente un enfrentamiento electoral libre y sin presiones, pues la agrupación -dijeron en un manifiesto- «no se ha propuesto la elevación de un hombre al poder, sino cambiar el régimen

Archivo General de la Nación

Alem era hombre de amigos; su figura, tierna y apostólica, siempre aparecía rodeada de un grupo de fieles, que le eran absolutamente leales. En la foto se lo ve con otros dirigentes del naciente radicalismo; a su derecha, Francisco Barroetaveña.

Mitre fue un personaje clave en los sucesos de 1890. La foto de abajo lo muestra con un grupo de amigos en oportunidad de su partida hacia Europa. Pie de página: Mitre habla desde una casa situada en la plaza Libertad; a su lado, Bernardo de Irigoyen. En ese momento, ambos integraban todavía la fórmula de la Unión Cívica.

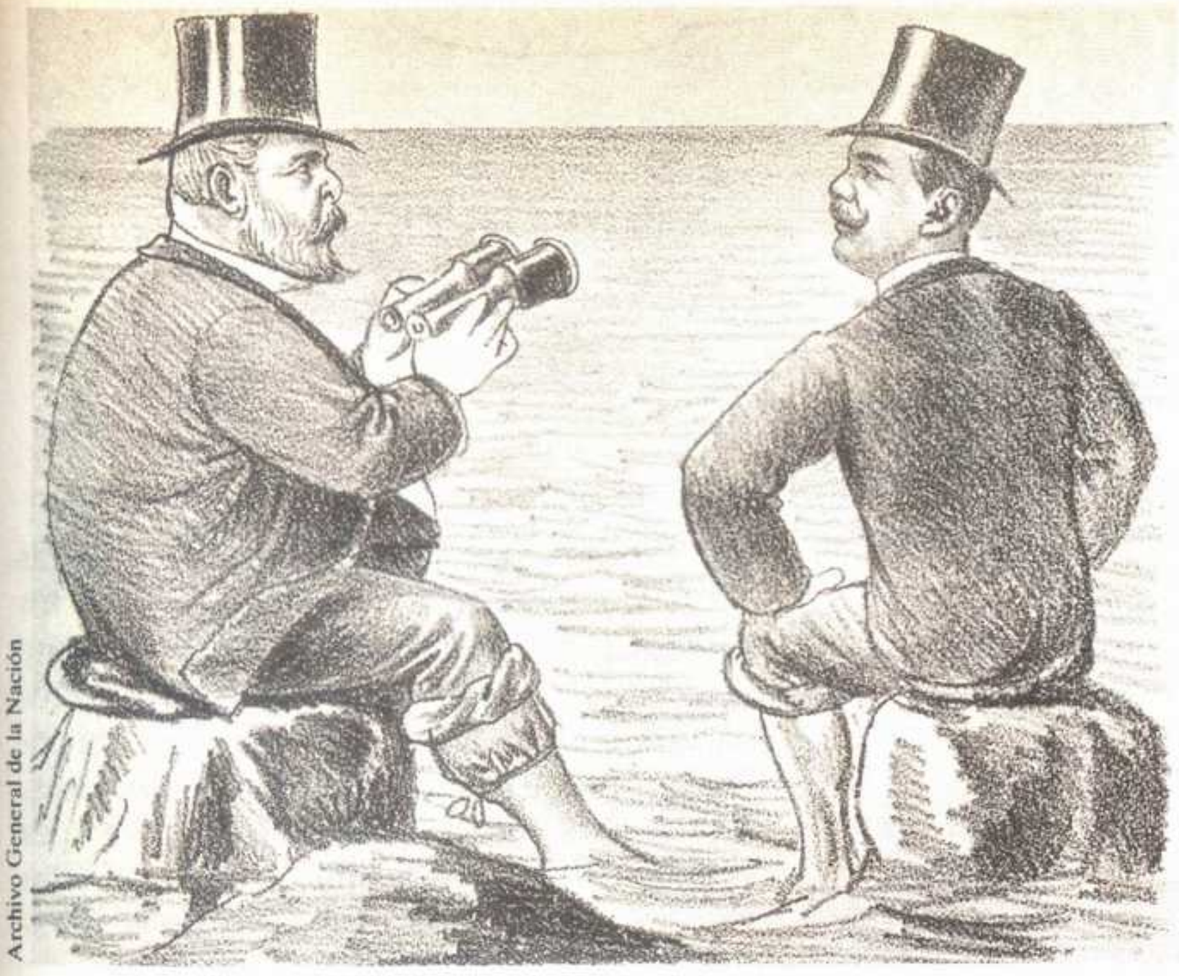
Museo Mitre



Archivo General de la Nación

imperante». Destacaban, además, que el paso dado por Mitre desconocía la decisión de la convención de Rosario y constituía un desaire para Bernardo de Irigoyen, desplazado abruptamente de la fórmula presidencial cívica.

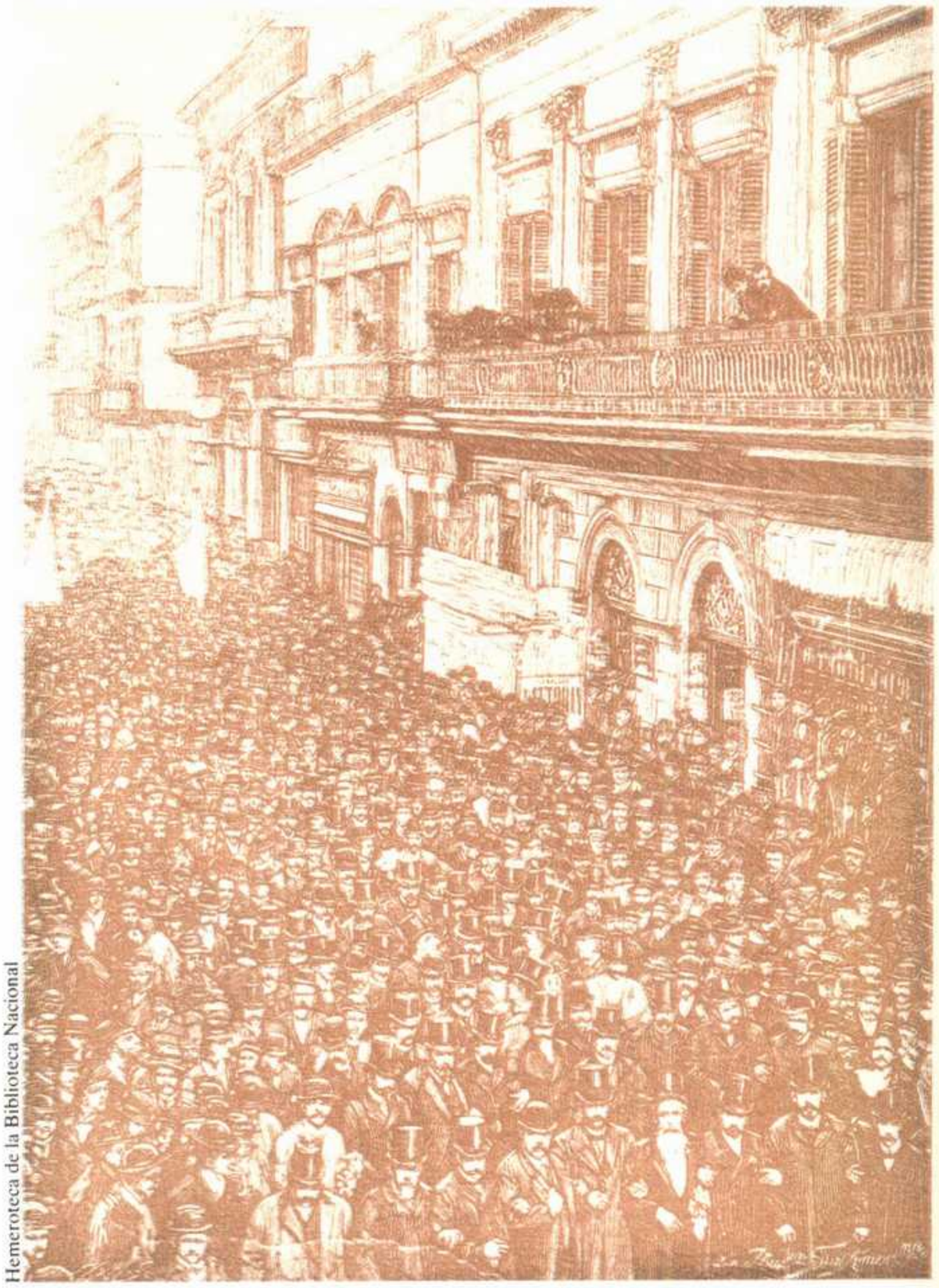
Entre marzo y julio de 1891 se produjeron declaraciones y pronunciamientos que anunciaban la división de los cívicos. Esta se concretó con la fundación de la Unión Cívica Nacional, que ratificó el acuerdo y proclamó una fórmula en la que Mitre iba acompañado por José Evaristo Uriburu, un roquista de Salta. Por su parte, la fracción de Alem reconstituyó los órganos partidarios raleados por el alejamiento de los mitristas y resolvió distinguirse con el aditamento de «radical». En agosto, la convención de la Unión Cívica Radical (UCR) elige el binomio Ber-



Archivo General de la Nación

A la izquierda, arriba y centro: dos caricaturas de El Mosquito; *una de ellas muestra a Pellegrini y Eduardo Costa esperando a Mitre para concretar el acuerdo, la otra satiriza las alternativas de la negociación.*
Abajo: manifestación radical en 1892.
Viñeta: lámina de homenaje a Alem en un aniversario de la revolución del Parque.

Archivo General de la Nación



Hemeroteca de la Biblioteca Nacional

nardo de Irigoyen-Juan M. Garro, y Alem realiza una gira electoral que lo lleva a Rosario, Córdoba, Tucumán, Salta y Jujuy, enardeciendo a las multitudes y reforzando la organización del partido.

Pero a poco andar, la política del acuerdo tropieza con crecientes dificultades. El Partido Autonomista Nacional (PAN), liderado por Roca, que había adherido a la fórmula Mitre-Uriburu, no logra convivir con sus nuevos aliados; los desencuentros se hacen tan profundos que finalmente acaban por provocar en octubre la renuncia de Mitre a su postulación, y la de Roca a la jefatura de su partido. Hacia fines de 1891, pues, el acuerdo estaba quebrado, más por sus contradicciones internas que por la acción del radicalismo, motorizado por una nueva excursión de Alem, esta vez a Cuyo.

Para empeorar la situación del oficialismo, la hegemonía de Roca se ve cuestionada por el surgimiento de una candidatura en el seno del PAN que es bien acogida por varios gobiernos provinciales, entre ellos el bonaerense: se trata de Roque Sáenz Peña, figura joven y simpática que significaría una renovación en las filas del roquismo. Frente a este peligro, el *Zorro* urde otra de sus admirables maniobras. Reúne a un grupo de dirigentes del antiguo juarismo, mitristas, católicos y de su propio partido, y propone como candidato de unión nacional a Luis Sáenz Peña, un jurista de setenta años, acendradamente católico, que no despierta resistencias ni suscita entusiasmo. Naturalmente, Roque declina su postulación inmediatamente, cediendo el paso a su padre... El respeto filial retrasaba la renovación política de la Argentina.

De todos modos, la decisión de «suprimir la lucha electoral», anunciada en marzo de 1891 por Mitre y Roca, será puesta en marcha por el presidente Pellegrini en abril de 1892. No habrá, virtualmente, elecciones, porque una semana antes de los comicios, la plana mayor del radicalismo es detenida bajo la acusación de estar preparando una revolución. La desarticulación del partido opositor convierte en canónicas las elecciones, y Sáenz Peña y Uriburu son proclamados por la casi unanimidad de los electores, asumiendo sus cargos en octubre de 1892.

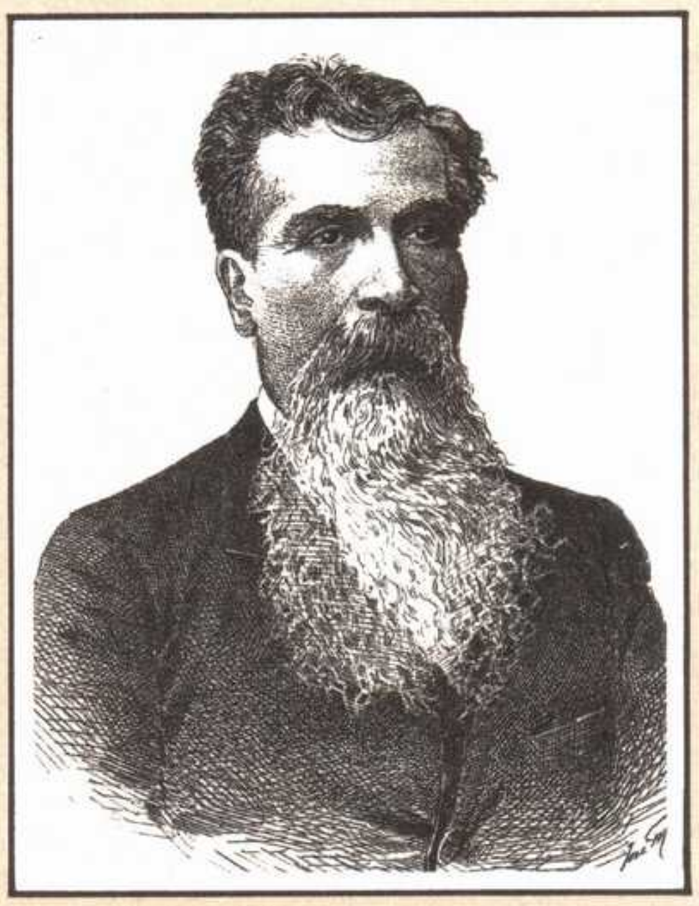
El radicalismo y la utopía revolucionaria

Estos antecedentes explican la debilidad del nuevo presidente. Sin partido propio,

Pie de página: Roque Sáenz Peña (izquierda) fue en 1890 ministro de Relaciones Exteriores de Juárez Celman; su padre, Luis Sáenz Peña (derecha) llegó a la presidencia en 1892, en virtud del acuerdo entre Mitre y Roca y tras neutralizar con su candidatura el movimiento «modernista» del roquismo.
Viñeta: bandera de la revolución de 1890.

Prisionero de guerra

"No estaba dispuesto a ocultarse. Desde que entraron las fuerzas nacionales comprendió que era un prisionero de guerra [...] Supo que el comandante Rodolfo Domínguez, con un grupo de soldados, tenía la comisión de atraparlo -acaso de fusilarlo- como si fuera un bandolero. Recorrían las calles; hurgaban las casas. Cuando el comandante Domínguez viene a su encuentro, él sale a recibirlo, muy tranquilo, con una pequeña canasta en la mano. Es todo su bagaje. Domínguez lo invita a subir a su coche. La custodia los sigue. En la Jefatura lo alojan en el salón del jefe. Enseguida, el general Bosch, con su ayudante, el coronel Florencio Madero, se hace anunciar. Es el jefe militar de la plaza. Viene a ofrecerle su amistad. La escena es caballeresca, teatral. Un instante. El general Roca telegrafía al presidente: "La policía acaba de capturar al doctor Leandro N. Alem. Espero instrucciones." El doctor Pellegrini le contesta: "El presidente ha resuelto que se le conserve en Rosario, bajo segura custodia." Hay más de 800 presos políticos en Santa Fe.» (Telmo Manacorda, *Alem, un caudillo, una época,* Buenos Aires, 1941) ■


Leandro N. Alem

vacilando entre apoyarse en los mitristas o en los roquistas, descalificado por los radicales como producto de un enorme fraude, Sáenz Peña sumaba a estos factores su elevada edad y su inexperiencia política. No es de asombrarse, entonces, que su gestión haya estado marcada por estallidos revolucionarios en diversas provincias, algunos de ellos de inspiración radical.

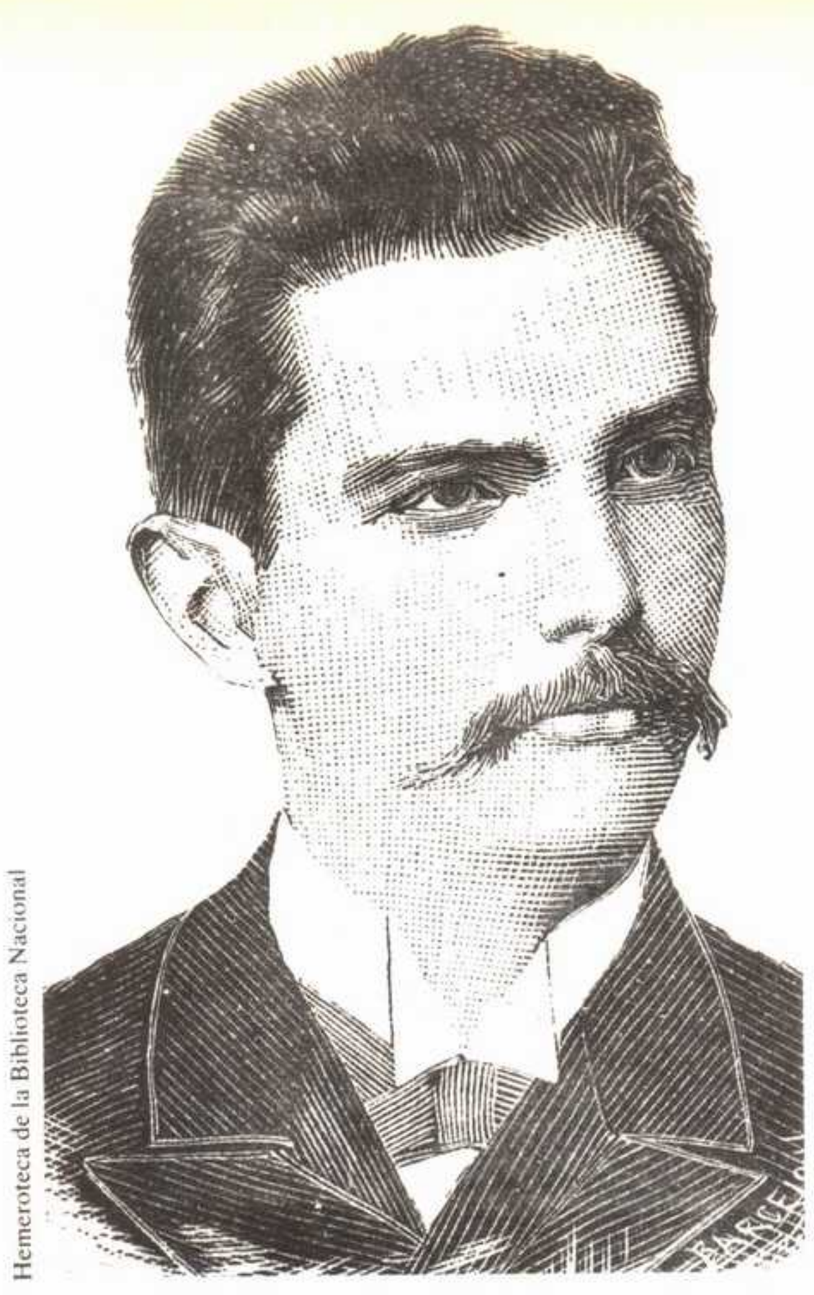
El partido de Alem ya era una fuerza temible. Recogía la tradición del antiguo federalismo en las provincias y del autonomismo popular de Alsina en Buenos Aires. Carecía de un programa definido,

Museo de la Ciudad

Archivo General de la Nación

Archivo General de la Nación

pero las apelaciones de su jefe a la moral republicana lo convertían en la contrafigura del positivismo materialista del régimen. Condenaba la política de acuerdos como una falsificación de la democracia y reclamaba comicios exentos de las habituales presiones de las oligarquías locales. En 1898, Pellegrini definiría al radicalismo como un temperamento, más que un partido, y probablemente no erraba: en ese momento era una reacción ética contra una élite cuyas distintas fracciones necesitaban pactar incesantemente para mantener el sistema imperante y conservar su control. Este tono moral explica que al nuevo partido adhirieran viejas familias criollas del interior empobrecido, estancieros ricos de Buenos Aires, doctores de filiación católica de Córdoba, colonos extranjeros de Santa Fe, universitarios y peones de campo en todas partes... La UCR había llegado a ser, en un tiempo muy corto, un término de referencia político novedoso y atractivo, que enarbolaba la consigna de la intransigencia como repudio al pacto permanente y la bandera de la revolución como cuestionamiento total al sistema, aunque sin definir la alternativa que lo reemplazaría. A la tradición romántica del Parque sumaba la del rechazo a todo acuerdo. Y estos contenidos -teóricamente inaceptables puesto que suponían la negación de toda política- eran seductores para anchos segmentos de la opinión pública, hartos del pesado paternalismo de Roca, Mitre y las oligarquías lugareñas.



Hemeroteca de la Biblioteca Nacional

Izquierda: Mariano Candioti fue un infatigable animador de los intentos revolucionarios de los radicales en Santa Fe.
Pie de página: en esta curiosa fotografía aparecen, de derecha a izquierda, un personaje no identificado, Luis Sáenz Peña, su esposa, Manuel Quintana y Roque Sáenz Peña.

En el elenco radical se destacaban valores generalmente nuevos: don Bernardo era una excepción. En Rosario, Lisandro de la Torre; en Mendoza, José Néstor Lencinas; Pedro C. Molina en Córdoba y Pelagio B. Luna en La Rioja, además de un grupo de jóvenes distinguidos en la provincia de Buenos Aires y la Capital Federal. Pero en el partido de Alem había una figura que pronto adquiriría proyección: su sobrino Hipólito Yrigoyen, que a diferencia de su tío contaba con una fortuna elaborada en campos arrendados para invernada. Soltero, con cuarenta años en 1892 y consagrado obsesivamente a la tarea política, había sido designado presidente del comité de la provincia de Buenos Aires, el organismo más eficiente y activo de la UCR. Tío y sobrino habrían de lanzar en 1893 al radicalismo a la vía revolucionaria, en un supremo esfuerzo para derrocar al régimen.

El violento invierno del 93

A excepción de Marcos Juárez, hermano del presidente depuesto en 1890 y gobernador de Córdoba, que se vio obligado a alejarse de su cargo a los pocos días de la renuncia del primer mandatario, los gobiernos locales subsistían más o menos con el signo político de su origen. Casi todos habían adherido a la política del acuerdo, aceptando luego la candidatura de Sáenz Peña como una manera de so-

Derecha: el coronel Martín Yrigoyen, hermano de Hipólito y colaborador del caudillo radical.
Arriba, en el centro: el Departamento de Policía de Rosario, fotografiado después de los episodios revolucionarios de 1893.

Archivo General de la Nación

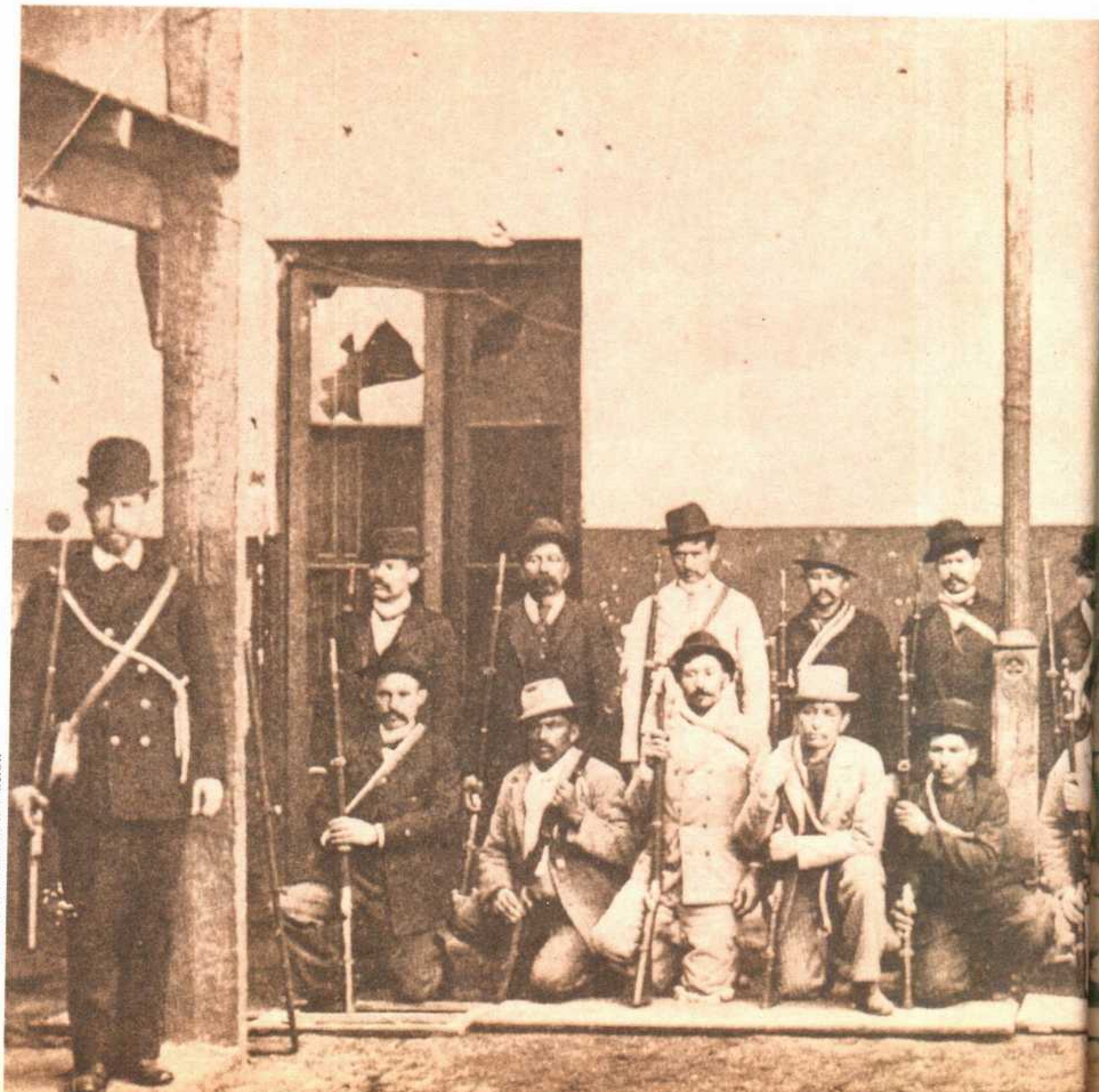
Archivo General de la Nación

brevivir, y ahora se disponían a defender sus cuestionadas legitimidades.

En noviembre de 1892, en Santiago del Estero, cayó Absalón Rojas, uno de los gobernadores netamente roquistas. Luego los mitristas derrocaron al gobierno de Corrientes. Cada episodio local repercutía en el orden nacional, dentro del cual todos intentaban sacar partido de los cambios. A la cuarta crisis de su gabinete, el presidente adoptó una decisión casi desesperada: convocó a Del Valle, que no era radical, pero que postulaba el desarme de los poderes locales y la creación de condiciones que permitieran a los pueblos manifestarse libremente. El 5 de julio de 1893 asume las carteras del Interior y de Guerra: al parecer, va a producirse la revolución desde arriba.

De inmediato se desencadenan los estallidos prometidos por los radicales. Primero en San Luis, donde Teófilo Sáa derroca al gobierno local. Al día siguiente estalla la revolución en Santa Fe; después de una dura lucha, en la que participan a favor de los insurrectos los colonos suizos de Esperanza, se instala un gobierno presidido por Mariano Candioti. Y el 31 de julio casi todas las comunas bonaerenses son tomadas por los radicales en un asombroso alarde de organización; a veces lo consiguen sin lucha, en algunos puntos tras combatir con las policías locales y en otros adelantándose a los mitristas, que se habían lanzado a la misma actitud revolucionaria.

En una semana, pues, Buenos Aires, Santa Fe y San Luis habían revertido la situación política ante la neutralidad del gobierno nacional. Es imposible describir en estas líneas la atmósfera que vivía el país, con el espectáculo de esos ejércitos civiles que tomaban el poder en pueblos y ciudades enarbolando la bandera radical -roja y blanca-, designaban autoridades en fervorosas asambleas y creían tocar, de un momento a otro, el ansiado milenio que Alem había predicado con su oratoria apocalíptica. Todo tenía un aire de fiesta cívica: en Santa Fe, Gabino Ezeiza cantaba décimas sobre Alem y la revolución; en Buenos Aires, el payaso Frank Brown repartía chocolates a los milicianos de la boina blanca.



Archivo General de la Nación

Abajo: Teófilo Sáa, fundador del radicalismo puntano y protagonista de la revolución de 1893 en su provincia. Pie de página: un grupo de radicales rosarinos exhibiendo su armamento, el 30 de julio de 1893.

Desde su puesto ministerial, Del Valle reconocía a los gobiernos surgidos de estas revoluciones, favoreciendo con ello movimientos similares en el resto de las provincias. ¡Era demasiada audacia para los hombres del régimen! En un principio habían aceptado a Del Valle como el mal menor. Ahora veían arrasado el principio de autoridad y contemplaban, aterrados, la caída de los bastiones de su poder. Como ensayo, ya bastaba...

Esta vez fue Pellegrini quien se encargó de volver las cosas a su quicio. Con su arrolladora actividad y su «gran muñeca» forzó a que el Congreso interviniera Buenos Aires y persuadió al presidente a abandonar a Del Valle, quien renunció el 12 de agosto para ser reemplazado por Manuel Quintana, un mitrista. No sin resistencia, el gobierno revolucionario bonaerense de Juan Carlos Belgrano -designado ante la indeclinable actitud de Yrigoyen de no aceptar la gobernación provisoria ni la definitiva- debe ordenar el desarme de sus milicias. Pero esta derrota no evita que otros fuegos revolucionarios se enciendan de inmediato: el 14 de agosto estalla un nuevo movimiento en Corrientes, predominantemente mitrista, pero con apoyo radical; el 7 de septiembre el gobierno de Tucumán es derrocado por los radicales locales, y el 24 del mismo mes estalla una segunda insurrección en Santa Fe, acompañada esta vez por la sublevación del acorazado *Los Andes* y dos torpederas. Y el propio Alem aparece en Rosario, aclamado como «presidente provisional de la Nación».

Hacia fines de septiembre el país entero parece a punto de incendiarse. Pero en 1893 existía una realidad que tres años antes era dudosa: la lealtad del Ejército al gobierno nacional. Roca es designado jefe de las fuerzas que deben reprimir a los revoltosos, y una vez más su astucia y diligencia salvan el orden. El general Bosch, que acompañado por Pellegrini acaba de derrotar a sangre y fuego la revolución de Tucumán, baja en ferrocarril al Litoral y vence a las fuerzas de Candioti en Santa Fe. Luego se dirige a Rosario para terminar con los restos del movimiento; el 1 de octubre Roca entra triunfante en la segunda ciudad de la República. Alem es detenido; en ese momento todo radical

La resistencia civil

La toma sincronizada y simultánea de todos los pueblos importantes de la provincia de Buenos Aires en 1893, con mínimo derramamiento de sangre, seguida de un gobierno revolucionario que como primera medida revoca las concesiones de tierra pública y que es aplastado -junto con sus hermanos de San Luis y Santa Fe- sólo después de una flagrante violación a la Constitución, es nada más que un ejemplo de la importancia estratégica y política de un fenómeno que se extendió por décadas y por casi todas las regiones del país. A las clásicas revoluciones radicales, muy conocidas (la de 1890, las de 1893, la de 1905), habría que agregar otras menos recordadas (como la de La Rioja de 1913), así como los últimos coletazos después de la caída (las de Entre Ríos, Corrientes, etc., a principios de la década del treinta).

Ideológicamente, las acciones se fundaban en la intransigencia frente al régimen, y eran el necesario complemento de una abstención que, para ser eficaz, debía ser revolucionaria. Asentadas sobre el criterio krausista de que una revolución es inevitable cuando existe un notorio desfasaje entre el derecho positivo vigente y el derecho ideal al que aspira una sociedad determinada, serán planteadas por Yrigoyen como formando parte del desenvolvimiento normal de las sociedades, dado que sólo es posible evitarlas «mediante reparaciones tan amplias como las causas que las provocan».

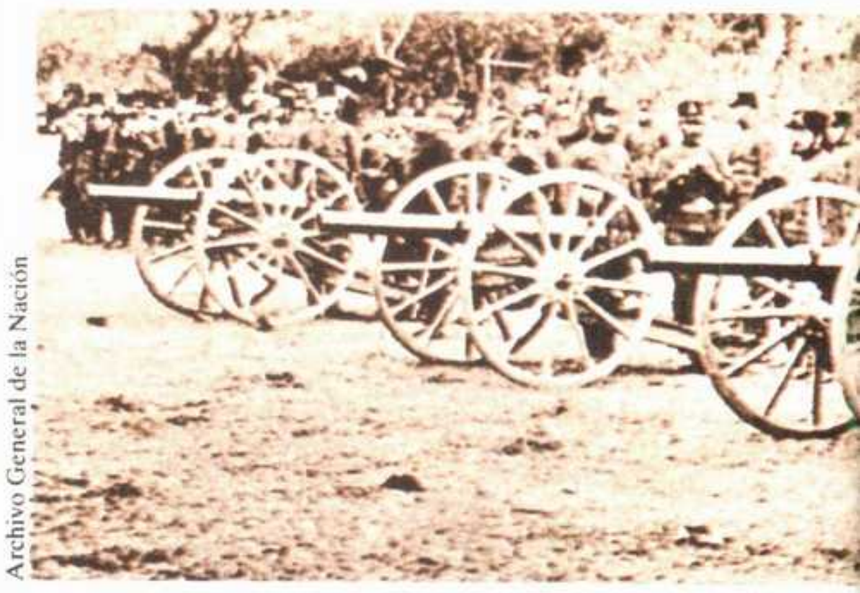
Políticamente, las revoluciones representaban para sus protagonistas la reacción de toda la Nación, avasallada en sus fueros y privada de su soberanía, a la que no le quedaba más recurso que la protesta armada. De ahí el puntilloso cuidado en evitar acciones cruentas, el rechazo de todo sectarismo de vanguardia iluminada, con la consiguiente larga y laboriosa urdimbre de redes conspirativas para aglutinar la mayoría de los sectores, y el mantenimiento de su carácter esencial de movimiento civil, con apoyo militar sí, pero sometido a la conducción popular (desde Alem en 1890 a Yrigoyen en 1932).

Socialmente, los movimientos unieron a multifacéticos sectores de casi toda la sociedad argentina: en el 90 convivirán la juventud dorada porteña con cantones obreros; en Santa Fe se encontrarán desde los indios sauceros hasta los colonos suizos del sur; en Mendoza se hallará un corte vertical y horizontal de toda la provincia. Levantarse contra un sistema económico, político y social que aparentemente funcionaba, resultaba incomprensible para muchos (*Caras y Caretas* llamó a los revolucionarios de febrero de 1905 «locos de verano»), aunque en pos del ideal se inmolaron vidas, fortunas, carreras universitarias, con la cárcel, el exilio y el ostracismo como destino inmediato y sin ninguna recompensa en el horizonte mediato. Pero el ejemplo fue fructificando hasta conmover a los propios hombres del régimen (que se preguntarán, al discutirse la amnistía para los revolucionarios de 1905, «¿quién nos perdonará a nosotros?»), y la resistencia civil terminará por acelerar el dictado de la Ley Sáenz Peña, que no se debió sólo a «la pulsación caballerosa» de un presidente ■

Eduardo Horacio Passalacqua

Historiador. Autor de *El pensamiento yrigoyenista, El yrigoyenismo* e *Historia política argentina. 1962-1976.*

Archivo General de la Nación



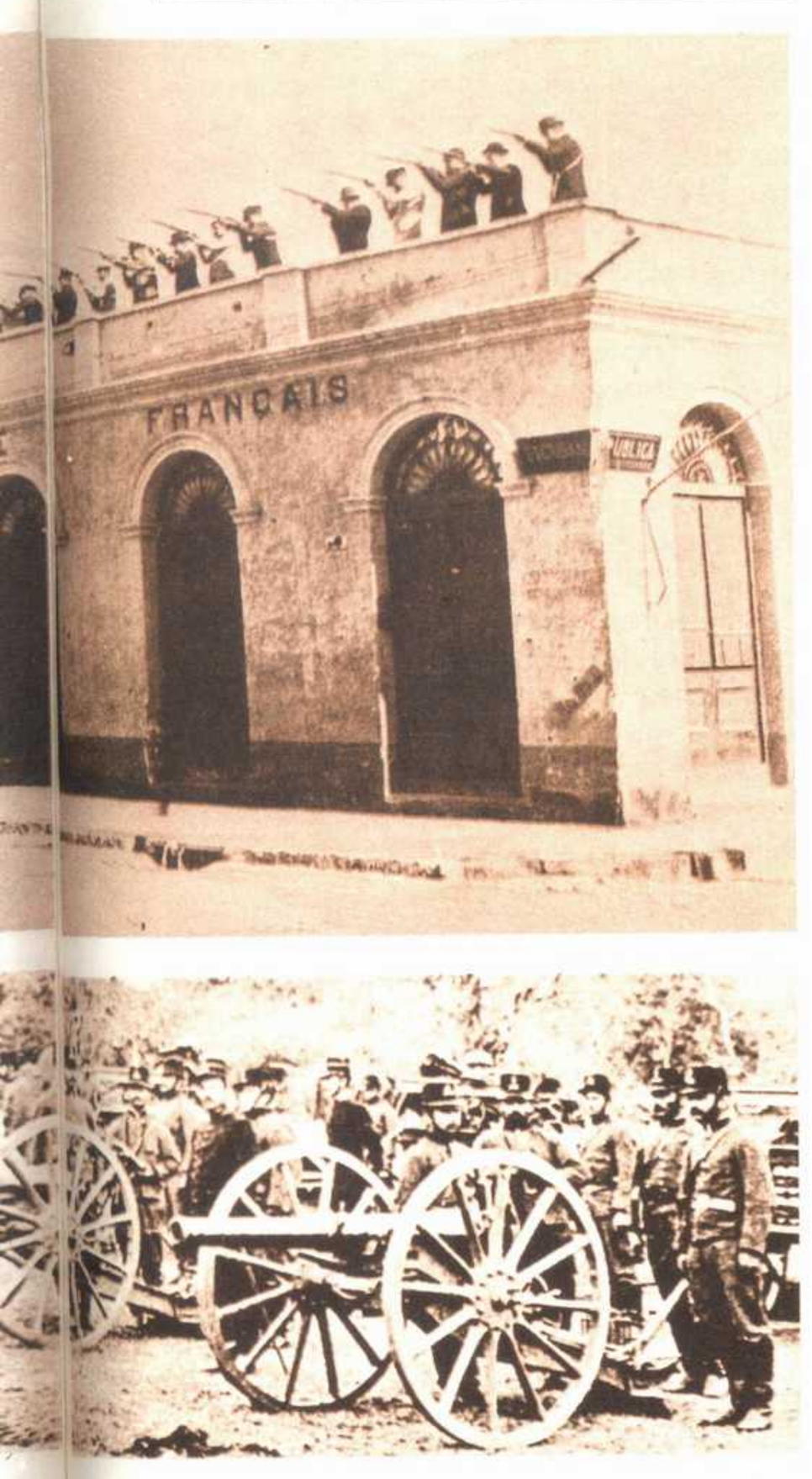
Archivo General de la Nación

de significación está preso. La revolución radical, finalmente, se había agotado. No así su utopía.

La tragedia de un hombre y un partido

El gobierno de Sáenz Peña salió fortalecido como institución de aquel violento invierno del 93, pero, al mismo tiempo, más prisionero que nunca del mitrismo y el roquismo. A su vez, los episodios revolucionarios pasados hicieron que el radicalismo contara con mártires y símbolos que facilitaron su triunfo en las elecciones de diputados nacionales en la provincia de Buenos Aires (febrero de 1894), repetido un mes más tarde cuando estuvo en juego la gobernación del primer estado

Abajo: uno de los cantones en los que se atrincheraron los revolucionarios radicales de 1893.
Centro: las tropas comandadas por el general Bosch reprimieron enérgicamente la insurrección santafesina.
Viñeta: logotipo de El Mosquito.



argentino. Pero esta última victoria le fue escamoteada por la alianza de mitristas y roquistas en el colegio electoral, resultando designado Guillermo Udaondo. También triunfaron los radicales en la Capital Federal, en los comicios que debían cubrir la vacante senatorial de Alem, procesado por rebelión. Como la Cámara alta demorara el tratamiento de su diploma, el líder radical renunció y fue reemplazado por Bernardo de Irigoyen.

Estos triunfos populares no podían ocultar, sin embargo, el atolladero en que se encontraba la UCR. Pasado el ramalazo revolucionario, aparecía un generalizado anhelo de paz y orden. Ya no había crisis ni malestar, como en el noventa. El arreglo de la deuda externa había renovado la confianza de los inversionistas extranje-

Acuerdos de notables

"Bueno, ahora déme un abrazo», le dice Mitre a Roca al salir de su casa luego de haber negociado el acuerdo. «Estoy y estaré con el acuerdo como solución nacional, siempre que no comprometa principios fundamentales», explica después. Cuando la componenda fracasa, entre los dos generales y Pellegrini inventan a Luis Sáenz Peña, sin preocuparse de que tuviera antecedentes federales poco gratos para don Bartolomé.

Más adelante, cuando el antiguo federal comienza a dar muestras de que no entiende la diferencia entre estar en la Corte, junto a la Justicia de los ojos vendados, y ejercer la titularidad del ejecutivo, Roca llega a un compromiso informal con los radicales, y don Luis es enviado a su casa para que la presidencia recaiga en José E. Uriburu, dócil a las intenciones del *Zorro*.

Atrás quedaban las reuniones públicas de notables convocadas por Pellegrini con motivo de la crisis de 1890, donde, según cuenta Ramón Cárcano, representantes del comercio, la industria, las finanzas, la ganadería y la agricultura, definieron acciones comunes en unión con los políticos. Nada hay nuevo bajo el sol...

Antes, el mismo Roca escribió a García Merou que había sido providencial que no hubiera ganado la revolución y que tampoco hubiera triunfado Juárez Celman (mucho después, Nicolás Repetto expresaría idéntica opinión), afirmando que él mismo se puso «a trabajar en ese sentido».

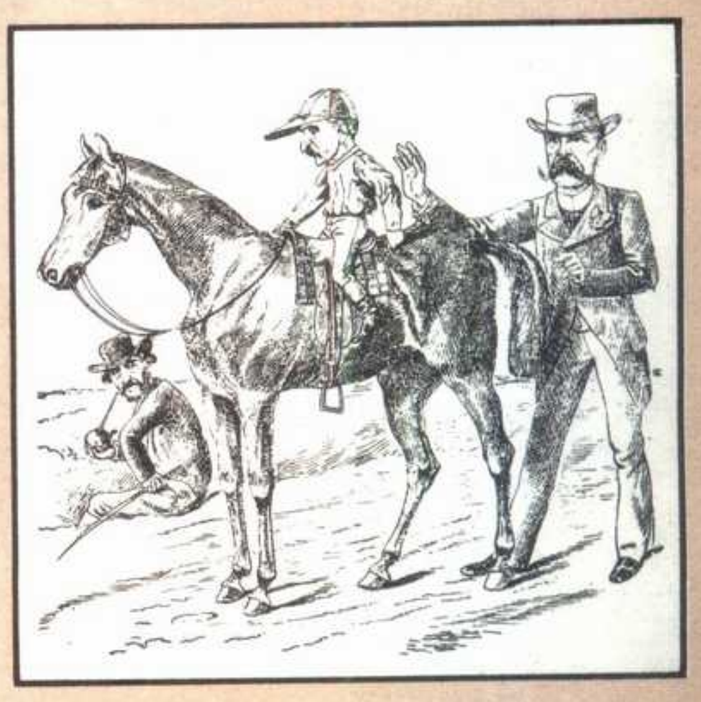
Estos ejemplos sirven para demostrar que los acuerdos y las negociaciones eran perfectamente posibles porque todos, prácticamente sin excepción, compartían una serie de «principios fundamentales». Creían en un Dios nada molesto ni exigente, que había dado cuerda al reloj de la creación y después se había ido a dormir; en un hombre que era principio y fin de todas las cosas y centro del universo; en una ideología liberal individualista que veía en el Estado un mal necesario y, finalmente, en un proyecto de desarrollo material basado en la modernización agraria. En el peor de los casos, las divergencias dadas eran meramente de orden táctico o metodológico.

En ese sentido, el socialismo de Juan B. Justo y José Ingenieros no sería más que «un pedido de cuentas al liberalismo enviciado y corrompido en nombre de un liberalismo ideal».

Estas eran las reglas del juego. Dentro de ellas, todo era posible; fuera de ellas, nada ■

Francisco Arias Pelerano

Doctor en ciencias jurídicas y sociales. Director y profesor ordinario de la Escuela de Ciencias Políticas de la Universidad Católica Argentina.



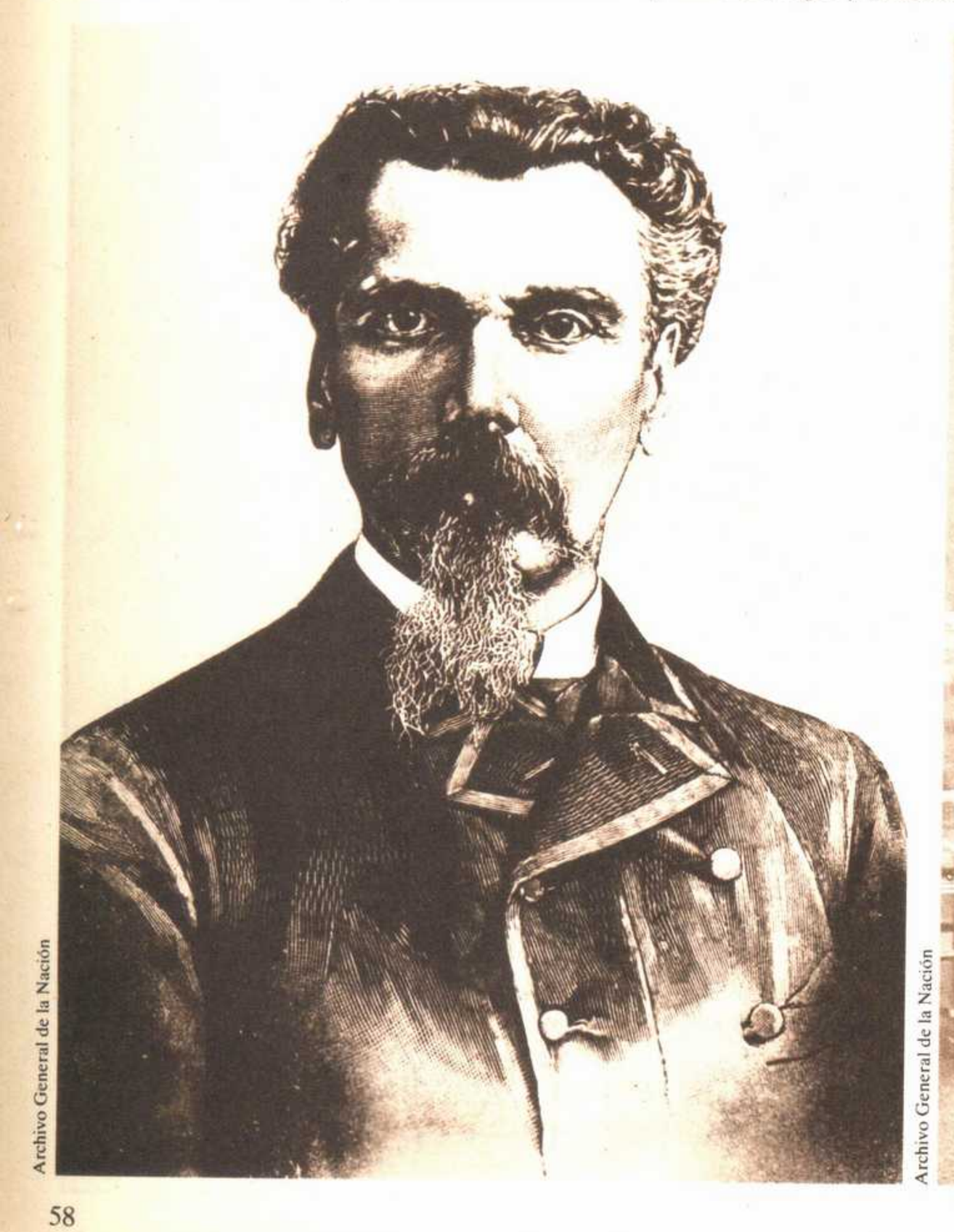
Pie de página, izquierda: el doctor José Evaristo Uriburu en 1891, cuando se desempeñaba como ministro en Chile. Pie de página, derecha: Manuel Quintana en una fotografía de 1893, momento en que reprimió los alzamientos radicales en Buenos Aires, Santa Fe y Tucumán.

ros en el futuro del país. Las grandes cosechas generaban saldos comerciales favorables. Se reanudaba, cada vez más copiosa, la corriente inmigratoria. La construcción de ferrocarriles continuaba y la activación de diversas obras públicas, entre ellas la dársena norte del puerto de Buenos Aires y los puertos de Rosario y Santa Fe, creaba nuevas fuentes de trabajo y estimulaba la circulación de dinero y de bienes.

El régimen era cada vez más estable y no lo conmovió la renuncia del ministro del Interior, Quintana (septiembre de 1894), demolido por una interpelación de Bernardo de Irigoyen, ni la dimisión del propio presidente (enero de 1895), reemplazado por el vicepresidente Uriburu, un hombre del círculo íntimo de Roca. En 1890, Juárez había cometido el error de hacer una política exclusivista que lo aisló de sus posibles apoyos políticos; ahora, en cambio, el régimen se sostenía mediante una delicada repartición de posiciones entre el mitrismo y el roquismo. Sí: Alem podía seguir agitando el fantasma de la revolución, pero nadie creía en ella y nadie la deseaba ahora. Además, ¿qué podía ofrecer el radicalismo como alternativa a este sistema, que había logrado superar las secuelas de la crisis y retomaba los niveles de prosperidad de diez años atrás?

Después de las bellas locuras de comienzos de la década, Alem languidecía sin acertar a proponer un nuevo objetivo a su partido. Un sordo tironeo se estaba desarrollando en el radicalismo. Por un lado estaban los fieles de Alem, los enamorados de su pureza e integridad, que desconfiaban de cualquier otra personalidad que pudiera surgir y revestían de infalibilidad toda opinión del tribuno. Pero también existían los que computaban los errores políticos de Alem, su escaso sentido organizativo, la inestabilidad de su carácter, el callejón sin salida en que se encontraba la UCR. Además, Alem tenía deudas que no podía levantar, y la delicadeza de su espíritu le hacía sufrir tremendamente con estos compromisos, que fueron ferozmente ventilados por Pellegrini en un duelo epistolar que tuvo en vilo al país y estuvo muy cerca de culminar en un lance de honor, que finalmente no llegó a concretarse.

En el marco de este plano inclinado de fracasos y depresiones, la figura de Yrigoyen crecía en razón inversa al cuestionamiento que sufría su tío, y la situación conducía a una paralización de la fuerza que tres años antes había estado a punto de alzarse con el país entero.



Archivo General de la Nación

Archivo General de la Nación

Abajo: una foto juvenil de Aristóbulo del Valle (izquierda), y la despedida popular a Leandro N. Alem cuando deja Rosario para dirigirse a Buenos Aires, tras estar en prisión (derecha).
Pie de página: guitarras y coplas para los radicales; en primer plano, a la izquierda, Gabino Ezeiza.

Archivo General de la Nación

Archivo General de la Nación

Archivo General de la Nación

Archivo General de la Nación

Archivo General de la Nación

Archivo General de la Nación

Por otra parte, los enfrentamientos internos venían de lejos. Al parecer, cuando se dividió la Unión Cívica Alem no vio con agrado que su sobrino fuera designado presidente del comité de la provincia de Buenos Aires. Se habrían producido entonces los primeros roces políticos, agravados a lo largo del invierno de 1893. Alem casi no participó en la revolución que dirigió Yrigoyen en Buenos Aires, cuya organización -ya se dijo- fue asombrosa por su vastedad y sincronización. Los diarios de la época elogiaron el orden y la mesura de los radicales bonaerenses, la democrática reunión de la convención partidaria en Temperley, la terminante negativa de Yrigoyen a recoger un fruto personal del movimiento y la caballeresca actitud de ordenar a los revolucionarios que controlaban la estación de Haedo que dejaran pasar el tren que conducía a Pellegrini a Buenos Aires. Piénsese que más de 5000 ciudadanos armados avanzaron sobre La Plata con las banderas radicales sin que se produjera un solo desmán, y que el difícil desarme de estas milicias ocurrió disciplinadamente, sin que un altercado entre el coronel Martín Yrigoyen y el jefe de las fuerzas nacionales, que pudo ser grave, alcanzara a empañar la serena tristeza de la ceremonia.

También se afirmó por entonces que Yrigoyen se negó a apoyar el segundo movimiento revolucionario de Santa Fe, que consideraba fracasado de antemano. En este caso, también los periódicos de la época dan cuenta de la extrema desorganización de las huestes de Candioti y De la Torre, privadas en la oportunidad del concurso de los temibles rifleros suizos de las colonias. Yrigoyen, que a fines de septiembre fue detenido y conducido a un pontón en condiciones de insoportable incomodidad -mientras su tío padecía similares molestias en la cárcel de Rosario-, debe haber comparado la pulcritud del movimiento que había encabezado en julio en Buenos Aires con el alegre desorden de la revolución santafesina de septiembre. Y en las tristes jornadas del pontón o en los melancólicos días de su exilio en Montevideo -donde estuvo hasta fines de 1893- acaso haya llegado a la conclusión de que la jefatura de Alem era incompatible con el éxito de su partido, que debía modernizarse indefectiblemente.

Página 60, izquierda: una de las muy escasas imágenes de Hipólito Yrigoyen en la década del noventa (arriba), y una fotografía de Marcelo T. de Alvear en la misma época, con bigotes y ensortijada cabellera (abajo). Centro: participantes en la insurrección rosarina de 1893.

Estos antecedentes explican que las elecciones de marzo de 1896 hayan sido un desastre para los radicales en la Capital Federal. Tres meses antes había fallecido repentinamente Del Valle, en quien muchos radicales veían al candidato que podía reunir a todas las fuerzas populares en la renovación presidencial de 1898. De este modo el radicalismo perdía una alternativa viable, y Alem quedaba privado de un entrañable amigo, con quien había compartido su iniciación política al lado de Alsina.

En los meses siguientes el partido de Alem sufre un proceso de renuncias y alejamientos que incide en los pobres resultados obtenidos en los comicios. Más atención que los radicales en aparente

Un duelo a sable

"Profunda es la conmoción que causan los términos de la renuncia de Lisandro de la Torre en la vida política nacional. La convención la rechaza e inmediatamente se clausura. Mientras, la gente aguarda la respuesta de Yrigoyen, desnudado ante el juicio público. Marcelo de Alvear, que presentara a principios de ese mismo año a ambos -Hipólito y Lisandro- como socios del Jockey Club, es el mismo que se encarga de enfrentarlos al insistir al caudillo que envíe sus padrinos al rosarino, en salvaguardia del honor del grupo intransigente al que pertenece. Canjeados los poderes respectivos, los representantes de ambos acuerdan calidad de ofendido a Yrigoyen. El asalto será a sable, filo, contrafilo y punta, hasta que uno de los adversarios quede en inferioridad de condiciones.

.....

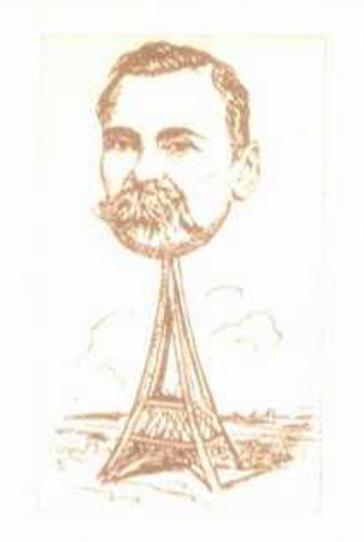
Amanece el 6 de septiembre de 1897 [...] Apenas Hipólito extiende su brazo cuando ya Lisandro se le va encima. Urgido por un vehemente deseo de terminar cuanto antes, el rosarino olvida su estilo, la postura académica, el golpe secreto de Pini, para arrollar al adversario con su embestida. Yrigoyen, que tiene la ventaja de su estatura y de su brazo más largo, detiene a Lisandro con un par de golpes que le alcanzan la mejilla izquierda y la cabeza, mientras el sable adversario le asesta un chicotazo en plena cintura que deja de inmediato una huella morada. De la herida de Lisandro comienza a manar sangre. El director del duelo ordena el ¡alto! y, previo informe médico, lo da por terminado al comprobarse que el muchacho rosarino está en condiciones físicas inferiores. Han transcurrido apenas cuarenta segundos desde la iniciación del asalto.

»Lisandro, sonriente a pesar del rostro ensangrentado, se dirige a Yrigoyen:
-Me ha asestado dos hachazos. Lo felicito.
»No se reconcilian.

»El médico examina la cintura del caudillo radical, tornada ya violácea.
-¡Dios! Fue un planazo. Se conoce que De la Torre no sabe esgrima, sino...

»El rostro de Yrigoyen sigue tan indescifrable como antes. Leandro se retira en compañía de sus padrinos [...] Y de igual manera que Sarmiento, que al intentar destruir con su pluma a Facundo unió su nombre al suyo en la posteridad, Lisandro de la Torre permanece vinculado desde aquel día a su adversario por el recuerdo de un duelo que, si no resolvió la diferencia política, los ensambló en la crónica de la historia.» (Raúl Larra, *Lisandro de la Torre, vida y drama del Solitario de Pinas*, Buenos Aires, 1948) ■

Lisandro de la Torre



Pie de página: los diarios radicales cumplieron una importante función de agitación política; en la foto, el taller de La Reforma *de La Plata.*
Página 63, al pie: Alem y sus amigos; a su derecha, Alvear, a su izquierda, Barroetaveña.
Viñeta: Carlos Pellegrini.

extinción provocó la lista presentada por una nueva agrupación, el Partido Socialista, fundado poco antes por el doctor Juan B. Justo, que actuara como médico en el Parque seis años atrás.

Finalmente, la sorda tragedia política y personal de Alem estalla dramáticamente el 1 de julio de 1896. En las cartas que el tribuno radical escribe antes de suicidarse alude a su «lucha amarga y desesperada», al fin de su misión: «Para vivir inútil, estéril y deprimido, es preferible morir». Estas confesiones de fracaso se olvidan. El pueblo llora la muerte de un hombre desinteresado, sin dobleces, servidor de su ideal, y lo que se recuerda de su mensaje póstumo es aquello que mejor expresa su espíritu combativo: «¡Sí, que se rompa pero que no se doble!» y «¡Adelante los que quedan!»

«Merecemos a Roca...»

Con la desaparición de Alem, el radicalismo perdió su voz más resonante y su figura más querida. Pero todavía le faltaba vivir otra ordalía para terminar de quebrar su espíritu.

La figura más expectable de la UCR era ahora don Bernardo de Irigoyen, que desde el Senado había venido haciendo el proceso del régimen. En 1897 se plantea la próxima renovación presidencial, y empieza a crecer en el radicalismo la idea de aliarse con las huestes de Mitre a fin de oponerse a la elección de Roca. Se argumenta que la UCR, por sí sola, ya no puede ofrecer una oposición significativa; el mitrismo, en cambio, aportaría fuerzas importantes en la Capital Federal, Buenos Aires y Corrientes. Desde el diario *La Nación* se orquesta una campaña de gran envergadura para inducir a los radicales a embarcarse en una lucha común. Muchos de quienes habían sido íntimos de Alem rodean ahora a don Bernardo y finalmente logran que el comité nacional de la UCR apruebe el pacto con los mitristas.

Será una votación con listas independientes, a las que se denomina «las paralelas». Pero Hipólito Yrigoyen, desde su reducto del comité de la provincia de Buenos Aires, opone una terminante negativa. Se le ofrece dirigir el movimiento y aun se le sugiere que podría ser gobernador de la provincia. Yrigoyen persiste en su negativa: todo lo que sea vincular al radicalismo con otra fuerza significaría desdibujarlo. En consecuencia, frente a la decisión del comité nacional, Yrigoyen adopta una drástica resolución. En una reunión realizada en la casa de Marcelo de Alvear, el 29 de septiembre de 1897, el comité de la provincia de Buenos Aires decreta su autodisolución. La medida equivale -se supone- a la muerte del radicalismo, privado de su núcleo más activo y vigoroso.

La decisión de Yrigoyen tiene una secuela dramática. Lisandro de la Torre, que había sido uno de los más decididos promotores de «las paralelas», renuncia a su afiliación y publica un documento en el que responsabiliza a Yrigoyen, a su «influencia persistente y negativa», por el fracaso de la apertura. «Merecemos a Roca...» dice el dirigente santafesino en uno de sus párrafos. Los términos de la declaración son tan severos, que el episodio termina en un lance de honor. Yrigoyen alcanza a herir a De la Torre en la mejilla, y los duelistas no se reconcilian. Así se sella una enemistad personal que tendrá trascendencia en la vida política argentina.

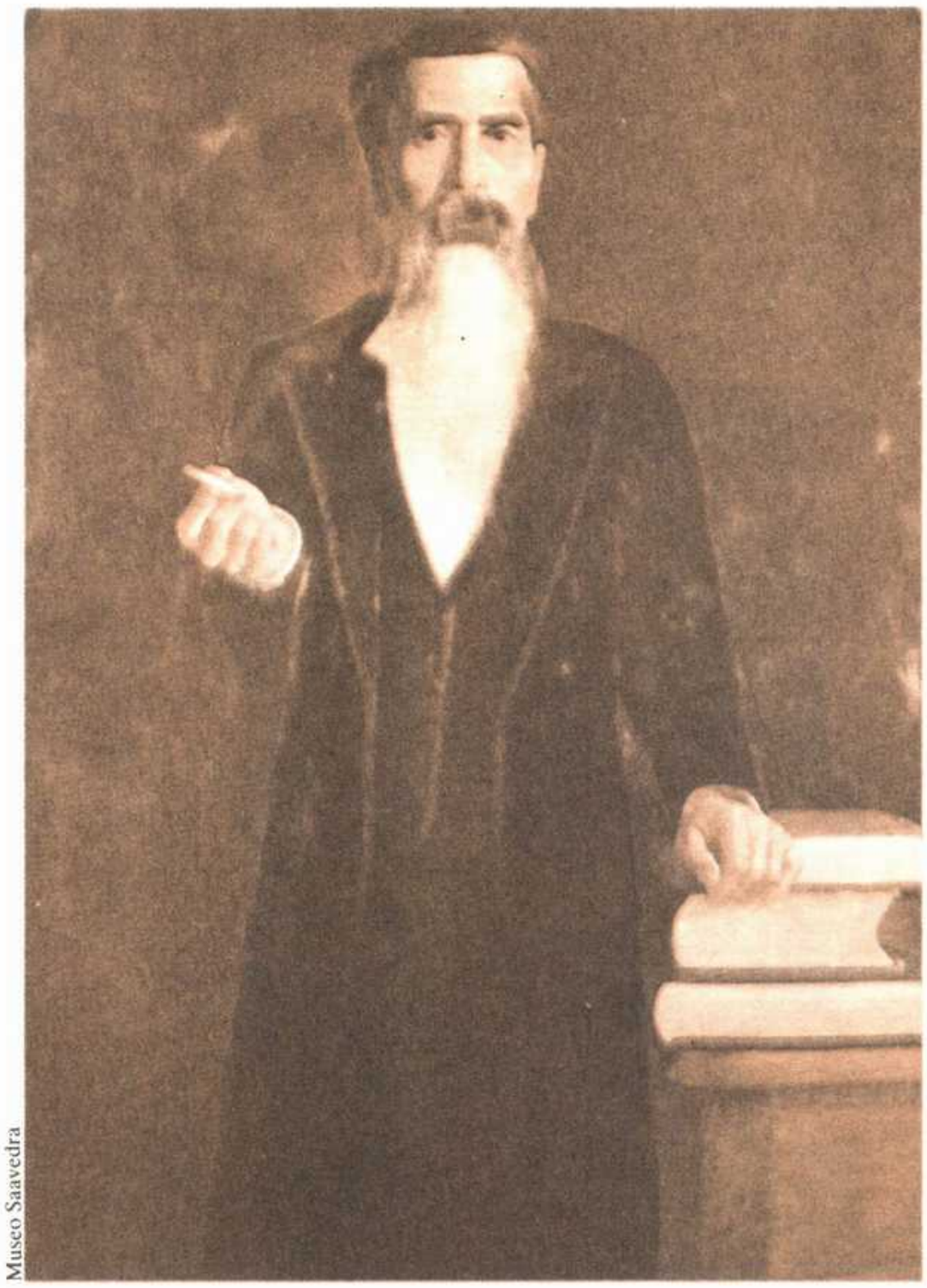
El tiempo habría de dar la razón a Yrigoyen en su oposición a la alianza con Mitre y sus partidarios, porque al año siguiente don Bernardo aceptará ser gobernador de

Archivo General de la Nación

Abajo: retrato de Leandro N. Alem, con su característica barba y el aire sobrio que le era peculiar (izquierda); comienzo de la crónica de La Nación *sobre el suicidio del caudillo radical (derecha). Viñeta: personajes de la década de 1890 utilizados para la propaganda de un producto comercial.*

Buenos Aires con el apoyo de roquistas y mitristas, y estas bases políticas harán de su gestión un calvario; su prestigio quedará destrozado en los últimos años de su fecunda vida. Pero la ruptura promovida por Yrigoyen ha dado por resultado la desintegración de la UCR. La fuerza lozana y agresiva de años atrás ya no existía. Algunos dirigentes se retiraron de la vida pública, otros se fueron con don Bernardo, el resto entró en diversas combinaciones en sus respectivas provincias.

Y sin embargo... En una casa del barrio sur de Buenos Aires, un hombre seguía forjando incansablemente el nuevo radicalismo. Unos pocos amigos, dispersos en el interior del país, creían en él y estaban dispuestos a seguirlo. Hipólito Yrigoyen



Museo Saavedra

LEANDRO N. ALEM

LA TRAGEDIA DE ANOCHE

IMPRESIONES Y NOTICIAS

En medio del silencio que reclaman las premiosas tareas de última hora en la redacción de un diario, estalló anoche en la nuestra como una bomba, la noticia de que el Dr. Leandro N. Alem acababa de morir.

Eran las once, próximamente.

En un momento, la escena cambió totalmente de aspecto.

Las cabezas inclinadas sobre las desordenadas cuartillas se irguieron nerviosamente, las plumas cayeron de las manos con movimiento brusco, y las miradas, más que los labios, interrogaron anhelantes al conductor de la mala nueva.

—¡Muerto! ¿Pero cuándo, cómo ha muerto?

—No hace media hora, dentro de un carruaje.

—¿De qué?

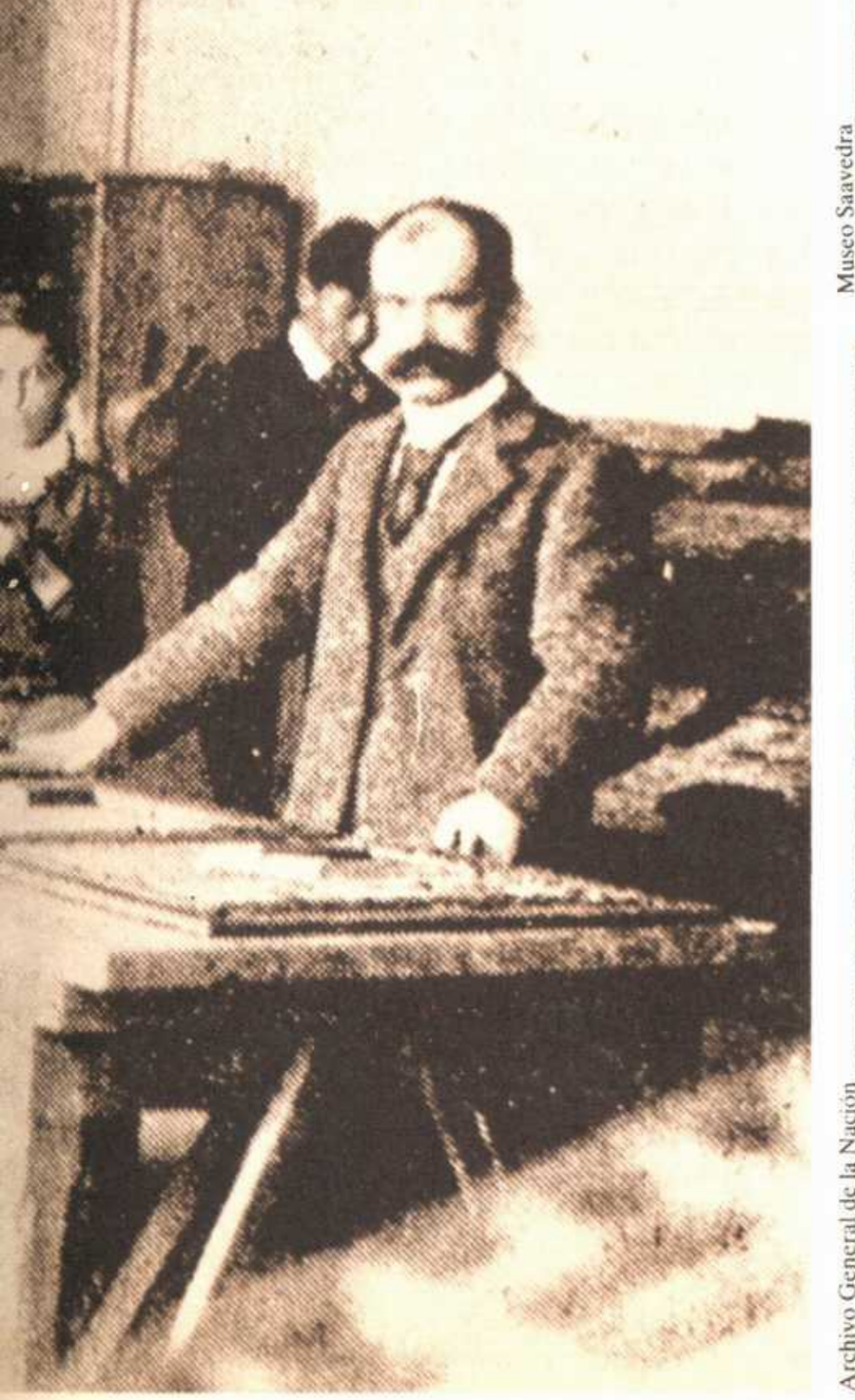
—De un tiro de revólver en la sien, disparado por su propia mano.

—¡Un suicidio!

—Sin duda alguna.

—¿En qué sitio?

La Nación, 1896



Archivo General de la Nación

Abajo: en la intimidad del domicilio de Mitre aparecen José Evaristo Uriburu, Emilio Mitre, hijo del general, el alférez Sobral y el dueño de casa; al fondo se encuentran dos personajes no identificados.

Museo Mitre

soplaba las brasas mortecinas de su partido. De la intransigencia, que había desgarrado la primitiva Unión Cívica en sucesivas escisiones, haría un recurso estratégico para distinguir al radicalismo del resto de los grupúsculos partidarios. Convertiría la revolución, esa utopía siempre flotante en la fantasía de los argentinos, en un elemento de reclutamiento de gente joven. Y agregaría un recurso táctico formidable: la abstención, que le permitiría ocultar durante años el real caudal de su partido, anatematizar los mecanismos electorales del régimen y mantener su fuerza política en estado de pureza («de recogimiento», diría con su particular prosa) frente a los manejos y repartijas de los círculos gobernantes.

Por ahora, sólo eso. El país, harto de política, había aceptado la segunda presidencia de Roca como un hecho inevitable. Pellegrini se había jugado por esta solución, y la opinión pública prefería, a cualquier otra, la figura egregia del *Zorro*, garantía de orden y buenos negocios. Pues ahora otras preocupaciones distintas a las de años anteriores se presentaban a la atención de los argentinos: un nuevo pico de tensión con Chile y las inquietudes de la clase trabajadora, activadas por los apóstoles del anarquismo que predicaban la abolición del Estado como paso previo a una etapa de felicidad general.

Después de los sobresaltos de 1890-1893, el manejo de la cosa pública había retornado pacíficamente a sus titulares naturales, esas élites ilustradas a las que los argentinos se habían acostumbrado. Estos grupos no se expresaban en partidos sino en núcleos que sólo podían diferenciarse por su adscripción a determinadas personalidades: roquistas, udaondistas, pellegrinistas, mitristas, ugartistas. Eran las «figuraciones y desfiguraciones» que Yrigoyen marcaría como la deformación del sistema republicano, frente a la cual ese partido casi inexistente, el radicalismo, pretendía oponer su propia identidad como un instrumento de renovación de la vida política del país ■

5. Los éxitos económicos

Luego de la crisis financiera de los años noventa, el país mostró su capacidad de recuperación, apoyada en las actividades rurales, sobre todo el cultivo de cereales. En esa época se forjó el mito de que un par de buenas cosechas sacarían siempre a la Argentina de sus dificultades económicas. La alfalfa para el engorde de ganado, el maíz y el trigo, cultivados por arrendatarios y medieros, constituían la base de la nueva riqueza; pero el despliegue de la economía agroexportadora trajo también aparejado un movimiento de industrialización localizado en las grandes ciudades. La expansión económica tenía su sede principal en el Litoral; no obstante, áreas como Tucumán y Cuyo consiguieron incorporarse a la corriente del progreso.

En la década de 1890 se consolidó definitivamente el diseño de país que venía esbozándose desde veinte años antes. Lo que había sido apenas un borrador se definió con firmeza en este decenio, cuya iniciación había parecido catastrófica. Se sabe cuándo empieza una crisis, pero nunca cuándo termina. La de 1890 fue remitiendo gradualmente y en un lapso relativamente corto. Si algo quedó en claro, fue la solidez del sistema económico que se había venido estructurando: no obstante el tropezón financiero, demostró su aptitud para superar situaciones difíciles y retomar el camino del progreso.

A lo largo de la década que venimos estudiando se evidencia que la Argentina ha conquistado un destino exportador de productos agrícolas y ganaderos; que sus gruesos saldos exportables le permiten acumular los capitales necesarios para pagar su deuda externa y enriquecer no sólo a los tenedores de la tierra sino también a una clase media que se inserta en las actividades comerciales, industriales y de servicios. También se pone de relieve la fuerza de la relación que se ha establecido con los británicos, cuyas inversiones cubren, virtualmente, todos los campos redituables; Gran Bretaña define asimismo su condición de mejor cliente, convirtiéndose en un socio que vigila cuidadosamente las alternativas políticas que se suceden en la Argentina y mira con satisfacción la recuperada estabilidad del país.

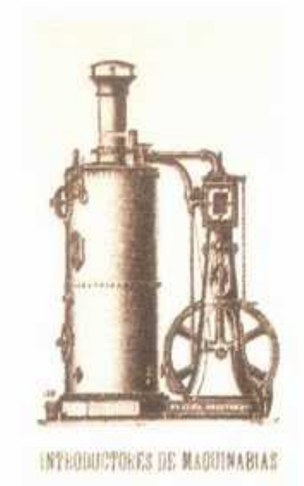
Finalmente, en la década que analizamos se asiste a una creciente urbanización, con lo que se da también un proceso previsible: el crecimiento del proletariado, cuyas reivindicaciones no dejan de inquietar a los sectores dirigentes, así como un mejoramiento en la educación popular, reaseguro, a largo plazo, para estas inquietudes.

El campo, rompeolas de la crisis

La crisis de 1890 fue consecuencia de un complejo de factores que se ha estudiado en otros capítulos; aunque castigó a todos

Museo de la Ciudad

El periódico El Sud-Americano *publicó en la portada de su edición del 5 de julio de 1890 esta fotografía del toro Reliance, de raza Hereford, propiedad del doctor Estanislao Zeballos y ganador de varios premios en Inglaterra. Los ejemplares galardonados se destinaban a mestizar los ganados argentinos.*



Pie de página, centro: consignatarios de hacienda en los corrales viejos de Buenos Aires. Antes de la creación del frigorífico, el abasto a las grandes ciudades del país constituía la principal salida para la producción de carne bovina. Viñeta: anuncio de una casa importadora de maquinaria en El Sud-Americano.

los sectores, tuvo efectos menores sobre la actividad agrícola y ganadera, que en ese momento vivía un proceso de expansión y cambio.

La manifestación más notable de este cambio fue la exportación de ganado vacuno en pie. En 1887 este tipo de relación comercial con el exterior había redituado casi 5 millones de pesos oro; diez años más tarde alcanzaba casi 12 millones de igual moneda, y los vacunos argentinos se imponían a similares de Estados Unidos, Canadá y Australia, sobre todo por su bajo precio. Pero también el ganado ovino sufría los efectos de la transformación rural: el merino era desplazado hacia el sur, a los campos patagónicos, que se iban poblando lentamente de lanares, transportados mediante prolongados arreos. En su lugar venía el Lincoln; luego, el Romney Marsh y otras razas. La mayor parte de la provincia de Buenos Aires, así como el sur de Córdoba y Entre Ríos, fueron escenarios en los que se pudo palpar a simple vista esta transformación. Desaparecían las majadas o cambiaba su aspecto; en su lugar aparecían tropas de vacunos que dejaban atrás las características de sus antepasados criollos, flacos y guampudos, para redondearse, hacerse más grasos, más opulentos, con patas más cortas.

Ocurría que las exportaciones de ganado y de carne congelada exigían un producto que fuera grato al paladar europeo. La desmerinización del ovino y la mestización del vacuno con razas inglesas requerían cambios en la alimentación: los tradicionales pastos duros que poblaban las pampas debían reemplazarse por pastos tiernos. Pero esta mutación era costosa porque implicaba la necesidad de roturar la tierra.

En 1892, un artículo del estanciero Benigno del Carril, publicado en los *Anales de la Sociedad Rural Argentina*, analizaba las desventajas de los métodos que se venían utilizando tradicionalmente. «El procedimiento seguido por mis distinguidos predecesores no está seguramente al alcance de todos sino de aquellos que dispongan de fuertes capitales y que quieran abordar valientemente la empresa a costa de grandes sacrificios pecuniarios, cultivando por su cuenta y riesgo considerables extensiones de tierra con trigo y maíz durante dos o tres años consecutivos, para poder sembrar, enseguida, la alfalfa sola, si no prefieren acompañarla con trigo y maíz.» Del Carril continuaba con la explicación de su propia experiencia, afirmando que el sistema por él empleado, aunque francamente distinto en la forma, era prácticamente idéntico en el fondo. Consistía en dividir la tierra en potreros alambrados de 1600 a 2000 ha, a su vez subdivididos en otros de 200 ha sin alambrado intermedio. Estos lotes se arrendaban a chacareros italianos provistos de elementos y recursos propios, a razón de 4 pesos la hectárea, por un término de tres años; el arrendatario contraía la obligación de dejar el terreno sembrado con alfalfa al finalizar el contrato, para lo cual el establecimiento proporcionaba la semilla.

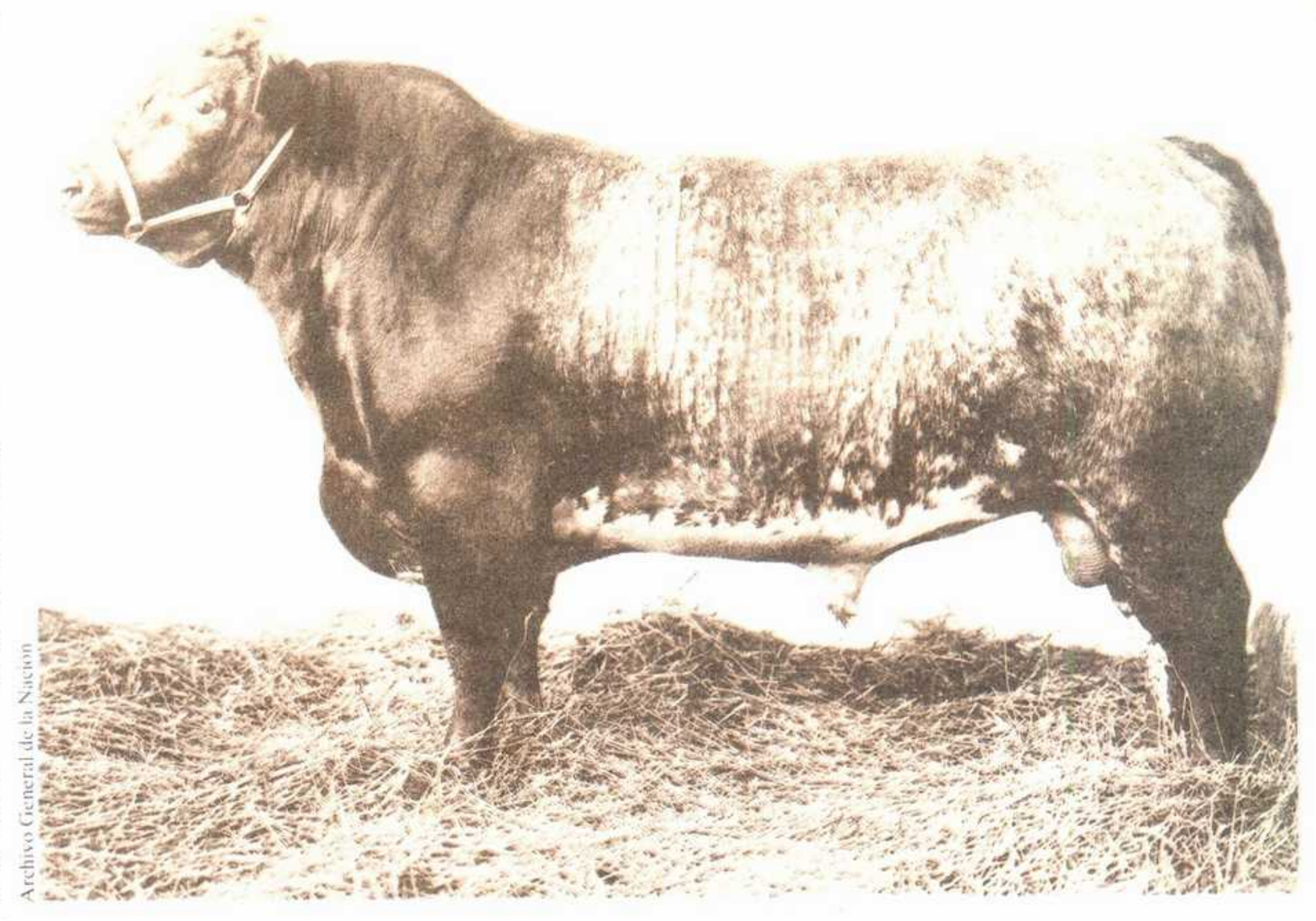
¿Qué ventajas acarreaba para los propietarios el modelo propuesto por Del Carril? En primer lugar, una disminución

Archivo General de la Nación

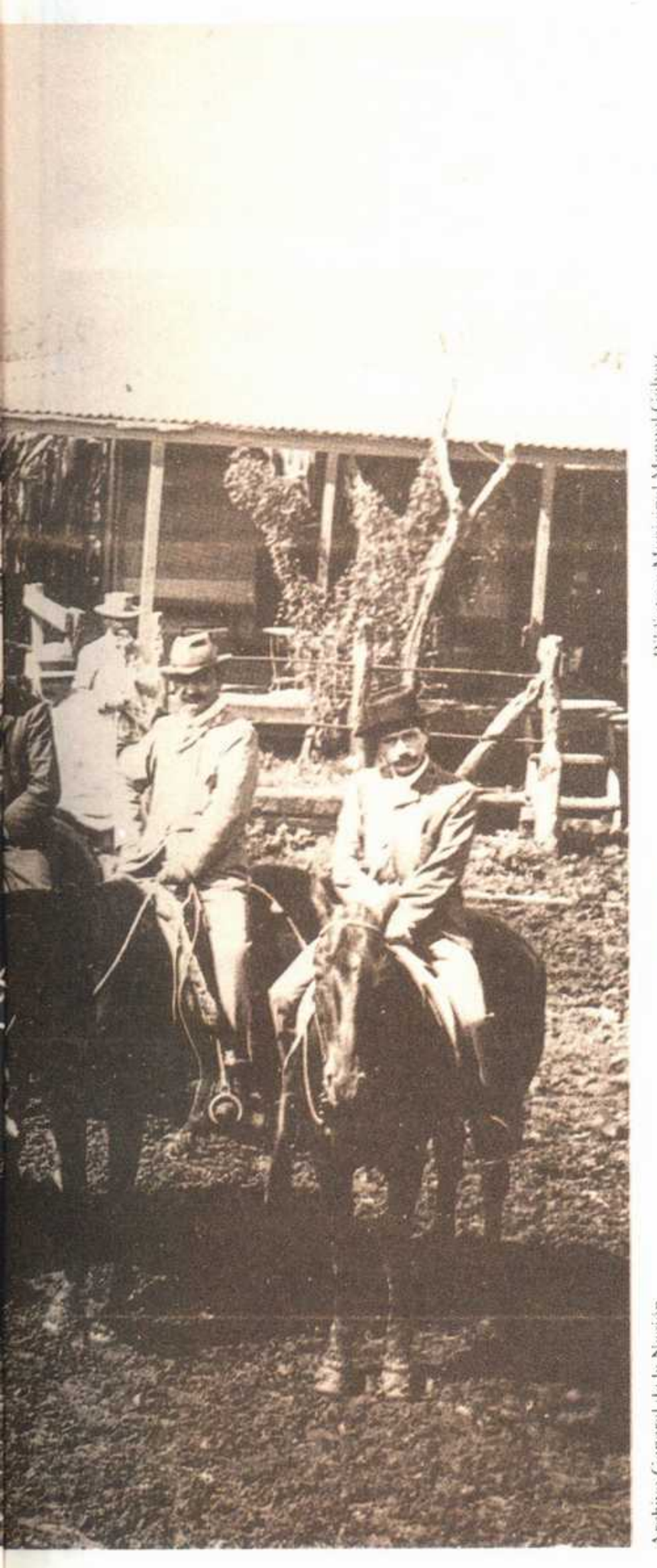
Derecha: este ejemplar premiado en 1903 resulta representativo de los años de esplendor de la ganadería.
Centro, derecha: carneros finos de raza merina; atrás se ven ejemplares Lincoln. La mezcla de ambos resultaba adecuada para la faena en los frigoríficos.
Pie de página, derecha: lavadero de hacienda en la estancia San Gregorio.

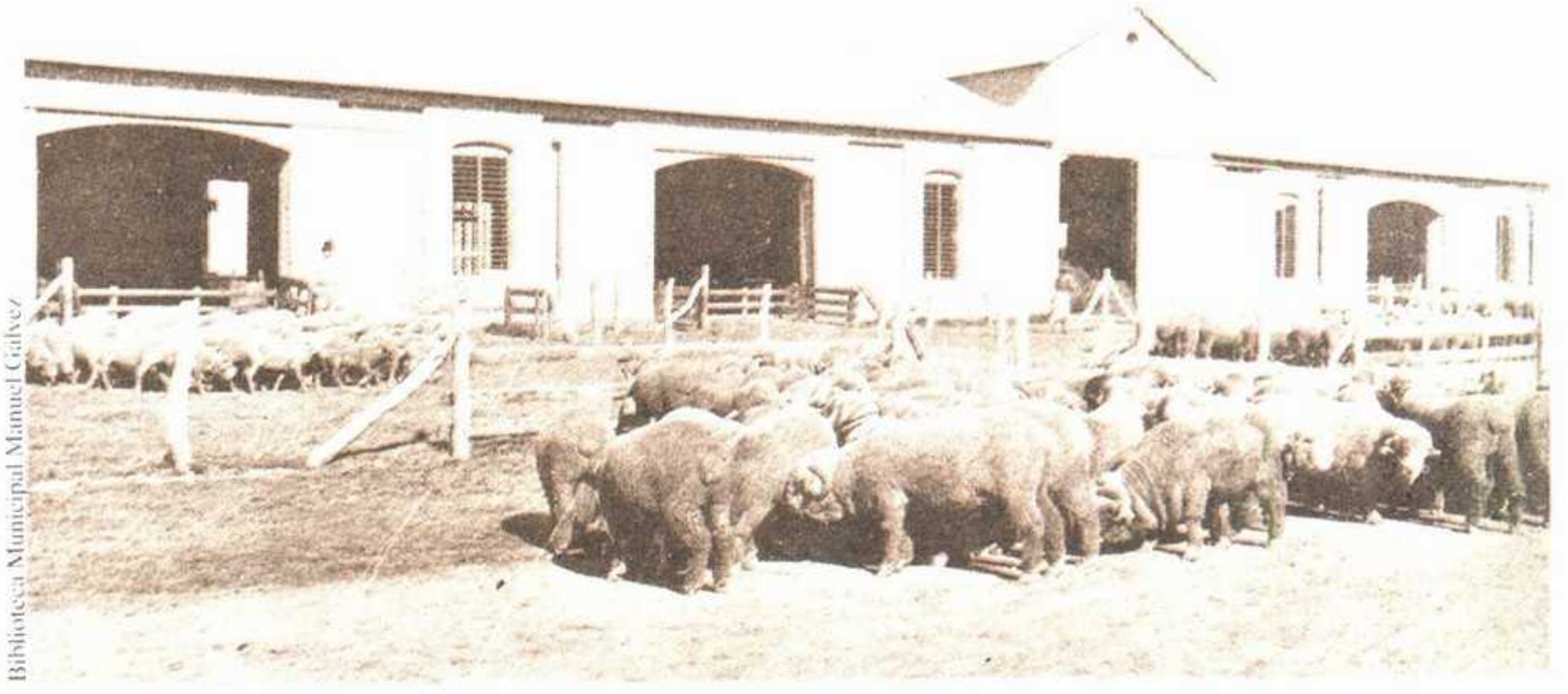
del monto de sus inversiones, puesto que sólo entregaban la semilla de la alfalfa, y el chacarero era el responsable de arar, rastrear y aporcar. Y luego, el resultado final: reemplazar los duros pastos naturales por la tierna alfalfa, el mejor alimento para los vacunos, el que más aceleraba su engorde.

En esta relación entre propietarios y arrendatarios hay algunos aspectos que merecen destacarse. Es cierto que, como han sostenido muchos autores, la acumu-

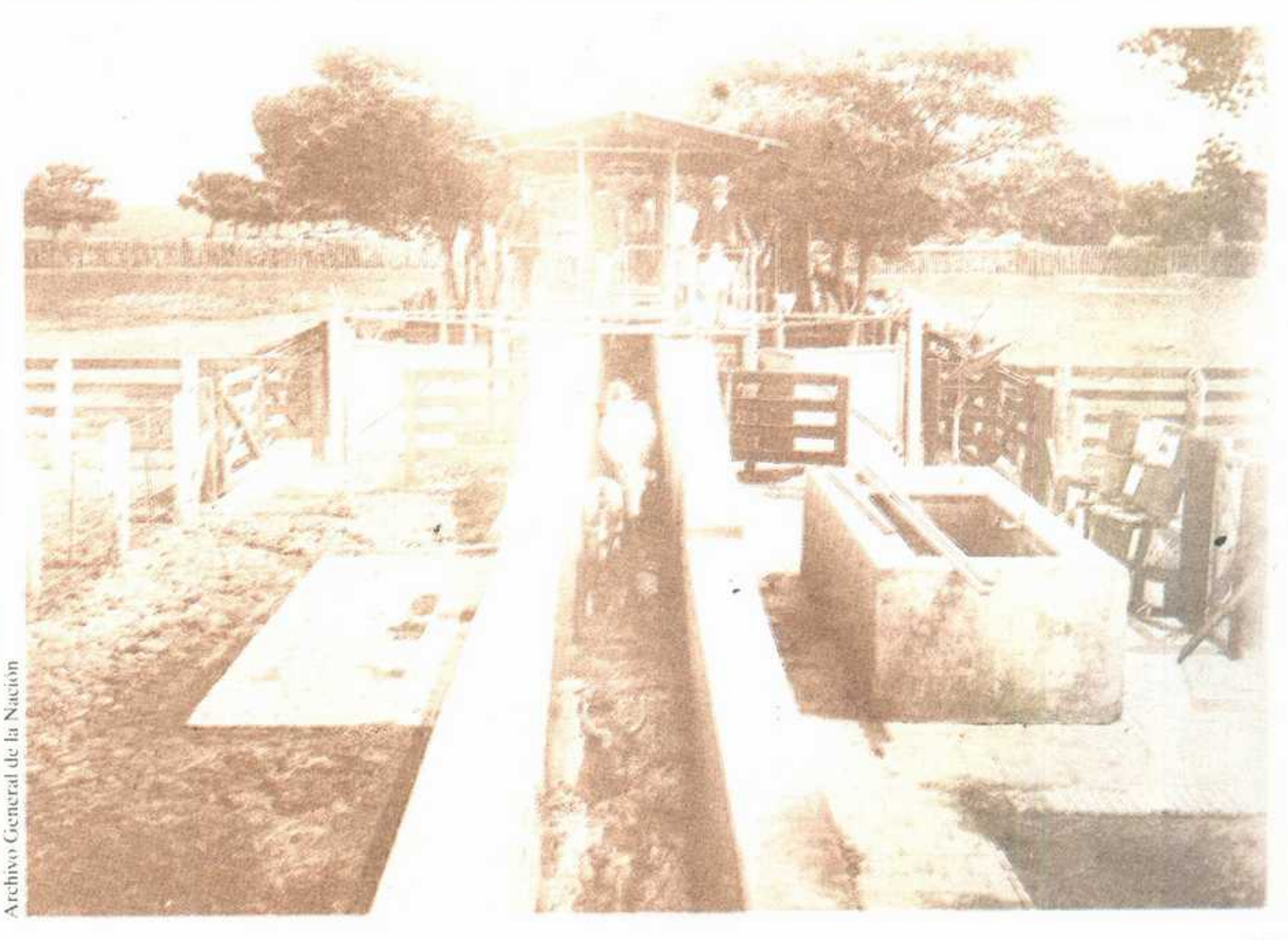


Archivo General de la Nación



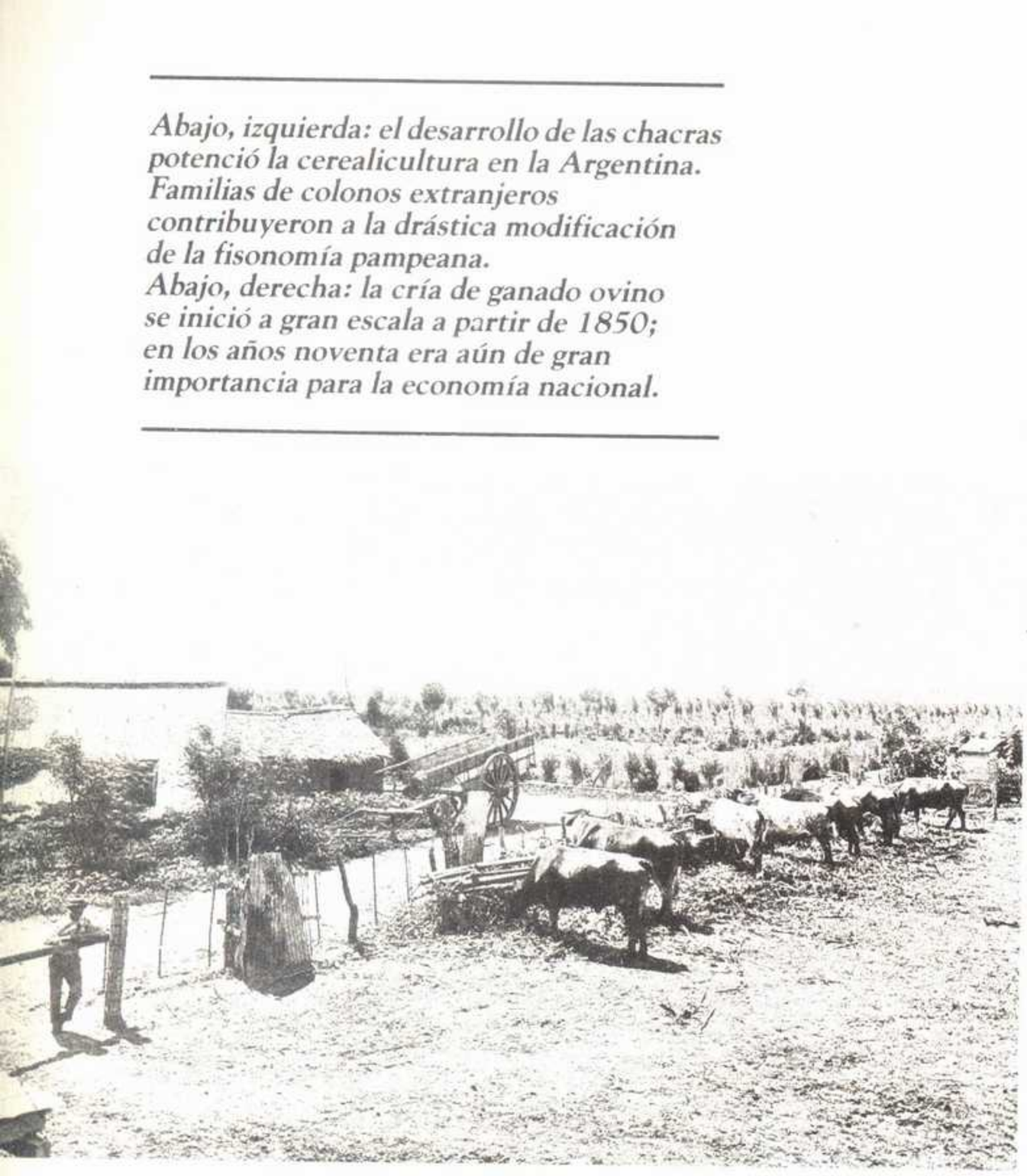


Biblioteca Municipal Manuel Gálvez



Archivo General de la Nación

Abajo, izquierda: el desarrollo de las chacras potenció la cerealicultura en la Argentina. Familias de colonos extranjeros contribuyeron a la drástica modificación de la fisonomía pampeana.
Abajo, derecha: la cría de ganado ovino se inició a gran escala a partir de 1850; en los años noventa era aún de gran importancia para la economía nacional.



Biblioteca Municipal Manuel Galvez

Archivo General de la Nación

Archivo General de la Nación

Pie de página 68: trabajadores agrícolas desgranando maíz; algunos niños colaboran en la tarea.
Viñeta: la difusión del molino de viento revistió gran importancia para el proceso de expansión agropecuaria, pues permitió avanzar sobre terrenos carentes de aguadas naturales.

La renovación agropecuaria

En los *Anales de la Sociedad Rural* apareció una carta fechada en noviembre de 1892, que Benigno del Carril dirigió al vicepresidente primero de esa organización, Manuel J. de Guerrico; en ella detalla interesantes aspectos del manejo de su establecimiento agropecuario. Recogemos aquí los párrafos más significativos.

«El sistema empleado en mi establecimiento [consiste] en lo siguiente: La tierra se divide previamente en potreros alambrados de 1600 a 2000 hectáreas, y enseguida se subdivide en lotes amojonados y numerados de 200 hectáreas, sin alambrado intermedio. Estos lotes se arriendan a chacareros italianos con elementos y recursos propios, a razón de 4 pesos la hectárea por el término de tres años, con la obligación de dejar el terreno sembrado con alfalfa al finalizar el contrato, siendo de cuenta del establecimiento proporcionar la semilla de alfalfa.

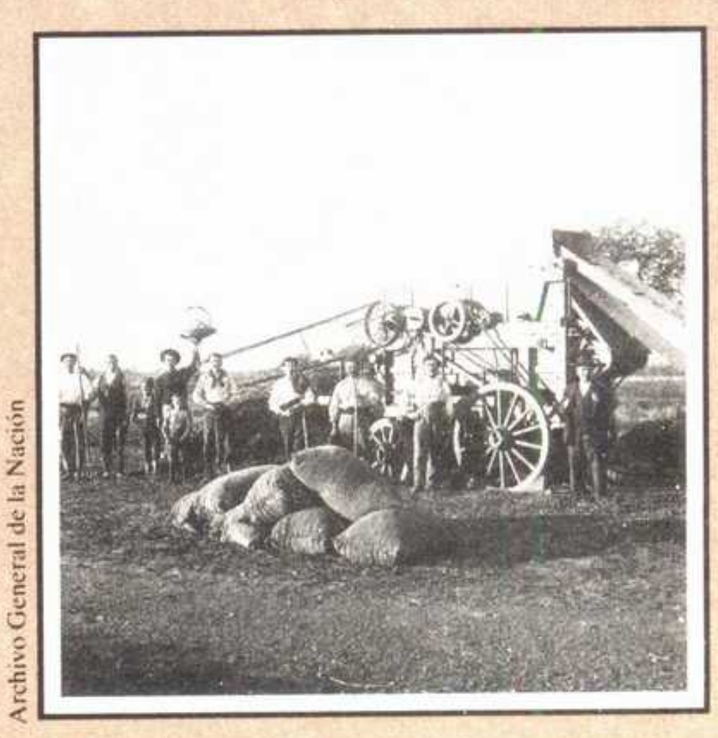
»En la forma indicada, se han sembrado, el presente año, en mi establecimiento de Rojas, 1000 cuadras cuadradas de alfalfa con trigo y maíz.

»Hanse empleado 25 kilogramos de semilla de alfalfa por cuadra cuadrada, o sea 25 000 en las 1000 cuadras sembradas, que a razón de 4 pesos los 10 kilogramos son 10 000 pesos.

»He ahí el capital invertido para sembrar 1000 cuadras de alfalfa con trigo y maíz. Costó por cuadra cuadrada 10 pesos.

»Siempre que sea posible, la siembra de alfalfa deberá hacerse en potreros alternados con otros de pastos naturales, para el mejor aprovechamiento de los pastos artificiales. De tal manera que, durante las estaciones lluviosas, o de fuertes hielos, puedan trasladarse los animales de invernada a estos últimos, que con motivo de haber permanecido desocupados y de reserva, se encontrarán en condiciones excelentes para entretenerlos en buen estado hasta que sea oportuno devolverlos nuevamente a los alfalfares a fin de que completen el engorde.

»Considero que en la privilegiada región norte sería un error, más bien dicho, una insensatez, roturar la tierra con el fin de cultivar prados artificiales de pastoreo, destruyendo imprudentemente la vegetación espontánea de sus ricos y variados pastos tiernos, muy superior a la alfalfa misma, puesto que tiene la ventaja inapreciable sobre ésta de soportar los hielos de la estación de invierno en plena vegetación y lozanía: superándola además en la rapidez y exuberancia de los engordes.» ■


Archivo General de la Nación

lación de la gran propiedad rural en relativamente pocas manos, y el alto precio de los arrendamientos como consecuencia de la escasez de tierras y la virtual imposibilidad de comprarlas por parte de los chacareros o aspirantes a serlo, constituyeron un freno al desarrollo del sector y un límite a la colonización agrícola. En *La burguesía terrateniente argentina,* Jacinto Oddone resume esta posición señalando que «los campos de aquellos señores sólo están poblados de vacas y ovejas o permanecen, lo que es peor, sustraídos a toda producción; en el mejor de los casos están arrendados a altos precios a agricultores que viven siempre en la inseguridad y muy comúnmente en la miseria».

A pesar de las verdades parciales que contienen algunas de estas afirmaciones, es posible que entre los elementos que aceleraron el crecimiento agrícola contasen, paradójicamente, la concentración de la propiedad de la tierra y los nuevos criterios en materia de arrendamientos.

En la década de 1890, precisamente, se fue extendiendo el régimen de arrendamiento llamado genéricamente de medería. Cada agricultor se comprometía a entregar al propietario un 30 por ciento, aproximadamente, del producto de la tierra que arrendaba. En consecuencia, desaparecía automáticamente la necesidad de dedicar una parte sustancial de la inversión inicial a la compra de la tierra. Y la posibilidad del laboreo extensivo, estimulando al chacarero a trabajar la mayor cantidad de tierra a su alcance, sumada a una tecnificación del agro que era en la época comparable a la de Estados Unidos o Canadá, permitió un gran aumento de la superficie cultivada, lo que implicaba la ya mencionada transformación de los pastos.

De este modo, los propietarios no necesitaban realizar altas inversiones; los arrendatarios, a su vez, disponían de tierras por las que pagaban una renta inferior a los beneficios que obtendrían de su producción, pero sin la enorme erogación de

Izquierda: distribución de leche en Buenos Aires, actividad que era en buena parte patrimonio de inmigrantes vascos.
Pie de página, izquierda: una bodega mendocina; los vinos cuyanos conquistaron a partir de 1890 el mercado nacional.
Pie de página, centro: el mercado de frutos del Riachuelo fue en su tiempo el mayor del mundo.

comprarlas a los precios corrientes. El resultado era el mejoramiento de los campos para recibir un ganado distinto y refinado. Entre 1890 y 1895 se sumaron algunos elementos adicionales, por ejemplo el hecho de que el precio de la tierra subiera menos que el de los productos agropecuarios; lógicamente, ello implicaba una tendencia a la reducción de los arrendamientos. Jorge Sábato, en su trabajo *Notas sobre la formación de la clase dominante en la Argentina moderna*, observa que «el arrendatario era un capitalista rural. Su característica más típica consistía en que había efectuado inversiones personales en equipos, bueyes y caballos, además de sus fuertes espaldas. Con frecuencia era una persona [...] que

Archivo General de la Nación

Archivo General de la Nación

Archivo "Todo es Historia"

poseía suficientes fondos como para comprar una pequeña parcela. La esperanza de aumentar su capital por medio de la agricultura extensiva lo convertía en arrendatario de 200 hectáreas, antes que en dueño de 20.»

Esta suma de factores explica el aumento de las exportaciones de trigo, maíz y lino. En 1890 las ventas de trigo al exterior no alcanzaban a 10 000 pesos oro; en el año 1900 llegaban casi a 50 000 pesos oro. Los 8000 pesos oro que devengaba la exportación de maíz en 1890 se convirtieron en 13 000 en 1899. Y en un decenio, los poco más de 1000 pesos oro del lino se habían multiplicado por diez. Esto -téngase en cuenta- con precios que fueron declinando desde 1892 hasta fin de siglo, como lo señala Roberto Cortés Conde en *La Argentina del ochenta al Centenario.* La Argentina se convertía con rapidez en un país básicamente exportador: ya en 1892 la mitad de la cosecha de trigo se destinaba al exterior. El economista Carlos F. Díaz Alejandro, basándose en cálculos de Héctor L. Diéguez, destaca que entre 1890 y 1898 la tasa promedio de crecimiento anual del volumen de exportaciones fue de 6,2 por ciento, ritmo increíblemente alto que no fue superado antes ni lo sería después. En los primeros cinco años de la década, más de 2 millones de hectáreas se agregaron a la producción, y en 1895 existían más de cien mil establecimientos dedicados a la producción agrícola o ganadera, y en algunos casos a ambas a la vez.

No es de extrañar, entonces, que en la época en que todavía se hacían sentir las secuelas de la crisis de 1890 la actividad rural fuese vista como un providencial contrapeso, un rompeolas de la crisis. No sería extraño que en aquellos años se haya elaborado intuitivamente esa creencia popular tan extendida y persistente, la opinión de que un par de buenas cosechas soluciona cualquier problema en la Argentina. O que se hubiera hecho más nítida la latente rivalidad entre ciudad y campaña, que ahora podía basarse aparentemente en los desaguisados perpetrados por los hombres de la ciudad, con su afán de lujo y especulación, solucionados finalmente por los hombres de campo con su laboriosidad y su sencilla confianza en el trabajo de todos los días. Como en todos los estereotipos sobre los cuales se basan las creencias colectivas, había algo de cierto en estas imágenes simplistas e ingenuas, que se apoyaban en el contraste de la vida ciudadana con la vida en el campo, y atribuían a ésta virtudes salvadoras o regeneradoras.

Después de todo, era la reivindicación de ese gran recurso natural, la tierra, que la providencia había otorgado a los argentinos; despreciada y mal trabajada durante tantos años, ahora salía al rescate del país entero.

El gran embudo

La vocación exportadora argentina, definida con tanta energía en el decenio que analizamos, se hizo posible con el mejoramiento del transporte, especialmente el ferroviario, que concentraba las cosechas en los puertos al modo de un gran embudo. Al finalizar el siglo, el 80 por ciento de la producción triguera y un 50 por ciento de la maicera se trasladaban por ferrocarril. Las principales vías troncales estaban diseñadas ya hacia fines de la década anterior, y una simple ojeada al mapa permitía advertir la relación entre transportes y exportaciones. En 1900, la red ferroviaria argentina llegaba a más de 16 000 kilómetros y era la décima del mundo: sólo la superaban las redes de Es-

El auge de Rosario

La ciudad de Rosario, que a comienzos de 1850 había sido tan sólo un humilde rancherío, albergaba hacia 1900 más de 100 000 personas, en su mayoría italianos y españoles. Era un momento caracterizado por el auge de una «burguesía local», sector social constituido en torno a las actividades del puerto exportador. En los años noventa esa burguesía recibía el impacto de la inmigración masiva, que hacía su parte en la transformación de la realidad social. También en esta década, y en consonancia con la política económica de la generación del ochenta, la región de influencia de Rosario, con amplias superficies sin ocupar y aptas para la explotación agropecuaria, creció con rapidez, tanto intensiva como extensivamente. Y así -explica Alejandro Rofman en *Prediagnóstico de la estructura productiva del área Gran Rosario*- la demanda exterior impulsó las exportaciones y generó niveles de importación también crecientes. El puerto de Rosario se constituyó en colector de una rica zona agrícola y distribuidor de su producción hacia el exterior, lo que generó un portentoso desarrollo de la ciudad y sus adyacencias. El censo municipal de 1900 arroja para 1899 un total de casi 1,3 millones de toneladas de mercancías exportadas.

Agreguemos que el ferrocarril jugó un importante papel en la conformación de la estructura de la región, tanto en lo que hace a la integración territorial como a la rentabilidad de aquellas explotaciones agrícolas que antes no eran viables por el alto costo del transporte.

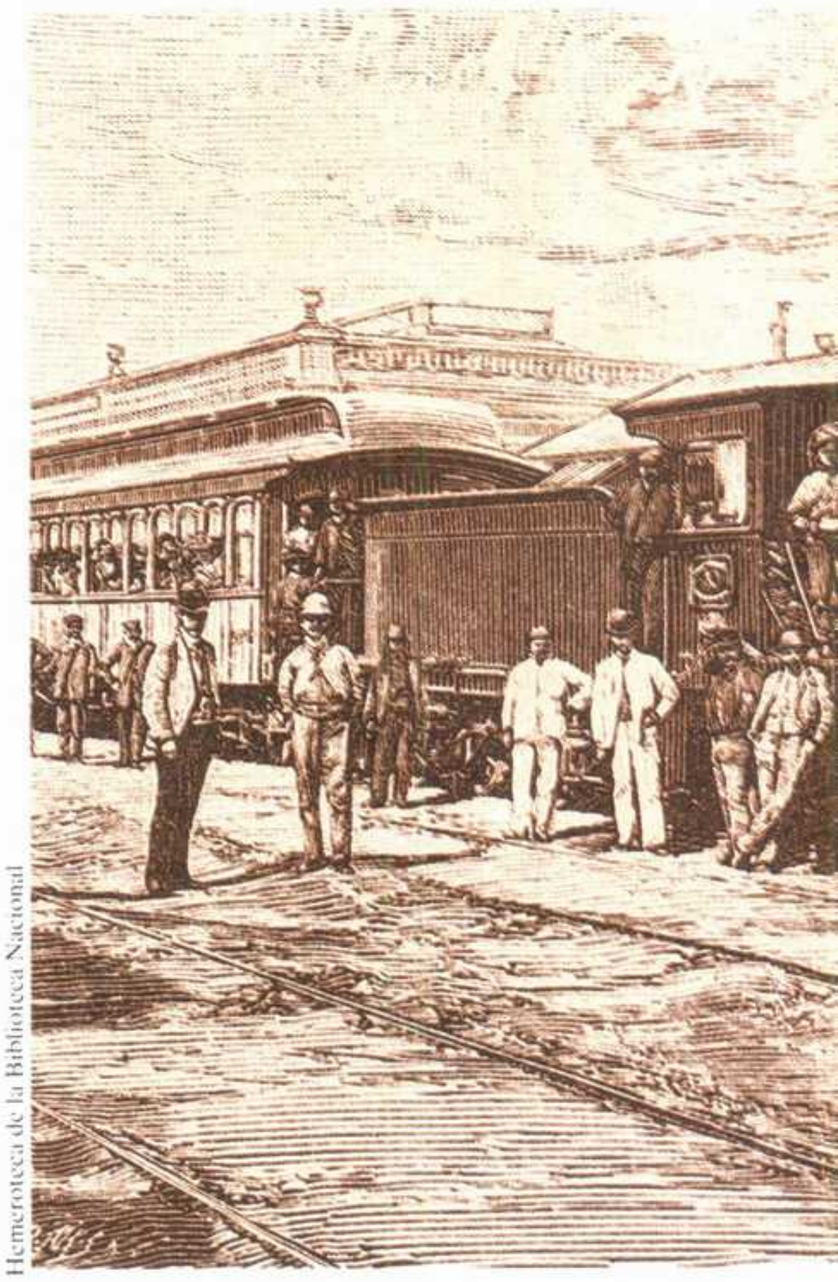
De esta suerte, la ciudad-puerto de Rosario asentó su prosperidad en las funciones comerciales. Los ramos más importantes eran los de almacén y ferretería, correspondiendo a éste la maquinaria y enseres para la agricultura. Por su parte, las casas cerealeras vinculadas al mercado francés e inglés adquirieron gran potencial económico, desplazando del sector exportador a partir de la crisis de 1890 a los grupos comerciales tradicionales; éstos se orientarían hacia una actividad importadora vinculada al consumo de la ciudad y de una vasta zona del país.

Progresaron también, aunque de manera más lenta, las actividades de transformación, proceso cuyos orígenes podríamos rastrear hasta 1875 y que tuvo un elocuente síntoma en 1880 con la fundación del Club Industrial. El censo de 1900 nos muestra el desarrollo de ciertas industrias; fábricas de velas, confites, fideos, arpilleras, carruajes y carros, refinería de azúcar, fábricas de cigarrillos, de municiones, de caños de plomo y de balanzas, graserías, aserraderos, alfarerías, fábricas de calzado y de muebles, herrerías, fundiciones, molinos, etcétera ■

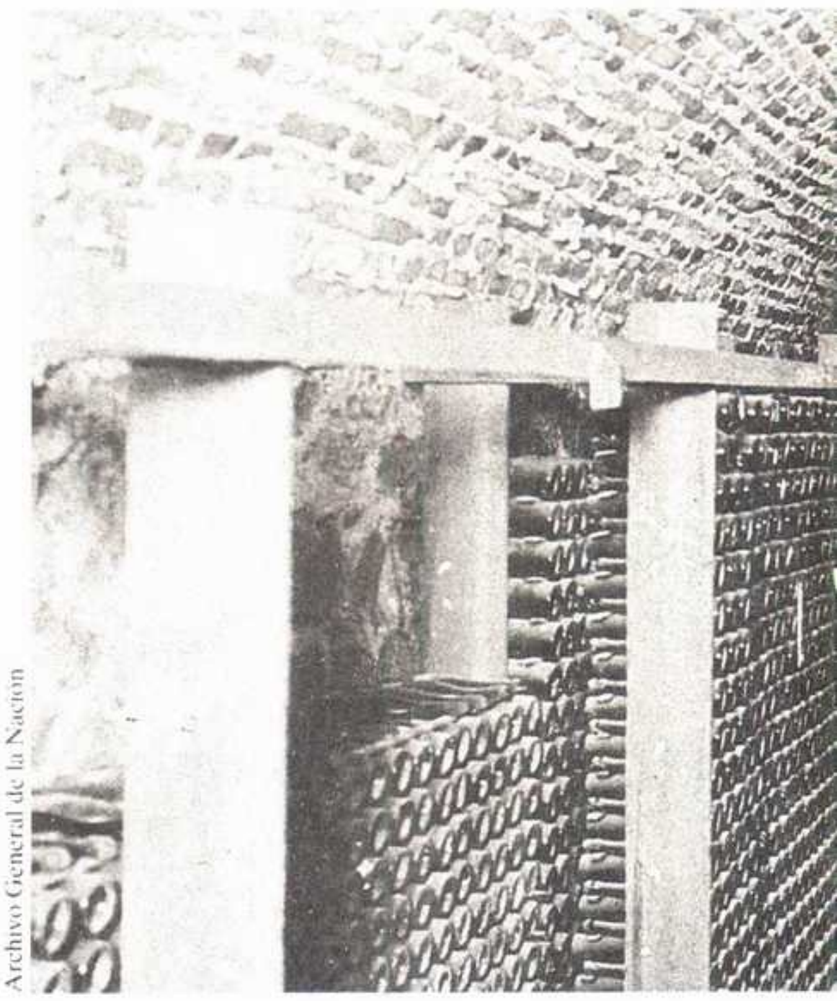
Adriana Beatriz Martino

Historiadora. Profesora de la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario.

Archivo General de la Nación



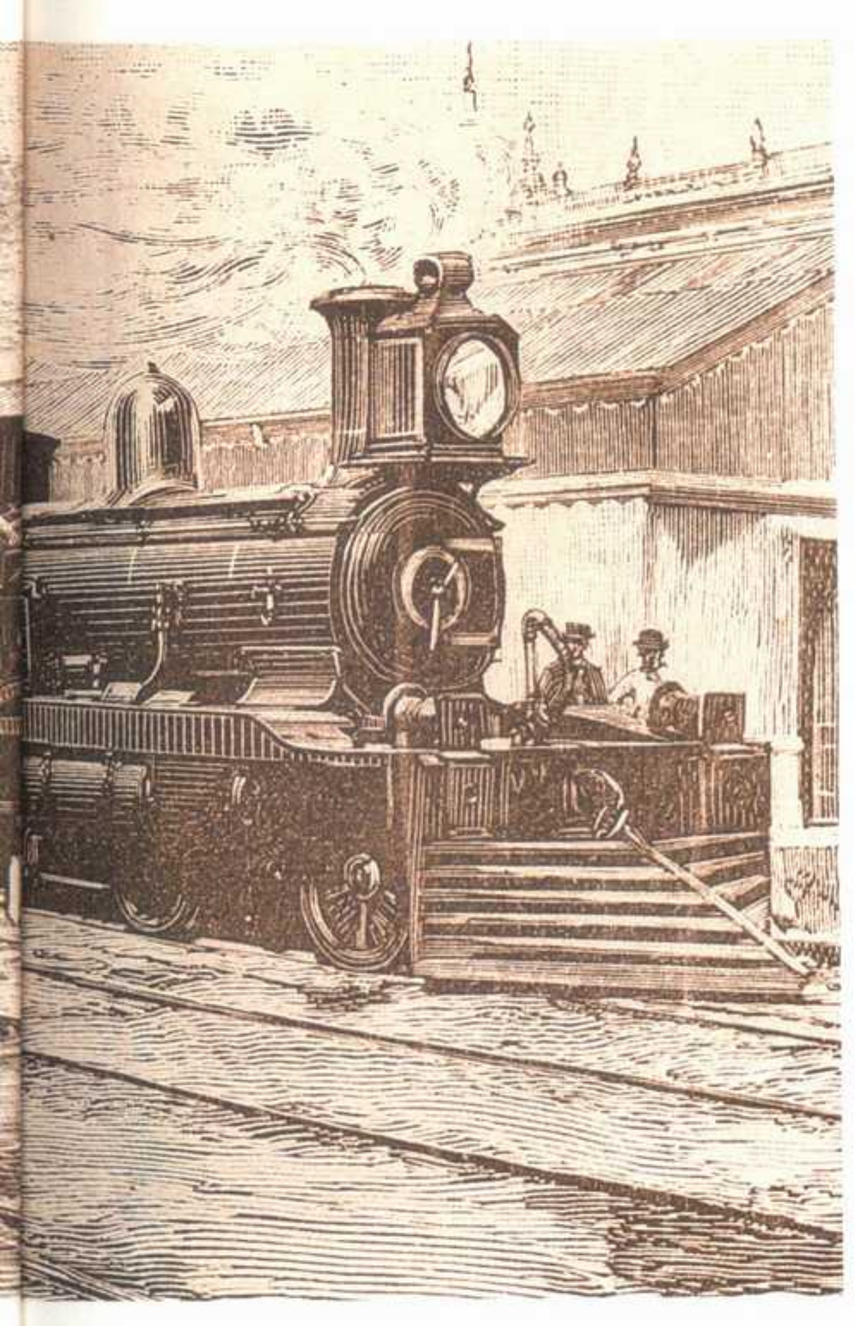
Hemeroteca de la Biblioteca Nacional



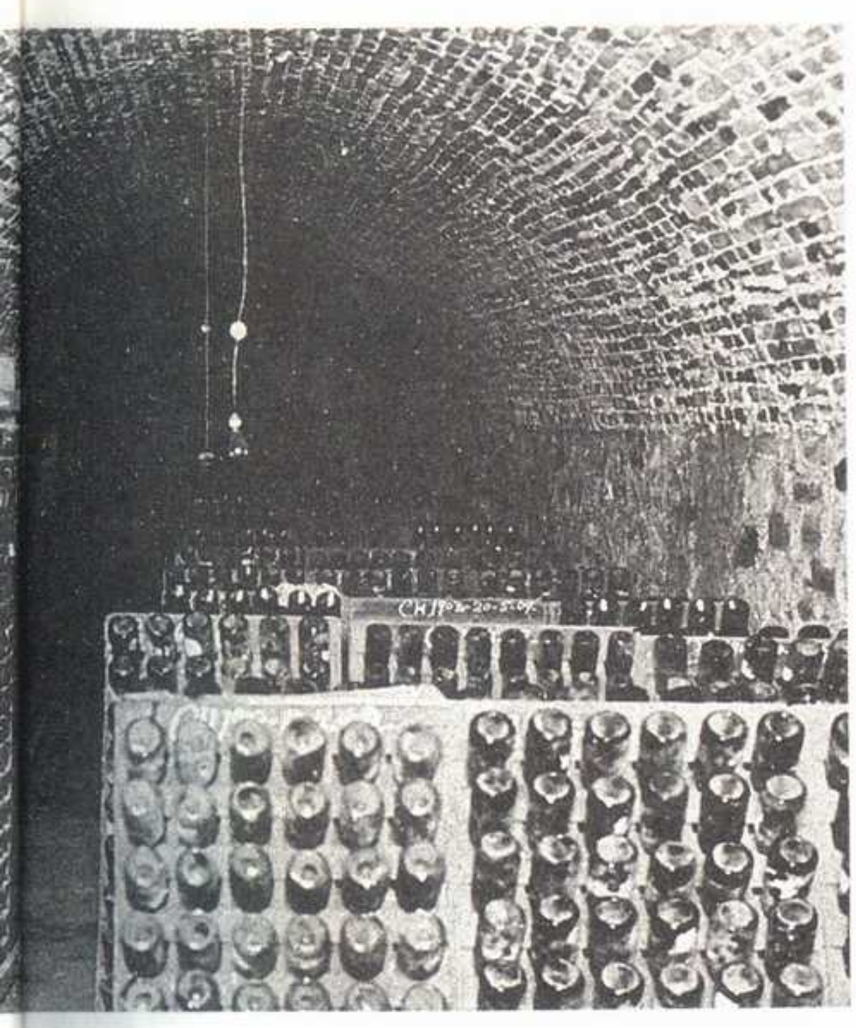
Archivo General de la Nación

tados Unidos, las principales potencias europeas, Canadá, Australia y la India. Más aún: en 1892, cuando todavía se vivían las consecuencias de la crisis que había estallado dos años antes, en nuestro país se tendieron 2400 km de vías, una cifra pocas veces alcanzada, no sólo en la Argentina sino en casi cualquier país del mundo.

El transporte ferroviario permitía el manipuleo de cereales con pérdidas mínimas, pero también benefició a la producción de carne orientada a la exportación: abarataba todo el proceso productivo, y eliminaba el problema de la pérdida de peso en los animales. El sistema terminaba en los puertos, que en la década de



Izquierda: tren nocturno del ferrocarril de Buenos Aires al Pacífico; esta línea férrea pasaba por San Luis y Mendoza y llegaba a Chile atravesando la cordillera de los Andes.
Centro: el interior de una bodega.
Viñeta: cabeza de un toro Shorthorn.



1890 se ampliaron extraordinariamente. Bahía Blanca, que en 1889 apenas contaba con un pequeño muelle para recibir productos importados, diez años después computaba un tráfico de 160 000 toneladas, de las cuales el 60 por ciento consistía en exportaciones; en la década de 1890 se realizaron la mayor parte de los trabajos del puerto de Rosario, que a comienzos del siglo siguiente tendría un movimiento cercano a los 2 millones de toneladas; en 1897 se termina en Buenos Aires el puerto Madero, que, por otra parte, pronto resultará chico para el intenso tráfico que se encamina a través de él. Por esta razón, después de 1900 se hará necesario ampliar las instalaciones mediante la construcción de nuevas dársenas.

La economía cuyana

Los importantes contingentes de inmigrantes (predominantemente españoles e italianos) que llegaron a Cuyo produjeron una transformación en la economía regional. Invirtieron los ahorros que reunían en la adquisición de parcelas que destinaron a la plantación de viñas, cultivadas con métodos europeos. Hacia mediados de los años ochenta, en Mendoza, mientras los propietarios criollos vendían su producción vitícola, los inmigrantes elaboraban el producto de sus pequeños viñedos en bodegas propias. Su evolución financiera les permitió comprar después otras tierras situadas en zonas alejadas aunque con buena irrigación. Este proceso llevó a una nueva situación, pues al finalizar la centuria los no criollos habían logrado apropiarse del 93 por ciento de las tierras cultivables. Entre 1885 y 1903 se cultivaban en Mendoza, aproximadamente, 8700 hectáreas de vid, 7100 de trigo, 3500 de maíz y 69 000 de alfalfa. Esta última actividad se relacionaba con la cría de ganado que se exportaba a Chile. En el lapso indicado, el ganado aumentó de 413 000 a 565 000 cabezas, predominando el bovino. La provincia contaba con 488 bodegas, tres fábricas de cerveza y 42 molinos harineros. El gusano de seda tenía también significación. En San Juan existían 10 492 hectáreas de viñedos.

La llegada del ferrocarril, en 1885, facilitó la comunicación con el Litoral. Esta circunstancia hizo que declinara el tráfico con Chile, aunque hasta finales del siglo la producción de ganado permitió a Mendoza mantener un importante comercio transandino. San Juan exportaba hacia otras provincias 242 000 hectolitros de vino.

En el orden financiero, la crisis del 90 hizo que el Banco Provincial de Mendoza emitiera vales que dieron lugar a operaciones ilícitas. En San Juan se había creado en 1888 el Banco Provincial mediante la suscripción de acciones y un préstamo de 10 millones de pesos oro gestionado en Europa por la firma Otto Bemberg. En la provincia se abrieron también los bancos Agrícola y Popular, de capitales locales, y las sucursales de los bancos Nacional e Hipotecario Nacional.

Debido a la iniciativa del fecundo e incansable ingeniero alemán Carlos Fader («el empresario del infortunio») se formó la Compañía Mendocina Exploradora del Petróleo, que extrajo 8 millones de litros mucho antes que se conociera el petróleo patagónico. El producto se vendía a la Compañía Mendocina de Gas, a la Sociedad Anónima Paramillo de Uspallata, a la Compañía de Gas de Río Cuarto y al Ferrocarril Gran Oeste. La empresa de Fader no pudo seguir adelante por obstáculos insalvables, entre los que figuró el sabotaje comercial de los ferrocarriles, que elevaron las tarifas que cobraban a la compañía a fin de que el petróleo no pudiera competir con el carbón importado de Gran Bretaña; mientras tanto, en San Juan, el ingeniero Medici obtuvo agua subterránea en Caucete, iniciando un renovador ciclo de explotación hidráulica del subsuelo. La reparación y rehabilitación del canal del dique de Potrero de Funes a San Luis fue la principal obra de riego puntana ■

Pedro Santos Martínez

Ex rector de la Universidad de Cuyo. Autor de *Las industrias durante el Virreinato (1776-1810)* y *La nueva Argentina*.

En el trasfondo de muchas de estas empresas se movía una fuerza impulsora que en la década anterior se había instalado firmemente en nuestro país y que persistió en los años que siguieron a 1890, aunque con menor intensidad: el capital británico. Sin subestimar las inversiones francesas, belgas y alemanas, que en estos tiempos empezaban a incidir en distintos rubros, fueron las provenientes del Reino Unido las que prevalecieron cuantitativamente. En la década de 1890 se invirtieron unos 50 millones de libras esterlinas, cantidad menor que la colocada en los diez años anteriores, pero de todas maneras muy significativa no sólo por su cuantía sino porque demostraba confianza en un país cuya quiebra había sido proclamada a todos vientos en 1890. No se ceñía únicamente a los ferrocarriles sino que también se orientaba hacia los puertos, la electricidad, los transportes urbanos y las tierras. En todos estos ámbitos, las inversiones extranjeras y sobre todo británicas iban haciendo sentir su acción; paralelamente, se iba constituyendo una red muy intrincada de intereses de distintos tipos.

Esta realidad era parte de la diversificación de la vida económica del país. Al hacerse más complejos los aspectos comerciales y de distribución y al tornarse más riesgosa toda la actividad productiva, se asistió al robustecimiento de empresas de seguros, bancos y de intermediación. Creció vertiginosamente la actividad de Bunge & Born, Dreyfus, y otras firmas exportadoras, que, según James Scobie, «constituían un grupo fluctuante que constantemente quedaba reducido por los riesgos de la especulación en un mercado altamente organizado».

El buen viento malo

Otro proceso notable de la década del noventa se relaciona con el auge de la industria. El crecimiento de la actividad manufacturera tiene que ver, desde luego, con el fenómeno inmigratorio, que ya a lo largo de la década anterior proveyó de mano de obra barata y relativamente apta. Pero la crisis operó como un factor activante de la incipiente industria, a través de la desvalorización del signo mone-

Archivo General de la Nación

Archivo General de la Nación

El auge de las exportaciones de granos trajo aparejado el establecimiento de nuevas infraestructuras y, sobre todo, intensificó la actividad del puerto de Buenos Aires. A la izquierda, una imagen de la actividad portuaria; abajo, remolcadores a la entrada de una de las dársenas. Pie de página: trabajos de estiba en un muelle de Rosario.

Archivo General de la Nación

tario argentino y de las nuevas tarifas aduaneras establecidas en 1891.

Adolfo Dorfman, en su *Historia de la industria argentina*, dice que los industriales confesaban que «no hay viento tan malo que no sople para bien alguno. La crisis que atraviesa el país es tremenda. Asimismo sopla perfectamente el viento para la industria nacional, y sería de desear verla aprovechar la ocasión para levantarse [...] y hacer adoptar el público y las administraciones nacional y provinciales sus numerosos y excelentes productos. Ha sonado la hora en que debe esa producción industrial desarrollarse con ímpetu, en favor de ese enorme premio del metálico que constituye para ella la protección más eficaz que nunca puede conseguir.»

En otras palabras: era necesario pagar en oro los productos importados, pero para comprar dinero metálico se requerían muchos billetes en papel. En consecuencia, convenía comprar mercadería nacional. La crisis había generado una política más proteccionista que la proclamada por Vicente Fidel López.

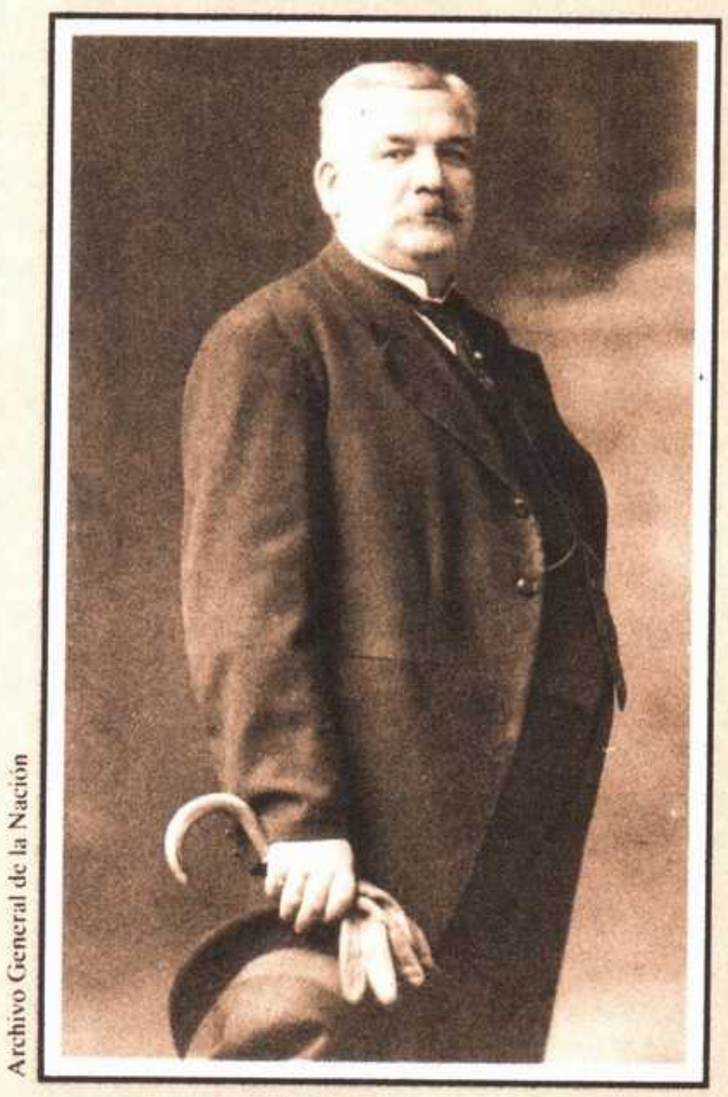
Al conjuro de esta coyuntura se van sumando nuevos establecimientos industriales a los que ya existían. Antes de 1890 se elaboraban artículos de alimentación, vestidos, materiales de construcción, cigarrillos, muebles, carruajes, licores, fósforos, cerveza. A partir de 1890 se agregarían artículos lácteos y otros derivados de la agricultura y la ganadería, entre ellos, los de la industria frigorífica. En 1897, la rama lechera elaboraba 1,7 millones de kilogramos de manteca y otros subproductos, que se exportaban en buena proporción; Gran Bretaña se convirtió en importante consumidor de los lácteos argentinos. Otra de las industrias de transformación vinculada a la agrícola fue la harinera, que en la década que se estudia vivió un rápido crecimiento, al punto que en los terrenos destinados al puerto Madero se reservaron dos grandes extensiones para elevadores y molinos. En 1901, la recientemente constituida Molinos Harineros y Elevadores de Granos S.A., de capital argentino, británico y belga, era ya uno de los grandes consorcios mundiales de este rubro.

En lo que respecta a la industria frigorífica, en la década de 1890 se produjo el pasaje de la carne ovina a la vacuna. Si algún establecimiento, como el que Eugenio Terrason fundó en 1882 y que luego pasó a manos británicas, cerró sus puertas en 1898, la década fue fructífera para esta actividad. La River Plate Fresh Meat, con su frigorífico de Campana -al que debían llegar navíos fluviales para embarcar la carga en los de ultramar en el puerto de Buenos Aires-, la Compañía Sansinena de Carnes Congeladas, de capitales argentinos, cuyos establecimientos en Avellaneda y Bahía Blanca exportaban a Francia y Gran Bretaña, y la empresa Las Palmas Produce Co, con su planta en Zárate, se convirtieron en dinámicos centros que a fines de la década exportaban, en conjunto, 450 000 t de carne ovina y 30 000 t de carne vacuna. Se trataba, en todos los casos, de productos congelados, pues la técnica del enfriado comenzaría a difundirse recién en el nuevo siglo. Pero aunque su calidad no era óptima, las carnes argentinas constituían ya a fines de la década un rubro fundamental de nuestras exportaciones.

Un crecimiento similar se advertía en estos años en algunas industrias regionales, cuyo tratamiento específico se hará en otro capítulo. Baste por ahora consignar que los ingenios azucareros empleaban en 1895 no menos de 11 000 trabajadores, y aunque no hay cifras precisas para los

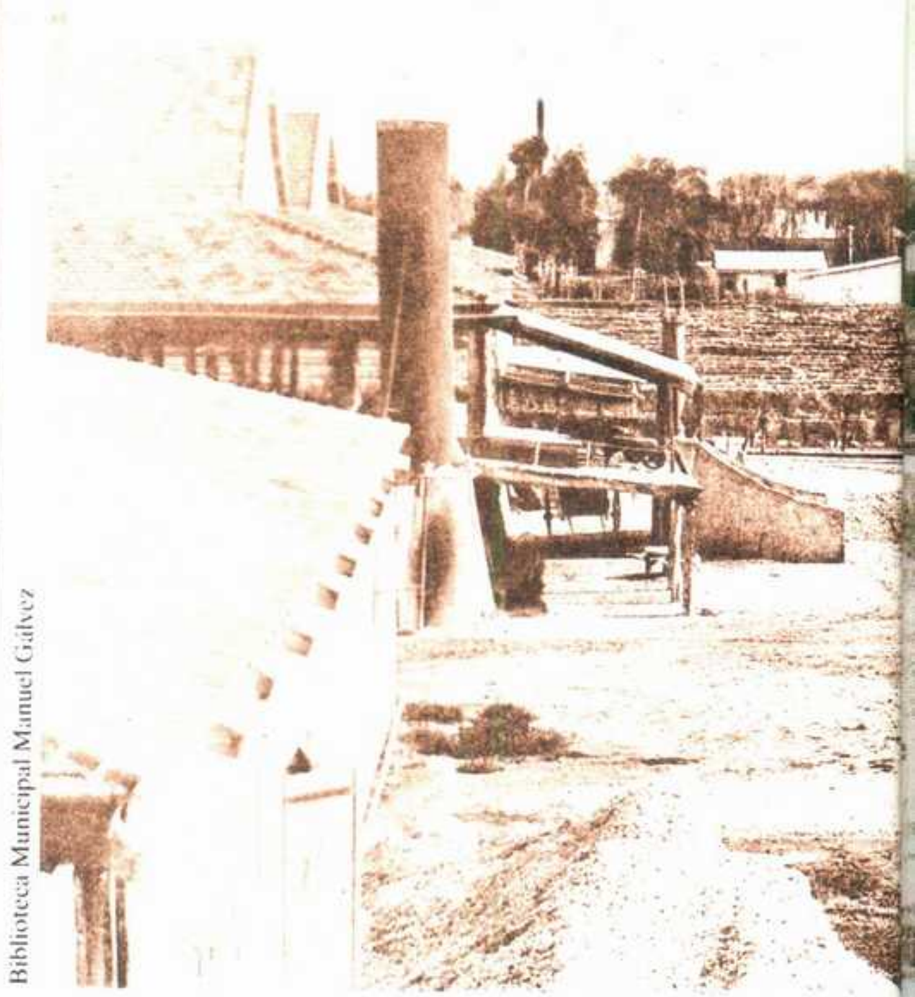
Las industrias al filo del siglo

"Las industrias textiles estaban bastante desarrolladas a fines del siglo XIX. Se producían medias, camisas, toallas, mantas, ponchos, casimires ordinarios, capas, sombreros y zapatillas. Sólo se importaban las calidades superiores [...] La manufactura de bolsas creció rápidamente con la expansión de la agricultura; cinco fábricas tenían, hacia 1900, capacidad para producir más de 100 millones de unidades; la protección aduanera impedía la entrada del producto extranjero. Los hilados pagaban derechos relativamente bajos y se importaban a pesar de la abundancia de lana en el país [...] Muchas curtidurías y fábricas de artículos de cuero se habían establecido en el país antes de los años noventa, pero la importancia de esta industria creció notablemente en aquellos años [...] El sector de los metales estaba representado, en el período, por fundiciones de hierro, talleres que producían varios tipos de maquinaria, fábricas de clavos y tornillos, camas de hierro, cajas de hierro, balanzas; utensilios domésticos y letreros metálicos. Las empresas de Pedro Vasena, Carlos Zamboni y Pedro Merlini se ocupaban de la fundición de columnas, vigas y barras, al tiempo que construían guinches, sierras, calderas y varios tipos de máquinas [...] Otras industrias protegidas que lograron progresos importantes durante el período fueron la de los carruajes, el vidrio, el papel, los fósforos y el tabaco.» (Vicente Vázquez Presedo, «Evolución industrial, 1880-1910», en *La Argentina del ochenta al Centenario*, Buenos Aires, 1980) ■

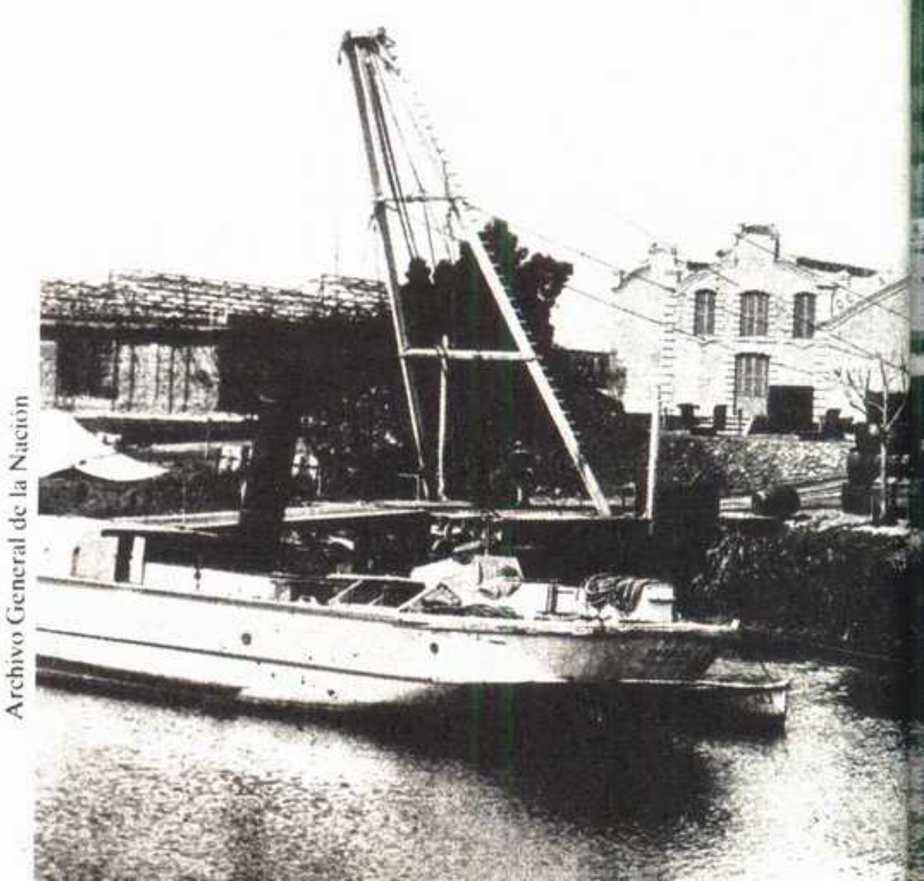


Archivo General de la Nación

Pedro Merlini

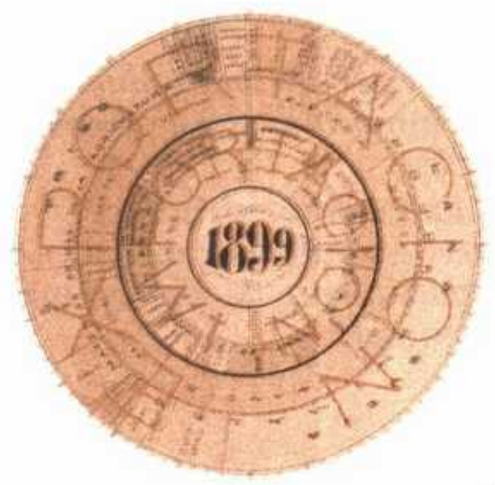


Biblioteca Municipal Manuel Gálvez



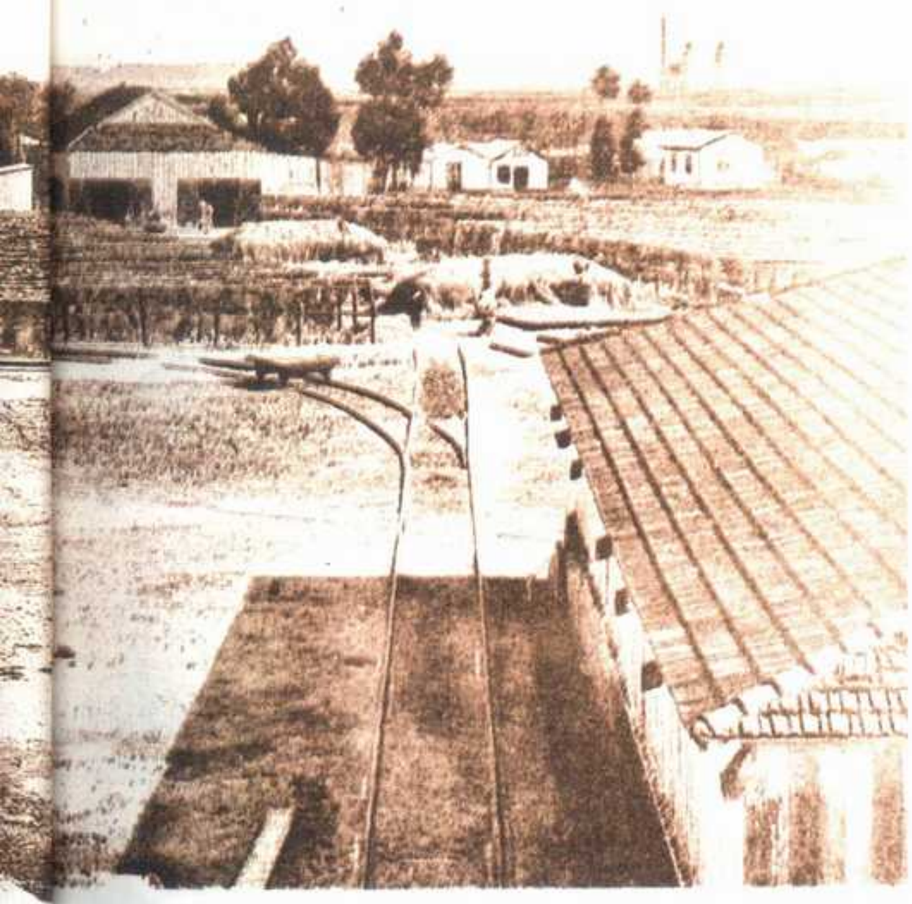
Archivo General de la Nación

En el centro y al pie, izquierda, dos establecimientos industriales de la rama de la carne: un saladero de Barracas y el frigorífico La Negra, de la firma Sansinena. Al pie, derecha: Vicente Fidel López, ministro de Hacienda de Pellegrini, según Buenos Aires Ilustrado.
Viñeta: gráfico del comercio exterior argentino.



obrajes madereros, se sabe que varios miles de obreros vivían de esa actividad en el Chaco, Formosa, Santa Fe y Misiones. La industria vitivinícola se benefició con las altas tarifas de los licores importados, lo que acarreó una rápida transformación de la estructura económica de Mendoza y San Juan.

El censo industrial de 1895 registra unos 23 000 establecimientos en todo el país, con más de 165 000 obreros y un capital de 475 millones de pesos. Entre los rubros más significativos se destacan los relativos a la alimentación, vestido y tocador, construcciones, muebles y metales. Los propietarios y los obreros eran en su mayoría de origen extranjero; se calculaba que el 80 por ciento de los trabajadores eran inmigrantes. La mayor parte de los establecimientos tenían características casi artesanales. Sin embargo, también en este aspecto la década de 1890 difiere de la anterior: si en los años ochenta se podía fundar una industria con un pequeño capital y la dosis necesaria de iniciativa, imaginación y suerte -así fue como comenzaron Prat, Bagley, Zamboni y tantos otros-, ahora resultaba imposible repetir semejantes hazañas sin un capital más importante. Si algunos intentaron iniciar una industria de cierta entidad careciendo de un capital sólido, pronto necesitaron un socio o un comprador. Y los capitales nacionales preferían dirigirse al campo, donde las ganancias eran seguras.



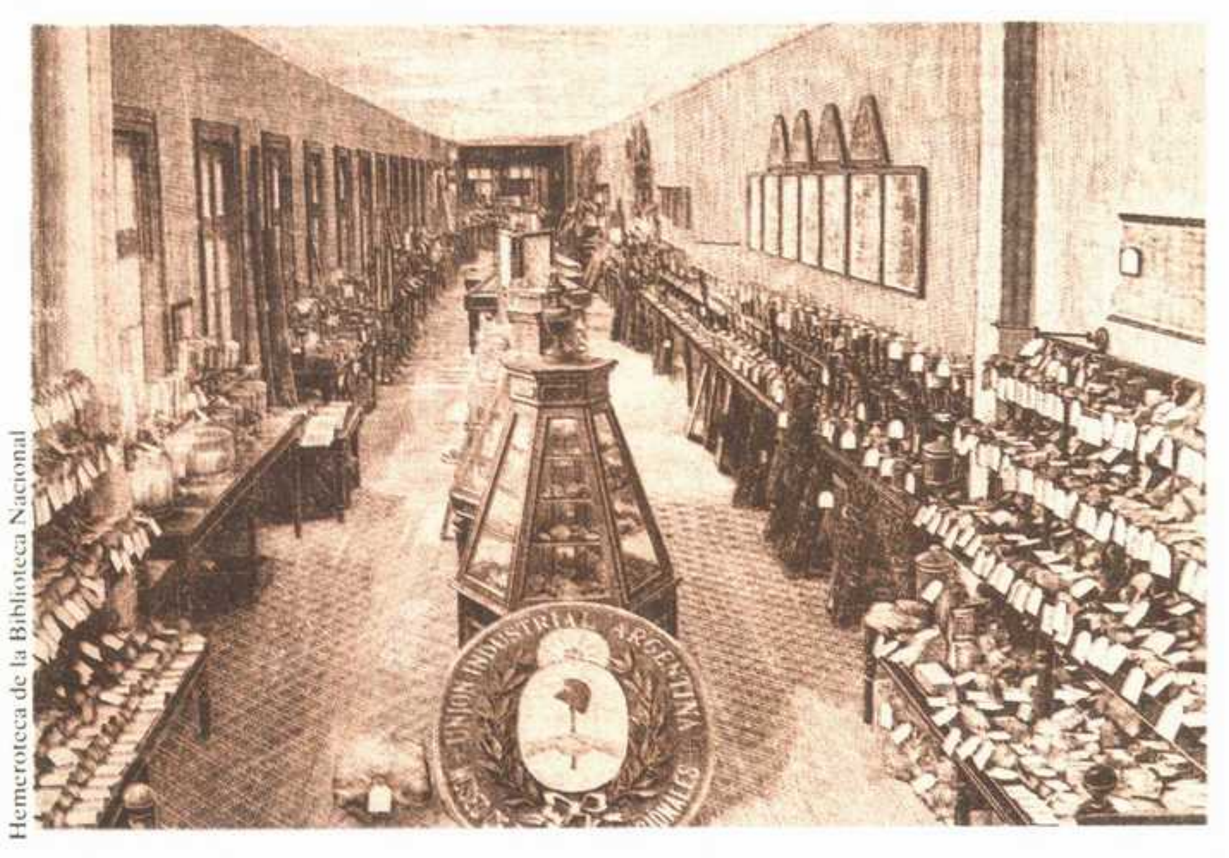
Museo Mitre

Centro, izquierda: el Museo de Productos Nacionales de la Unión Industrial ofrecía este aspecto en 1894.
Pie de página: la imponente estructura del molino harinero La Julia (izquierda), y tareas de embotellamiento de vino en una bodega cuyana (centro).

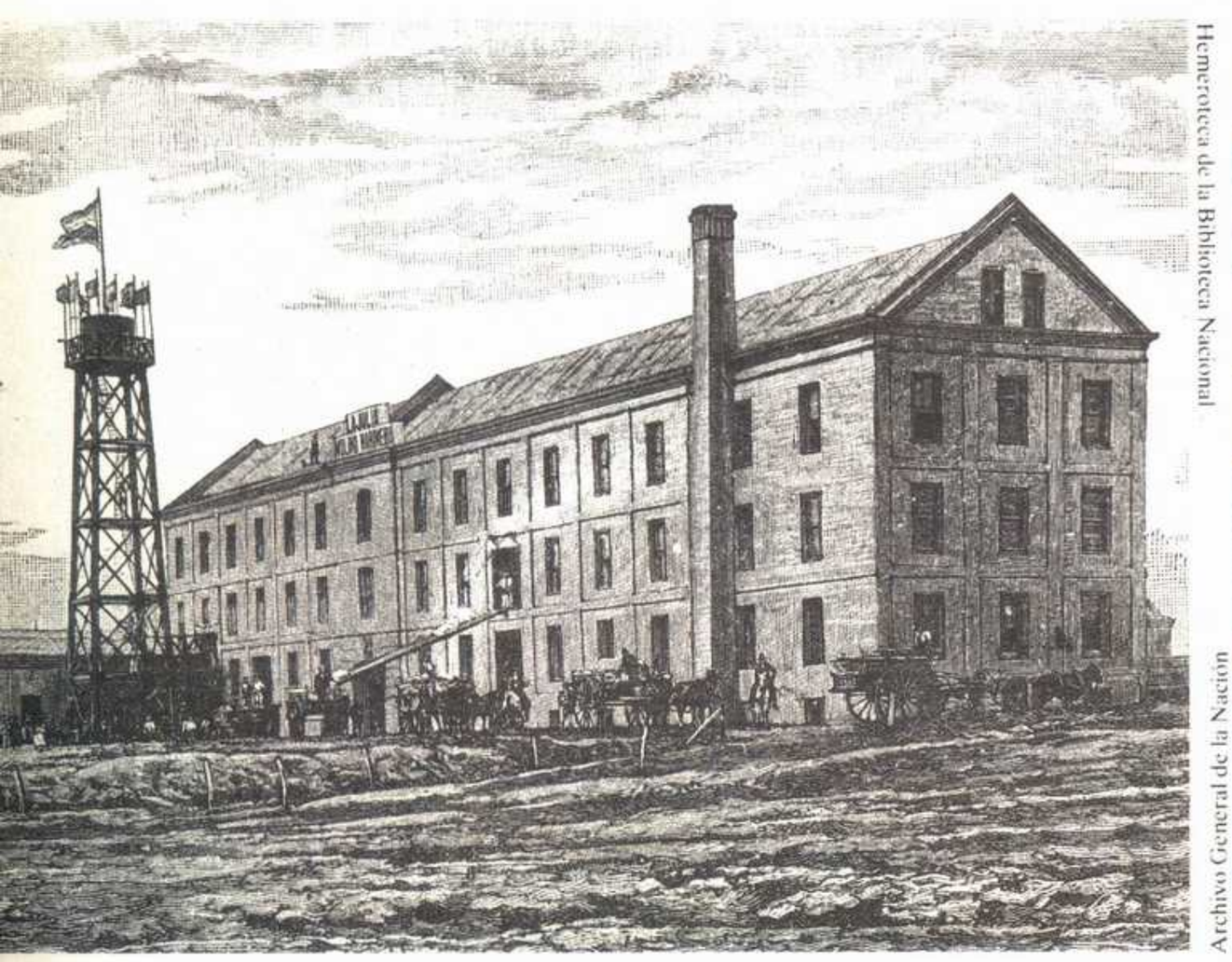
Así, en la última década del siglo aparecen capitalistas, más que industriales en su sentido específico. Como resultado de este fenómeno, no se consolidó una clase industrial sólida, con conciencia de sus aspiraciones y necesidades; generalmente los empresarios industriales eran personas vinculadas a la actividad agrícola-ganadera, conectadas a los circuitos comerciales y financieros, con buenas relaciones en los círculos del Estado. Los casos de Carlos Pellegrini, miembro del directorio de la Cervecería Bieckert, de Luis Zuberbühler, presidente casi perpetuo de la Bolsa de Comercio, propietario de campos enormes, que hacia fines de siglo estableció una fábrica de artículos de algodón y lana, o el de Nicolás Mihanovich, dueño de gran cantidad de propiedades rurales, fundador del frigorífico La Blanca y creador, al mismo tiempo, de una de las flotas navieras más importantes del país, bastan para ilustrar esta doble condición.

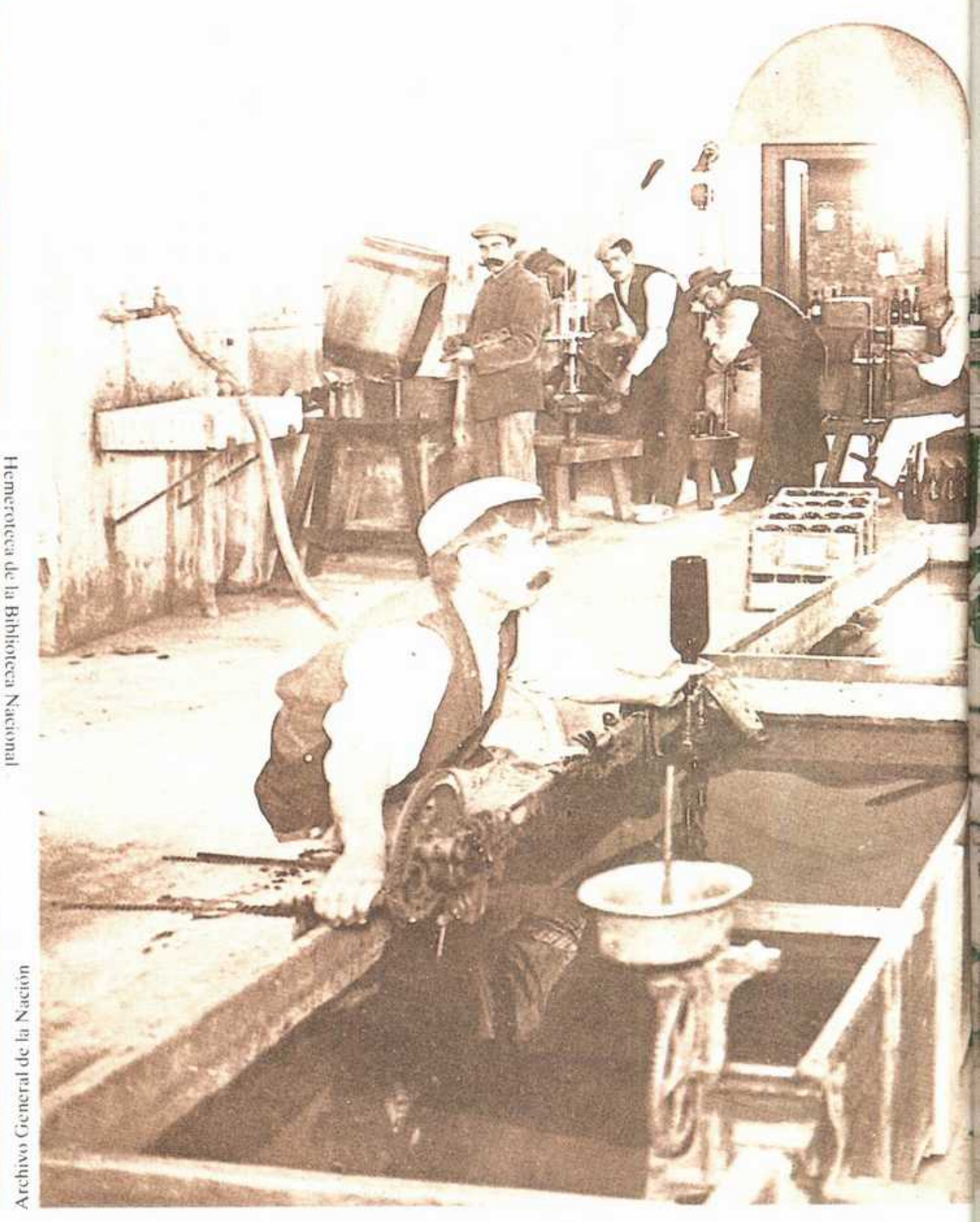
Finalmente, es de señalar que la década del noventa registra algunas fusiones de pequeños establecimientos para crear empresas más robustas. Eso fue lo que aconteció con las cuatro firmas que en 1897 se fusionaron para formar la Compañía General de Fósforos; ocupaba a unos 1200 trabajadores y contaba con un capital de 2 millones de pesos.

Ese mismo año fue el de la reiniciación del pago de los intereses regulares de la deuda externa. En 1899-1900 se estimaba que esta salida de dinero equivalía al 35 por ciento de los ingresos generados por la exportación, un guarismo alto, pero desde luego mucho menos gravoso que el 60 por ciento que había implicado en 1890. La rebaja en la sangría periódica que significaba el pago de la deuda se debía al crecimiento de las exportaciones, a la diversificación y mejor calidad de los productos que se enviaban al exterior, y a



Hemeroteca de la Biblioteca Nacional


Hemeroteca de la Biblioteca Nacional

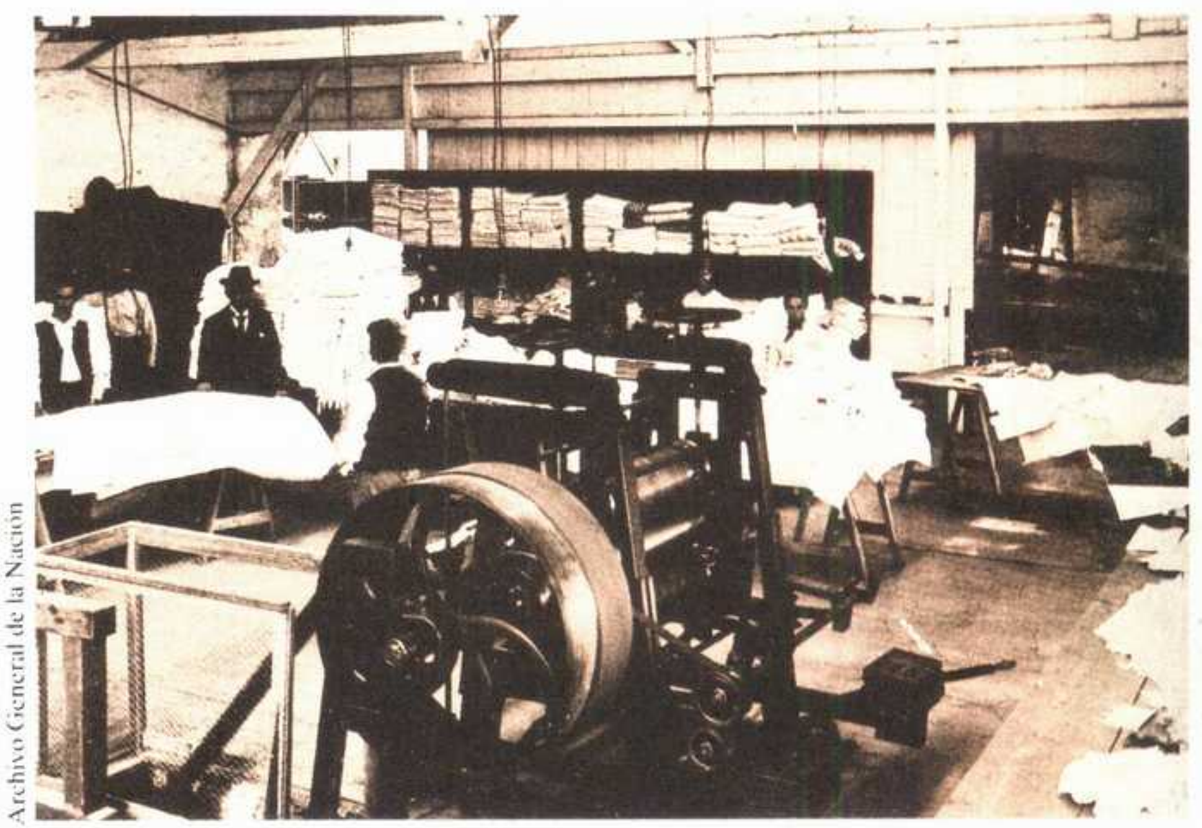

Archivo General de la Nación

Hacia finales de siglo, tanto la industria textil como la metalúrgica experimentaron un cierto desarrollo. Abajo: taller de la Compañía Textil Sudamericana.
Pie de página, derecha: establecimiento mecánico y fundición de Pedro Vasena, una empresa cuyo nombre ha quedado asociado al recuerdo de las grandes huelgas de 1919.

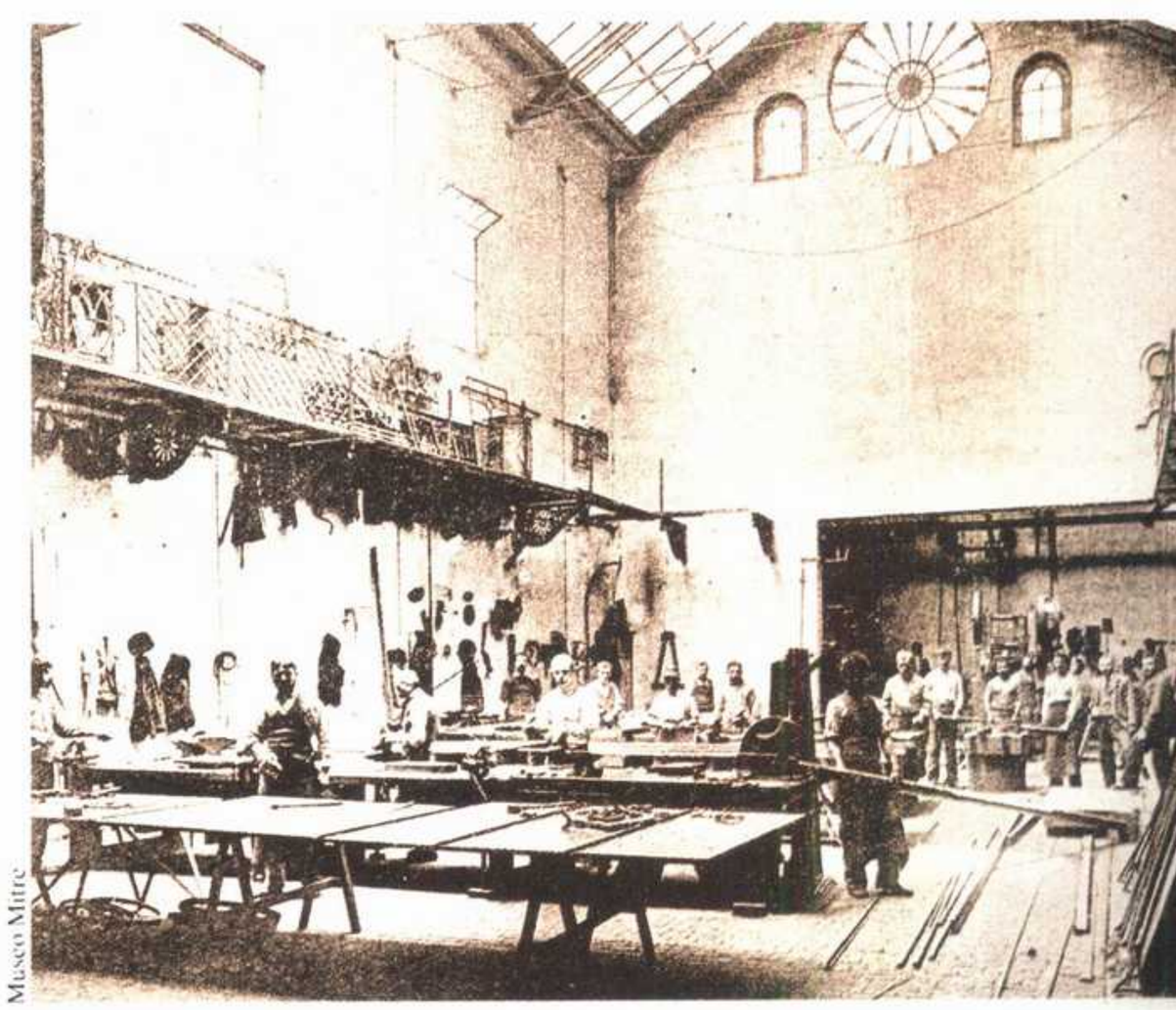
la aceptación de nuestras primicias por parte de los mercados europeos. El asombroso éxito que iba cerrando una década tan sombría como la iniciada con la crisis, se debía al trabajo de todos y a la confianza de los inversores, pero también a medidas que se tomaron como consecuencia de la crisis misma. Las medidas restrictivas y proteccionistas, la desvalorización del peso papel y la necesidad desesperada de exportar actuaron como elementos positivos para estabilizar una estructura económica que era sustancialmente sana pero que recién entonces pudo superar las consecuencias de las locuras de los años ochenta.

Un infalible barómetro de la recuperación económica del país es la cotización del oro respecto del peso papel. Cuando en 1885 se suspendió la conversión, el oro se cotizaba a 37 por ciento sobre el papel, es decir que para adquirir dinero metálico había que pagar un 37 por ciento más de su valor nominal en billetes. El oro continúa subiendo -o, lo que es lo mismo, el billete continúa desvalorizándose- en los años siguientes, convertido en protagonista conspicuo de la crisis, y llega a su pico más alto en octubre de 1891, cuando debe pagarse a un 360 por ciento. De allí en más empieza a bajar lenta y persistentemente. A partir de 1894, el billete argentino se valoriza con rapidez hasta que en 1899 hay que pagar sólo un 125 por ciento por el metálico.

Decíamos al principio de este capítulo que se sabe cuándo empiezan las crisis, pero no cuándo terminan. Sin embargo, podría fijarse en el año de 1899 la finalización de la crisis de 1890. Por entonces, la baja del oro empieza a afectar a los exportadores, que son en esta coyuntura síntesis de los intereses agropecuarios y en definitiva constituyen la columna más sólida de la economía argentina, el elemento que ha logrado arrancarla del marasmo y poner nuevamente en marcha sus



Archivo General de la Nación



Museo Mitre

Abajo: El empresario Nicolás Mihanovich, su hijo homónimo y la esposa de este último, Felicitas Guerrero, en viaje hacia Europa. Yugoslavo y proveniente de una familia de marinos, Mihanovich adquirió en 1894 la empresa marítima La Platense.
Pie de página: la Casa de la Moneda.

Archivo General de la Nación

circuitos. El gobierno de Roca, sensible a estos intereses, comprende que hay que detener la valorización del peso papel. ¡Cómo habrá gozado el *Zorro* esta situación, recordando la angustia de su concuñado Juárez frente a la depreciación imparable de los billetes! En tan sólo nueve años las circunstancias han cambiado totalmente.

En agosto de 1899, el poder ejecutivo envía al Congreso un proyecto de ley que suscribe el ministro de Hacienda doctor José María Rosa y que propicia la creación de una Caja de Conversión con el propósito de convertir papel en oro a un cambio de 0,44 de oro sellado por un peso papel. El metálico que recibiera la Caja no podía destinarse a otro objeto que convertir billetes al tipo fijado. Según Rafael Olarra Jiménez, el sistema era análogo al de la ley inglesa de 1844 que dividió al Banco de Inglaterra en un departamento de emisión y otro específicamente bancario; aquí, la Caja de Conversión actuaba como emisor y el Banco de la Nación como departamento bancario. El público no llevaba oro a la Caja; lo entregaba a los bancos, éstos le devolvían billetes a la paridad legal y luego volcaban el oro a la Caja, la que reponía a los bancos sus existencias de billetes. Con el encaje de oro, la Caja emitía billetes.

El sistema era simple y beneficioso, pero exigía un requisito previo: que las exportaciones hicieran que el oro afluyera al país. Tal condición existía en 1899 y se mantuvo durante bastantes años, permitiendo el incremento de los medios de pago en coincidencia con el crecimiento del ingreso nacional. Mientras duró, fue un mecanismo expresivo de la brisa de bonanza que acariciaba a la Argentina. Más aún: la ley de conversión de 1899 sintetizó los éxitos económicos conseguidos en aquella década y representó, en el espíritu colectivo, el punto inicial de un ciclo de prosperidad que, se creía, habría de ser ininterrumpido, creciente, de proyección infinita... ■

Biblioteca Municipal Manuel Gálvez

6. Las inmigraciones exóticas

Cuando la población argentina comenzaba a aceptar los rostros de los inmigrantes españoles e italianos que venían llegando al país desde mediados de siglo, apareció ante los ojos de los criollos un nuevo tipo de extranjeros, de aspecto menos convencional. Fueran turcos, árabes, judíos, rusos o alemanes del Volga, los «otros gringos» provocaban a la vez expectativa y rechazo. Muchos de ellos colonizarían las tierras fronterizas de Santa Fe, Santiago del Estero, Entre Ríos o Buenos Aires. Otros comenzarían a dar un perfil particular a ciertos barrios porteños: tal el caso del Once, preferido por los inmigrantes judíos, o del Bajo, donde se estableció un buen número de árabes.

Desde comienzos del siglo XIX Buenos Aires había visto llegar a comerciantes ingleses, artesanos franceses, rudos trabajadores irlandeses y, sobre todo, a muchos italianos y españoles, estos últimos principalmente gallegos. También arribaron suizos, alemanes y otros algo más extraños, por ejemplo los austrohúngaros, súbditos de un imperio que nucleaba a nacionalidades diversas.

A principios de la década de 1880, un memorialista porteño, José Antonio Wilde, reflejaba en las páginas de *Buenos Aires desde setenta años atrás* el tono cosmopolita que había adquirido la capital argentina. Ese cosmopolitismo, típico de los centros urbanos del Litoral y algunas regiones de reciente colonización agrícola, especialmente Santa Fe y Entre Ríos, no hizo sino acentuarse a lo largo de los diez años siguientes. Por entonces, a los rostros, lenguas, credos y apellidos con los cuales los argentinos se estaban familiarizando, se sumó la presencia de otros mundos culturales, de hombres de curiosos atuendos con marcado aire oriental, cuya fe religiosa y tendencia al aislamiento los llevó de manera natural a formar comunidades de rasgos propios muy acentuados.

Todos ellos buscaban en la Argentina la tierra de promisión que anunciaban la propaganda oficial del gobierno y la de las oficinas privadas de inmigración. Esta imagen coincidía con los sueños de los propios inmigrantes, que deseaban salir de las penosas situaciones que vivían en sus patrías para intentar una vida mejor.

Los otros gringos

En 1888 escribía Vicente Quesada en *Memorias de un viejo:* «Curioso es observar cómo las ocupaciones se dividen por nacionalidades. Remendón de zapatos es sinónimo de italiano, como lo es el carbonero, lanchero, tachero, lustrabotas y la mayor parte de los albañiles. Los lecheros, ladrilleros y peones de saladeros son vascos. Los franceses son sastres, peluqueros, cocineros, lampistas, quincalleros, confiteros. Los encuadernadores son generalmente alemanes o belgas. ¿Y los chancheros? Es industria cosmopolita, abundan los judíos alemanes.»

Archivo General de la Nación

Una fotografía de 1899 muestra a empleados de la Oficina de Inmigración encargados de recibir a los extranjeros. El gobierno nacional mantenía una actitud favorable hacia los recién venidos, pero muchos funcionarios desconfiaban de los «otros gringos», que comenzaron a arribar a la Argentina en la última década del siglo.

Trabajadores polacos, fotografiados en 1899 (abajo); la mayoría de estos inmigrantes se dirigieron a Misiones, donde propulsaron los primeros cultivos de tabaco.
En Buenos Aires, una actividad tradicional de los criollos, la venta de pescado, era ahora típica de los italianos recién venidos (pie de página).

Esta enumeración de nacionalidades y profesiones refleja oleadas inmigratorias ya integradas a la sociedad argentina, o al menos admitidas por ésta. Pero a partir de los años ochenta empiezan a llegar grupos con características distintas del resto de los extranjeros que habitaban el Litoral argentino. Con el tiempo se los fue dividiendo en dos grandes sectores, según el idioma y la peculiaridad de sus costumbres: los «rusos» y los «turcos». El habla popular categorizaba del mismo modo impreciso con que lo hacían las estadísticas oficiales de inmigración, a partir del nombre de los imperios ruso y turco, de los que provenían mayoritariamente estos inmigrantes.

Se trataba en realidad de grupos humanos heterogéneos. Entre los rusos se encontraban también los alemanes del Volga y los campesinos judíos de Podolia o Besarabia. Entre los turcos había judíos de Siria y Palestina, árabes del Líbano y Siria, musulmanes, maronitas y cristianos ortodoxos. Unos y otros provenían de los límites del mundo europeo y eran expulsados por el hambre, el sojuzgamiento o el temor a las frecuentes agitaciones raciales o religiosas, que solían costar la vida a la gente sencilla, ajena a las grandes cuestiones políticas.

El número de estos extranjeros era al principio reducido: en 1889 arribaron 2020 turcos y 1332 rusos, mezclados con los inmigrantes que gozaban de los pasajes subsidiados que ofrecía el gobierno argentino desde dos años antes. La crisis del noventa hizo que muchos de los recién venidos vagaran sin trabajo por las calles de Buenos Aires; la presencia de estos inmigrantes exóticos, de sus mujeres ataviadas con babuchas y chaquetillas cortas, llevando a sus hijos en brazos, provocó sorpresa, desasosiego e incluso temor.

Los periódicos observaron que entre quienes llegaban con pasajes subsidiados había un cierto número de indeseables. Francisco Latzina afirmó en su *Diccionario geográfico* (1895) que «las municipalidades europeas cogían la bella ocasión que se les presentaba para desembarazarse de sus vagos, mendigos y malentretenidos, y toda esta gente, en parte inútil y en parte perjudicial, vino con pasajes del gobierno argentino a infestar nuestras calles y a poblar las cárceles».

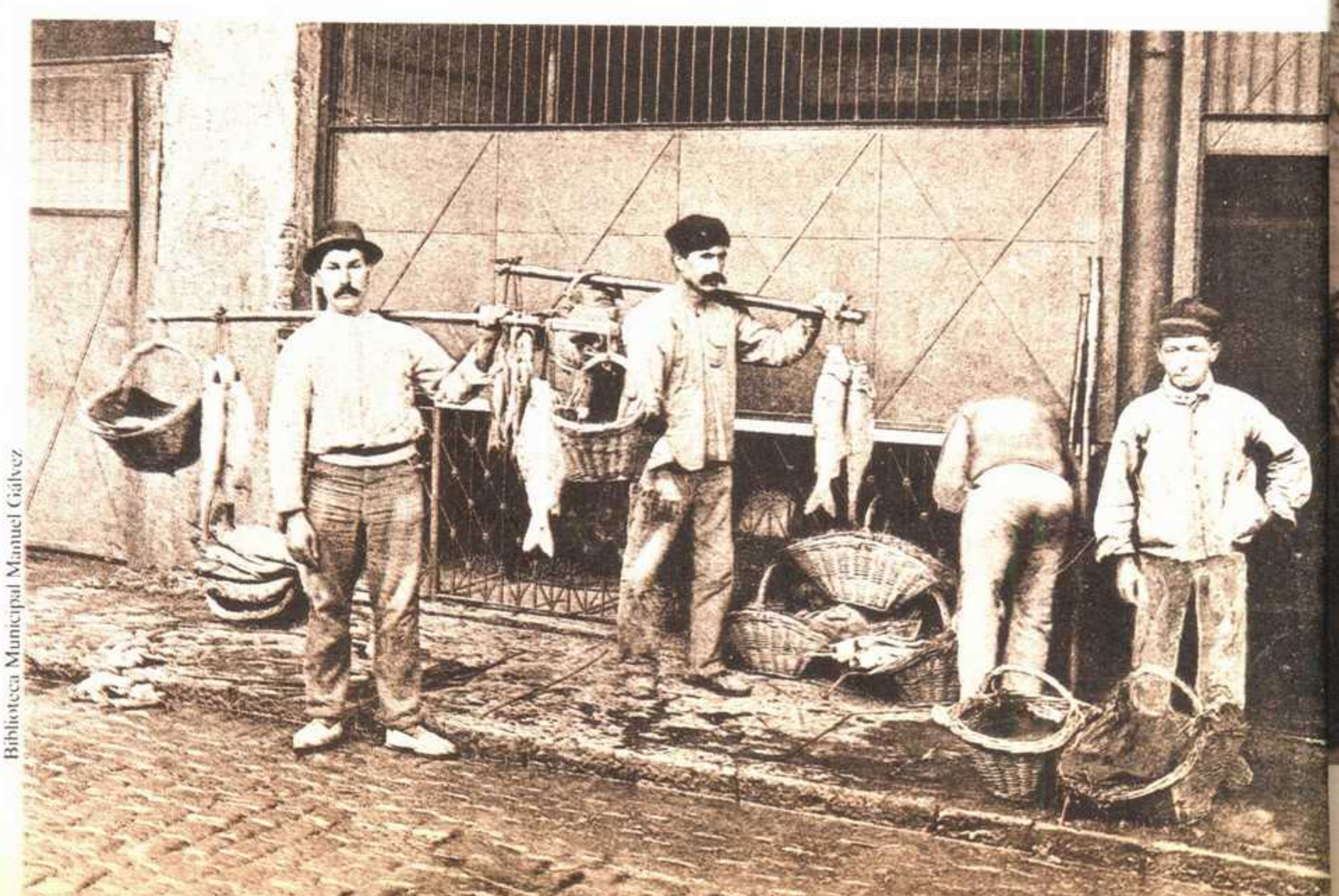
Pero tales expresiones, típicas del escepticismo con que muchos consideraban la inmigración extranjera al finalizar el siglo, no impidieron que los otros gringos recibieran el sostén y el estímulo de las autoridades en sus primeros pasos en el Río de la Plata.

Los colonos del Volga

Hacia 1890 se iba afianzando una corriente migratoria procedente del Imperio ruso, integrada por personas de cultura alemana y religión católica, luterana o bautista. Se trataba de los llamados alemanes del Volga, descendientes de los paisanos germánicos que alrededor de 1770 se instalaron en las estepas rusas, respondiendo al llamado de la zarina Catalina la Grande. Ellos debían poner en valor esa región potencialmente rica para el cultivo del trigo.

Tras un siglo de superar inconvenientes de toda índole, en tierras incultas expuestas a los ataques de los nómadas de los confines del Imperio, las colonias de alemanes del Volga empezaron a sufrir las

Archivo General de la Nación



Biblioteca Municipal Manuel Gálvez

Pie de página: una familia de inmigrantes almorzando en un patio, bajo los rayos del sol. Los extranjeros mantenían muchos de los hábitos propios de sus regiones de origen, pero la influencia del medio iba modificándolos en parte. Viñeta: aviso de la colonia Stroeder publicado en la revista Iris.

limitaciones y exigencias de la política zarista: se sintieron amenazadas en su religión y en su idioma por la ortodoxia oficial. Pero además, las familias fundadoras se habían multiplicado y carecían de los recursos necesarios para expandir sus actividades en otros parajes de Rusia.

Pensaron entonces en emigrar a América. Algunos grupos se instalaron en el norte del continente. Otros lo hicieron en el sur, sobre todo en Brasil, y por último en el Río de la Plata. Previamente pasaban por Alemania, la tierra de sus mayores, pues debían embarcarse en Bremen o en Hamburgo para llegar a su nuevo destino. Fue allí, en el norte de Alemania, donde comenzaron a llamar la atención las exóticas vestimentas y los curiosos hábitos de los alemanes del Volga. Los colonos habitaban en aldeas muy aisladas del resto de la población rusa, y su afán de guardar su identidad cultural contribuía a alejarlos de las prácticas del mundo moderno. Llevaban ropas anticuadas; la autoridad patriarcal del dueño de casa era indiscutida, y las figuras del sacerdote católico o del pastor protestante tenían una enorme influencia sobre la comunidad. Estas costumbres se mantendrían tras la radicación en las colonias del Río de la Plata.

Los alemanes del Volga sufrieron distintas peripecias antes de su instalación definitiva en la Argentina. Las autoridades brasileñas y argentinas conocían su aptitud para colonizar tierras áridas, y eso hizo que se disputaran a estos inmigrantes. En suelo argentino, también se los disputaron los gobiernos de las provincias a las cuales los destinaban sus agentes de colocación, y en ocasiones se intentó resolver la cuestión mediante el engaño: así, en los años setenta, 260 alemanes que se dirigían a Diamante (Entre Ríos) para reunirse con los parientes que ya se encontraban allí, desembarcaron sin saberlo en la orilla opuesta del Paraná, en

Archivo General de la Nación

Santa Fe. El gobierno local, responsable de esta maniobra, pretendía forzarlos a colonizar San Javier, en los límites del Chaco santafesino. Pero la mayoría se opuso y logró pasar a la provincia entrerriana, donde se asentó definitivamente. El resto, unos treinta aproximadamente, se ubicó al este de la Colonia Alvear, donde todavía hoy habitan sus descendientes.

Dos fueron los focos principales de la colonización germanorrusa en nuestro país. Uno de estos núcleos iniciales, Hinojo, en la provincia de Buenos Aires, se expandió desde esa zona hacia el sur bonaerense y La Pampa. Eran en principio sólo ocho familias -relatan los historiadores Víctor Popp y Nicolás Dening- que mantuvieron una correspondencia constante con sus parientes de Rusia y con los que se habían instalado en Brasil, invitándolos a venir al Río de la Plata. Entre las fundaciones vinculadas con Hinojo mencionaremos a Colonia San Miguel, favorecida por las canteras de cal cercanas a la actual fábrica de cemento de Loma Negra, las llamadas «colonias granjeras» de las cercanías de Coronel Suárez, las radicaciones en Arroyo Corto y la de San Miguel Gascón, hoy San Miguel Arcángel. Esta última tiene la curiosa particularidad de haber brindado un elevado número de obispos a la Iglesia argentina.

En la provincia de Entre Ríos la colonia madre fue General Alvear, en el departamento de Diamante. Nació de las 20 000 ha expropiadas por el gobierno nacional durante la presidencia de Avellaneda, que tanto favoreció a la colonización agrícola. La gente se distribuyó en aldeas, de acuerdo con la tradición europea que conservaban; unas eran de religión protestante y otras católicas, con mayoría de las primeras.

Los germanorrusos vivieron al principio experiencias penosas. El largo viaje en vapor, la estadía en el Hotel de Inmigrantes durante un par de semanas, la navegación fluvial hasta su nuevo destino, el desembarco junto a las elevadas barrancas que el Paraná presenta frente a Diamante, el traslado a tierra firme en las carretas de altas ruedas y aspecto primitivo... Mientras construían los galpones que oficiarían de primeras viviendas, los colonos vivían en carpas que les proporcionaban las oficinas de inmigración. Sus

Museo Mitre
Hemeroteca de la Biblioteca Nacional

Museo Mitre

Hemeroteca de la Biblioteca Nacional

Página 84: un grupo de gitanos en la cubierta del vapor que los trae a Buenos Aires. La llegada de extranjeros considerados indeseables en sus países de origen fue criticada por Francisco Latzina (izquierda). Vicente Quesada (centro, izquierda) describió puntualmente los oficios que desempeñaban los gringos hacia 1880.

Brazos para la agricultura misionera

"En este momento (1897) -escribe un platense al gobernador de Misiones- hay en La Plata y Buenos Aires un grupo de inmigrantes, verdaderos agricultores, de nacionalidad polaca, de los cuales una parte se enviará al interior de la República y otros desean ir al Brasil; he tratado y trato de retenerlos por todos los medios posibles, con el objeto que vayan a Misiones. Según su circular me he convencido de que esta inmigración sería provechosa para el territorio de Misiones, por cuanto se compone de hombres jóvenes y robustos, en su mayor parte dispuestos a trabajar. Entre ellos hay varios que poseen medios pecuniarios suficientes para poder a sus primeras necesidades, como usted lo indica en su circular, y no dudo en cuanto le sea posible, les prestará usted ayuda. Sin embargo, hay otros que carecen de dichos medios, no obstante lo cual he creído conveniente aconsejarles que vayan también a Misiones por cuanto usted dice que hay falta de brazos para el trabajo.

»Si este pequeño grupo obtuviese resultados favorables no dudo que se establecería una importante corriente inmigratoria de la misma nacionalidad, la cual no dejaría de ser provechosa para dicho territorio. No dejo de llamar a usted la atención sobre esta inmigración pues no es nómada, es decir, que donde van se quedan y una vez instalados no pensarán en volverse ni irse a otra parte. Además debo decirle que dicha gente no habla más que polaco y ruteno; sería necesario una persona apta para servir de intérprete. Yo podría encargarme de enviarla, siempre que el gobierno se encargue de pagarle el viaje y algún sueldo.» (Extracto de una carta de un vecino de La Plata, Miguel Szelagowski, al gobernador de Misiones, Juan José Lanusse) ■

autoridades discutían también con los delegados del gobierno argentino: en una oportunidad, fue el propio presidente Avellaneda quien otorgó el permiso para que se instalaran en aldeas, y no separadamente en las chacras que se les adjudicaban, según lo habían exigido las autoridades locales.

Entre 1878 y 1895 la afluencia de colonos germanorrusos fue constante. Algunos de los más pudientes regresaron a Europa, descontentos con las oportunidades que les ofrecía esta nueva patria. Otros se quedaron y prosperaron: fue, entre otros, el caso de los habitantes de las seis colonias de General Alvear, que un año después de instalados ya no precisaban que se los auxiliase con harina porque habían levantado su primera cosecha de trigo. Posteriormente se constituyeron consorcios para comprar tierras a los latifundistas. De este modo se formó la colonia de Villa Crespo en las 6000 ha adquiridas a don Ignacio Crespo, donde hoy se levanta una ciudad progresista de más de 10 000 habitantes. Hacia 1893 se establecieron asimismo en las jurisdicciones de los departamentos de Paraná y de Nogoyá cinco aldeas con sus correspondientes colonias rurales: San Rafael (Cuestas), Santa Rosa (Arnoldo), Eigenfeld (Colonia Nueva), San Juan (Chaleco) y San Miguel.

Sacerdotes católicos o pastores protestantes eran los guías espirituales de estas aldeas. Los germanorrusos recuerdan con especial afecto la figura del padre Enrique Becher, de la Congregación del Verbo Divino, que procuró radicar colonos pobres, recién venidos, o bien personas carentes de tierras debido a la multiplicación de las familias de los fundadores. Esto ocurrió en 1900 y fue el origen de Colonia Anita.

Los judíos

La inmigración judía a la Argentina cobró un impulso fundamental a través de las colonias que la Jewish Colonization Association (JCA) estableció en Santiago del Estero, Santa Fe, La Pampa, Buenos Aires y sobre todo en Entre Ríos. La JCA había sido fundada en 1891 por un banquero y filántropo israelita, el barón Hirsch, con el propósito de trasladar y convertir en granjeros a extensos grupos

Izquierda: una imagen idílica de la llegada de inmigrantes israelitas a Buenos Aires, la nueva tierra de promisión, aparecida en 1893 en La Ilustración Sudamericana. *Entre las primeras vistas que les ofrecía la ciudad se encontraba el Paseo de Julio, con comercios que expendían comidas típicas de distintos países (pie de página).*

Hemeroteca de la Biblioteca Nacional

de judíos acosados por las persecuciones que experimentaban en los países de Europa Oriental, donde los *pogroms* eran moneda corriente.

El capital con que el fundador dotó a la JCA debía emplearse para comprar tierras y apoyar a los colonos reclutados por la entidad en Europa. La administración de las colonias creadas en la Argentina quedaba a cargo de la JCA, que realizó esta tarea con cierta rigidez; de todos modos, la interesante experiencia empezó a incidir muy pronto en el heterogéneo panorama de la inmigración extranjera al Río de la Plata en la última década del siglo XIX.

La *Memoria* del Departamento General de Inmigración correspondiente a 1891 consigna estas novedades: «La atención pública ha sido fuertemente atraída por la llegada de inmigrantes ruso-israelitas desde mediados de 1891 [...] La opinión se ha manifestado por la prensa diaria, en pro y en contra, de esta última manera más fuertemente [...] Será menester la experiencia: ver si el israelita puede pasar entre nosotros de la vida de ciudadanos industriales, negociantes o traficantes a la de agricultores.»

La intención era convertir a los recién venidos en mano de obra para la agricultura, más que para la industria. La Argentina tenía buena fama en Europa por sus condiciones para recibir inmigración, Mauricio de Hirsch estaba al tanto de tal situación, y su organización hizo comprar 24 000 ha cerca de Carlos Casares, en la provincia de Buenos Aires, por intermedio del profesor Wilhelm Loewenthal. Allí se instaló la Colonia Mauricio, la primera de la JCA en el país.

Historia de barbas y caftanes, un trabajo de Susana Sigwald Carioli, relata las peripecias de estos pioneros judíos en las tierras bonaerenses. Se apoya en los relatos de algunos colonos que fueron también escritores y memorialistas, como Marcos Alpherson y Boris Garfunkel, llegados en 1891 en distintos barcos procedentes de Hamburgo.

Los recién venidos se asombraban, como la mayoría de los viajeros del siglo XIX, al

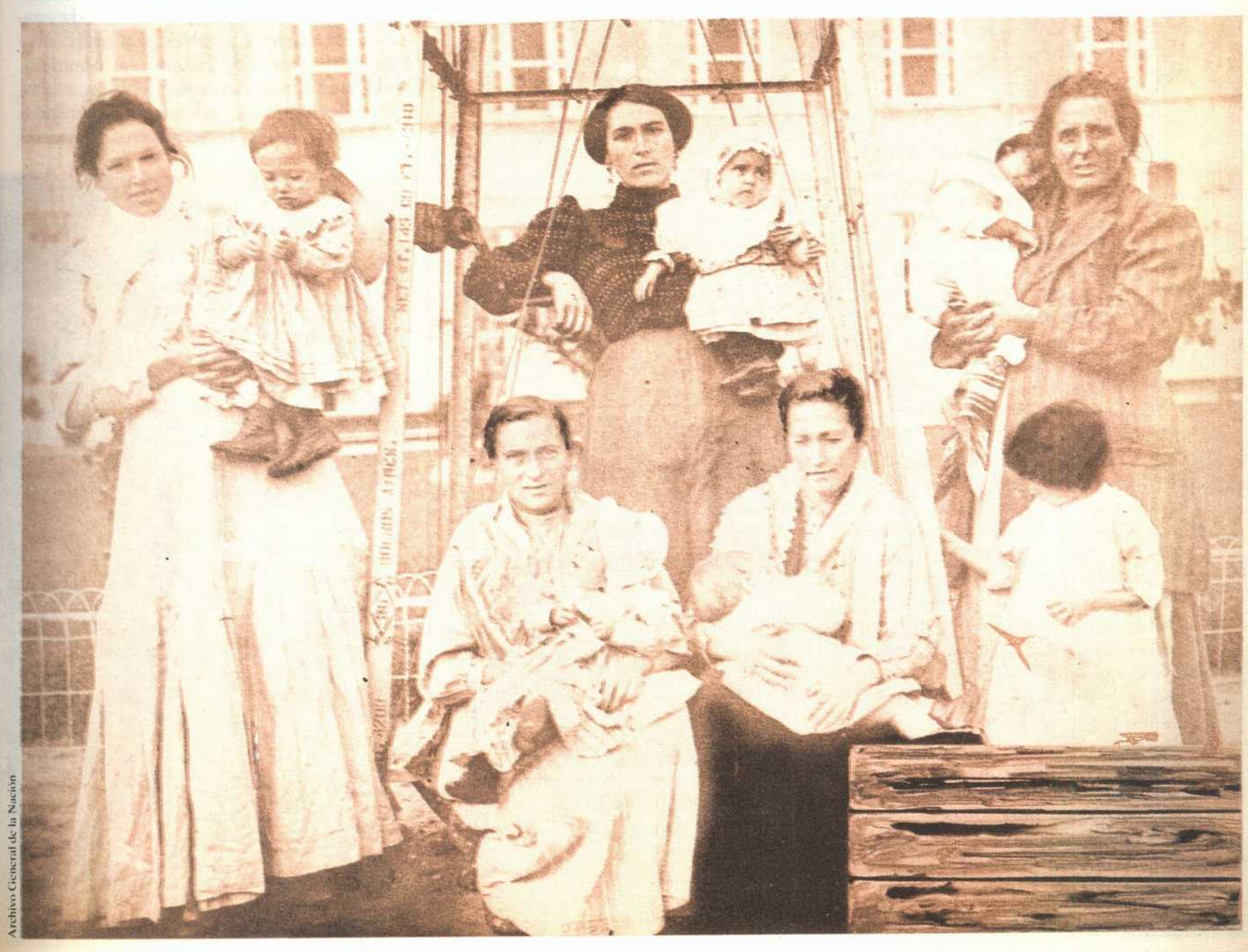
Colección Mario Deffis

Archivo General de la Nación

Abajo: inmigrantes en el viejo Hotel de madera, que funcionó hasta principios de siglo (izquierda), y colonos rusos de Las Vizcacheras, Entre Ríos (derecha). Pie de página: mujeres y niños de procedencia no determinada, posiblemente de Europa central.
Viñeta: envase de cerveza Bieckert decorado con la estrella de David.

Archivo General de la Nación

Archivo General de la Nación


Archivo General de la Nación

Huellas de la discriminación

Según su imagen más difundida, la sociedad argentina fue un enorme crisol de razas, en el que distintos grupos, con sus peculiaridades y antagonismos, se fundieron para conformar una sociedad abierta y desprejuiciada. Sin embargo, hoy pueden encontrarse huellas de una falta de integración y de cierta resistencia al extranjero. En realidad, la imagen del crisol de razas corresponde a un momento específico de la formación de la sociedad argentina, el de la optimista expansión de 1880-1890.

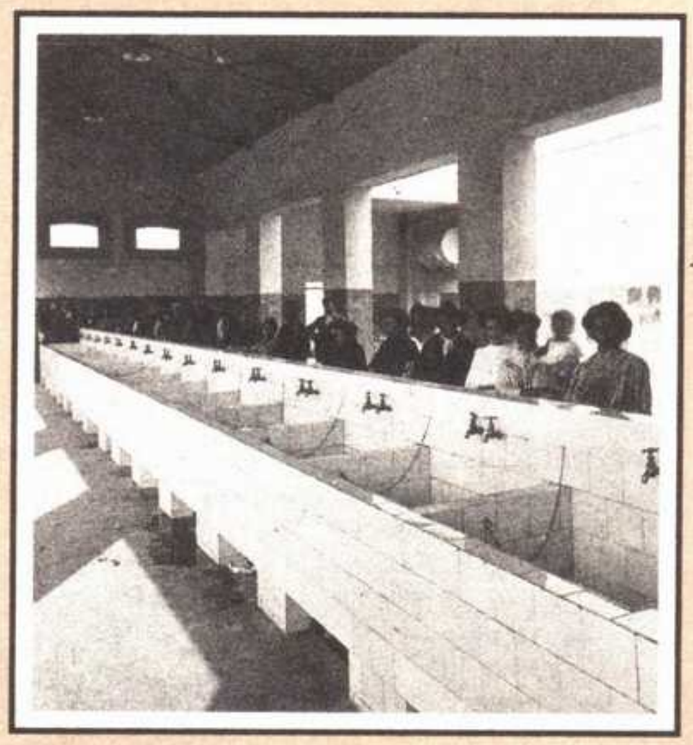
Otra fue, en cambio, la realidad del Centenario. Por entonces, una sociedad más estructurada, en la que los extranjeros ya eran parte medular -una parte cada vez más conflictiva-, mostró signos evidentes de resistencia y rechazo a los inmigrantes. La élite local se sintió amenazada y percibió la potencial peligrosidad de los trabajadores, casi todos ellos extranjeros. Las actitudes de resistencia cubrieron un amplio arco, de la nostálgica búsqueda de una hispanidad perdida a la distinción entre los extranjeros asimilables, europeos y católicos, y los decididamente extraños. Estos eran, principalmente, esos exóticos «turcos» y esos extraños «rusos» que llegaban en gran número en la primera década del siglo XX.

También cambió hacia 1910 la percepción de los sectores populares y medios, que experimentaban la creciente presión de los recién llegados a medida que se hacía más difícil prosperar, acceder a la tierra o simplemente encontrar trabajo. La nueva actitud hacia los extranjeros se traslucía en la burla al «cocoliche» o al «turco» de extraño aspecto y, a veces, en un explícito antisemitismo popular.

Las tensiones sociales de la época del Centenario, que en ocasiones se expresaron a través de una resistencia a los inmigrantes exóticos, terminaron por diluirse. Sin embargo, aquellas reacciones dejaron su rastro en una tradición cultural que, en lo esencial, se moldeó sobre la imagen de una sociedad abierta, móvil y desprejuiciada. Ciertas actitudes de la élite, así como la persistencia de algunos rasgos de resistencia popular, revelan que la integración de los extranjeros es todavía un proceso no acabado. Expresiones como «tano» o «gallego» han perdido hoy su connotación de «distinto» y la carga peyorativa que alguna vez tuvieron. «Ruso» o «turco», en cambio, parecen conservar hoy cierta huella de aquellas primitivas actitudes discriminatorias ■

Lilia Ana Bertoni

Historiadora, especialista en temas relacionados con la inmigración. Profesora de la Universidad de Buenos Aires.



El nuevo Hotel de Inmigrantes de Buenos Aires.

contemplar las aguas barrosas del estuario rioplatense y ver a las lavanderas entregadas a sus quehaceres entre las toscas de la ribera. La costa estaba modificándose debido a la construcción del puerto Madero y al recorrido del viaducto de Ensenada. Entre los matorrales de la costa y el confuso trazado de las vías se veían pequeñas huertas, charcos y basurales. Y los otros gringos contemplaban la plaza de Mayo, ahora convertida en un solo recinto, así como los baratillos del Paseo de Julio, donde en puestos improvisados se vendían chorizos, pejerreyes fritos, croquetas y fainá.

Alpherson narra la llegada de más de 300 judíos, procedentes de Austria, Alemania, Rusia y Turquía, a la desolada estación de Carlos Casares, cerca de la cual se fundaría en 1892 Colonia Mauricio. «Dos ranchos, uno de delgadas tablas, otro de chapas, en los que habían instalado dos boliches, constituían junto con el

Archivo General de la Nación

Pie de página: colonos de una zona rural del litoral argentino, probablemente de la provincia de Entre Ríos, a comienzos del presente siglo.
Viñeta: aviso aparecido en el periódico Di Idische Zeitung, *de la comunidad israelita.*

andén todo el poblado.» Después de esperar unas horas en completa soledad, sin otro alimento que los mendrugos de pan que conservaban en la mochila, los inmigrantes vieron aparecer entre los yuyales la alta silueta de las carretas conducidas por criollos, que debían llevarlos al punto seleccionado para establecer la colonia.

Experiencias similares vivieron los pobladores de Moises Ville, la colonia fundada en 1889 en Monigotes, Santa Fe, y cuyo primer rabino fue Aaron Goldman. También merecen recordarse entre estas primeras fundaciones a Colonia Clara, en Entre Ríos (1892), Colonia Rusa, en Río Negro (1906), Narcisse Leven, en La Pampa (1909), y Colonia Dora, en Santiago del Estero (1911). A estas y a otras colonizaciones pioneras se debieron el auge del cultivo del girasol, la industria de la quesería, la elaboración de aceite de lino y los cultivos de ajo. Muy importante resultó asimismo la tendencia a formar

Hijos de inmigrantes

Mis padres nacieron en Siria y llegaron como inmigrantes a la Argentina en la década del veinte. Durante la primera guerra mundial Siria estaba dominada por los turcos, y mi padre siguió con entusiasmo las campañas de Lawrence de Arabia, quien prometió a los árabes la independencia si ayudaban a los Aliados en la lucha contra el Imperio otomano. Las promesas de Lawrence no se cumplieron: Siria no obtuvo la liberación, sino que reemplazó al dominador turco por el «protector» francés. Esta decepción lastimó los sueños independentistas de mi padre y lo lanzó fuera de su tierra.

Mis padres llegaron a estas playas movidos por una decepción. Fue tan intensa, que de hecho durante toda mi infancia quedó casi interdicta la evocación del mundo que se dejó atrás. Ni ellos ni mis tíos se permitían el asedio de los recuerdos. Y si cedían, cuidaban de no tener a hijos ni sobrinos como testigos o interlocutores. Parecían seres bloqueados que habían impuesto una sola dirección a la mirada: el futuro, el bienestar económico, la educación de los hijos, el arraigo en la nueva tierra. La decepción, por excesiva, terminó alimentando una activa esperanza.

Mi padre era periodista. En la ciudad de Tucumán fundó una imprenta con tipografía árabe y editaba un periódico en esa lengua que distribuyó por todo el país y en otros de América Latina. Se metió en el universo de su idioma, en su literatura, recogía proverbios antiguos y los reelaboraba. En la frecuentación de esa sabiduría intemporal purgaba la herida del pasado y la indiferencia por el presente. De tanto en tanto compartía su fervor con otras músicas, también mensajeras de lo que no tiene tiempo: las voces de Om Kalsum y Abdul Uahab, que se bebían en el éxtasis de un trago de anís cortado con agua y hielo.

Pero el mundo de mis padres estaba cerrado; era una fortaleza, un rito secreto que comunicaba con raíces perdidas, pero que decididamente no querían o no podían compartir con los hijos. Para nosotros era el corte con aquel universo. Aspiraban a que no lo continuásemos: con nosotros era el hablar en español, interesarse en las cosas cotidianas. Que el pasado lejano -o próximo que se lleva en la sangre- no interrumpiese la premura del arraigo, el brote rápido de una planta que prende de gajo. ¡Triste pedagogía! De los ancestros apenas recogimos algunas palabras salvadas del naufragio, escuchamos de lejos la música bella de un idioma al que jamás accedimos en plenitud.

Cuando se preparaba la segunda guerra mundial, y a través de ella los esfuerzos por la independencia de Siria, mi padre salió de su aislamiento, de sus ritos no compartidos, de su escritorio atiborrado de diarios y libros en árabe, y quiso comunicarse. Que sus hijos participáramos en el renacimiento de aquella esperanza que se había frustrado con Lawrence. Pero esa vez mi buen padre también se quedó solo: nosotros estábamos demasiado lejos del tema, vivíamos en la piel los desvelos de una patria, y él estaba ya vencido por los años ■

Víctor Massuh

Doctor en filosofía, ha sido profesor universitario y embajador ante la UNESCO. Autor, entre muchas otras obras, de *Sentido y fin de la historia, La libertad y la violencia* y *La Argentina como sentimiento.*

Abajo: vivienda de inmigrantes turcos en la calle Tres Sargentos. Muchos de los recién llegados del Imperio otomano se establecieron en la calle Reconquista, donde solían tener mercerías o negocios de venta de artículos para uso religioso.

Archivo General de la Nación

cooperativas para vender productos de una provincia en otras; un ejemplo fue la Mutual Agrícola de Moises Ville; que permitió a dicha localidad conquistar una considerable importancia. Las cooperativas distribuían semillas, máquinas de sembrar, carros y artículos de corralón, y se ocupaban en muchos casos de atender las necesidades sanitarias de la población, las escuelas, las bibliotecas y los cementerios.

Páginas interesantes de la historia política y cultural argentina se vinculan asimismo con la historia de las colonias: a una de ellas llegaría en 1891, junto a sus padres, Alberto Gerchunoff. A otra, en 1892, Moises Chertkoff, padre de Fenia, Adela y Marian, que tuvieron una significativa actuación militante en el socialismo argentino.

Las colonias judías empezaron desde muy pronto a definir su propia individualidad dentro de la campaña rioplatense, y los otros gringos comenzaron a querer a su nueva patria. Evocaciones como la de Samuel Pecar en *La generación olvidada* nos hablan del amor a la tierra que tenía su padre, seguramente porque «sus más bellos recuerdos se remontaban a aquella época [...] Sus ojos se encendían de gozo cuando rememoraba las veladas, las ceremonias religiosas, las obras teatrales representadas por ellos, los bailes largos y alegres como el día, las faenas duras y grises. Si incluso mantenía aún grabados en mi memoria sus rostros felices; mi madre en la enorme cocina de la estancia, con el pelo aprisionado por el pañuelo de color, amasando el pan con sus manos, las mejillas llameantes y los dientes blancos de risas [...] Y mi padre plantado en lo alto de una parva, sonriéndose, el sol a sus espaldas, umbroso y erguido...»

Sin embargo, los colonos tuvieron que adaptarse al nuevo medio y adquirir así habilidades y costumbres locales -desde andar a caballo hasta tomar mate- que les permitieron superar las dificultades de la nueva realidad. Esta primera adaptación, cuyo proceso reflejó Gerchunoff en *Los gauchos judíos*, no significó, no obstante, que estuviera completamente allanado el camino para una inserción plena, que sólo podría ser resultado de una convivencia más prolongada. Las dificultades de la experiencia colonizadora, por otra parte, pesaron negativamente sobre los jóvenes hijos de los inmigrantes, quienes en su mayoría prefirieron trasladarse a las ciudades, dado que el mundo rural ofrecía perspectivas limitadas.

Izquierda: un vendedor ambulante turco. Abajo y pie de página: dos expresiones de la colonización extranjera, agricultores rusos de Colonia Florencia, en el norte de Santa Fe, y trabajadores de Moises Ville, colonia entrerriana fundada en 1899.

Archivo General de la Nación

Museo Mitre

La inmigración urbana

Simultáneamente, y según se vislumbraran oportunidades de trabajar y hacer fortuna, una corriente cada vez más numerosa de inmigrantes iba instalándose en las ciudades, sobre todo en Rosario y Buenos Aires. Las pequeñas colectividades de rusos y turcos que ya existían en ellas se vieron sustancialmente reforzadas en esos años. Crecieron los grupos urbanos de *ashkenazim* con nuevos inmigrantes de Rusia y el este europeo, y también aumentaron los núcleos oriundos del Mediterráneo y del Cercano Oriente.

Hacia 1890 ya había unos ochocientos judíos de origen marroquí, a los que se sumaron nuevos inmigrantes procedentes de Tanger y Tetuan. También llegaban muchas personas provenientes del Impe-

Archivo General de la Nación

Comunidades del Mediterráneo oriental en la capital argentina: a la izquierda, inmigrantes griegos manipulando aceitunas envasadas; pie de página, participantes de un acto litúrgico de la comunidad israelita, en 1905.

rio otomano, en el que desde 1880 se estaba dando un marcado proceso de expulsión de población. Arabes de Siria y Líbano, maronitas, musulmanes, ortodoxos y drusos salían hacia distintos puntos de América y particularmente hacia la Argentina, donde ya estaban establecidos algunos de sus compatriotas. La afluencia de estos inmigrantes se hizo más notable a comienzos del siglo XX. Junto con ellos venían judíos provenientes de las principales ciudades de Turquía, como Alepo, Damasco y Esmirna, así como de otras regiones del Mediterráneo oriental, en especial Grecia.

Así se fue conformando en la Argentina una importante comunidad turca, en la que desde un principio se confundieron los inmigrantes árabes o judíos provenientes del Imperio otomano. A los ojos de sus asombrados contemporáneos aparecieron como un grupo homogéneo, tanto por el inconfundible aire oriental

Archivo General de la Nación

Abajo: un sirio fuma en su narguile en un café de Buenos Aires.
Pie de página: las ceremonias hebreas, como la de la Pascua, contribuían a dar a la sociedad porteña de la época su característico tono cosmopolita.
Viñeta: bailarina árabe.

de sus vestimentas, comidas y hábitos como por la similitud de sus actividades y su estilo comercial, que llevaban la marca del zoco árabe.

Arabes y judíos emigraron en masa del Imperio otomano cuando la bancarrota estatal, en el último tercio del siglo XIX, estrechó las ya pequeñas perspectivas de la economía imperial. Al principio venían con la idea de hacer fortuna y regresar; esta fue una de las razones por las que se dedicaron al comercio, pues con poco capital podían realizar en un corto plazo ganancias suficientes para regresar prósperos a la vieja patria. Sin embargo, su actitud fue cambiando con el tiempo, y ciertos sucesos acaecidos en Turquía, como la revolución de los Jóvenes Turcos (1908), y luego la primera guerra mundial, terminaron por disuadir a muchos de la idea de retornar. En la primera década del siglo XX hubo ya síntomas de su establecimiento definitivo.

A medida que la prosperidad de estos extranjeros aumentaba, surgieron en la Argentina, por iniciativa de los miembros más activos de las comunidades, asociaciones de ayuda a los recién venidos, entre ellos, la Congregación Israelita Latina de Oriundos de Marruecos, creada en 1891. El diario *Assalam* inició hacia 1904 una campaña para mejorar las condiciones de vida de los árabes siriolibaneses. La Asociación Israelita de Beneficencia y Socorros Mutuos Ezrah fue creada a principios de siglo, y acordó con la JCA la puesta en práctica de un plan de ayuda a los inmigrantes, sobre todo a los que huían de las persecuciones raciales.

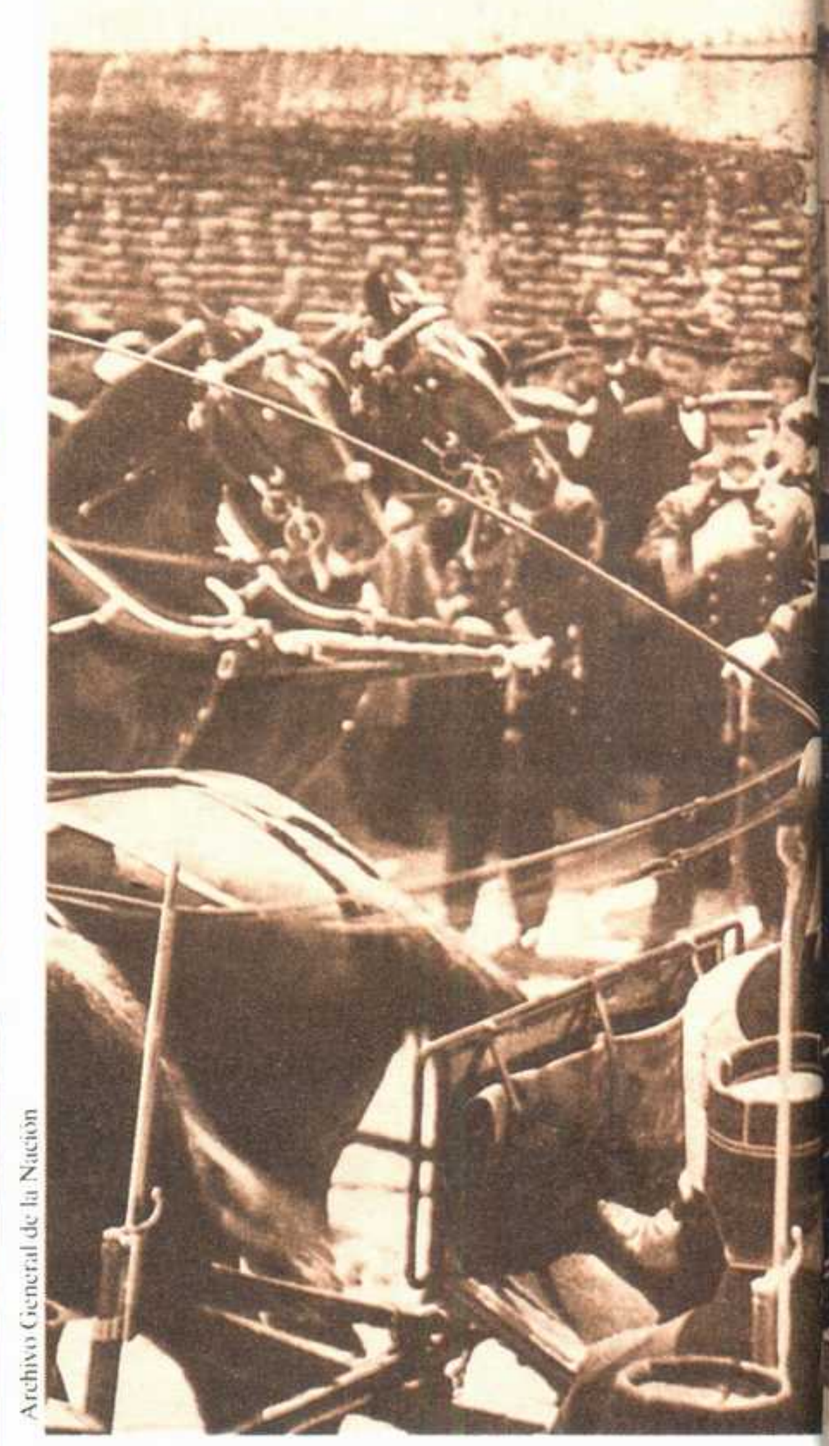
En 1911 los representantes de las cuatro organizaciones judías de la Capital Federal -la Congregación, la Ezrah, la Jedevra Kadisha Ashkenasi y la Asociación de Beneficencia- crearon un comité destinado a ayudar al inmigrante y proteger a las jóvenes y mujeres de los «impuros», es

Archivo General de la Nación

Archivo General de la Nación

Dos manifestaciones de la creciente pujanza de las comunidades cristianas de rito ortodoxo: la recepción al obispo Cirilo Mogabbale en la redacción del periódico Assalam, *en 1905 (abajo), y la inauguración de la iglesia rusa en parque Lezama, en el mismo año (derecha). Pie de página: vendedores callejeros turcos.*

Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación

Escepticismo y prejuicio

"Mientras aumenta la emigración, y la miseria cunde y la usura extiende sus garras para arruinar millares de familias, el barón Hirsch, este moderno Moisés de frac, monóculo y corbata blanca, coge la ocasión por el cogote para dirigir el éxodo de los judíos expulsados de Rusia a la República Argentina, en la seguridad de que aquí no se le opondrán obstáculos a la creación de su Nueva Palestina. Si estos judíos son agricultores y artesanos, bien venidos sean; pero si han de querer llevar esa existencia parasitaria del usurero que tan odiosos los ha hecho en Europa, entonces valdría más que no viniesen, porque el número de judíos de profesión, no circuncisos, es ya de suyo aquí tan crecido, que constituye una verdadera calamidad. Imagínese el lector que en sólo una de las especialidades de la usura, en los conocidos pactos de retroventa, se han formalizado nada menos que 15 000 contratos durante el presente año. Son casi otros tantos padres de familia arrojados a la calle.» (Francisco Latzina, *Diccionario geográfico argentino*, Buenos Aires, 1899) ■

Archivo «Todo es Historia»

El barón de Hirsch

Archivo General de la Nación

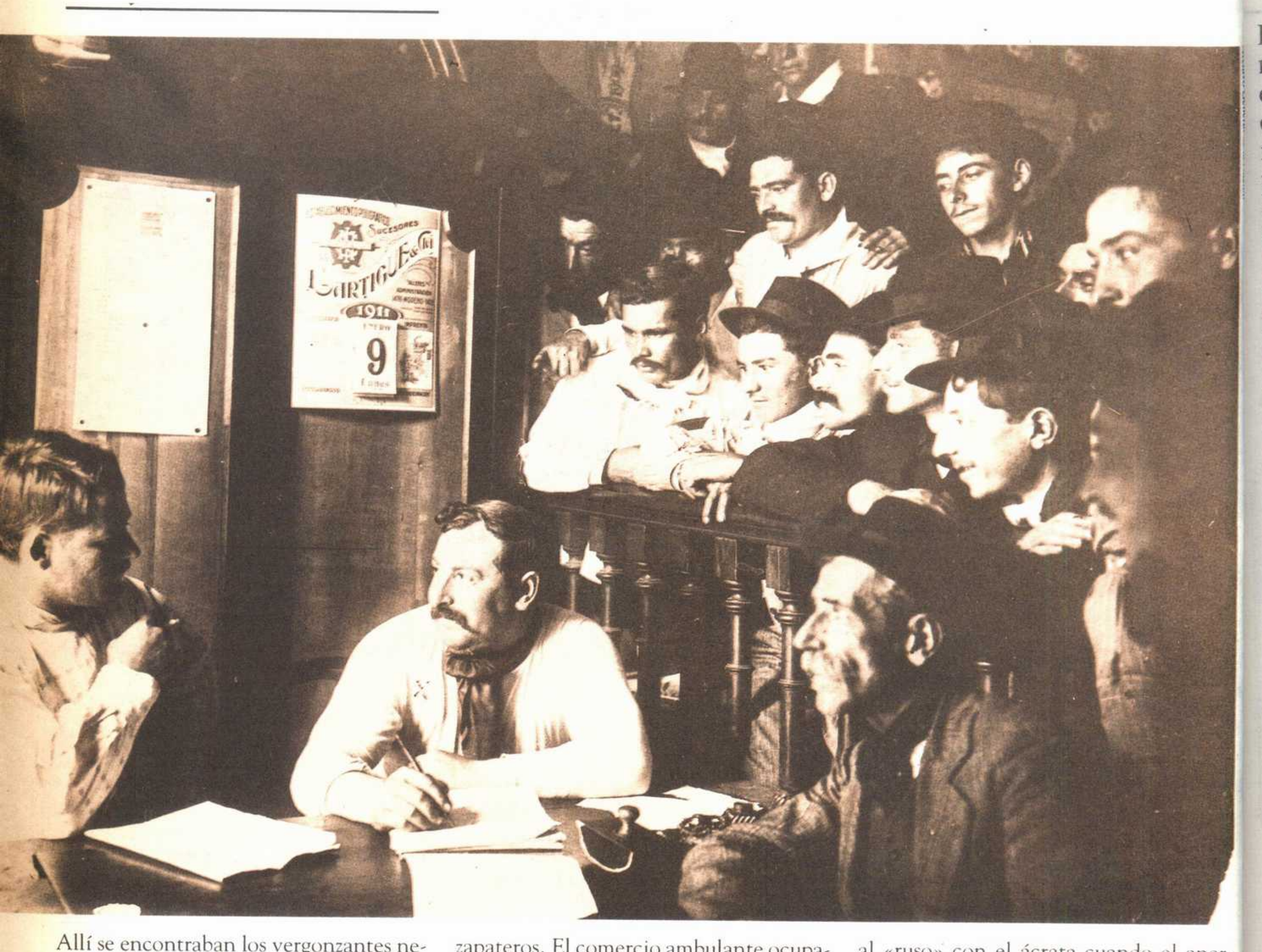
decir de los tratantes de blancas judíos, que eran conocidos en Buenos Aires aproximadamente desde 1880. Pero el comité no prosperó y la situación de los recién venidos siguió siendo difícil.

Por entonces, pese a la diversidad de estas minorías, comenzó a advertirse una cierta solidaridad entre quienes tenían un origen común en culturas mediterráneas y una experiencia similar en cuanto a las injusticias del régimen político turco. La solidaridad entre árabes y judíos turcos se evidenció en empresas comerciales compartidas y en la instalación de ambos grupos en ciertas zonas de Buenos Aires, como la calle Reconquista, entre Córdoba y el Bajo. Allí se formó todo un barrio de «turcos», con negocios de chucherías y abalorios, objetos religiosos y de mercería y afines. Los inmigrantes vivían con sus familias en conventillos y casitas modestas, conservando ciertas costumbres orientales que asombraban a argentinos y europeos. La pobreza de las viviendas, no muy diferente, sin embargo, a la de otras vecindades habitadas por inmigrantes, teñía a las descripciones contemporáneas del barrio de un tono singular, en el que se mezclaban la perplejidad y el rechazo. El comercio, que era la actividad principal, se diversificaba desde las más modestas tiendas hasta importantes establecimientos de importación; había también cafés y fondas, oficinas de abogados y diarios como *La Verdad*.

Entre los judíos del Mediterráneo oriental se conservó la costumbre de que los nativos de una misma ciudad eligieran radicaciones próximas entre sí. Los de Alepo prefirieron la zona del Once y los de Damasco el área de la Boca y Barracas. Con el tiempo, y con la llegada de contingentes cada vez más numerosos, el Once concentró cada vez más a los comerciantes judíos de origen ruso, polaco, rumano y del Próximo Oriente. El barrio se pobló también de árabes, acentuándose su carácter comercial mayorista y la función intermediaria especializada en ciertos rubros, que se definieron mejor en la década de 1920.

En el Once, especialmente en algunas calles como Junín, entre Corrientes y Tucumán, se había creado un mundo de rusos de «barbas proféticas, ojos verdes y azules [...] cambalaches de compraventa, relojerías, fábricas de pan en cuyas vidrieras florece el kolich, ese pan ensortijado y a veces dulce», recordaba César Tiempo. «Luego un hacinamiento de caserones y conventillos, zaguanes con puestos de frutas y balcones donde se orea la colchonería privada, un gueto sin murallas, poblado de seres humildes. Se reúnen en los numerosos cafés, especialmente en el famoso bar Pampa. Y en las sinagogas de la calle Libertad y Paso, y en las más modestas y privadas de la calle Lavalle, de Villa Crespo o de Mataderos.»

Los trabajadores de origen inmigratorio comenzaban a integrarse a la vida sindical. En la imagen, una reunión efectuada durante la huelga de conductores de carros que tuvo lugar en 1911, promovida por la asociación gremial cuyo secretario era José García.



Allí se encontraban los vergonzantes negocios de los impuros, a los que trataban de combatir las primeras asociaciones de inmigrantes judíos. Más tarde cobrarían importancia los núcleos de Caballito y La Paternal. Las preferencias por determinadas actividades y profesiones se vinculan a los primeros años de las comunidades judía y árabe, y también a sus lugares de origen: entre los inmigrantes provenientes de Rusia era muy alta la proporción de quienes se dedicaban a artesanías y manufacturas, algunas de ellas nuevas en el país, como la confección de impermeables, de telas bordadas y encajes, y otras ya conocidas como la fabricación de sombreros y de jabones finos. Muchos otros fueron metalúrgicos, sastres, relojeros y zapateros. El comercio ambulante ocupaba a un gran número de *ashkenazim* y sefardíes, así como a muchos árabes, especialmente si se trataba de recién llegados.

Esta condición de vendedores ambulantes acentuó la actitud desdeñosa de los estudiosos del fenómeno inmigratorio frente a los «rusos» y «turcos», es decir de los extranjeros más exóticos que llegaban al Plata. Al desdén se sumaría el temor cuando de esta masa de extranjeros surgieron muchos de los protagonistas de las luchas sociales finiseculares y de la época del Centenario. Había obreros judíos que se individualizaban en las manifestaciones por los carteles que portaban, escritos en yiddish; en 1909 se llegó a identificar al «ruso» con el ácrata cuando el anarquista judío Simón Radowitsky mató al jefe de policía Ramón Falcón.

Pero de todos modos en la República Argentina no se sentía el clima opresivo que las comunidades provenientes de los Imperios ruso y turco habían experimentado antes de emigrar. Ubicadas en los grandes centros urbanos del Litoral o en la campaña, se iban incorporando a una nueva vida, no perfecta como la habían soñado, pero al menos perfectible ■

7. El mundo de la época

Fue quizá una de las horas más felices de la civilización europea. Tanto los territorios coloniales como las jóvenes repúblicas latinoamericanas parecían someterse, coactiva o voluntariamente, a las técnicas, los capitales y las formas de pensar que provenían del Viejo Mundo. Emigrantes del Mediterráneo, eslavos y anglosajones se movilizaban para explotar las áreas periféricas. Entre los pocos síntomas inquietantes para las metrópolis europeas se destacaban el conflicto angloboer y la persistencia de los sentimientos nacionalistas en los Balcanes, la India y Egipto. Por otra parte, el conflicto entre China y Japón y la guerra de Cuba pusieron de manifiesto que jóvenes potencias no europeas pretendían insertarse en el esquema mundial de poder y que contaban con los medios para lograrlo.

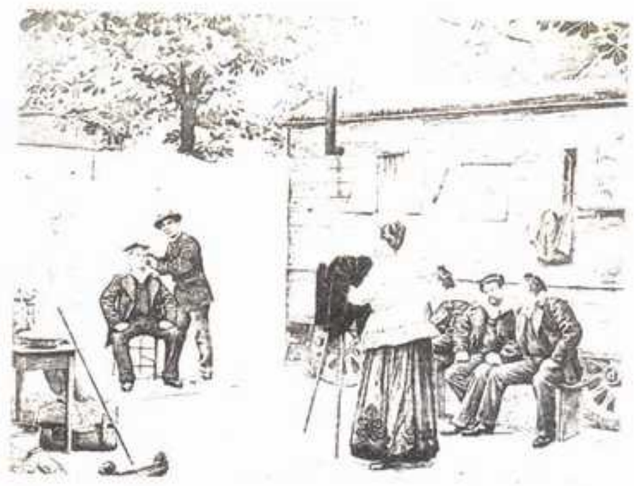
Los años noventa asistieron a la europeización del mundo, o como se decía entonces, a la llegada de la civilización a todo el universo. Esta década encontró a Europa madura en materia de medios para modelar la realidad concreta de acuerdo con esa interpretación global de todo lo conocido, que provenía del pensamiento de la ilustración y que se había convertido en dogma a través del positivismo.

La aceleración del desarrollo había hecho necesaria, como lo ha señalado el historiador inglés Eric Hobsbawn, la extensión del mercado. Como consecuencia se había producido el nacimiento del capitalismo contemporáneo, muy diferente del de los primeros años del siglo XIX, puesto que ya no consistía en que cierto anónimo súbdito británico colocara en subastas irregulares los excedentes de algún stock de telas de algodón de Manchester en Veracruz o en Río de Janeiro. Habían surgido nuevas prácticas y una nueva mentalidad: en 1900 el magnate norteamericano Rockefeller evaluaba un hipotético negocio, el de encender en cada casa de cada aldea china una sencilla lámpara de petróleo crudo. Se trataba de la expresión de un capitalismo que en virtud de su capacidad de acumulación podía pagar la invención de nuevas técnicas y a su vez verse transformado por ellas.

Hacia 1890 había nacido la moderna industria química, que era entonces más la del fertilizante que la del combustible. Las drogas para el mejoramiento de la

La elegante dama de corta pollera que aparecía en el número de Navidad de 1895 del Figaro Illustrée *era una frívola contrapartida de la ideología del progreso indefinido: los rápidos cambios de la economía y de la sociedad traían aparejadas constantes transgresiones de las formas tradicionales.*

Archivo General de la Nación



Abajo: fabricación de fósforos en Francia hacia 1895. En la última década del siglo, la industrialización europea adquirió nuevo impulso; junto a actividad tradicionales como la de la imagen, surgía otras de avanzada, sobre todo en las ramas química y mecánica.
Viñeta: Portrait à cinquante centimes, *de G. Bourgain.*

Hemeroteca de la Biblioteca Nacional

salud y la higiene, producidas en gran escala, constituyeron muy pronto un importante rubro comercial. Esta segunda revolución industrial, de la que el auge de la química formaba parte, tuvo como característica la aplicación de la electricidad como fuerza motriz.

Europa, con sus industrias saturadas de capitales, prefería importar los alimentos de ultramar y crearlos donde no los hubiera aún. Se interesaba tanto por el interior cafetero de San Pablo, en Brasil, como por los lácteos de Nueva Zelanda o por los cereales de la pampa gringa argentina. Los capitales europeos servían para financiar el ferrocarril transiberiano, que se construyó a razón de 600 km por año, para levantar en Shanghai *buildings* de ocho pisos de altura, o para que en Buenos Aires, en la memoria de un viajero de la época, el aire estuviera teñido por la atmósfera densa y blanquecina de las demoliciones.

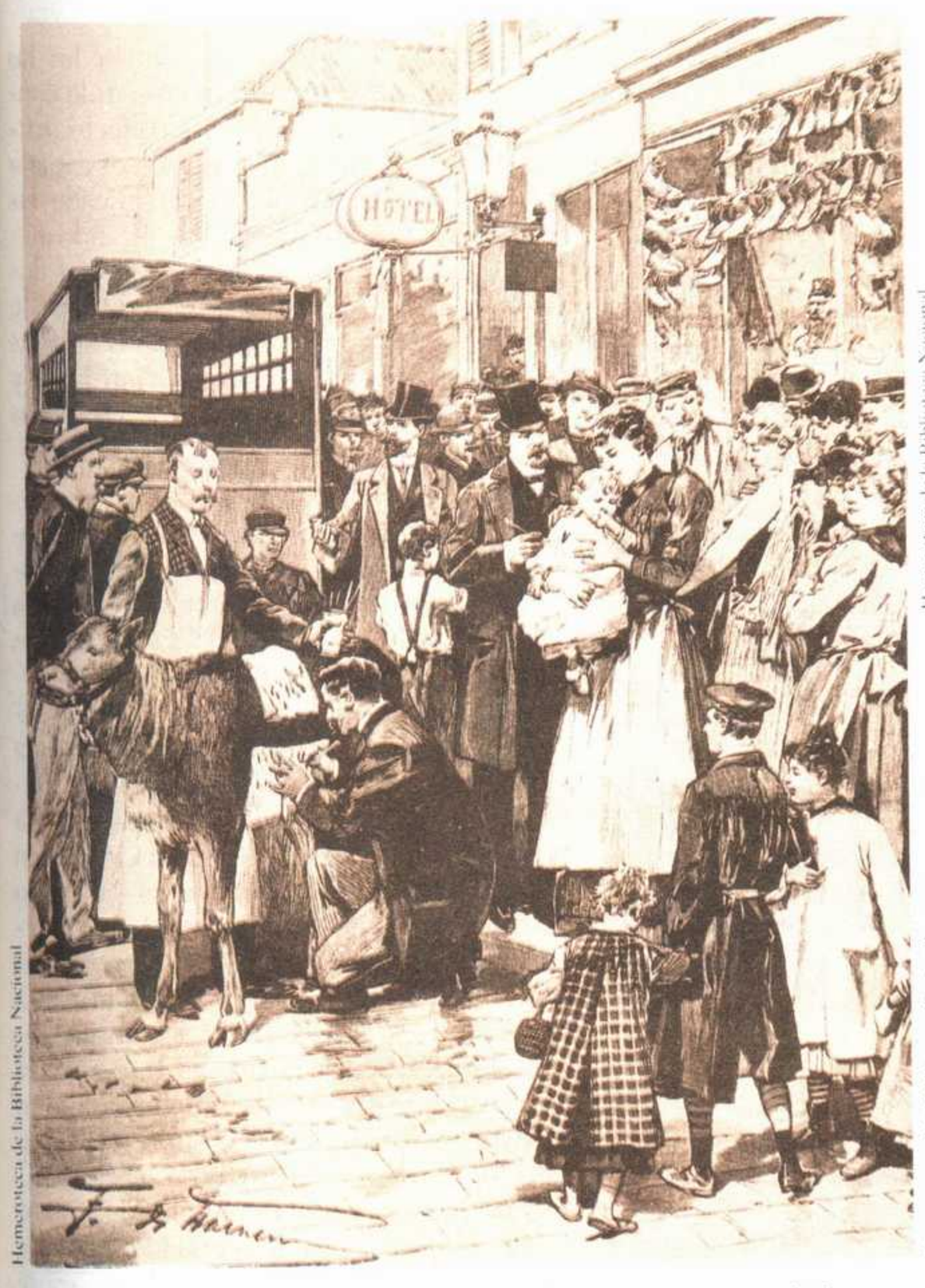
Las grandes potencias habían dejado atrás las disputas por el territorio continental europeo y se orientaban hacia los horizontes más vastos de todo el orbe. Gran Bretaña, la primera potencia colonialista, se empeñaba en redondear los límites de sus dominios y en organizarlos.

Hacia la Commonwealth

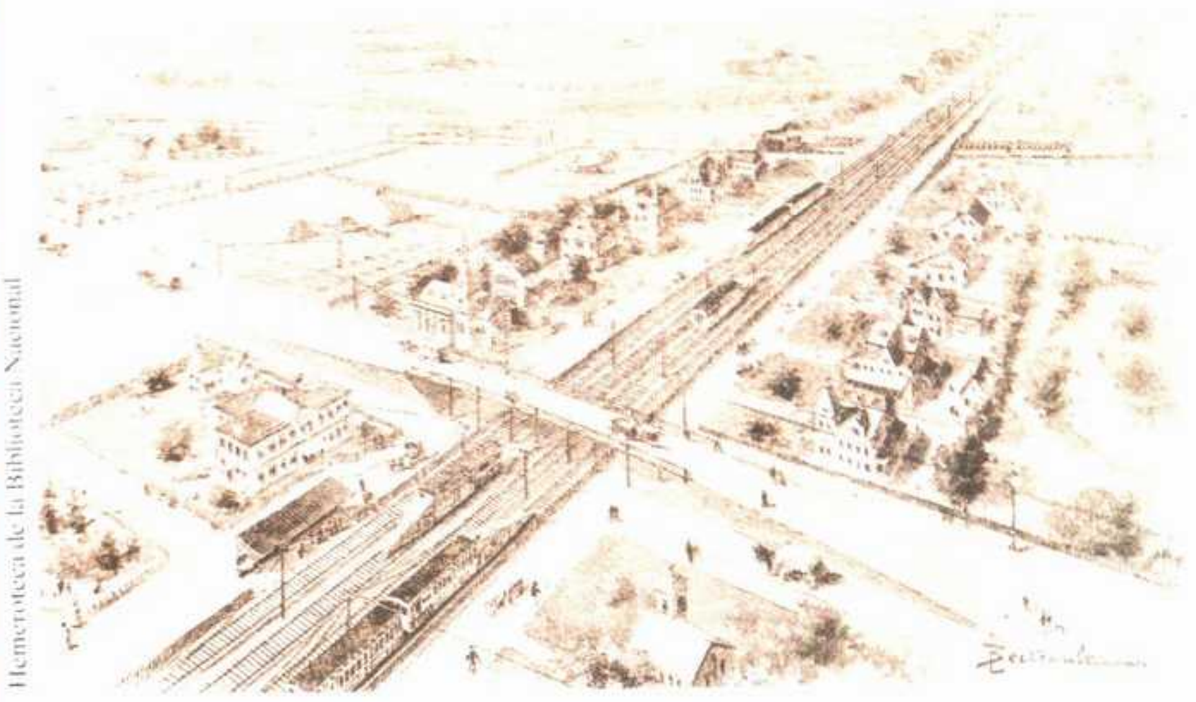
En las islas británicas, los últimos años del siglo fueron prósperos, casi felices, bajo la pacífica monarquía de la reina Victoria. Los sindicatos obreros optaron por compartir ese nuevo bienestar con los sectores altos y medios. En 1893 se formó el Partido Laborista, y poco a poco se extendió la creencia de que era necesaria una mayor injerencia del Estado con el fin de lograr un mejoramiento de las condiciones de vida de los trabajadores.

Poco importaba que las mejores condiciones de vida fueran en buena parte consecuencia del éxito de las empresas coloniales del Reino Unido. Estas prosiguieron en la década de 1890 en la senda de las grandes definiciones: en 1896 un ejército angloegipcio, comandado por lord Kitchener, conquistó el Sudán, tomándose así la revancha por la muerte de Gordon en Khartoum, ocurrida en la década anterior. Kitchener abatió la resistencia tenaz de los sudaneses mediante un avance cuidadoso, que fue acompañado por la construcción de un ferrocarril, que lo proveyó de víveres y de soldados. De este modo el valle del Nilo, desde sus fuentes hasta su desembocadura, quedaba bajo control británico.

Abajo, izquierda: la salud pública era una de las nuevas preocupaciones de los gobiernos y la vacunación en las calles se convirtió en espectáculo habitual. Abajo, derecha: uno de los grandiosos proyectos de la época, el ferrocarril de Saint Louis a Chicago, en EEUU. Centro, derecha: huelguistas en Gante, Bélgica.



Hemeroteca de la Biblioteca Nacional



Hemeroteca de la Biblioteca Nacional

Hemeroteca de la Biblioteca Nacional

El incidente ocurrido en Fashoda ratificó el dominio inglés en la región. Apenas terminó su campaña, lord Kitchener tomó conocimiento de que una expedición francesa, comandada por Marchand, había enarbolado su bandera en Fashoda, pequeña población situada a orillas del Alto Nilo. El victorioso lord se apersonó allí, obtuvo el retiro de los franceses y con ello la demostración concreta de que el río de los faraones constituía una zona de influencia inglesa. También se demostró en Fashoda que el círculo de la conquista de Africa estaba cerrado, pues ingleses y franceses se habían encontrado en ese lugar marchando respectivamente desde el nordeste y el oeste del continente.

Los periódicos de todo el mundo registraron el episodio. Más tarde informaron ampliamente sobre las alternativas de la guerra angloboer, que a partir de 1899 apasionó a la opinión mundial, incluido naturalmente el público de la Argentina, cuyos diarios y revistas siguieron paso a paso el conflicto. Los boers, descendientes de colonos holandeses que habitaban las repúblicas *afrikaanders* situadas al norte de Ciudad de El Cabo, estaban decididos a salvaguardar su independencia política. Pretendían asimismo preservar para ellos las riquezas mineras de la región. Sus líderes, el presidente Kruger, de la República de Transvaal, y Martin Steijn, presidente del Estado Libre de Orange, contaban con la simpatía de muchos gobiernos, en especial la de Guillermo II de Alemania, país que se iba convirtiendo en el rival más temible del Imperio británico.

Al principio, tal vez porque luchaban con desesperación por sus libertades, los granjeros de a caballo que componían las tropas *afrikaanders* mantuvieron la iniciativa en las operaciones militares. Ello obligó a los ingleses a recurrir al auxilio de fuerzas traídas de sus más lejanos dominios: la llegada a Ciudad de El Cabo de un cuerpo expedicionario auxiliar australiano marcaría un hito tanto en la historia de esta guerra como en la de la Comunidad Británica de Naciones.

La contienda tomó un giro favorable a los ingleses cuando el legendario Kitchener se puso al frente de las operaciones. Luego de la captura de Pretoria, en junio de 1900, la suerte de los boers estaba echada: la guerra concluiría dos años más tarde y un breve tiempo después los boers obtendrían su incorporación a la Unión Sudafricana, entidad política que agrupaba a las colonias inglesas del sur del continente.

Abajo: lord Kitchener y el comandante Marchand en la entrevista de Fashoda. El choque de los intereses coloniales franceses y británicos en Africa estuvo a punto de desencadenar una guerra entre ambas potencias, pero el incidente acabó saldándose con un acuerdo. Página 101, al pie: una imagen de la expedición Marchand.

Archivo General de la Nación

Terminada la lucha, salieron a luz las atrocidades que se habían cometido contra las poblaciones civiles. En efecto, Kitchener y los suyos, en su afán por ganar a cualquier costo, habían modificado las reglas de la guerra clásica: utilizando metodologías novedosas, en especial los campos de concentración rodeados de alambrados de púa, inauguraron algunas técnicas represivas que tendrían largo y tétrico futuro en la historia de las luchas del siglo XX.

En los años noventa ocurrieron otros sucesos menos dramáticos en el ámbito británico. El jubileo de diamante de la reina Victoria se celebró en 1897 y congregó en torno de la anciana soberana a los gobernantes del vasto Imperio. Fue un encuentro fastuoso que resultó oportuno para realizar la Segunda Conferencia de Representantes de las colonias británicas (la primera había tenido lugar en Ottawa en 1887). Joseph Chamberlain, el secretario de Colonias, que era el alma de la conferencia, planteó entre los problemas fundamentales que debían discutirse la necesidad de intensificar los intercambios económicos dentro del Imperio y la de evitar que el costo de la defensa común recayera exclusivamente sobre el Reino Unido. Australia contribuía desde 1887 con subsidios especiales al mantenimiento de la escuadra inglesa en el Pacífico; se suponía que otras colonias ricas -sobre todo Canadá y Nueva Zelanda- debían colaborar de manera similar.

A fines del siglo XIX los tres dominios mencionados constituían verdaderas reservas para el hombre blanco de lengua inglesa. Nueva Zelanda, por ejemplo, donde las minorías nativas habían sido casi totalmente exterminadas, era modelo de una modernización precoz. El sufragio universal se había extendido en 1893 a las mujeres, y en materia laboral, la conciliación obligatoria de los conflictos entre patronal y sindicatos se aprobó en 1894. Una legislación agraria progresista atacaba al latifundio; entretanto, se estimulaban las granjas medianas y pequeñas gracias a préstamos gubernamentales. Existía en el gobierno neozelandés una voluntad deliberada y manifiesta de convertir al dominio en un auténtico paraíso para los hombres blancos.

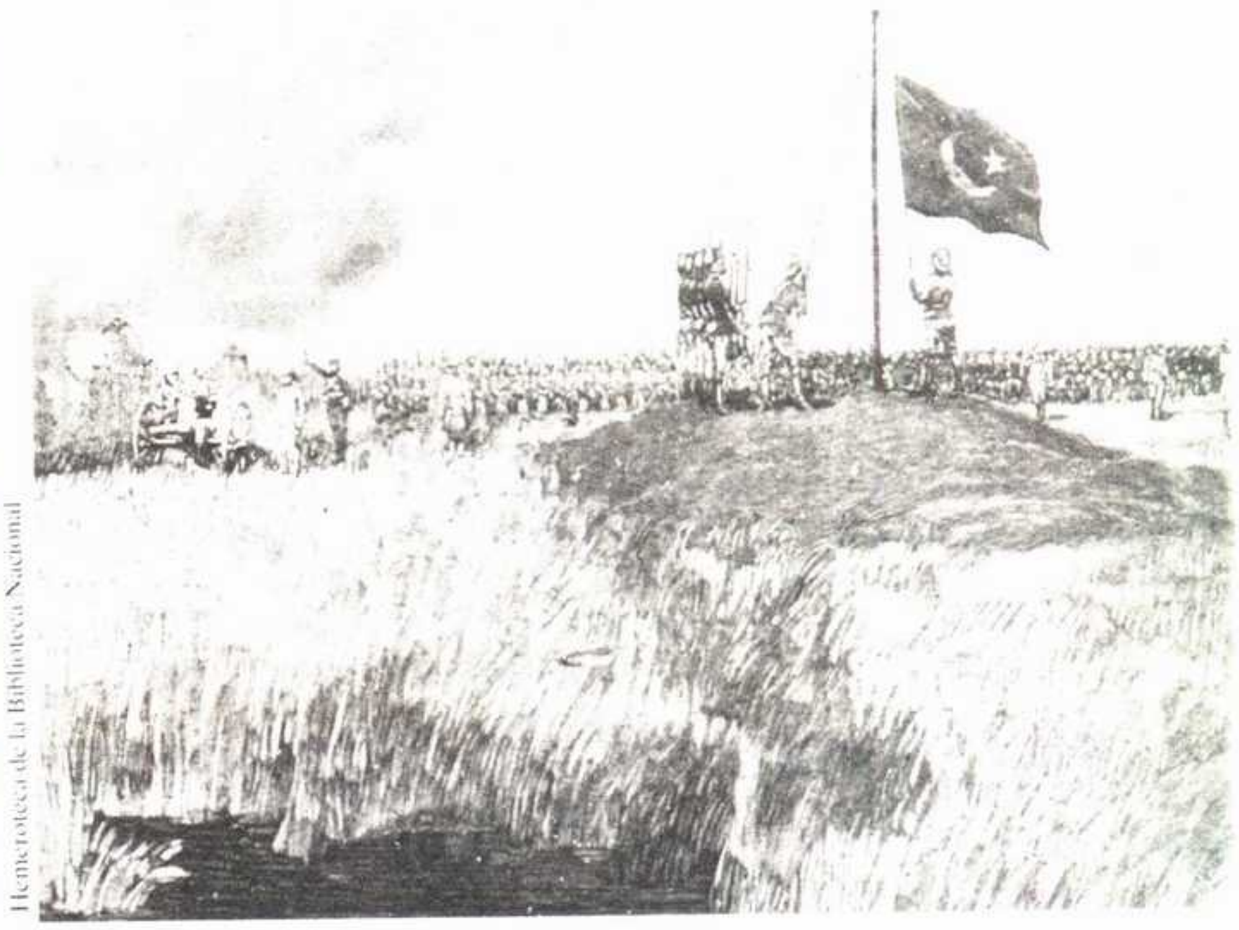
Muebles, lozas y vidriería

La sociedad finisecular ha visto aumentada su capacidad de consumo. Nuevas clases medias pueblan las ciudades, habitando pequeños departamentos que alquilan en las grandes casas de renta; necesitan adornos de diseño diverso, *modernes* o *nouveaux* según la terminología de los catálogos. Se trata de cromos en serie, de lozas que imitan porcelanas, de vidrios finos que se amontonan entre las familias para horror de los artistas y encanto de los comerciantes. En 1892, al casarse, Van de Velde decide que todo, desde su casa hasta las cucharas, ha de ser diseñado por él mismo, de un modo moral y siguiendo las pautas de la naturaleza. En esta actitud resuenan, tratando de entenderse, tanto la prédica de un William Morris como el inocente sensualismo de los vidrieros de Nancy, dueños, por otra parte, de una floreciente artesanía.

El mejor ejemplo de estas nuevas pautas de consumo son los muebles de madera de haya curvada al vapor, que desde los años cincuenta se venían fabricando en Austria y que ahora suscitan una demanda universal. Se los conoce por Thonet, que fue el más ilustre de sus primeros fabricantes. Con unos pocos golpes de cola, un par de bulones pavonados y esterillas, pueblan los hoteles, restaurantes, bares y oficinas, tanto en Trieste como en Port-Said, en México como en Ciudad de El Cabo, en Seúl como en Melbourne ■

Archivo General de la Nación

Izquierda: la reina Victoria de Inglaterra, el príncipe de Gales (de pie, a la derecha), futuro Eduardo VII, el nieto de la reina, que sería coronado como Jorge V, y el pequeño Eduardo, que reinaría breve tiempo como Eduardo VIII. Abajo: la expedición de lord Kitchener iza la bandera egipcia en Fashoda.



Hemeroteca de la Biblioteca Nacional

Pie de página, izquierda: las potencias contemplan cómo el león británico acecha al pequeño perro faldero boer, según Giménez en Caras y Caretas.
Centro, derecha: integrantes de la brigada irlandesa que combatió junto a los boers.
Pie de página, derecha: un destacamento boer desfila en Pietermaritzburg.

Página 103: Paulus Kruger, presidente de la República de Transvaal, uno de los organizadores de la resistencia contra la expansión imperial británica en el Africa Austral.
En la viñeta, sombras chinescas: Otto von Bismarck, realizador de la unidad alemana, que en 1890 fue despedido por el Kaiser Guillermo II.

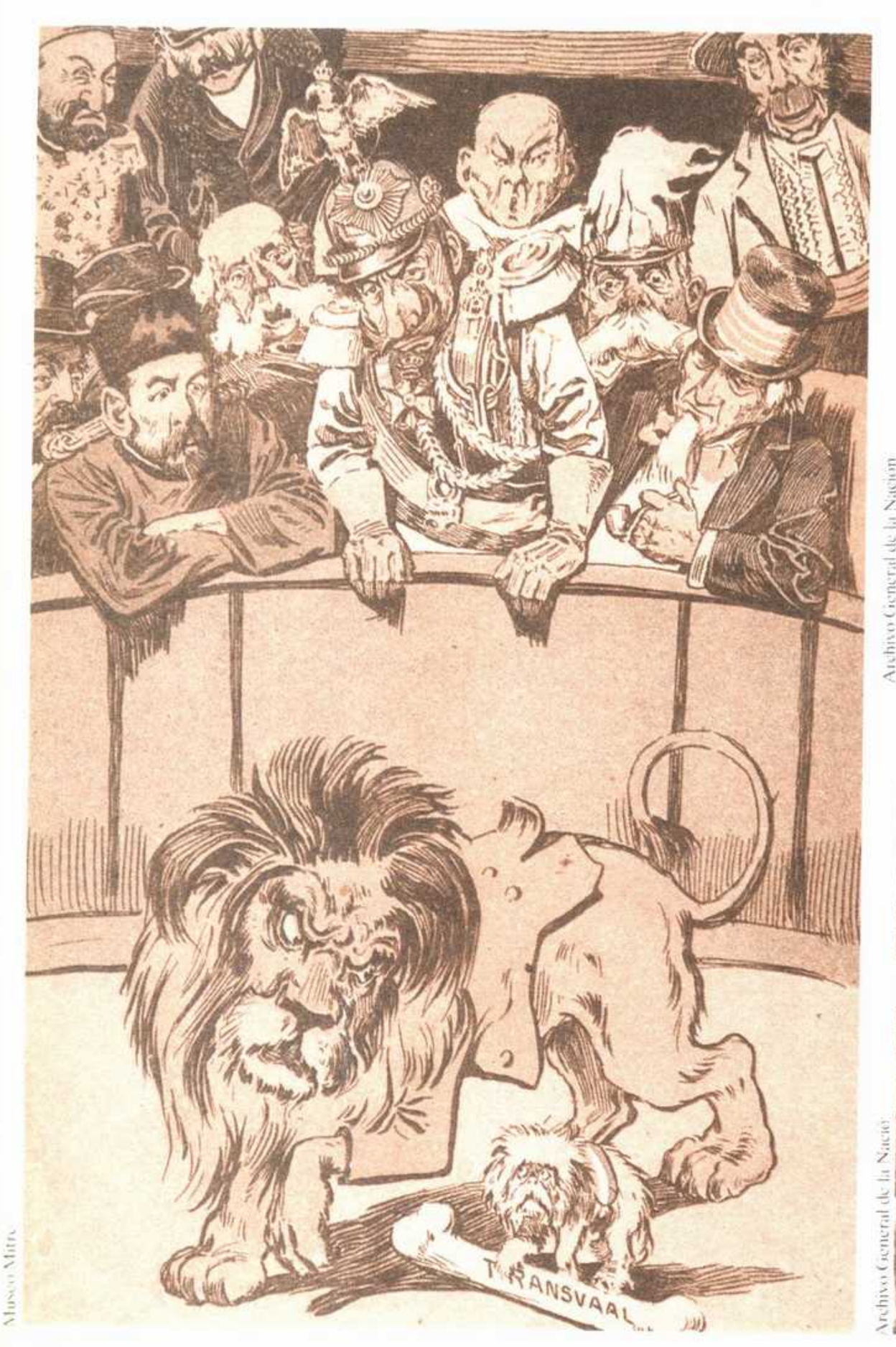
Del escándalo de Panamá al *affaire* Dreyfus

Al comenzar los años noventa, la Tercera República francesa se vio conmovida por un escándalo político y financiero, el asunto de Panamá; en 1894 estalló el *affaire* Dreyfus. Ambos tuvieron un común denominador: el duro cuestionamiento de la derecha francesa a la república parlamentaria.

El caso de Panamá sentó en el banquillo de la justicia a uno de los más prestigiosos empresarios franceses, Ferdinand de Lesseps, el célebre *perceur d'isthmes*, responsable de las obras del canal de Suez, y a su hijo Charles. De Lesseps había formado en los años sesenta una compañía para construir una vía navegable a través de istmo de Panamá, adelantándose así a los Estados Unidos.

Durante varios años los Lesseps, padre e hijo, lucharon contra los múltiples inconvenientes provocados por la malaria, que diezmaba a capataces y obreros, las dificultades de un terreno desnivelado, muy diferente al de Suez, y los problemas para obtener las sumas ingentes que demandaba el proyecto, complicado todo ello por las difíciles negociaciones políticas que acompañaban a las constantes demandas de dinero.

El proyecto Lesseps ya podía estimarse fracasado cuando en 1891 se presentó contra Ferdinand y Charles una demanda por «presunción de estafa y abuso de confianza». Ni siquiera la prueba concreta de que ambos empresarios se hallaban arruinados desalentó a la justicia, que prosiguió las investigaciones. El proceso servía, más allá de sus fines específicos, para que la derecha parlamentaria formulara acusaciones gravísimas contra un grupo de banqueros judíos relacionados con los turbios manejos financieros de la Compañía del Canal. Periódicos como la *Libre Parole*, furiosamente antisemita, arremetían contra los banqueros Levy Crémieu, Emile Anton y Cornelius Herz, el más



Museo Mitre

Archivo General de la Nación

Archivo General de la Nación

hábil y poderoso de todos los mencionados. Se los consideraba sospechosos por su origen judío alemán, y de este modo se exacerbaba el chauvinismo de la opinión pública, muy conmovida todavía por la derrota sufrida por Francia a manos de los alemanes en 1871.

En 1893, varios funcionarios de la compañía, incluido el propio Charles de Lesseps, fueron condenados, y algunos parlamentarios, entre ellos *el Tigre* Georges Clemenceau, cuyos vínculos comerciales con Herz quedaron comprobados, vieron interrumpida una carrera política brillante. El ciudadano común tenía la impresión de que los banqueros eran en realidad los proveedores de los fondos que muchos políticos utilizaban en sus campañas y que tal situación había incidido en la desdichada empresa de los Lesseps.

El proceso preparó el camino para el segundo gran escándalo de la década, el «affaire Dreyfus», iniciado en 1894 cuando un capitán del ejército francés, Alfred Dreyfus, fue acusado de vender secretos militares a los alemanes. La degradación de Dreyfus, su confinamiento en la prisión de la isla del Diablo y, a partir de 1898, el proceso que concluyó con la demostración de su inocencia y su rehabilitación apasionaron a los franceses. ¿Puede un judío llevar las armas de la patria?, se preguntaban los periódicos de la derecha, mientras la izquierda hacía del *Yo acuso,* de Emile Zola, una bandera de combate.

La fundación de la Acción Francesa por los escritores Charles Maurras y Leon Daudet, en 1898, coincidió con la ola de chauvinismo que por entonces hacía estragos también en los países de Europa oriental, asumiendo, entre otras, la forma de *pogroms.* En ese año clave para la historia del antisemitismo se coloca la fecha del legendario concilio del cual habrían salido *Los protocolos de los sabios de Sion,* una conjura de los grandes israelitas dueños del dinero mundial que supuestamente habría tenido lugar en territorio suizo, en Basilea.

Pero no sólo la política interesaba a las sociedades occidentales, deslumbradas en los últimos años del siglo XIX por la carrera hacia el progreso indefinido, distraídas por multitud de deportes y entretenimientos que los ingleses enseñaban al mundo, fascinadas ante los nuevos adelantos que aumentaban y difundían el confort. Incluso los más desposeídos de Europa y Norteamérica empezaban a gozar de ventajas materiales desconocidas hasta entonces; aun cuando no se tratase más que de un salto de la miseria a una modesta pobreza, el cambio era sin duda bienvenido. Era asimismo la década de las prisiones como la de Cayena, la de Sajalin en la Siberia zarista y la de Ushuaia en la Tierra del Fuego argentina. También los tiempos en que la prostitución se ejercía en establecimientos higiénicos, controlados por las autoridades para el bien de todos.

La Alemania del Kaiser Guillermo II -que en 1890 despidió al anciano canciller Von Bismarck- era otra de las potencias de la época. Pretendía ser un estado único en lugar de un conglomerado de monarquías; para combatir el descontento obrero el gobierno se esforzaba por vigorizar la economía y potenciar el comercio exterior. El Reich se deslizaba apresuradamente hacia una competencia implacable por la hegemonía mundial con el Reino Unido, comprometiéndose en problemas de escala planetaria como el reparto de Africa y la llamada «cuestión

Archivo General de la Nación

Derecha: una típica imagen de la vida elegante en el París finisecular. La abigarrada superposición de muebles, telas y objetos metálicos de gran suntuosidad era característica de la decoración de mansiones y lugares públicos.
Viñeta: Oscar Wilde.

El arte y el mundo burgués

El decadentismo de *fin de siècle* busca la protección de los artificios, de la remembranza de los episodios galantes, de los caireles de cristal tallado, de los soles aturquesados, de las plumas del pavo real. El envolverse en una capa de terciopelo se transforma entonces en un refugio o en un arma de combate. Bella es la muerte del siglo XIX, y bella quiso ser llamada su época. Como en un dibujo de Bearsdley, el arte expira alzando una mano estilizada hacia el reino de la belleza formal, y en sus exóticos rasgos orientales se transparenta un propósito central: el divorcio definitivo del mundo burgués.

Tanto en la evasión, en el gesto de insularidad estética, como en el enfrentamiento, en los intentos de crítica revolucionaria, la literatura se desespera por heredar dignamente el gesto bohemio de la diferenciación total de la aburrida burguesía.

Unos toman la senda del sentido común y critican a la sociedad en defensa del socialismo progresista (H.G. Wells), en términos filosóficos y hasta económicos (Bernard Shaw), en defensa de una ética profunda (Dostoievski); otros eligen caminos como el esteticismo y la escandalizan con su obra, pero también con las actitudes de su vida: alcoholismo (Rubén Darío), exilio y apartamiento (Henry James).

La década del noventa vivifica formas del simbolismo francés y proclama el principio del «arte por el arte», mientras pretende obedecer a Rimbaud a través de una poesía de iluminaciones en la que el poeta surja como vidente. La literatura se enriquece definitivamente con la irrupción de la esfera de lo irracional, del delirio demente y del onirismo. Los grupos intelectuales más exquisitos quiebran las normas morales aceptadas, se cree en «el genio», en la posibilidad de que éste pueda abrigar morbosidades y deseos peculiares y en su deber ser la excepción; pero, sobre todo, se presupone la gracia de Dios por la vía del mal, de la belleza o de la creación, porque el arte es considerado como un ámbito superior a la realidad misma, como un cofre que encierra el secreto de la vida.

Wilde es un símbolo vivo de la década. El aristocrático «hombre del clavel verde» enfrenta a la sociedad victoriana y debe pagar el precio de la cárcel. En su obligado abandono de una vida esnob y refinada, Wilde vive el dolor como una revelación. Desde su celda, escribe a lord Alfred Douglas: «Consiste la verdad, en arte, en la concordancia que guarda un objeto consigo mismo; en que se convierte lo exterior en expresión de lo interior, en carne el alma, y en que el cuerpo está animado por el espíritu. Y por ello no existe verdad comparable a la del dolor. Algunas veces me parece que es el dolor la verdad única [...]; no puede verificarse sin dolor, ni el nacimiento de una criatura, ni el de una estrella.»

Así también, en la atmósfera finisecular, la crítica a modos de vida perimidos pero cristalizados, el intento de liberar las formas estéticas de sus pesadas cargas, la ruptura del orden burgués y la construcción para el arte de un espacio desasido de la instituida vulgaridad cotidiana no pudieron realizarse sin dolor ■

Teresa Alfieri

Escritora. Autora de *Redes, alambiques y herencias.*

Hemeroteca de la Biblioteca Nacional

de Oriente». Guillermo II adoptaba nuevos papeles, hasta entonces reservados a los soberanos de otras potencias; por ejemplo, el de protector de las misiones cristianas en Asia. En 1898 Guillermo visitó los Santos Lugares de Palestina, estuvo en Jerusalén y se ocupó de hacer construir un santuario. El imperialismo europeo no vacilaba en avanzar a cualquier costo y con distintos disfraces, aun bajo el del piadoso peregrino cristiano.

El Próximo y el Lejano Oriente

En el Mediterráneo oriental y en las márgenes del mar Negro se percibía claramente hacia 1890 la decadencia del

Imperio otomano, otrora poderoso. Las cancillerías europeas lo catalogaban como «el enfermo de Europa» y se disputaban su herencia. Esta disputa interesaba principalmente a los Imperios austrohúngaro y ruso, los que, debido a su ubicación geográfica, estaban en mejores condiciones de extender influencias y dominios más hacia el sur.

La cuestión de Oriente permanecía sin solución desde el Congreso de Viena de 1815: no había sido resuelta por la guerra de Crimea, en 1854, ni por la más reciente y sangrienta librada entre Rusia y la Sublime Puerta -así se denominaba al gobierno del sultán turco- en 1877-1878. La guerra se originó a consecuencia del

Un personaje original

Hubo un tucumano en el París de la *belle époque*. Paul Groussac lo encontró en 1883 en la antesala de los Goncourt. De «joven acicalado, afeitado, amaricado, luciendo un lunar velloso en la pintada mejilla», «fantoche» de «olor de patchoulí» y «estereotipada sonrisa de bailarina», «invertido» con una «carrera de vicio y vergüenza», lo tacharía en *El viaje intelectual*. Gabriel Iturri había recorrido, realmente, un largo camino desde que naciera en Tucumán en 1860. Se había lanzado a la conquista de Buenos Aires, dejando atrás los tristes días de estudiante de medio pelo del Colegio Nacional, donde ya empezaban a mirarlo raro por su afición a interpretar los papeles femeninos en las obras de teatro de la estudiantina. Algo lo ayudó el presidente Nicolás Avellaneda, pero fue el presbítero Kenelm Vaughan quien lo acompañó a Europa, separándose de él en Lisboa. Supuestamente iba a estudiar.

Las ulteriores peripecias de la vida de Iturri son oscuras, hasta que aparece en París como dependiente de los Magasins du Louvre y protegido del ambiguo barón Jacques Doasan. Es hacia 1885 que conoce al célebre conde Robert de Montesquiou-Fézensac, «suerte de Oscar Wilde sin talento», según Groussac. Iturri será, desde entonces, el secretario e íntimo amigo de *Mossou le Comte*, como él lo llamaba -dice George D. Painter- con su «indeleble acento de rastacuero». Troca la grafía de su apellido: ahora se llama *Monsieur Gabriel d'Yturri*. Con el conde viaja a todas partes, y de su mano conoce al *tout Paris*. Se hace amigo de Marcel Proust (quien toma rasgos suyos para personajes de *En busca del tiempo perdido*) y de todo el dorado mundo literario. Fue Leon Daudet quien lo observó detenidamente y advirtió no sólo su inteligencia y sensibilidad, sino el ojo «claro, observador y frío» con que enfocaba a la gente.

La diabetes acortó la vida de Iturri, que murió el 6 de julio de 1905 en el Pavillion des Muses de Versailles, dejando inconsolable a Montesquiou, que glorificaría su memoria en un libro: *Le chancelier des fleurs* (1908). En el cementerio des Gonnards, cerca de Versailles, duerme su sueño eterno este tucumano de tan singular destino. Sobre la tumba hay un ángel con el índice en los labios, que pisotea la serpiente de la envidia ■

Carlos Páez de la Torre (h)

Abogado, historiador y periodista. Ha publicado, entre otras obras, *Luis F. Nougués, 1871-1915, El derrumbe de la Confederación, 1855-1862* e *Historia de Tucumán*.

Marcel Proust

El esplendor imperial británico: en esta página, al pie, cazadores montados de Nueva Gales del Sur, Australia; en la página 107, arriba, el jubileo de la reina Victoria; en la página 107, al pie, oficiales de caballería indios del servicio imperial.
Viñeta: la reina Victoria, según una caricatura de Demócrito.

apoyo que el zar otorgaba a las aspiraciones nacionalistas de Servia, Montenegro, Rumania y Bulgaria. Estas naciones balcánicas lograron finalmente su independencia y fueron gobernadas por dinastías teutónicas o nórdicas, mientras sus economías, que proveían al mercado mundial de textiles finos, frutas confitadas o drogas vegetales, estrechaban lazos con Rusia y Austria-Hungría. También los alemanes tenían relación con el Próximo Oriente, donde el Reich se había encargado de modernizar a la administración imperial otomana.

En la década de 1890 la atención de la opinión pública europea y de las cancillerías se centró en el problema de las minorías armenias, víctimas de crueles matanzas perpetradas por los turcos en 1895 y 1896. Tales masacres, que tenían carácter endémico, eran similares a las que periódicamente ocurrían en el Líbano entre los drusos y los musulmanes.

Pero en los años noventa la cuestión del Extremo Oriente resultaba más interesante que la del Próximo Oriente, sobre todo en lo concerniente a los avances rusos en Manchuria: en 1891 el príncipe heredero ruso, el futuro Nicolás II, inauguró las obras de construcción del ferrocarril transiberiano, que gozaba de privilegios tan importantes que equivalían a la extraterritorialidad.

Gran Bretaña, muy preocupada por los avances de los rusos, prefería apoyar la expansión japonesa que se realizaba a expensas del Imperio chino. Tanto los chinos como los japoneses pretendían imponer su hegemonía a la península de Corea. China contaba con la amistad de la corte de Seúl, mientras Japón se había asegurado las simpatías de los sectores progresistas coreanos, que ansiaban reformas políticas. Una serie de incidentes sirvieron de pretexto al partido militar japonés, encabezado por el ministro de guerra Yamagata, para iniciar las hostilidades contra los chinos, aliados del gobierno coreano.

Las potencias europeas supusieron que el milenario Imperio chino, con su mayor potencial territorial y humano, vencería sin mayores dificultades a los guerreros nipones. Se equivocaron, pues la guerra chino-japonesa de 1894 demostró la alta capacidad bélica alcanzada por Japón: tres horas bastaron a la marina del Imperio del Sol Naciente para destruir a la flota china en la boca del Yalu, el río que separa a Corea de China. El sitio de Port Arthur, en territorio chino, fue otro de los episodios resonantes de esta campaña, que costó a los chinos la pérdida total de su armada y una indemnización de varios millones de taels, además del hundimiento de sus proyectos políticos sobre Corea.

La posguerra resultó muy penosa para los chinos. Sólo la presión de Rusia, Alemania y Francia había impedido que Port Arthur quedara en manos de los japoneses, pero este servicio costó muy caro a Pekín: las exigencias de concesiones territoriales para que los agentes europeos construyeran factorías comerciales se multiplicaron, mientras que la protección a los misioneros cristianos, al principio a cargo del gobierno francés y más tarde del alemán, adquirió contornos peligrosos para la soberanía nacional.

Entretanto, China no lograba modernizar su administración y dentro de la corte de Pekín la emperatriz era completamente opuesta a cualquier reforma. En un clima de creciente hostilidad contra los extranjeros, fueran ellos cristianos, como los europeos, o de cultura similar a la china, como los japoneses, se destacaron las actividades de la logia de los Puños Armoniosos. Los boxers, según la denominación inglesa, tenían como principal elemento ideológico la xenofobia. Acu-

Hemeroteca de la Biblioteca Nacional

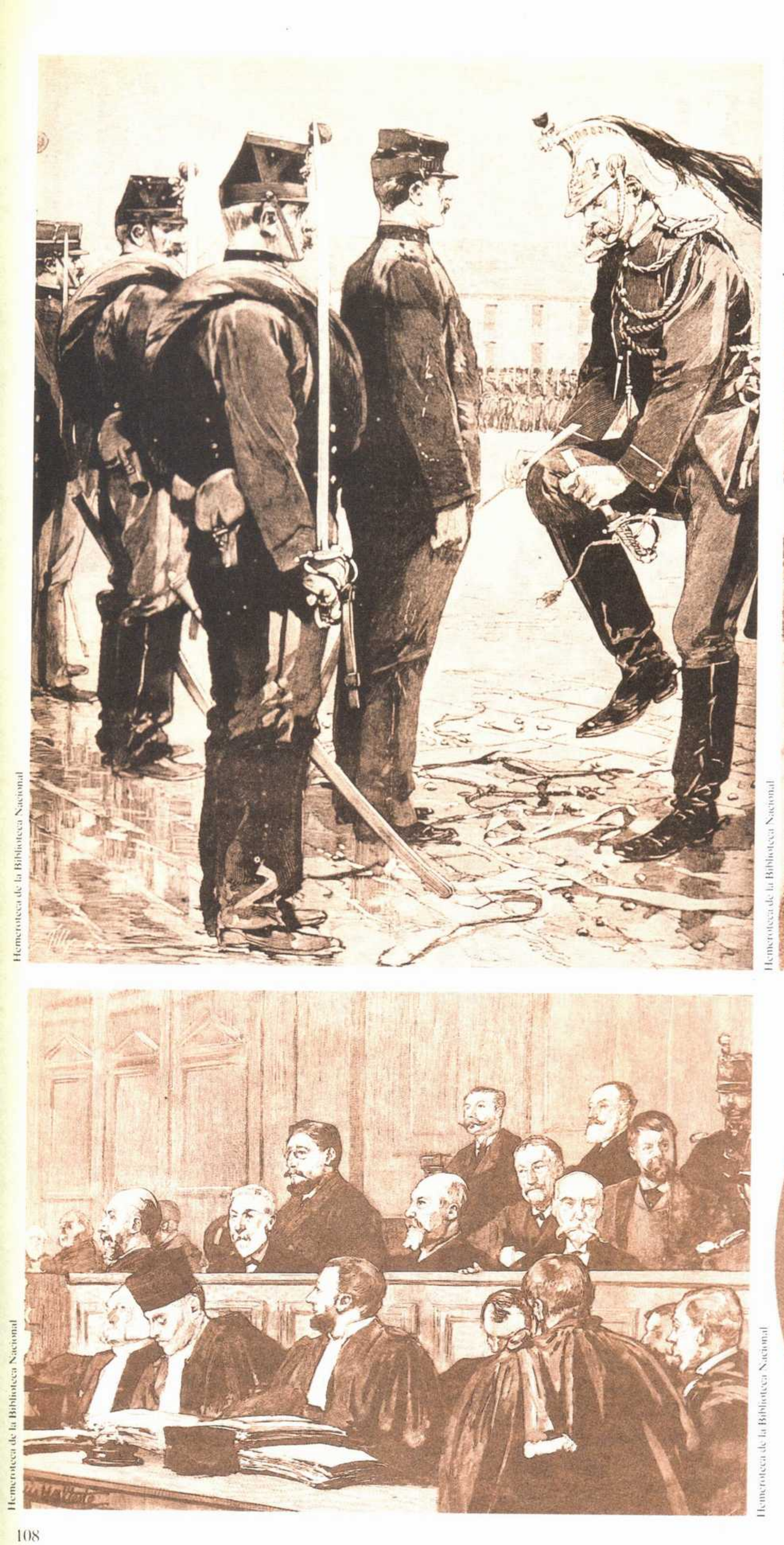
saban a los mandatarios del Celeste Imperio de traicionar a una cultura antiquísima por venalidad o por flaqueza ante los extranjeros; provocaron agitaciones, incendiaron misiones cristianas y factorías.

El episodio más espectacular de este conflicto fue el sitio de las legaciones extranjeras en Pekín (1900). Un ejército en el que flameaban banderas británicas, rusas, francesas, alemanas y estadounidenses, marchó a ocupar durante unas semanas la capital china y a liberar a los diplomáticos europeos, que eran mantenidos como rehenes por los boxers y las tropas imperiales que los secundaban. La victoria de los extranjeros daría origen a nuevas y costosas concesiones, sin que la cuestión de Oriente resultara por ello solucionada.

Hemeroteca de la Biblioteca Nacional

Hemeroteca de la Biblioteca Nacional

Escándalos en Francia: a la izquierda, la degradación del capitán Dreyfus; al pie, izquierda, los acusados en el affaire de Panamá; al pie, derecha, Ferdinand de Lesseps; página 109, arriba, el banquero Cornelius Herz y su esposa; página 109, al pie, Alfred Dreyfus.



Hemeroteca de la Biblioteca Nacional

Hemeroteca de la Biblioteca Nacional

Hemeroteca de la Biblioteca Nacional

Hemeroteca de la Biblioteca Nacional

Abajo: visita del Kaiser Guillermo II a Tierra Santa, en 1898. Tras la caída de Bismarck, Alemania se lanzó con decisión a disputar «esferas de influencia» con las demás potencias europeas; su papel marginal en las empresas colonialistas le permitía presentarse como defensora de un trato justo para los pueblos de ultramar.

Hemeroteca de la Biblioteca Nacional

Archivo Hispanoamérica

Del viejo al nuevo imperio

En 1890 los Estados Unidos habían rematado con éxito el proceso de consolidación de su territorio y a resultas de ello surgía un problema nuevo: faltaba una frontera para explotar. Esto resultaba grave, pues la presencia de tierras vírgenes abundantes al alcance de los pioneros había constituido uno de los secretos del triunfal experimento americano. La sensación más generalizada era que las puertas del progreso incesante se iban cerrando poco a poco.

En un clima de cierta inquietud se desencadenaron las grandes huelgas de los años noventa, estimuladas por la depresión económica. La huelga del acero tuvo lugar en 1892 y la de los obreros de Pullman en 1894. Los partidos populares, o los sectores populares de los partidos tradicionales, demócrata y republicano, plantearon la necesidad de renovar las estructuras de la sociedad: en 1896 la maquinaria electoral demócrata fue capturada por grupos llamados agrarios y por reformadores obreros que proponían medidas para paliar la crisis, entre ellas prohibir la inmigración china y que la tierra pública se reservara para los que carecían de hogar; abordaban trambién temas referentes a la moneda de plata y querían combatir «la corrupción que domina las urnas, la legislatura, el Congreso, y llega hasta los magistrados». Sin embargo, el popular Jennings Bryant, nuevo líder demócrata, fue derrotado por el republicano William McKinley, electo para el período presidencial 1897-1901.

McKinley sostenía la clásica concepción aislacionista de los políticos de su país. Pero durante los años noventa se había gestado en la Unión un pensamiento expansionista, cuyos voceros eran personajes como el capitán Alfred Mahan. Este vigoroso político e historiador amateur -así lo califican Charles y Mary Beard en su *Historia de los Estados Unidos*-, argu-

mentaba que las naciones deben luchar entre sí por la existencia y recomendaba que la Unión construyera una gran marina de guerra y se apoderase de nuevas bases y colonias, abriera por la fuerza mercados distantes e ingresara poderosamente armada en la competencia de las grandes naciones. Por su parte, Josiah Strong, cuyo libro *Nuestro país* se editó en 1886, sostenía que los Estados Unidos se hallaban en peligro de caer en el socialismo y en los cataclismos sociales, aseguraba que la raza anglosajona había sido elegida por Dios para civilizar el mundo y que las principales responsabilidades de esta cruzada incumbían a la Unión.

Sin duda, estos pensadores reclamaban algo imposible por el momento: que la Unión recogiese la herencia del Imperio británico. Pero los Estados Unidos, dueños seguros de un vasto espacio continental, habían comenzado además a obtener bases estratégicas en puntos situados fuera de sus costas: el comodoro Perry abrió en 1854 el mercado japonés; el territorio

Museo Mitre

Tensiones internas y guerra exterior

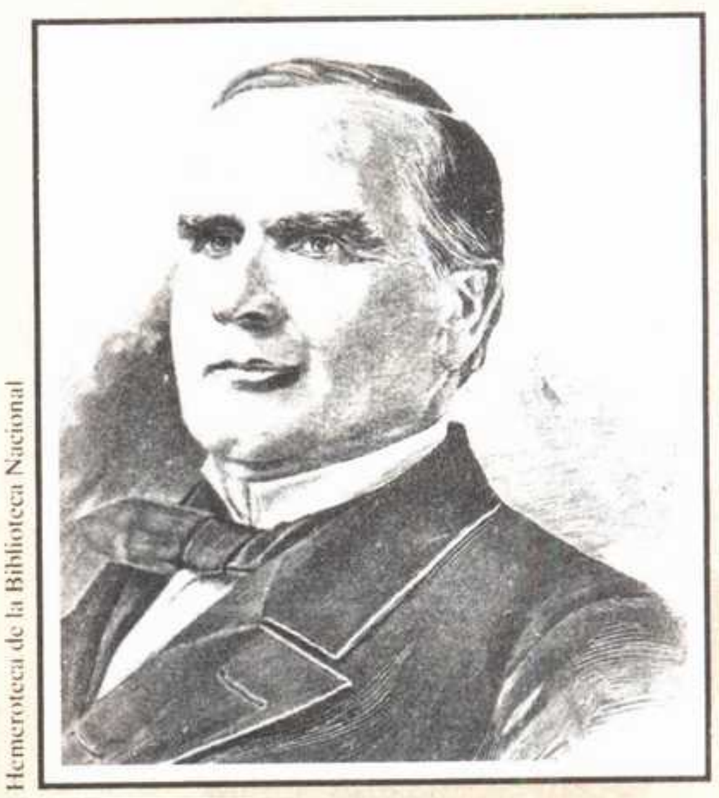
Dos documentos ilustran la situación a la que estaba sometida la nación norteamericana en la década iniciada en 1890. El primero, tomado de la *Historia de los Estados Unidos* de Charles y Mary Beard, se refiere a la crítica formulada por los populistas al sistema político vigente.

«El pueblo está desmoralizado [...] Los periódicos se hallan generalmente subvencionados o amordazados; la opinión pública, silenciada; el comercio, postrado; nuestros hogares, cubiertos de hipotecas; el trabajo, empobrecido; las tierras se concentran en manos de capitalistas. A los trabajadores urbanos se les niega el derecho de organizarse para su autoprotección; la mano de obra importada, indigente, ocasiona la baja de los jornales; un ejército asalariado permanente, no reconocido por nuestras leyes, ha sido establecido para acallarlos, y degeneran rápidamente hasta llegar a las condiciones de trabajo europeas. Los frutos del esfuerzo de millones de personas son robados descaradamente para amasar fortunas colosales para un grupo reducido [...] Hemos presenciado durante más de un cuarto de siglo la lucha de los dos grandes partidos políticos por el poder y el pillaje, mientras espantosos males eran infligidos al pueblo doliente...»

De los *Documentos fundamentales de la historia de los Estados Unidos de América,* compilación realizada por Rocard Morris, tomamos la exposición de los motivos de la declaración de guerra a España que el presidente McKinley hizo en su mensaje al Congreso del 11 de abril de 1898. Dice el mensaje, entre otros conceptos:

«La intervención forzosa de los Estados Unidos como país neutral para detener la guerra, tiene fundamentos racionales, se basa en los grandes dictados de la humanidad y se ajusta a numerosos precedentes históricos que nos relatan la intromisión de estados vecinos para frenar los sacrificios inútiles de vidas provocados por disputas intestinas que tienen lugar más allá de sus fronteras.»

McKinley resume así las razones concretas de la intervención:
«Primero: en defensa de la humanidad y para poner término a las crueldades, el derramamiento de sangre, el hambre y las terribles desgracias que afligen a esas tierras.
»Segundo: debemos proteger y asegurar las vidas y las propiedades de nuestros conciudadanos radicados en Cuba.
»Tercero: el derecho a intervenir puede justificarse por los graves trastornos que han resentido el comercio, la industria y los negocios de nuestros compatriotas, por la desenfrenada destrucción de propiedades y por la devastación de la isla.
»Cuarto, lo que es de suprema importancia: el estado actual que presentan los asuntos de Cuba significa una amenaza constante para nuestra paz y ocasiona un desembolso considerable a nuestro gobierno.» ■


Hemeroteca de la Biblioteca Nacional

Página 110: una fotografía tomada en 1892 en Jamaica a José Martí, que moriría tres años más tarde luchando por la libertad de Cuba, su patria.
Centro, izquierda: los Rough Riders, cuerpo voluntario de caballería organizado en 1898 por Theodore Roosevelt para combatir en Cuba.

Centro, derecha: Antonio Maceo, patriota cubano, animador de la guerra de independencia contra España. Pie de página: el almirante Cervera (izquierda), comandante de la escuadra española, y el acorazado Vjzcaya (derecha), uno de los navíos que la integraban y que corrió la misma desgraciada suerte que el resto de la flota.

de Alaska fue comprado a la Rusia zarista en 1876 y en Samoa se instaló en 1889 una fortaleza norteamericana. Por otra parte, la guerra que Cuba libraba contra España desde hacía décadas brindó en 1898 la oportunidad necesaria para que se produjese el despertar del imperialismo norteamericano.

Cuba y Puerto Rico eran a fines del siglo XIX los últimos reductos del imperio español en América. En Cuba habían resultado inútiles los esfuerzos de varias generaciones de patriotas: la isla permanecía todavía ligada por fuertes lazos de sangre y económicos a su antigua metrópoli. En 1895, el poeta José Martí y los patriotas Antonio Maceo y Máximo Gómez iniciaron una nueva rebelión, cuyo resultado fue la muerte de Martí, el 19 de mayo. Dos años más tarde podía suponerse que la revuelta estaba dominada y que sólo habría nuevas discusiones con el gobierno español respecto del estatuto político de Cuba: la condición colonial de la isla resultaba anacrónica.

La opinión pública norteamericana seguía con interés los episodios bélicos, y periodistas como Pulitzer relataban con fruición las crueldades cometidas por los españoles. En opinión de algunos políticos de la Unión, entre los que descollaba el joven Theodore Roosevelt, el conflicto daría al gobierno de Washington la oportunidad de iniciar una gran política expansiva más allá de las fronteras.

El 15 de febrero de 1898 el acorazado norteamericano *Maine* hizo explosión en el

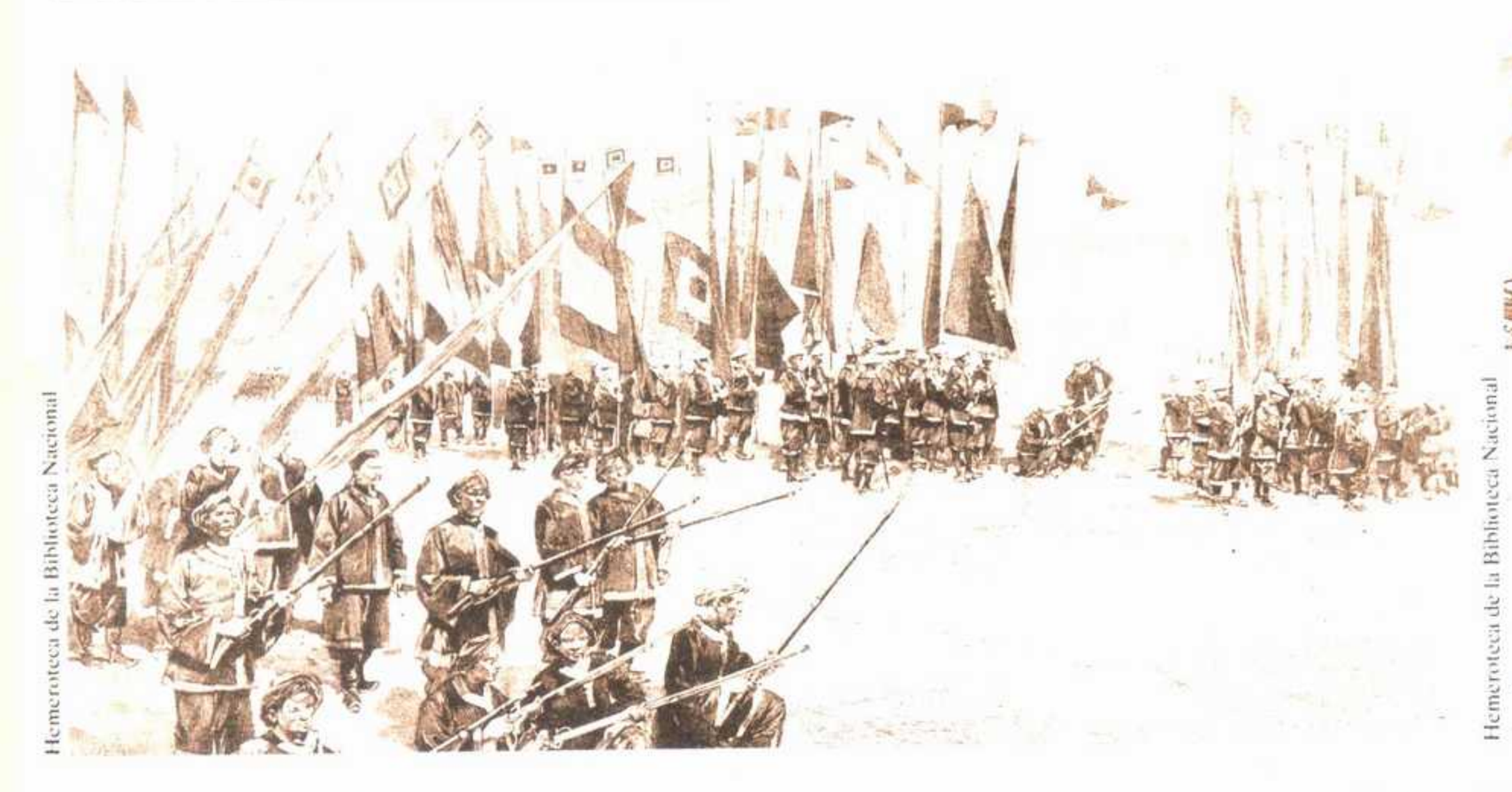
Hemeroteca de la Biblioteca Nacional

Cortesía de la Embajada de Cuba

Hemeroteca de la Biblioteca Nacional

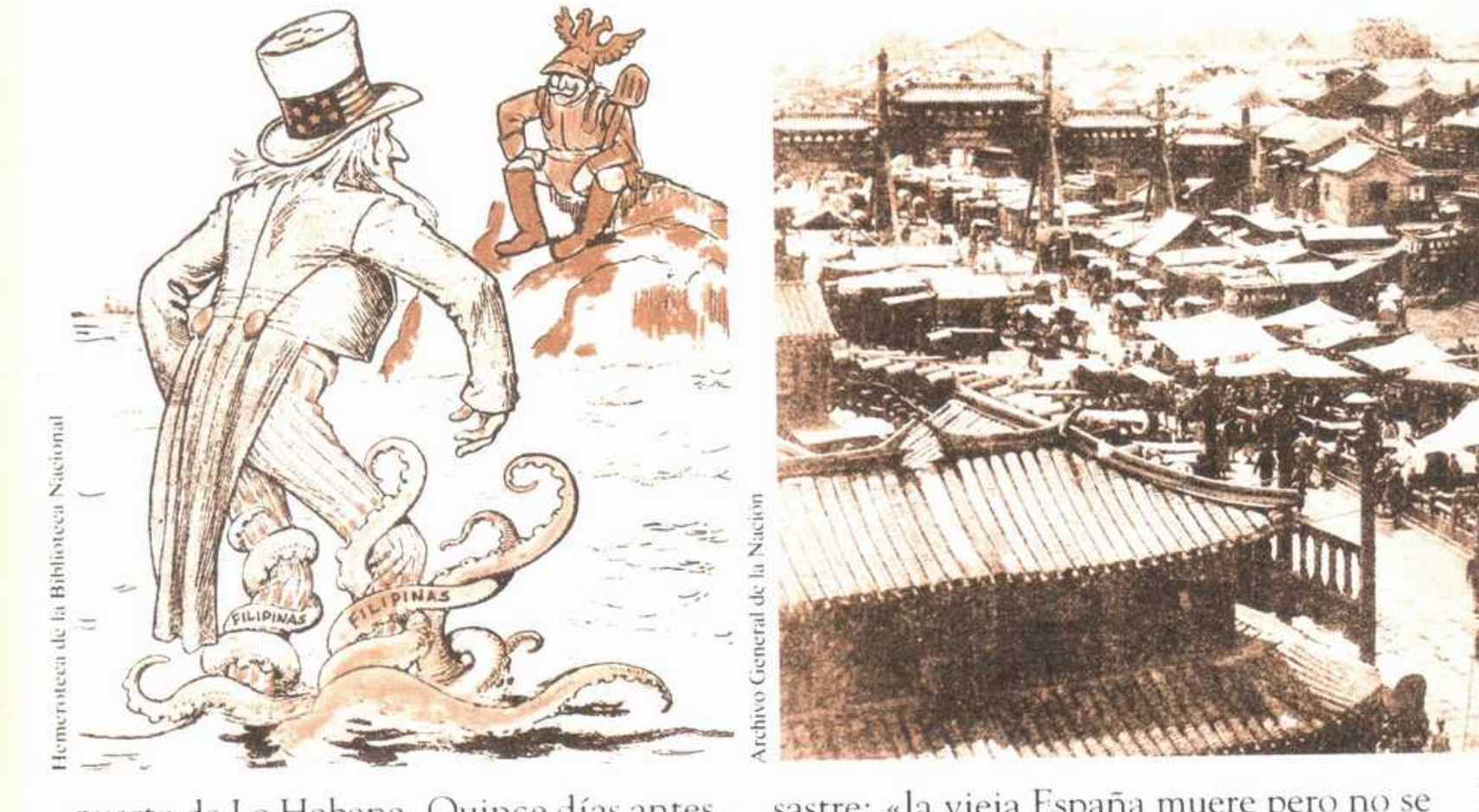
Hemeroteca de la Biblioteca Nacional

Hacia fines de siglo el Extremo Oriente se convirtió en un área fuertemente conflictiva. Una revista española satiriza el imperialismo norteamericano en el Pacífico (abajo, derecha, y centro, izquierda). Tropas chinas durante el conflicto con Japón (abajo) y una imagen de Pekín en esa época (centro, derecha).



Hemeroteca de la Biblioteca Nacional

Hemeroteca de la Biblioteca Nacional



Hemeroteca de la Biblioteca Nacional

Archivo General de la Nación

puerto de La Habana. Quince días antes, el senador Henry Cabot Lodge había pronosticado: «cualquier día puede producirse en Cuba una explosión que resolverá gran cantidad de cosas». El episodio constituyó el *casus belli* de la guerra contra España, pues el presidente McKinley, renuente en principio a tomar medidas que agravasen el conflicto, concluyó por solicitar la autorización del Congreso para expulsar a los españoles de la isla.

El curso de la guerra hispano-norteamericana fue tan breve como dramático: la escuadra peninsular, compuesta por buques anticuados, fue aniquilada por los acorazados de la Unión en cuestión de horas frente a Santiago de Cuba. El almirante Cervera había proclamado antes del desastre: «la vieja España muere pero no se rinde». Sin embargo, unas pocas semanas más tarde la guerra había llegado a su punto final. Cuba se constituyó en una especie de protectorado y, como corolario no esperado del conflicto, la isla de Puerto Rico y el archipiélago de las Filipinas pasaron a integrar el patrimonio de los Estados Unidos, al que se anexó también el archipiélago de Hawai, en el océano Pacífico. En el Senado de Washington, los legisladores, que habían sido partidarios de mantener el aislacionismo tradicional en política exterior, comprendieron que a partir de entonces su país quedaría inmerso en las interminables intrigas de Oriente y en los conflictos de las potencias europeas. Por lo pronto, desde 1899 Emilio Aguinaldo, un guerrillero filipino que había combatido a los españoles, se declaró en rebeldía contra los Estados Unidos.

Entretanto, los países de Europa Occidental ampliaban su visión del mundo. En 1900, la Exposición Universal realizada en honor del nuevo siglo, fue la de las plantas, los pájaros y los aborígenes de las lejanas regiones conquistadas por los europeos. También la de las técnicas que empezaban a proporcionar los elementos para hacer la vida cotidiana más confortable, para construir los espacios recargados de objetos que satisfacían a una época que ansiaba definirse por la hermosura ■

Sumario

Capítulo 1 / **Página 1**

LA REVOLUCIÓN DEL PARQUE

La crisis económica, la imprudente política de Juárez Celman y su círculo, la impaciencia de sectores que no ven salidas legales a la situación, estallan en julio de 1890 con la revolución del Parque. Un caudillo, Alem, una nueva fuerza política, la Unión Cívica, un conjunto inédito de reivindicaciones morales y políticas, irrumpen en la vida argentina.

Capítulo 2 / **Página 17**

EL HONOR QUE SE PAGA

Cuando Pellegrini se hace cargo de la presidencia de la Nación, al renunciar Juárez Celman, debe afrontar las deudas que el país no puede pagar. Convoca entonces a banqueros y capitalistas y los insta a colaborar con el esfuerzo necesario para salvar el crédito nacional. Esto pesará sobre toda su gestión de gobierno y se prolongará casi hasta 1900; pero la pujanza y progreso del país le permiten superar la crisis y afrontar el nuevo siglo con una economía saneada y en expansión.

Capítulo 3 / **Página 33**

LA TRANSFORMACIÓN URBANA

El diseño del país a partir del auge de la Pampa húmeda y algunas otras regiones va transformando las ciudades. Algunas se van adormeciendo mientras que otras se expanden, adquiriendo rostro nuevo y evidenciando la prosperidad de sus habitantes. La que más espectacularmente se transforma es Rosario. Con estos cambios, la población adopta nuevas costumbres y nuevas formas de sociabilidad, en un fascinante proceso de transformación.

Capítulo 4 / **Página 49**

LAS REVOLUCIONES RADICALES

A partir de 1890 la Unión Cívica Radical se convierte en la fuerza más hostil al régimen. Alem, su fundador, hace de la intransigencia una bandera de gran resonancia popular. Y la protesta armada será para los radicales el único modo de enfrentar a los gobiernos opresores. En 1893 el país arde de nuevo en una serie de estallidos que parecen prefigurar una guerra civil y que son reprimidos enérgicamente por el oficialismo, apoyado por Roca y Pellegrini. Aunque vencidas, las revoluciones radicales marcan con su rebeldía el movimiento liderado primero por Alem y luego por Hipólito Yrigoyen.

Capítulo 5 / **Página 65**

LOS ÉXITOS ECONÓMICOS

A medida que se acerca el siglo XX, se van superando los problemas financieros mediante la explotación de la Pampa húmeda, que permite al país insertarse en el mercado mundial con copiosas exportaciones. A su vez, esto posibilita mayores inversiones. El susto del '90 queda atrás y cada año se obtienen más ricas cosechas. Grandes frigoríficos reemplazan a los antiguos saladeros; los ferrocarriles se prolongan mientras el Estado cubre los tramos menos rentables. Y en las grandes ciudades prospera una industria incipiente. Las bases cimentadas después de la crisis dan ahora su fruto, y el país se convierte en tierra de promisión para los desheredados del sur de Europa.

Capítulo 6 / **Página 81**

LAS INMIGRACIONES EXÓTICAS

En estos años arriban grandes contingentes inmigratorios que no son italianos ni españoles: rusos, judíos, árabes y hasta chinos y japoneses van llegando en busca de mejor destino. No es la inmigración que habían imaginado los constituyentes y su presencia despierta resistencias. Pero en las ciudades, o en las colonias adonde son llevados, estos nuevos habitantes se adaptan y trabajan duramente, aun manteniendo su identidad cultural y sus creencias. En un par de generaciones se asimilarán al conjunto de la sociedad argentina, aportando una pluralidad de linajes que hoy parece consustancial a nuestro perfil de nación.

Capítulo 7 / **Página 97**

EL MUNDO DE LA ÉPOCA

En el decenio 1891-1900 culminan las líneas insinuadas durante el siglo XIX: progreso en todos los órdenes y expansión de los imperialismos. La reina Victoria simboliza la *pax britannica*, que sólo alterará la guerra con los boers en Sudáfrica. Estados Unidos, triunfante sobre España, se proyecta sobre Cuba y Centroamérica, a la vez que sobre el Pacífico. Los otros imperios han llegado tarde al reparto del mundo y sólo pueden aspirar a retazos del botín colonial. Pero la fe en un equilibrio mundial inalterable, en el progreso indefinido y en la ciencia nutre el optimismo finisecular.

Libros recomendados

Alvarez, Antonio
CRONICA DE LA PATAGONIA Y
TIERRAS AUSTRALES
Buenos Aires, 1978.

Belza, Juan E.
EN LA ISLA DEL FUEGO
Buenos Aires, Instituto de Investigaciones Históricas
de Tierra del Fuego, 1974

Braun Menéndez, Armando
PEQUEÑA HISTORIA PATAGONICA
Buenos Aires, Francisco de Aguirre, 1971.

Carril, Bonifacio del
LA CUESTION CON CHILE
Buenos Aires, Emecé, 1984.

Daireaux, Emilio
VIDA Y COSTUMBRES EN EL PLATA
Buenos Aires, Lajouanne, 1952.

D'Amico, Carlos
BUENOS AIRES, SUS HOMBRES,
SU POLITICA, 1869-1890
Buenos Aires, Americana, 1952.

DEBATE PARLAMENTARIO SOBRE LA LEY 1420
Estudio preliminar, selección y notas por
Gregorio Weinberg
Buenos Aires, Raigal, 1956.

Fernández, Juan R.
HISTORIA DEL PERIODISMO ARGENTINO
Buenos Aires, 1943.

Ferrari, Gustavo
APOGEO Y CRISIS DEL LIBERALISMO
Buenos Aires, La Bastilla, 1978.

Galíndez, Bartolomé
HISTORIA POLITICA ARGENTINA /
La revolución del 80
Buenos Aires, Coni, 1945.

Gallo, Ezequiel, y Cortés Conde, Roberto
LA REPUBLICA CONSERVADORA
Historia argentina, volumen V
Buenos Aires, Paidós, 1972.

Gallo, Ezequiel, y Ferrari, Gustavo (compiladores)
LA ARGENTINA DEL OCHENTA
AL CENTENARIO
Buenos Aires, Sudamericana, 1980.

Galván Moreno, D.
EL PERIODISMO ARGENTINO
Buenos Aires, Claridad, 1944.

Groussac, Paul
LOS QUE PASABAN
Buenos Aires, Huemul, 1972.

Jitrik, Noé
EL OCHENTA Y SU MUNDO
Buenos Aires, Jorge Alvarez, 1968.

Lista, Ramón
MIS EXPLORACIONES Y DESCUBRIMIENTOS
EN LA PATAGONIA
Buenos Aires, Marymar, 1973.

López Meyer, Cristina, e Iñigo Carrera, Nicolás
PIONEROS EN LA FRONTERA NORTE
«Documentos de Polémica», Buenos Aires,
Centro Editor de América Latina, 1972.

Moyano, Carlos M.
VIAJE DE EXPLORACION A LA PATAGONIA
Buenos Aires, Austral, 1951.

Paula, Alberto J. de
EL PLAN LA PLATA 1881-1884
Y SU PLANIFICADOR
Buenos Aires, Revista *Summa*, noviembre de 1982.

Rivero Astengo, Agustín
JUÁREZ CELMAN
Buenos Aires, 1944.

Sáenz Hayes, Ricardo
MIGUEL CANÉ Y SU TIEMPO
Buenos Aires, Kraft, 1955

Sáenz Quesada, María
LOS ESTANCIEROS
Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1980.

Saldías, Adolfo
UN SIGLO DE INSTITUCIONES
Buenos Aires en el Centenarijo de la Revolución de Mayo,
La Plata, 1910.

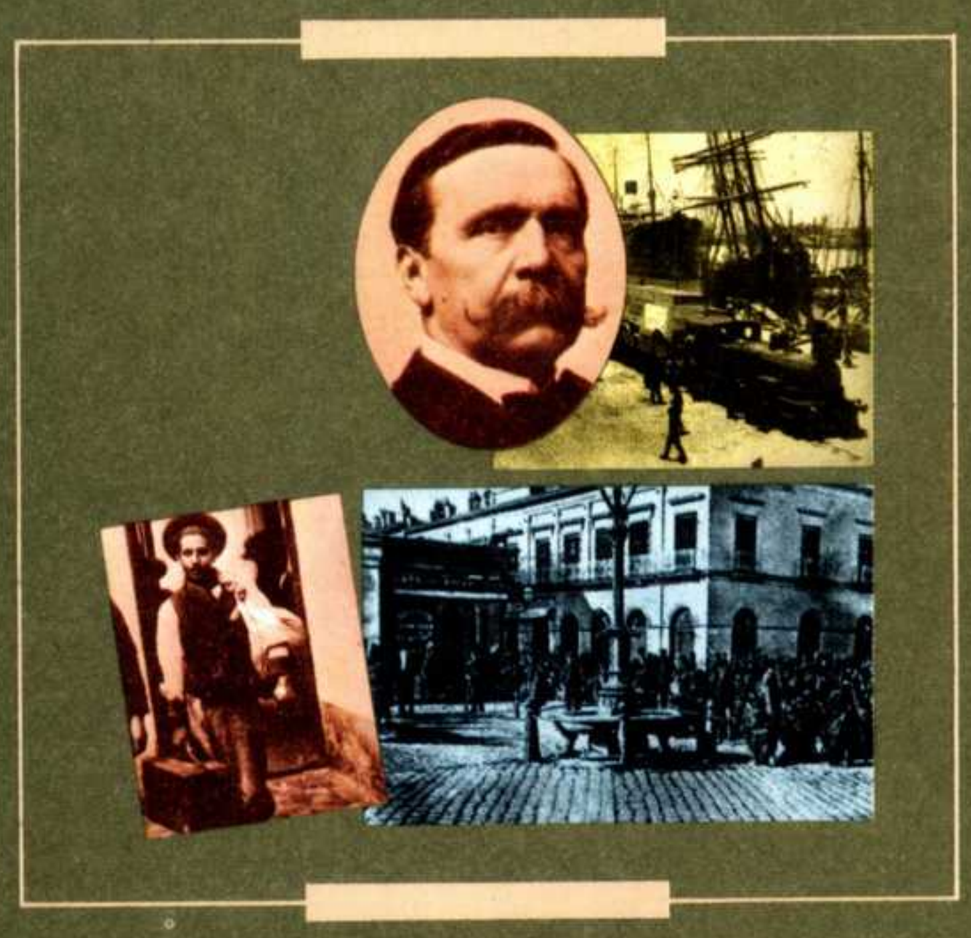
Solari, Juan Antonio
JORNADAS PARLAMENTARIAS
Buenos Aires, Afirmación, 1974.

Vera de Flachs, M. Cristina, y Riquelme de Lobos, Norma
MEDIO SIGLO DE AGRICULTURA EN CORDOBA.
SU REPERCUSION EN LA ACTIVIDAD NACIONAL
Buenos Aires, número 24 de Investigaciones y Ensayos,
Academia Nacional de la Historia, 1978.

Zalduendo, Eduardo
LIBRAS Y RIELES
Buenos Aires, El Coloquio, 1975.

Este libro fue impreso en los talleres gráficos
Gráfica Olazabal hijos.
Sitio de Montevideo 1485. (1824). Lanús Este.
Agosto de 1991.

3



HISTORIA GRAFICA DE LA ARGENTINA CONTEMPORANEA

NUESTRO TIEMPO

DESDE ROCA HASTA MENEM

HYSPAMERICA

LAS REVOLUCIONES RADICALES (1890-1900)